EL VIAJERO BAJO EL RESPLANDOR DE LA LUNA

Antal Szerb

Traducción de Judit Xantus

Ediciones del Bronce

Mihály, vastago inadaptado de una familia burguesa de Budapest, a sus treinta y seis años llega a Italia en luna de miel. Casi sin querer, abandona a su flamante esposa en una estación de ferrocarril y comienza un itinerario, tan disparatado como onírico, haciendo resurgir en su memoria la nostalgia y la rebeldía de una juventud perdida, feliz y dolorosa, que tratará de conjurar con la intuición de una vida más intensa y secreta. El entusiasmo por la belleza y el fervor del deseo, matizado por un cierto escepticismo refinado e irónico, caracterizan a un héroe siempre desplazado que combina la sutileza de un bromista inteligente con la ternura de un poeta que se está descubriendo a sí mismo. Se trata de una novela de aventuras, de amor, de viajes por la Europa de entreguerras, en la que late la pasión por el conocimiento, y que indaga las claves que revelan el misterio del mundo y de cada ser humano.

ANTAL SZERB (Budapest 1901 - Balf 1945) fue novelista e historiador de la literatura. Se doctoró en lengua y literatura en 1924 en la Universidad de Budapest. Entre 1924 y 1930 vivió y viajó por Francia, Italia e Inglaterra. Se le considera el maestro del ensayo literario de la Hungría de entreguerras. Es autor de una *Historia*

de la literatura húngara (1934) y de una *Historia de la literatura universal* (1941). Fue influido por la literatura histórica de Spengler y por las teorías de Freud. Por su condición de judío fue conducido a un campo de trabajos forzados, donde fallecería pocos meses antes de acabar la Segunda Guerra Mundial.

El viajero bajo el resplandor de la luna (1937), con ecos de *Los niños terribles*, de Cocteau, se puede incluir en la tradición romántica de los viajeros germánicos, deslumbrados por el sur clásico y pagano, que va de Goethe a Mann, pasando por Hofmannsthal y Rilke. Otras obras del autor son *La leyenda del Pendragón* (1934), *Guía de Budapest para marcianos* (1935), *El collar de la reina* (1941).

Primera Parte

LUNA DE MIEL

Soy de una facción y me someto a todas las leyes.
¿Qué más sé? ¿Qué? Recuperar mis bienes, bien acogido, de todos rechazado.
François Villon

1

En el tren las cosas iban todavía bien. Todo empezó en Venecia, con los callejones.

Cuando navegaban desde la estación hacia el centro de la ciudad, y se salieron del Gran Canal para acortar el camino, Mihály reparó en los callejones del lado derecho e izquierdo. Sin embargo, en aquel momento todavía no les prestó demasiada atención, puesto que al principio se embelesó totalmente con la belleza tan veneciana de Venecia: el agua entre los edificios, las góndolas, los canales, la claridad entre rojiza y rosada de la ciudad. Porque era la primera vez que Mihály estaba en Italia, a sus treinta y seis años, en su luna de miel.

Durante sus largos años de peregrinaje estuvo en muchos sitios, pasó varios años en Inglaterra y Francia, pero siempre evitaba Italia: consideraba que aún no había llegado el momento, que no estaba preparado todavía. Guardaba Italia entre las cosas para adultos, como la concepción de vástagos; en el fondo le tenía miedo, cierto temor, como al sol demasiado fuerte, al perfume de las flores y a las mujeres excesivamente bellas.

Si no se hubiese casado, si su intención no hubiese sido empezar una vida matrimonial regular con la luna de miel en Italia, quizás habría ido posponiendo eternamente el viaje a este país. Se encontró allí de repente, sin haber tenido la intención de ir, yendo simplemente en luna de miel, lo que es totalmente distinto. De todas formas, ahora ya era posible ir a Italia, puesto que se había convertido en marido. Consideraba que aquel país ya no significaba ninguna amenaza para él.

Los primeros días transcurrieron en paz, entre los placeres de la luna de miel y las visitas, más tranquilas y menos agotadoras, a la ciudad. De una manera digna para las personas muy inteligentes y extremadamente autocríticas, Mihály y Erzsi intentaban encontrar el medio justo entre esnobismo y anti-esnobismo. No deseaban cansarse demasiado, no era su propósito cumplir todas las exigencias de la guía, pero tampoco querían pertenecer a quienes se ufanan, al regresar de su viaje, diciendo: «En cuanto a los museos... bueno, la verdad es que no hemos visitado ninguno...», y se miran con orgullo.

Una noche fueron al teatro, y al regresar a su hotel, Mihály tuvo ganas de beber algo. No sabía exactamente qué, le entraron ganas de probar algún vino dulce, se

acordó del sabor extraño y clásico del vino de Samos y de las numerosas veces que había tomado aquel vino en París, en la pequeña bodega del número 7 de la Rue des Petits Champs; pensó que Venecia es, en algún sentido, casi lo mismo que Grecia, así que seguramente se podía encontrar el vino de Samos o quizás el Mavrodaphne, porque todavía no sabía nada acerca de los vinos italianos. Al llegar al vestíbulo del hotel, le pidió a Erzsi que subiese sola, le dijo que iría enseguida, que quería tomar algo, una sola copa, le aseguró con una expresión muy seria, porque Erzsi —también con una seriedad más bien fingida— le aconsejaba sobriedad, como es debido en el caso de una mujer recién casada.

Se alejó del Gran Canal, donde se encontraba su hotel, y se adentró por las calles cercanas a la Frezzeria, llenas de gente incluso en aquella hora tardía: iban y venían como hormigas, con esa manera de andar tan típica de los venecianos. Aquí la gente escoge siempre los mismos caminos, como las hormigas al cruzar el sendero del jardín: todas las demás calles se quedan vacías. Mihály también se mantenía en el camino de las hormigas, pensaba que los bares y las fiaschetterie se encontrarían en las calles más transitadas y no en la penumbra insegura de las calles vacías. Encontró varios sitios donde se vendían bebidas, pero ninguno le convenció, ninguno se parecía a lo que él buscaba. Todos tenían algún defecto. En algunos, la gente era demasiado elegante, en otros demasiado vulgar, y ninguno le sugería el tipo de bebida que buscaba. Aquella bebida tenía un sabor más secreto. Poco a poco, tuvo la sensación de que esa bebida se vendería en un solo y único lugar en toda Venecia, y él tendría que encontrar aquel lugar, guiado por sus instintos. Así es como se encontró entre los callejones.

Las calles eran muy estrechas, y desembocaban en otras calles todavía más estrechas, y según avanzaba, aquellas calles se volvían cada vez más estrechas y más oscuras. Al extender los brazos, Mihály tocaba con sus manos los muros de las casas de los dos lados, los muros de unas casas silenciosas, con sus enormes ventanas, detrás de las cuales él intuía vidas intensas y secretas, vidas a la italiana. Estaba tan cerca de las casas que le parecía casi una indiscreción caminar por aquellas calles durante la noche.

¿A qué se debía este embeleso, el éxtasis que se apoderaba de él, allí, en medio de los callejones, por qué se sentía como si hubiese llegado por fin a casa? Quizás hubiese soñado todo aquello de niño —cuando vivía en chalets con jardín y tenía miedo a los espacios amplios—, quizás hubiese deseado, de adolescente, vivir en sitios estrechos y cerrados, donde cada medio metro cuadrado tuviese su significado propio, donde cada diez pasos significasen una violación de fronteras, donde pasaran varias décadas al lado del mismo escritorio destartalado, y transcurrieran vidas humanas enteras en el mismo sillón... aunque tampoco estaba tan seguro.

Así erraba por los callejones, hasta que se dio cuenta de que estaba amaneciendo, y de que se encontraba en la otra punta de Venecia, en la Orilla Nueva, desde donde

se divisaba la isla del cementerio, y más allá se veían otras islas misteriosas, entre ellas la de San Francesco in Deserto, que había servido para los leprosos, y más allá todavía se intuían las casas de Murano. Allí vivían los venecianos pobres, los que sólo disfrutaban de las ventajas del turismo de una manera más lejana e indirecta: allí se encontraba también el hospital, de allí partían las góndolas de los muertos. Algunos venecianos se despertaban ya, se dirigían al trabajo: el mundo parecía tan infinitamente desértico como cuando uno no ha dormido nada. Mihály encontró un gondolero que le llevó a casa.

Erzsi llevaba horas y horas malísima con tanto nerviosismo y tanto cansancio. Hacia la una y media se había acordado de que sin duda, y contra toda apariencia, también en Venecia se puede telefonear a la policía, lo que hizo con ayuda del portero de noche y naturalmente sin ningún resultado.

Cuando llegó, Mihály tenía todavía el mismo aspecto sonámbulo. Estaba agotado, y era incapaz de responder de manera coherente a las preguntas de Erzsi.

—Los callejones... —decía—, tuve que ver los callejones de noche, es parte del viaje, todo el mundo lo hace.

—Pero ¿por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no me llevaste contigo?

Mihály no supo qué responder, se metió en la cama con cara de enfado, y se durmió con una sensación muy amarga.

¿Es esto el matrimonio? —pensó—, ¿no hay manera de que ella comprenda, no hay manera de que se lo explique? Aunque la verdad es que yo tampoco lo comprendo.

2

Erzsi, por su parte, no se durmió, y estuvo un buen rato acostada, con el ceño fruncido, la cabeza apoyada en los brazos cruzados, pensando. Las mujeres, por lo general, soportan mejor el velar y el pensar. Para Erzsi, no era nada nuevo ni nada sorprendente que Mihály dijese o hiciese cosas que ella no podía comprender. Durante un tiempo ella conseguía disimular ese no comprender, ponía cara de sabia y no preguntaba nada, hacía como si tuviera claro desde siempre todo lo que tenía que ver con Mihály. Sabía que esa pseudopreponderancia silenciosa —que Mihály interpretaba como una demostración de la sabiduría innata e instintiva de las mujeres— era la herramienta más poderosa para retenerle. Mihály estaba lleno de temores y de miedos, y el papel de Erzsi era calmarle y tranquilizarle.

Pero todo tiene sus límites, y ahora eran ya marido y mujer, estaban en su luna de miel formal, así que le resultaba por lo menos extraño que él hubiese estado fuera durante toda la noche. Por un segundo, tuvo la idea lógica, típica de una mujer, de que Mihály hubiera pasado la noche en compañía de otra, pero la rechazó por absurda e imposible. Dejando a un lado lo absolutamente indecente que todo esto hubiera podido ser, ella sabía muy bien lo tímido y prudente que era Mihály ante cualquier mujer desconocida, lo mucho que temía las enfermedades, lo poco que le gustaba gastar dinero, y lo poquísimo que le interesaban las mujeres.

De todas formas, quizás hubiera sido más tranquilizador saber que Mihály solamente había estado con una mujer. Porque así habría desaparecido esa incertidumbre, esa sombra oscura y vacía, esa imposibilidad de imaginar dónde y cómo había pasado Mihály la noche. Se acordó de Zoltán Pataki, su primer marido, al que abandonó por Mihály. Erzsi sabía siempre cuál de las secretarias era la actual amiguita de Zoltán, aunque él intentaba disimular todo de una manera rígida, sonrojante, enternecedoramente discreta. Sin embargo, cuanto más intentaba disimular, más claro lo tenía ella. Con Mihály, todo era al revés: él trataba de explicar todo lo que hacía, de manera penosa por demasiado concienzuda, y tenía la manía de que Erzsi lo conociese por completo, y cuantas más explicaciones daba, más caótico se volvía todo. Erzsi era consciente desde hacía tiempo de que no comprendía a Mihály, puesto que éste tenía secretos que no se confesaba ni siquiera a sí mismo, y también era consciente de que él no le comprendía a ella, puesto que ni tan siquiera se le ocurría interesarse por la vida interior de otra persona que no fuera él mismo. Sin embargo, se casaron porque Mihály había constatado que se comprendían perfectamente, y que su matrimonio se basaba en algo absolutamente lógico y no en pasiones efímeras. ¿Hasta cuándo sería posible mantener esa ficción?

3

Algunos días más tarde llegaron a Ravena: era ya de noche. A la mañana siguiente, Mihály se levantó muy pronto, se vistió y salió solo. Quería visitar a solas los famosos mosaicos bizantinos, lo más notable de la ciudad, porque ya sabía que había muchas cosas que no podía compartir con Erzsi, y los mosaicos de Ravena eran de esa naturaleza. En cuanto a la historia del arte, Erzsi era mucho más versada y más sensible que él, y había visitado ya Italia, así que Mihály le confiaba, por lo general, la tarea de escoger las cosas que había que ver en cada sitio y la de saber lo que había que pensar de cada cosa; él sólo se interesaba por la pintura en raras ocasiones, de manera casual; inesperadamente, como cuando cae un rayo, le llamaba la atención una obra de arte de cada mil. Sin embargo, los mosaicos de Ravena eran... obras de arte de su propio pasado.

Hacía tiempo los había contemplado con Ervin, Tamás Ulpius y con Eva, la hermana menor de Tamás, en un libro enorme, francés, con un miedo inexplicablemente nervioso, durante una Nochebuena. En la enorme habitación de al lado, el padre de Tamás Ulpius iba y venía sin parar, absolutamente solo. Ellos miraban las ilustraciones del libro, con los codos en la mesa, y el fondo dorado de las imágenes relucía delante de sus ojos como una luz de origen desconocido al final de la galería de una mina. Había algo en aquellas imágenes bizantinas que despertaba en ellos el terror más remoto que anidaba en sus almas. A las doce menos cuarto se pusieron los abrigos, y salieron a oír la Misa del Gallo con sus corazones oprimidos. Eva se desmayó aquella noche: fue la única ocasión en que perdió los nervios. Luego, durante un mes, Ravena lo fue todo para ellos, y para Mihály Ravena significaba todavía esa forma indeterminada de temor.

Todo eso, todo aquel mes tan lejano se despertó en él, allí, en la basílica de San Vitale, delante de aquellos mosaicos magníficos de tonos verdosos. Su juventud resurgió de una manera tan fuerte que le dio vértigo y tuvo que apoyarse en una de las columnas. El vértigo sólo duró un instante, luego él se transformó otra vez en un hombre serio.

Los demás mosaicos ya no tuvieron ningún interés para él. Regresó al hotel, esperó que Erzsi se preparara para salir, y luego visitaron y comentaron juntos todos los monumentos de la manera debida. Mihály no le confesó que había estado en la basílica de San Vítale por la mañana; entró en la iglesia con cierta vergüenza, como si algo le hubiese podido delatar, y dijo que no le parecía tan interesante, como para contrarrestar su conmoción matutina.

A la noche del día siguiente se sentaron en una pequeña *piazza*, en la terraza de un café; Erzsi tomaba un helado y Mihály probaba una bebida desconocida y amarga que no le convencía, así que se preguntaba con qué podría quitarse aquel sabor de boca.

—Es horrible este olor —dijo Erzsi—. Vayas a donde vayas en esta ciudad, encuentras ese mismo olor. Así imagino yo un ataque con gas.

—No es de extrañar —respondió Mihály—. Esta ciudad huele a muerto. Ravena es una ciudad decadente, se está muriendo desde hace más de mil años. Lo dice la guía. Tuvo tres momentos de resplandor, el último en el siglo VIII d.C.

—¡Qué va, tontín! —dijo Erzsi, sonriendo—. Siempre tienes que pensar en los muertos y en el olor a muerto. Sin embargo, este olor tan fuerte es el olor de la vida y del bienestar: es el olor que viene de la fábrica de fertilizantes, la fábrica que da vida a toda la ciudad.

—¿Ravena vive de los fertilizantes? ¿La ciudad donde se encuentran las tumbas de Teodorico el Grande y de Dante, la ciudad a cuyo lado Venecia es como una nueva rica?

—Así es, cariño.

—Qué vergüenza.

En ese momento una motocicleta muy ruidosa llegó a la *piazza*, y un hombre con gafas, vestido muy a la manera de los motoristas, saltó de ella como si saltara de un caballo. Miró a su alrededor, se fijó en Mihály y en Erzsi, y se encaminó directamente hacia su mesa, llevando a su lado la motocicleta, como si fuera un caballo. Al llegar a la mesa, levantó sus gafas, como si levantara una visera, y dijo:

—Hola, Mihály. Te estaba buscando.

Para su gran sorpresa, Mihály reconoció a János Szepetneki. No pudo hacer otra cosa más que preguntarle:

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—En el hotel, en Venecia, me dijeron que habías venido a Ravena. Y ¿dónde más podría estar alguien en Ravena, después de cenar, que en la *piazza*? Así que no ha sido tan difícil. Vine directamente aquí, desde Venecia. Y ahora voy a sentarme un momento.

—Hmm... te presento a mi esposa —dijo Mihály, nervioso—. Erzsi, este señor es János Szepetneki, mi ex compañero de clase, de quien... creo que nunca te había hablado —y al decir esto, se ruborizó.

János miró a Erzsi con antipatía apenas disimulada, se inclinó, le dio la mano y a partir de entonces ignoró por completo su presencia. No habló nada, sólo pidió una limonada.

Al cabo de un buen rato, Mihály le dirigió la palabra:

—Venga, habla ya. Habrá alguna razón para que hayas venido a buscarme hasta aquí, en Italia.

—Ya te lo contaré. Más que nada, tenía ganas de verte, puesto que me enteré de que te habías casado.

—Yo creía que todavía seguías enfadado conmigo —dijo Mihály—. La última vez que nos vimos fue en Londres, en la embajada húngara, y tú te saliste de la sala. Claro, ahora ya no tienes ninguna razón para estar enfadado —prosiguió al ver que

János no le contestaba—. Uno se vuelve serio. Todos nos volvemos serios, y poco a poco olvidamos por qué estuvimos enfadados con otros durante décadas.

—Hablas como si supieras por qué estuve enfadado contigo.

—Claro que lo sé —respondió Mihály, y se ruborizó otra vez.

—Si lo sabes, dímelo —le contestó Szepetneki, en tono batallador.

—No me apetece ahora... delante de mi esposa.

—A mí no me importa. Dilo sin problemas. ¿Qué piensas? ¿Por qué no te dirigí la palabra aquella vez en Londres?

—Porque recordé que en un tiempo remoto yo tuve la certeza de que tú habías robado mi reloj de oro. Ahora ya sé quién lo robó.

—Ya ves que idiota eres. Tu reloj de oro, lo robé yo.

—¿Entonces es verdad que lo robaste tú?

—Claro que sí.

Erzsi llevaba un buen rato inquieta durante la conversación, puesto que conocía a los hombres, y sólo con ver la cara y las manos de János Szepetneki, sabía que era el tipo de hombre que de repente era capaz de robar un reloj de oro, así que, un poco nerviosa, apretó el bolso donde guardaba los pasaportes y los cheques de viaje. Se sorprendió mucho, y le sentó mal que Mihály —ese hombre tan discreto— mencionara el asunto del reloj, y no pudo aguantar aquel silencio, aquel silencio que se hizo después de que uno de los presentes le dijera al otro que le había robado su reloj, y que luego callaran. Se levantó y dijo:

—Voy a regresar al hotel. Los señores tendrán cosas que aclarar...

Mihály la miró muy alterado.

—Quédate, por favor. Ahora que ya eres mi mujer, tienes que saberlo todo. Luego, se dirigió a János Szepetneki, y le increpó:

—Pues entonces ¿por qué no me diste la mano en Londres?

—Sabes muy bien por qué. Si no lo supieras, no estarías tan enfadado. Sin embargo, sabes que yo tenía razón.

—Háblame claramente.

—A ti se te da muy bien el no comprender, de la misma manera que se te dio muy bien no encontrar a los que habían desaparecido de tu vista, y a los que nunca has buscado. Por eso me enfadé contigo.

Mihály se mantuvo callado durante cierto tiempo.

—Bueno, si me buscabas... en Londres, ya nos encontramos.

—Por casualidad. Eso no cuenta. Además, sabes muy bien que no se trata de mí.

—Si se trata de otros..., en vano los hubiese buscado.

—Por eso no los has buscado, ¿verdad? Sin embargo, a lo mejor sólo hubieras tenido que tender la mano. Ahora tienes otra posibilidad. Escúchame. Creo haber encontrado a Ervin.

La expresión de Mihály cambió de inmediato. El enfado y la sorpresa dejaron paso al júbilo y a la curiosidad.

—¡No me digas! ¿Dónde está?

—No lo sé con exactitud, sólo sé que está en Italia, en un convento en Umbría o en la Toscana. Lo he visto en Roma, iba en una procesión, junto con otros religiosos. No pude acercarme, no quise interrumpir la ceremonia. Sin embargo, me encontré allí con un cura que conocía, quien me contó que aquellos religiosos eran de una orden afincada en Umbría o en la Toscana. Eso es lo que te quería decir. Ya que estás aquí, en Italia, me podrías ayudar a encontrarlo.

—Bueno. Gracias. Pero no sé si te podré ayudar. No sé cómo podría hacerlo. Además, estoy pasando mi luna de miel, y no puedo visitar todos los conventos de Umbría y de la Toscana. Tampoco sé si Ervin tendrá ganas de verme. Si hubiera querido, ya me habría hecho saber dónde encontrarlo. Y ahora vete, János Szepetneki. Espero no volver a verte en varios años.

—Ya me voy. Tu esposa es una mujer muy antipática.

—No te he preguntado tu opinión.

János Szepetneki montó en su motocicleta.

—Invítame a la limonada —gritó antes de despedirse, y desapareció en la oscuridad recién llegada.

El matrimonio se quedó, y los dos permanecieron callados durante un buen rato. Erzsi estaba enfadada, pensando que la situación era ridícula. «Encuentros de ex compañeros de clase... Parece que estas cosas de la juventud le afectan muy profundamente a Mihály. Tendría que preguntarle quién es Ervin y quién es János... aunque parezcan más bien antipáticos.» A Erzsi no le gustaba la gente joven, la gente sin formar.

Sin embargo, en el fondo, la razón de su enfado era otra. Por supuesto que estaba enojada por no haberle caído bien a János Szepetneki. De todas formas, no le importaba en absoluto lo que pensase de ella un hombre... con una biografía tan dudosa. Aunque también, cualquier mujer considera la opinión de los amigos de su marido una fatalidad. «Los hombres son sumamente influenciables cuando se trata de sus mujeres. También es verdad que este Szepetneki no es un amigo de Mihály. O sea que no es un amigo en el sentido convencional de la palabra, pero, por lo visto, existe algún lazo muy fuerte entre los dos. Y en estos asuntos, el hombre más repugnante sabe influir en otro hombre.»

—¡Diablos! ¿Por qué no le he caído bien?

Al fin y al cabo, Erzsi no estaba acostumbrada a semejante trato. Era una mujer rica, guapa, bien vestida, atractiva, y los hombres la miraban con interés o por lo menos con simpatía. Ella sabía que a Mihály le importaba muchísimo que todos los hombres hablaran de ella con admiración. Algunas veces incluso llegó a sospechar que Mihály no la miraba con sus propios ojos, sino a través de los ojos de los demás. Como si estuviera diciéndose: «Podría amar a Erzsi con un amor verdadero si yo fuera como los demás.» Y ahora llegaba este chulo y no le caía bien. Así que no pudo resistir el no mencionarlo.

—Dime, por favor, ¿por qué no le he caído bien a tu amigo el carterista?

Mihály sonrió:

—¡Qué va! No es que tú no le cayeras bien. Lo que no le cayó bien es que tú seas mi mujer.

—¿Por qué?

—Porque cree que se debe a ti el que yo traicionara mi juventud, nuestra juventud compartida. Que haya olvidado a los que... Que haya construido mi vida sobre otras relaciones. Aunque..., obviamente dirás: vaya amigos que tengo. A lo que te responderé que ese Szepetneki no es mi amigo, aunque esto sólo sea un pretexto. Pero... cómo decirte... hay gente para todo... El robo del reloj fue sólo un juego infantil. Szepetneki se convirtió, a partir de entonces, en un impostor de altos vuelos, durante una época tuvo una verdadera fortuna. En aquel entonces me hinchaba de dinero sin que yo le pidiera nada, sin que yo se lo pudiera devolver, puesto que no sabía ni dónde encontrarlo; estuvo en la cárcel, entre otras en la prisión de la ciudad de Baja, desde donde me escribió pidiéndome cantidades nimias. A veces reaparece, y siempre para decir cosas desagradables. Ya te digo, hay gente para todo. Por si no lo sabías, ahora lo has comprobado. Dime, ¿tú crees que podríamos conseguir en alguna parte una botella de vino para tomárnosla en nuestra habitación? Empiezo a hartarme de la sesión pública que estamos teniendo aquí, en la *piazza*.

—Podemos comprar una botella en el restaurante del hotel.

—¿Y no nos van a reprender por tomárnosla en nuestra habitación? ¿Está permitido hacerlo?

—Se me ponen los pelos de punta, Mihály, con tu miedo tan terrible a los camareros de los restaurantes y a los recepcionistas de los hoteles.

—Ya te he explicado el porqué. Ya te dije que me parecían las personas más adultas del mundo, y bajo ningún concepto quisiera hacer nada irregular estando en el extranjero.

—Bien. ¿Y para qué necesitas beber otra vez?

—Es imprescindible que beba algo más, pues quiero contarte quién era y cómo murió Tamás Ulpius.

4

Tengo que contarte unas cosas que ocurrieron hace mucho tiempo, porque son muy importantes. Las cosas importantes normalmente siempre sucedieron hace mucho tiempo. Y, perdóname, pero mientras no conozcas estas cosas, hasta cierto punto seguirás siendo una advenediza en mi vida.

»En mi época de estudiante de secundaria, mi pasatiempo favorito era pasear. O mejor dicho, vagabundear. Hablando de adolescentes, esta palabra es más acertada. Yo descubría, poco a poco y de manera sistemática, cada barrio, cada rincón de Budapest. Cada barrio, cada calle tenía su propio valor, su propio ambiente para mí. Todavía hoy puedo divertirme con los edificios como antaño. En esto no he envejecido. Las casas me dicen mucho, significan mucho para mí. Son como era la naturaleza para los poetas antiguos, o mejor dicho, lo que ellos llamaban la naturaleza.

»La parte que más me gustaba de la ciudad era el barrio del Castillo de Buda. Nunca me aburrían sus calles antiguas. En aquella época ya me gustaban más las cosas antiguas que las nuevas, como ahora. Tan sólo aquellas cosas poseían una realidad profunda para mí, porque habían sido impregnadas de muchas vidas humanas, cosas que el pasado había revestido de vida, como sucedió con la señora de Kelemen Kómüves[1] y la alta fortaleza de Déva.

»¿Te fijas en la elegancia con la que me expreso? Quizás sea por este vino tan bueno de Sangiovese.

»A Tamás Ulpius le veía con frecuencia en el barrio del Castillo, porque vivía allí. Solamente este detalle era ya lo bastante romántico para mí, pero también me atraía la tristeza noble y delicada de su rostro, su cabello rubio y muchas cosas más. Era reservado y muy educado, vestía de oscuro y no establecía amistad con sus compañeros de clase. Tampoco conmigo.

»Ahora tengo que contarte algunas cosas más de mí. Tú me has conocido un hombre hecho y derecho, robusto y un tanto entrado en años, con una cara limpia y tranquila, que en Budapest suelen llamar cara de póquer, y sabes de mí que casi siempre tengo sueño. Has de saber que en mi adolescencia era otra cosa totalmente distinta. Ya conoces mis fotos de entonces, has visto mi cara delgada, hambrienta, intranquila, has visto aquel fervor extático. Me imagino que tenía cara de feo, pero yo prefiero aquella cara. Completa, pues, aquella imagen con un cuerpo de adolescente, un cuerpo delgado, anguloso, larguirucho, con la espalda encorvada por un rápido crecimiento. Con un carácter también larguirucho y hambriento.

---

[1] *Según la leyenda, Kelemen Kómüves era un maestro albañil que, para poder acabar la construcción del castillo de la ciudad de Déva, emparedó a su esposa entre sus muros. (N. de la T.)*

»Así que también te imaginarás que no era un muchacho sano, ni física ni psíquicamente. Sufría de anemia y tenía fuertes depresiones. A la edad de dieciséis años, después de una neumonía, empecé a tener alucinaciones. Cuando leía, muchas veces tenía la sensación de que alguien estaba detrás de mí, mirando mi libro, fijándose en mi lectura. Tenía que darme la vuelta, para asegurarme de que allí no había nadie. Por las noches, me despertaba presa del pánico, seguro de que alguien se encontraba al lado de mi cama, mirándome. Claro, tampoco había nadie. Para colmo, pasaba todo el rato vergüenza. Eso me hacía la vida imposible, incluso con mi familia. Durante las comidas, me sonrojaba de repente, y en una época bastaba el más mínimo motivo para pensar que iba a estallar en llanto. Tenía que salir corriendo. Ya sabes lo buenas personas que son mis padres, te puedes imaginar lo sorprendidos y preocupados que estaban, te imaginarás cómo mis hermanos mayores y mi hermana Edit se burlaban de mí constantemente. Al final, la cosa era tan insoportable, que tuve que inventar la mentira de que a las dos y media tenía clases de francés extraescolares, para poder comer solo, más temprano que los demás.

»Poco a poco conseguí que me guardaran también la cena.

»Todo eso se agravó más tarde con el peor de los síntomas: la vorágine. La vorágine, tal cual te lo estoy diciendo. A veces sentía que la tierra se abría debajo de mis pies, y que estaba al borde de una terrible vorágine. Lo de la vorágine no lo tomes tampoco muy en serio, puesto que yo nunca la veía, nunca tuve visiones de ese tipo, pero sabía con certeza que la vorágine estaba allí. Mejor dicho, era consciente de que no estaba, sabía que sólo existía en mi imaginación, pues ya sabes qué complicadas son estas cosas. El hecho es que cuando me invadía esa sensación de vorágine no me atrevía a moverme, no era capaz de pronunciar una palabra, y pensaba que todo había terminado.

»La sensación nunca duraba mucho tiempo, y tampoco tuve muchas veces ese tipo de ataques. Una vez, la más desagradable de todas, me llegó en clase de ciencias naturales. La tierra se abrió a mi lado cuando el profesor me llamó a la pizarra. No pude ni moverme, seguía sentado en mi sitio. El profesor me llamó otra vez, y cuando vio que no me movía, se acercó a mi lado. "¿Te pasa algo?", me preguntó. Claro, no pude ni responder. Me estuvo mirando un rato, luego regresó a su mesa, y llamó a otro a la pizarra. Era una persona muy refinada, una especie de cura, nunca mencionó el caso. Sin embargo, mis compañeros no dejaron de hablar del asunto. Creían que no obedecí por rebelde, por contestatario, y que asusté al profesor. De repente, me convertí en el héroe de la clase, y mi popularidad creció en todo el instituto. Una semana más tarde, el profesor de ciencias naturales llamó a la pizarra a János Szepetneki. Al János Szepetneki que acabas de conocer. Éste puso cara de impostor, y se quedó sentado. El profesor se levantó, se acercó a Szepetneki y le soltó una enorme bofetada. Desde entonces, Szepetneki estaba convencido de que yo tenía bula con el profesor.

»Pero vamos a hablar de Tamás Ulpius. Un día que cayó la primera nevada del año, apenas pude aguantar a que terminaran las clases, devoré mi comida solitaria y me fui corriendo al Castillo. La nieve significaba una verdadera pasión para mí, puesto que una nevada cambia totalmente el aspecto de las calles, hasta convertirlas en irreconocibles, lo que te hace perderte incluso en los lugares más conocidos. Estuve vagabundeando un buen rato, y luego salí al paseo Bástyasétány para contemplar las colinas de Buda. De repente, la tierra se volvió a abrir a mi lado. La vorágine se hacía todavía más palpable que otras veces, puesto que me encontraba en la parte alta de la ciudad. Ya había visto la vorágine varias veces, así que no estaba tan asustado, esperaba con cierta resignación que la tierra se volviera a cerrar y que la vorágine desapareciera. Esperé un rato, no sabría decir cuánto, puesto que en momentos así uno pierde la noción del tiempo, como cuando sueña o como cuando hace el amor. Lo que es seguro es que aquella vez la vorágine duró más que nunca. Se hizo de noche, y la vorágine seguía a mi lado. "Esta vorágine es muy pertinaz", pensé. Y entonces me di cuenta de que la vorágine estaba creciendo, que se encontraba a diez centímetros de mis pies, y que se acercaba cada vez más. "Unos pocos minutos y todo se acabará, porque me habré caído", me dije. Me agarré muy fuerte a la barandilla.

»Después, la vorágine me alcanzó. La tierra resbaló debajo de mis pies, y yo estaba allí, colgado en el espacio, agarrado de la barandilla. "Cuando me canse —pensaba—, me caeré." En silencio y con un sentimiento de resignación empecé a rezar, preparándome para la muerte.

»Entonces me di cuenta de que Tamás Ulpius estaba a mi lado.

»—¿Qué te pasa? —me preguntó, y me puso la mano en el hombro.

»La vorágine desapareció en aquel mismo instante, y yo casi me hubiese desplomado si Tamás no me hubiera sostenido. Me acompañó a un banco, me hizo sentarme, y esperó a que me repusiese. Cuando estuve un poco mejor, le conté lo de la vorágine, brevemente, por primera vez en mi vida. No puedo decirte cómo, pero el hecho es que Tamás se convirtió en cuestión de segundos en mi mejor amigo. En aquel amigo que los adolescentes anhelan con más fervor y de una manera más intensa, profunda y seria que el primer amor.

»Nos veíamos todos los días. Tamás no quiso ir a mi casa, decía que no le gustaban las presentaciones, pero enseguida me invitó a la suya. Así es cómo llegué a la casa de los Ulpius.

»Los Ulpius vivían en el piso de arriba de una casa muy antigua y muy destartalada. La casa era destartalada sólo por fuera, por dentro era muy bonita y acogedora, igual que estos viejos hoteles italianos. Al mismo tiempo era bastante fantasmagórica, con sus habitaciones enormes, con sus obras de arte, parecía un museo. El padre de Tamás Ulpius era arqueólogo y director de un museo. Su abuelo había sido relojero; la tienda había estado en el mismo edificio. En aquel entonces

ya no trabajaba, pero solía juguetear con relojes antiguos y con todo tipo de mecanismos rarísimos, accionados por piezas de relojería que él mismo inventaba.

»La madre de Tamás ya había fallecido. Tamás y su hermana menor, Eva, odiaban a su padre, y le acusaban de haber matado a la madre siendo todavía joven, con su seriedad y su rigidez. Ésta fue mi primera experiencia, muy sorprendente, en casa de los Ulpius, el día de mi primera visita. Eva dijo de su padre que tenía los ojos como dos botones de zapatos, y tenía toda la razón, y Tamás dijo, con una voz absolutamente natural: "Sabes, mi padre es un tipo asqueroso", y también tenía toda la razón.

»Ya sabes que yo he crecido en un ambiente familiar muy unido, amo profundamente a mis padres y a mis hermanos, siempre he adorado a mi padre, y ni siquiera podía imaginar entonces que padres e hijos no se amasen, o que los hijos juzgaran el comportamiento de sus padres como si se tratase de personas extrañas. Aquélla fue la primera gran rebeldía que conocí en mi vida. Y esta rebeldía era, por extraño que pueda parecer, una cosa estupenda para mí, aunque no por eso me planteara rebelarme contra mi padre.

»Tamás Ulpius no aguantaba a su padre, pero adoraba a su abuelo y a su hermana. Amaba tanto a su hermana que aquello también parecía un acto de rebeldía. Yo también quería a mis hermanos, no me peleaba demasiado con ellos, tomaba en serio la unidad de la familia, por lo menos hasta cierto punto: hasta donde mi carácter abstracto y despistado me lo permitía. Pero en casa la costumbre no facilitaba que los hermanos se demostraran su amor mutuo, cualquier señal de ternura nos parecía ridicula e incluso vergonzosa. Creo que eso es así en la mayoría de las familias. En Navidades, no nos hacíamos regalos; cuando alguno salía o llegaba, no saludaba a los demás, y cuando nos íbamos de viaje, sólo mandábamos una carta a nuestros padres, añadiendo al final: saludos para Péter, Laci, Edit y Tivadar. En la casa de los Ulpius todo era distinto. Los dos hermanos se comunicaban con modales exquisitos, y se despedían con besos llenos de emoción, aunque salieran solamente para una hora escasa. Como más tarde descubrí, eran muy celosos el uno del otro, y ésa era una de las razones por las cuales no establecían lazos de amistad con nadie.

»Pasaban juntos todo el tiempo que podían, día y noche. Por la noche también estaban juntos, puesto que dormían en la misma habitación. Para mí, eso resultaba de lo más extraño. En mi casa, mis padres separaron a Edit de nosotros, los chicos, cuando ella cumplió doce años, y desde entonces se formó toda una corte femenina a su alrededor, con sus amigas y con sus amigos, que nosotros ni siquiera conocíamos, y que se divertían a su manera, que nosotros despreciábamos. El hecho de que Eva y Tamás durmieran en la misma habitación, excitaba mi fantasía adolescente. Imaginaba que la diferencia de sexos desaparecía entre ellos, y los dos empezaron a adquirir un aspecto andrógino ante mis ojos. Me relacionaba con Tamás con tacto y finura, como con las chicas, y con Eva no sentía esa tensión tan

molesta y tan aburrida que experimentaba con las amigas de Edit, con los seres declarados oficialmente femeninos.

»Me costó acostumbrarme al abuelo, que llegaba a cualquier hora —a veces incluso a mitad de la noche— a la habitación de los dos hermanos, vestido con los atuendos más fantásticos, con capa y sombrero, por ejemplo. Ellos siempre le recibían con la misma ovación ritual. Al principio, me aburrían las historias del viejecito, ni siquiera las comprendía del todo, puesto que hablaba en alemán, con un acento del Rhin septentrional: había emigrado a Hungría desde Colonia. Más tarde, descubrí el sabor de sus historias. El viejo era una enciclopedia viviente de la historia de Budapest. Para mí, amante de los edificios, esto significaba un auténtico premio. Era capaz de contarme la historia de cada casa del barrio del Castillo, y de cada persona que había vivido en aquellas casas. Así que las casas del Castillo, que hasta entonces solamente conocía de vista, se convirtieron en conocidas, y más tarde en amigas mías.

»Al padre, lo odiaba yo también. No me acuerdo haber hablado con él ni una sola vez. Cuando me veía, gruñía algo y se daba la vuelta. Los dos hermanos sufrían muchísimo cuando tenían que cenar con su padre. Cenaban en el enorme comedor, y ninguno decía nada durante toda la cena. Luego, los dos hermanos se sentaban, y el padre se paseaba por el comedor, solamente iluminado por una lámpara de pie. Cuando llegaba al otro lado del comedor, su figura se perdía en la oscuridad. Si decían algo, él se acercaba: "¿De qué habláis?", preguntaba con voz enemiga. Por suerte, raras veces se encontraba en casa. Bebía aguardiente en las tabernas hasta emborracharse, como los maleantes.

»Cuando nos conocimos, Tamás estaba trabajando en un ensayo de historia sobre las religiones. En realidad, el ensayo versaba sobre sus juegos de infancia. Pero él trataba el tema con los métodos de la historia comparativa de las religiones. Era un ensayo rarísimo, una mezcla de parodia de la historia de las religiones y de ensayo mortalmente serio sobre sí mismo.

»Tamás era un maníaco de las cosas antiguas, igual que yo. En su caso, no era de extrañar: lo había heredado de su padre, y además aquella casa parecía un museo. Para Tamás, las antigüedades eran la cosa más natural del mundo, y los objetos modernos eran raros y extraños. Él siempre deseó viajar a Italia, donde todo es antiguo y por lo tanto familiar. Y ahora yo estoy aquí, y sin embargo él nunca llegó... Mi atracción por las cosas antiguas responde más bien a un placer pasivo y a un deseo intelectual de conocimiento, mientras que la atracción de Tamás era una actividad llena de fantasía.

»Él actuaba y revivía la historia.

»Debes imaginar la vida de los dos hermanos en la casa de los Ulpius como un teatro permanente, una continua *commedia dell'arte*. Bastaba lo más mínimo para provocar una representación, para que Tamás y Eva actuaran, para que jugaran, como ellos lo llamaban. El abuelo contaba algo sobre una condesa que vivía en un

castillo, y que estaba enamorada de su cochero, y Eva se transformaba acto seguido en condesa y Tamás en cochero, o contaba cómo el juez regio Majláth fue asesinado por sus criados valacos, y Eva se convertía en juez regio y Tamás en criados valacos, mientras que otras veces interpretaban verdaderos dramas históricos, sangrientos, muy complicados que representaban por escenas. Las representaciones se hacían a grandes trazos, como las obras de la *commedia dell'arte*: para improvisar el vestuario, utilizaban las innumerables piezas extravagantes del ropero del abuelo, recitaban unos diálogos no muy largos, pero muy complicados y barrocos, y luego se producía un asesinato o un suicidio. Ahora que me acuerdo, me doy cuenta de que estas obras teatrales improvisadas siempre culminaban con la imagen de una muerte violenta. Tamás y Eva se estrangulaban, se envenenaban, se apuñalaban o se freían en aceite a diario.

»No podían imaginar su futuro sin el teatro, las pocas veces que se lo imaginaban. Tamás quería ser dramaturgo, Eva se preparaba para ser una gran actriz. Aunque la palabra prepararse no es correcta del todo, puesto que Tamás nunca escribió ni un acto de ningún drama, ni a Eva tampoco se le ocurrió matricularse en ninguna escuela de arte dramático. Desde luego, les encantaba ir al teatro. Siempre iban al Nemzeti. Tamás odiaba las obras de teatro ligeras o modernas, de la misma manera que aborrecía la arquitectura contemporánea, sólo le gustaban los dramas clásicos, repletos de asesinatos y de suicidios.

»Por supuesto, para ir al teatro necesitaban dinero, y creo que su padre nunca se lo dio. La vieja cocinera, su protectora terrenal, un tanto desaseada, les daba lo que sisaba del dinero de la compra. También el viejo abuelo siempre tenía para ellos algunas monedas que sacaba de fuentes misteriosas, me imagino que ganaba algo arreglando relojes a hurtadillas. Sin embargo, todo esto no bastaba para saciar la sed teatral de los dos hermanos.

»Eva era la que se encargaba de conseguir el dinero. Esta palabra no se podía pronunciar en presencia de Tamás. Eva lo conseguía, era muy astuta para los asuntos del dinero. Vendía todo lo que podía, y a muy buen precio: a veces vendía algunos objetos valiosísimos del museo familiar, aunque esto era muy arriesgado, debido al rigor del padre, y a Tamás tampoco le gustaba que faltara ninguna de las antigüedades a las que estaba acostumbrado. A veces, Eva conseguía que la gente le prestara dinero, obtenía préstamos del verdulero, del pastelero, del farmacéutico y hasta del cobrador de la luz. Cuando no podía conseguir nada, robaba. Le robaba a la cocinera, a su padre, con verdadera valentía, desafiando la muerte, aprovechándose de sus borracheras. Esta era la fuente de ingresos más segura y hasta cierto punto más honrada que tenían. Una vez consiguió robarle diez monedas al pastelero, algo que le llenó de orgullo. Seguramente cometió otros robos que nunca me contó. También me robaba a mí. Cuando me di cuenta, y protesté con amargura, en lugar de robarme me exigió el pago de un impuesto

semanal con el que tuve que contribuir al fondo familiar. Por supuesto, Tamás no sabía nada de nada.

En este punto, Erzsi le interrumpió:

—*Moral insanity*.

—Claro que sí —prosiguió Mihály—. Tales términos técnicos resultan muy tranquilizadores. También son absolutorios, hasta cierto punto, por lo menos. Alguien resulta ser una enferma, en vez de una ladrona. Sin embargo, Eva no era una enferma ni tampoco una ladrona. Tan sólo que no tenía ninguna noción moral relacionada con el dinero o con las cosas que se consiguen con él. Los dos hermanos Ulpius estaban tan alejados de las cosas del mundo, de su orden económico y social, que no tenían ni idea de cómo es lícito o ilícito conseguir dinero. Para ellos, el dinero no existía. Sólo sabían que a cambio de ciertos billetes medianamente hermosos y de ciertas monedas de plata podían ir al teatro. La grandiosa mitología abstracta del dinero, la base religiosa y moral de los sentimientos del hombre moderno, los ritos del sacrificio al dios dinero, tales como el «trabajo honrado», el ahorro, la inversión y cosas así les eran absolutamente ajenas, ni siquiera conocían tales términos. Todas estas cosas nacen con el hombre, pero no nacieron con ellos, o bien las aprendes en tu casa, como yo, pero ellos no aprendieron en su casa más que la historia de las casas del barrio del Castillo.

»No puedes ni imaginar hasta qué punto eran irreales, hasta qué punto aborrecían cualquier manifestación de la realidad. Nunca leían los periódicos, no se enteraban de lo que ocurría en el mundo. Era la época de la guerra mundial, pero a ellos eso no les importaba. En el instituto, un día se descubrió que Tamás nunca había oído hablar de István Tisza.[2] Cuando cayó la ciudad de Przemysl,[3] Tamás creyó que se trataba de un general ruso, y expresó su alegría: casi se gana una paliza. También los muchachos más inteligentes de la clase hablaban de Ady[4] y de Babits,[5] pero Tamás estaba convencido de que todo el mundo hablaba siempre de generales, y también de Ady pensó que era uno de ellos. Los muchachos más inteligentes, al igual que sus profesores, pensaban que Tamás era un tonto. Su genio peculiar, sus conocimientos

---

[2] *Primer ministro húngaro entre 1903-1905 y 1913-1917, defensor de los intereses de los latifundistas, y fundador del Partido Nacional por el Trabajo. (N. de la T.)*

[3] *Ciudad polaca que pertenecía a la monarquía austro-húngara hasta 1918. En la Primera Guerra Mundial resistió el asedio de los rusos durante meses, y se convirtió en el símbolo de la resistencia. (N. de la T.)*

[4] *Endre Ady (1877-1919). Poeta húngaro, la primera figura de la poesía moderna del siglo XX. Destacó también como periodista por sus planteamientos progresistas. (N. de la T.)*

[5] *Mihály Babits (1883-1941). Poeta, novelista y ensayista húngaro, maestro de las formas clásicas. (N. de la T.)*

históricos fueron totalmente ignorados en el instituto, pero a él eso no le importaba en absoluto.

»En todos los demás asuntos también estaban absolutamente fuera del orden general de las cosas. Eva, por ejemplo, se acordó una vez a las dos de la madrugada de que había olvidado su cuaderno de francés en los bosques del monte Sváb, de modo que los dos se vistieron, subieron al monte Sváb y estuvieron vagabundeando por allí toda la noche. Al día siguiente, Tamás faltó a clase, y Eva le hizo un justificante falsificando la firma del viejo Ulpius. Eva no iba al instituto, no hacía absolutamente nada, simplemente se entretenía sola, como las gatas.

»Podías llegar a su casa en cualquier momento, nunca les molestabas, seguían haciendo su vida, como si no estuvieras presente. También te recibían con mucho gusto durante la noche, pero en mis años de instituto no les pude visitar de noche, debido a la disciplina que reinaba en mi casa. A lo sumo, podía verles un rato después de ir al teatro, y yo soñaba todo el tiempo con poder dormir en su casa. Después de acabar mis estudios en el instituto, pasé muchas noches allí.

»Más adelante, leí en un famoso ensayo inglés que el principal rasgo de carácter de los celtas era rebelarse contra la tiranía de las cosas. Los hermanos Ulpius eran, en ese sentido, absolutamente celtas. Dicho sea de paso, tanto Tamás como yo estábamos locos por los celtas, por las leyendas del Santo Grial y por Parsifal. Probablemente me sentía tan bien con ellos porque eran así de celtas. Con ellos, me encontraba a mí mismo. Me di cuenta de por qué me sentía siempre como un extraño en mi casa, de por qué me avergonzaba constantemente. Porque en mi casa reinaban los hechos. En casa de los Ulpius, me sentía más en casa. Iba a verles a diario, y pasaba allí todo mi tiempo libre.

»Cuando me sumergí en el ambiente de la casa de los Ulpius, se acabaron mis continuos sentimientos de vergüenza, y desaparecieron también todos los síntomas de mi nerviosismo. La vorágine la experimenté por última vez cuando Tamás Ulpius me sacó de ella. Nadie me miró por encima del hombro nunca más, ni nadie más me molestó observándome por las noches. Dormía tranquilo, la vida me proporcionaba todo lo que necesitaba. También físicamente me encontraba mejor, mi cara se desfrunció. Fueron los años más felices de mi vida, y si alguna vez algún olor o algún destello de luz me lo recuerda, todavía siento aquella felicidad excitante, embriagadora y lejana, la única felicidad que he conocido.

»Por supuesto que aquella felicidad tampoco me la dieron gratis. Para sentirme bien en casa de los Ulpius, tuve que desligarme del mundo de los hechos. Tuve que escoger entre una cosa u otra: no podía vivir en dos mundos a la vez. Yo también dejé de leer los periódicos, y rompí con mis amigos inteligentes. Poco a poco empezaron a considerarme tan tonto como a Tamás, algo que me dolía muchísimo, puesto que yo era muy vanidoso, y sabía que era inteligente, pero no lo pude remediar. Me desligué completamente de mi familia, hablaba con mis padres y hermanos en el mismo tono educado pero distante que había aprendido de Tamás.

La brecha que se formó entre nosotros en aquella época no la pude llenar nunca más, por más que lo intentara y desde entonces mantengo los mismos remordimientos con mi familia. Después traté de paliar este sentimiento de distancia con la obediencia, pero esto ya es otra historia...

»Mis padres veían con sorpresa los cambios que se producían en mí. Se reunieron en casa de mi tío, y después de un consejo familiar lleno de preocupaciones, decidieron que yo necesitaba a una mujer. Mi tío, muy desconcertado, me lo hizo saber a través de expresiones simbólicas. Yo le escuché con mucha atención pero sin ningún interés, puesto que para aquel entonces ya habíamos jurado con Tamás, Ervin y János Szepetneki que nunca tocaríamos a ninguna mujer, porque nos convertiríamos en los nuevos caballeros del Santo Grial. La idea de la mujer se fue diluyendo poco a poco, y mis padres se resignaron y me aceptaron tal cual. Creo que hasta hoy mi madre sigue diciendo a las criadas y a los recién conocidos que llegan a casa que tengan cuidado, que yo soy un tanto peculiar. Sin embargo, hace ya años que no se puede encontrar ni con lupa algo que sea peculiar en mí.

»No podría decirte cuáles fueron los cambios que preocuparon tanto a mis padres. Es verdad que los dos Ulpius exigían que te adaptaras a ellos en todos los sentidos, y yo me adaptaba con gusto y con alegría. Dejé de estudiar. Reconsideré mis opiniones, y empecé a odiar cosas que antes me gustaban: el servicio militar, la gloria conseguida en el campo de batalla, a mis compañeros de clase, la comida húngara, todo lo que en el instituto se considerase "sano" o "jovial". Dejé de jugar al fútbol, algo que antes me apasionaba, y la esgrima se convirtió en el único deporte permitido, que practicábamos los tres con auténtica disciplina. Leía muchísimo, para estar a la altura de Tamás, aunque la lectura no me suponía ningún esfuerzo. En aquella época nació mi interés por la historia de las religiones, que abandoné, junto con muchas otras cosas, cuando me hice un hombre serio.

»Sin embargo, tenía mala conciencia en relación con los Ulpius. Tenía la sensación de estar engañándoles. Porque lo que para ellos era una libertad natural, para mí era una rebeldía rígida. Yo soy demasiado cívico, me educaron así, tú lo sabes muy bien. Me tenía que esforzar, tenía que decidirme con un hondo suspiro cada vez que echaba la ceniza del cigarrillo al suelo, mientras que los dos Ulpius ni siquiera eran capaces de imaginar otra cosa. Si alguna vez decidía, de manera heroica, faltar al instituto junto con Tamás, me dolía el estómago durante todo el día.

»Yo, por naturaleza, me despierto temprano por las mañanas, me entra sueño por las noches, tengo hambre a la hora de comer y de cenar, prefiero comer en un plato que en otra cosa, y no me gusta empezar por el postre, me gusta el orden, y me dan pánico los policías. Todas estas características, todo mi ser concienzudo y amante del orden, todo mi ser cívico tenía que ocultarlo delante de los Ulpius. Ellos me conocían, tenían su propia opinión de mí, pero como eran tan refinados, no decían nada, miraban a un lado, no hacían caso si en ocasiones sufría ataques de orden o de ahorro.

»Lo más difícil era que tenía que participar en sus juegos. En mí no hay ningún gusto por el teatro o por actuar, soy irremediablemente vergonzoso, y al principio casi me muero cuando me pusieron el chaleco rojo del abuelo para que actuara de papa Alejandro VI en un drama por escenas sobre los Borgia. Más tarde aprendí los papeles que ellos me designaban, aunque nunca llegase a improvisar aquellas frases barrocas que ellos recitaban con tanta facilidad. Sin embargo, resulté ser excelente como víctima. Era el mejor para ser envenenado o achicharrado en aceite. Otras veces tuve que representar simplemente a la muchedumbre, que caía víctima de las atrocidades de Iván el Terrible, y tuve que agonizar y morir veinticinco veces seguidas, cada vez de manera distinta. Coseché muchos éxitos con mis técnicas de agonía.

»También te tengo que contar otra cosa, aunque me cueste, incluso después de haber tomado tanto vino, pero como eres mi mujer, lo tienes que saber: me gustaba mucho actuar de víctima. Ya por las mañanas pensaba en eso, lo esperaba durante todo el día, me imaginaba que...

—¿Por qué te gustaba tanto actuar de víctima? —preguntó Erzsi.

—Hmm... pues por razones eróticas, no sé si entiendes lo que quiero decir... Con el tiempo, comencé a inventar las historias donde podía actuar de víctima como a mí me gustaba. Por ejemplo (en aquel entonces ya el cine influía en mi imaginación), historias como que Eva era una seductora (las películas de entonces trataban mucho estos temas) que me llevaba a su casa, me hacía beber hasta emborracharme, para robarme y matarme. O bien, en su versión histórica: representar la historia de Judit y Holofernes; eso me encantaba. O bien yo era un general ruso, Eva era una espía, y cuando me dormía me robaba el plan Estratégico. Tamás era, a lo mejor, mi ayudante, muy astuto; perseguía a Eva y conseguía recuperar el plan, pero la mayoría de las veces Eva también le inmovilizaba, y los rusos perdían casi todas las batallas. Lo improvisábamos todo. También a Eva y Tamás les gustaban todas estas historias. La única diferencia era que yo siempre sentía vergüenza; sigo sintiéndola incluso ahora que te lo cuento, y ellos no la sintieron jamás. A Eva le gustaba ser la mujer que engaña, traiciona y mata a los hombres, y a Tamás y a mí nos gustaba ser el hombre al que engañan, traicionan, matan o humillan...

Mihály se calló, y siguió bebiendo. Pasado un rato, Erzsi le preguntó:

—Dime una cosa..., ¿estabas enamorado de Eva Ulpius?

—No, no creo. Si insistes en hablar de amor, estaba más bien enamorado de Tamás. Tamás era mi ideal, Eva era como un plus, como un instrumento erótico en nuestros juegos. Tampoco diría que estaba enamorado de Tamás, puesto que esto se puede interpretar mal, podrías pensar que existía una relación enfermiza, homoerótica entre nosotros, y esto no es verdad. Era mi mejor amigo, en el sentido grandioso de la palabra, en el típico sentido de los adolescentes, y lo que era enfermizo en el asunto era otra cosa, algo mucho más profundo, como estoy tratando de explicarte.

—Pero dime, Mihály... es tan difícil de imaginar... pasasteis tantos años juntos... y ¿nunca hubo ni un ligero flirteo entre tú y Eva Ulpius?

—No, nunca.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo?, pues no lo sé..., probablemente porque éramos amigos demasiado íntimos, y no podía haber ningún flirteo, ni podíamos estar enamorados. En el amor hace falta cierta distancia para que los enamorados puedan acercarse a través de ella. Ese acercamiento, sin embargo, es sólo una ilusión, puesto que el amor en realidad aleja a las personas. El amor es una polaridad, los dos enamorados son los dos polos opuestos del mundo...

—Dices cosas muy inteligentes para estas horas de la noche, pero yo no entiendo nada. ¿Quizás era fea?

—¿Fea? Era la mujer más hermosa que he conocido en toda mi vida. No, eso tampoco es cierto. Ella era la mujer hermosa, y desde entonces yo comparo a todas las mujeres y toda la belleza con ella. Todas las mujeres de las que he estado enamorado se parecían en algo a ella, una tenía las piernas como ella, otra alzaba la cabeza como ella otra tenía la misma voz por teléfono.

—¿Yo también?

—Tú también... Sí.

—¿En qué me parezco a ella?

Mihály se ruborizó y se calló.

—Dímelo..., te lo pido por favor.

—Cómo decirte... Levántate, por favor, y ven aquí, a mi lado.

Erzsi se puso al lado de la silla de Mihály, él la abrazó por la cintura y la miró desde abajo. Erzsi sonrió.

—Eso... eso es —le explicó Mihály—. Cuando me sonríes así, desde arriba. Así me sonreía Eva cuando yo actuaba de víctima.

Erzsi se alejó y se volvió a sentar en su sitio.

—Muy interesante —dijo, desganada—. Probablemente te callas algo. No importa. No creo que sea tu deber contármelo todo. Yo tampoco tengo remordimientos por no haberte contado cosas de mi adolescencia. Tampoco creo que sea tan importante. Pero a mí me parece que tú estabas enamorado de aquella muchacha. Es sólo una cuestión de palabras. Yo, sin embargo, creo que eso se llama estar enamorado.

—No, no, ya te digo. Yo no estuve enamorado de ella. Sólo los demás, todos los demás.

—¿Quiénes eran los demás?

—Ahora te lo iba a contar. Durante años, en la casa Ulpius no hubo otro invitado más que yo. Cuando estábamos en octavo, la cosa cambió. Se unieron a nosotros Ervin y János Szepetneki. Ellos venían a ver a Eva, y no a Tamás, como hacía yo. Todo empezó cuando el instituto organizó una representación teatral, como todos los

años, y como nosotros estábamos en octavo, teníamos el papel principal de todo el festejo. Se trataba de una obra escrita para la ocasión, muy bonita, cuyo único problema era que había en ella un papel femenino bastante extenso. Los muchachos traían a sus ídolos, esas jovencitas que habían conocido en las pistas de patinaje y en las escuelas de baile, pero el profesor que dirigía la obra —un cura joven, muy inteligente, que odiaba a las mujeres— no se conformaba con ninguna. Yo mencioné el asunto delante de Eva. Desde entonces, ella no pudo pensar en otra cosa, intuía que era la ocasión para iniciar su carrera como actriz. Por supuesto Tamás no quería ni oír hablar del asunto, pensaba que era muy poco elegante para ella establecer un contacto tan directo, casi familiar con el instituto. Sin embargo, Eva me chantajeó hasta tal punto que mencioné el asunto al profesor en cuestión, que me apreciaba mucho, y él me pidió que le llevara a Eva. Y se la llevé. Apenas abrió la boca, el profesor sentenció: «Usted actuará, usted y nadie más.» Eva se hizo de rogar, alegando las ideas estrictas, antiteatrales de su padre, se hizo de rogar y convencer, hasta que por fin accedió.

»Ahora no quiero decirte nada sobre la representación, sólo te mencionaré que Eva no tuvo ni el más mínimo éxito, los padres reunidos para la ocasión, entre ellos mi madre, opinaron que era demasiado atrevida, poco femenina, un tanto vulgar, o sea que muy extraña, etcétera, pues notaban en ella la rebeldía y se sentían ultrajados en sus conceptos morales, sin que hubiera habido nada criticable en su actuación, su vestuario o su comportamiento. Tampoco tuvo éxito entre los muchachos, aunque era muchísimo más guapa que las jovencitas de las pistas de patinaje y de las escuelas de baile. Ellos reconocían que Eva era muy guapa, pero "por otra parte"..., decían, y se encogían de hombros. En estos jóvenes cívicos ya existía el germen del comportamiento de sus padres en contra de la rebeldía. Solamente Ervin y János reconocieron a la princesa encantada en Eva, puesto que ellos también eran ya rebeldes.

»A János Szepetneki lo acabas de conocer. Siempre ha sido así. Era el que mejor recitaba poemas en la clase, destacaba, sobre todo, en el papel de Cyrano. Llevaba una pistola, y afirmaba cada semana haber matado a un ladrón que había pretendido robar unos documentos misteriosos de su madre viuda. Tenía sensacionales relaciones amorosas con distintas mujeres en una época donde los demás apenas empezaban a pisarles el pie a sus compañeras de baile. Durante los veranos se entrenaba en los campos militares, y llegó al grado de teniente. Desgarraba sus trajes nuevos en cuestión de segundos, puesto que siempre saltaba o se caía desde algún sitio. Su mayor ambición era demostrarme que él valía más que yo. Creo que esto se debía a que a los trece años tuvimos un profesor que era experto en el estudio del cráneo humano, y que un día examinó los nuestros, concluyendo que yo tenía talento y János no. Él no supo sobreponerse, incluso años después de haber acabado nuestros estudios en el instituto lo recordaba entre lágrimas. Quería ser mejor que yo en todo: en el fútbol, en los estudios, en

inteligencia. Cuando yo abandoné las tres cosas, él se quedó desconcertado, y no supo qué hacer. Luego, se enamoró de Eva, porque pensó que ella estaba enamorada de mí. Así era János Szepetneki.

—¿Y quién es Ervin?

—Ervin era un muchacho judío, que acababa de convertirse al catolicismo, quizás por influencia de nuestros profesores que eran curas, quizás por su propio desarrollo interno: así lo creo yo. Antes, a los dieciséis años, él había sido el más inteligente entre los muchachos inteligentes y vanidosos: los judíos maduran antes. Tamás le odiaba por su inteligencia, y se volvía completamente antisemita en cuanto a Ervin se refiere.

»Por Ervin conocimos las teorías de Freud, los ideales socialistas, el Círculo de Marzo;[6] él fue el primero de nosotros en quien se manifestó todo aquel mundo tan extraño que más tarde desembocaría en la revolución de Károlyi.[7] Escribía poemas hermosísimos, al estilo de Endre Ady.

»Había cambiado casi de un día para otro. Dejó de comunicarse con sus compañeros de clase, solamente hablaba conmigo; yo ya no comprendía sus poemas, por lo menos no con mi mente de entonces, y no me gustaba en absoluto que empezara a escribir poemas de versos largos que no rimaban. Se mantenía alejado de los demás, leía mucho, tocaba el piano, no sabíamos casi nada de él. Un día le vimos en la capilla: se acercó al altar, con los demás muchachos, para comulgar. Así supimos que se había convertido al catolicismo.

»¿Por qué se convirtió? Seguramente porque le atraía la belleza del catolicismo, tan extraña para él. También le atraía la severidad intransigente de los dogmas y de las reglas éticas. Creo que había en él algo que le empujaba al ascetismo, así como otros se dejan arrastrar hacia los placeres de la vida. O sea, todas aquellas razones que hacen que la gente se convierta en un católico ferviente. Y también había otra cosa más que en aquel entonces yo no veía con claridad. También Ervin, como todos, excepto yo, en casa de los Ulpius, era un actor nato. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que desde su primera infancia, siempre actuaba. Representaba el papel de intelectual y de revolucionario. No era directo ni natural, como hubiera debido ser. Cada palabra, cada uno de sus movimientos eran estilizados. Utilizaba

---

[6] *Frente progresista y antifascista de artistas y universitarios (1937-1938). Empezó como un movimiento intelectual que también actuó en la vida política y que fue dividido y aplastado por la derecha. (N. de la T.)*

[7] *Mihály Károlyi (1875-1955), latifundista y político, también llamado «el barón rojo». Promotor de la independencia de Hungría de la monarquía, contrario a la participación del país en la Primera Guerra Mundial. Promotor de reformas democráticas, en 1919 fue elegido primer ministro por aclamación popular. Distribuyó parte de sus tierras entre los campesinos, y apoyó las exigencias de la clase obrera. Renunció a su cargo a favor de los partidos de los obreros, y emigró al extranjero. (N. de la T.)*

palabras anticuadas, era reservado, siempre buscaba la posibilidad de poder representar papeles importantes. Sin embargo, no actuaba como los Ulpius, que olvidaban sus papeles enseguida, para buscar otros, sino que quería interpretar el papel de su vida, un único papel grandioso y difícil, el único papel digno de él y de su vida, y lo encontró en el catolicismo. Nunca más cambió de actitud, sino que representó su papel cada vez con una mayor profundidad interior.

»Era un católico tan ferviente como sólo suelen serlo los judíos convertidos, que salvaguardan los grandes conflictos del catolicismo sin que el paso de los siglos los hayan debilitado. Él no era católico a la manera de nuestros compañeros de clase, devotos y pobres de espíritu, quienes comulgaban a diario, frecuentaban la congregación y se preparaban para ser curas o teólogos. El catolicismo de ellos era una especie de adaptación, el suyo era una rebeldía, una confrontación con el mundo ateo o indiferente. Todas sus opiniones eran católicas, sobre los libros, sobre la guerra, sobre sus compañeros de clase, sobre el bocadillo que se comía a la hora del recreo. Era mucho más intransigente y dogmático que la mayoría de nuestros profesores de religión. "El que echa mano al arado y sigue mirando para atrás, no vale para el reino de Dios" era su cita favorita de la Biblia. Excluyó de su vida todo lo que no fuera completamente católico. Vigilaba con una pistola la salvación de su alma.

»Lo único que conservaba de su vida anterior era su pasión por fumar. No me acuerdo haberle visto nunca sin el cigarrillo en la boca.

»También tuvo que afrontar muchas tentaciones. A Ervin le encantaban las mujeres. El era el eterno enamorado de la clase, de la misma manera cómica, por excluyente, que János Szepetneki era el mentiroso. Toda la clase conocía sus amores, puesto que se pasaba tardes enteras paseando con la misma muchacha por el monte Gellért, y le escribía poemas de amor. Todos los compañeros de clase admiraban los amores de Ervin, porque sentían su intensidad y su poesía. Sin embargo, cuando se convirtió al catolicismo, también renunció a sus amores. Fue justo cuando los otros empezaron a frecuentar los burdeles. Ervin les repudiaba. Aunque yo creo que los demás sólo iban a ver a las mujeres por broma y fanfarronería, y Ervin era el único que sabía de verdad lo que era el deseo y la tentación de la carne.

»Fue cuando conoció a Eva. Seguramente ella intentó seducirle. Porque Ervin era muy guapo, tenía la tez de marfil, la frente muy alta y los ojos ardientes. Irradiaba rareza, terquedad y rebeldía. También era cariñoso y refinado. Sólo me di cuenta de todo ello cuando Ervin y János llegaron a la casa de los Ulpius.

»La primera tarde fue horrible. Tamás estuvo muy reservado, se comportaba como un príncipe, solamente muy de vez en cuando hacía o decía algo que no tuviera nada que ver con nada, para desconcertar a los burgueses. Sin embargo, Ervin y János no se desconcertaban, puesto que no eran burgueses. János fue el que habló sin parar durante toda la tarde, sobre sus experiencias en la caza de ballenas y sobre sus grandiosos planes de negocios con la explotación de cocoteros. Ervin callaba,

fumaba y no dejaba de mirar a Eva, y ésta, por su parte, se comportaba de una manera distinta que otras veces. Se quejaba de todo, se hacía la delicada, se mostraba femenina. Yo me sentía fatal. Me sentía como el perro que se da cuenta de repente que de ahora en adelante tiene que compartir con otros dos perros el privilegio de estar sentado debajo de la mesa, mientras la familia almuerza. Gruñía, pero tenía ganas de llorar.

»Yo aparecía menos, intentaba llegar cuando Ervin y János no estuvieran. Además, nos preparábamos para los exámenes finales del instituto, y tenía que estudiar en serio, al tiempo que intentaba enseñar a Tamás todo lo imprescindible. No sé de qué manera pasamos los exámenes con éxito. Conseguí arrastrar a Tamás por la fuerza, aunque aquel día no quería ni levantarse. Después, empezó otra vez la vida a lo grande en casa de los Ulpius.

»Para entonces, todo se había arreglado ya. Los Ulpius fueron los más fuertes. Habían conseguido asimilar totalmente a Ervin y a János. Ervin se hizo menos austero, se disfrazó con un estilo más afable, aunque un tanto rebuscado, empezó a hablar como si hablara entre comillas, como si hubiese querido expresar que no se identificaba por completo con lo que decía y hacía. János se volvió más silencioso, más sentimental.

»Poco a poco, regresamos a nuestros juegos, pero éstos se hicieron más sofisticados, enriquecidos con el espíritu aventurero de János y el estilo poético y fantasioso de Ervin. János resultó ser un excelente actor. Recitaba con más entusiasmo y lloraba con más fervor que cualquiera (porque sobre todo le gustaban los papeles de galán desesperado), así que teníamos que detenernos a menudo, y esperar hasta que se calmara. Ervin prefería actuar de animal salvaje: era excelente en el papel de bisonte que Ursus (o sea yo) vencía, y era un unicornio de verdadero talento. Desgarraba con su único cuerno cualquier obstáculo: cortinas, sábanas, lo que fuera.

»En aquella época, los muros de la casa de los Ulpius empezaron a abrirse, a volverse más amplios. Nos aficionamos a dar grandes paseos por las colinas de Buda, nos íbamos a bañar al río y también empezamos a beber. La idea fue de János que llevaba años contándonos sus aventuras en las tabernas. A su lado, la mejor bebedora era Eva, casi no se notaba que bebía, sólo que se hacía todavía más Eva. Ervin empezó a beber con la misma pasión con que fumaba. No quiero aburrirte con juicios de tipo racial, pero tú también sabes que es muy raro que un judío beba en exceso. La manera de beber de Ervin era tan rara como su catolicismo. Como si se hubiera tirado de cabeza a la bebida, de una manera desesperada, como si no se hubiese emborrachado con vinos húngaros, sino con cosas mucho más horribles, con hachís o con cocaína. Al mismo tiempo, era como si estuviera siempre despidiéndose de todo, como si estuviera bebiendo por última vez, como si estuviera haciendo todo por última vez en este mundo. Yo me acostumbré pronto al vino, se me hizo imprescindible beber para sentirme relajado sentimentalmente,

para no controlar tanto mis actos, pero me daban muchísima vergüenza mis constantes cogorzas, que trataba de disimular en mi casa, mientras juraba y rejuraba que no bebería más. Luego, volvía a beber, y sentía cada vez más que era un ser débil, y crecía en mí aquella sensación de pérdida que caracterizó aquellos últimos años en casa de los Ulpius. Tenía la sensación de estar "buscando mi perdición", sobre todo cuando bebía. Me parecía que me estaba alejando cada vez más de lo que llaman la vida normal de la gente común, de todo lo que mi padre esperaba de mí. Ese sentimiento me encantaba, a pesar del terrible remordimiento. En aquella época casi huía de mi padre.

»Tamás bebía muy poco, y se volvía cada vez más silencioso.

»Fue entonces cuando empezamos a sentir los efectos que tenía sobre nosotros la religiosidad de Ervin. Comenzamos a ver aquel mundo, aquella realidad que habíamos rechazado y que nos había asustado. Sentíamos que todos nos volvíamos inevitablemente cada vez más sucios, y escuchábamos a Ervin con admiración: él nos decía que no tenía por qué ser así. Empezamos a juzgar la vida terrenal con la misma seriedad y dogmatismo con que él lo juzgaba todo. Durante un tiempo él fue nuestro jerarca, le hacíamos caso en todo, János y yo competíamos para destacar en los actos devotos. Descubríamos cada día nuevos pobres seres necesitados de ayuda y nuevos grandes escritores católicos inmortales que salvar del indigno olvido. Santo Tomás y Jacques Maritain, Chesterton y San Anselmo de Canterbury sobrevolaban nuestras habitaciones como moscas. Ibamos a la iglesia, y János tuvo sus propias apariciones, por supuesto. Una vez, una madrugada santo Domingo se asomó a su ventana y le dijo, con el dedo índice levantado: "A ti te cuidaremos de manera especial." Creo que János y yo éramos particularmente ridículos con nuestras actitudes. Los dos hermanos Ulpius participaron del catolicismo con menos fervor.

»Este período duró más o menos un año, luego se produjo la desintegración. No podría decirte cómo empezó, lo cierto es que la realidad cotidiana se hizo cada vez más patente, y la decadencia también. Se murió el abuelo Ulpius. Sufrió bastante, asfixiándose durante semanas, agonizando. Eva le cuidó con sorprendente paciencia, se pasaba las noches velando al lado de su cama. Cuando más tarde le dije que había sido un acto muy digno por su parte, sonrió efusivamente, y me respondió que era muy interesante ver cómo alguien se muere.

»Entonces, el padre decidió que tenía que hacer algo con sus hijos, que las cosas ya no podían seguir igual. Quiso casar a Eva con la mayor urgencia. La mandó a casa de una tía rica que vivía en una ciudad de provincias y que llevaba una vida de sociedad, para que participara en las fiestas y en los bailes, y para no sé qué más. Eva regresó una semana después, contándonos historias fabulosas, y aguantó con resignación las bofetadas de su padre. Tamás no tenía un carácter tan fácil. Su padre le obligó a trabajar en una oficina. Es horrible pensar, y todavía se me llenan los ojos de lágrimas al recordarlo, cuánto debió de haber sufrido Tamás en aquella oficina.

Trabajaba en el ayuntamiento, entre pequeños burgueses absolutamente normales que pensaban de él que estaba loco. Le encargaban las tareas más idiotas, más rutinarias, puesto que no se imaginaban que fuera capaz de hacer algo que precisara algún pensamiento o alguna decisión propia. Quizás tuvieran razón. Sus compañeros de trabajo le humillaban constantemente, aunque no le hacían daño, sino que, al contrario, sentían lástima por él y lo trataban con miramientos. Tamás nunca se quejó delante de nosotros, sólo con Eva y muy de vez en cuando: ella me lo contó. Tamás se quedaba pálido y no decía nada si le preguntábamos por su trabajo.

»Fue cuando tuvo su segundo intento de suicidio.

—¿El segundo? —preguntó Erzsi.

—Sí. Hubiera tenido que mencionar antes el primero, que había sido más importante, y en cierta manera más horrible. Ocurrió cuando teníamos dieciséis años, o sea al principio de nuestra amistad. Un día me presenté en su casa sin avisar, como de costumbre. Encontré a Eva sola, estaba dibujando algo con una concentración más bien inusual en ella. Me dijo que Tamás había subido al desván, que lo esperara, que bajaría en seguida. Tamás tenía entonces la costumbre de subir al desván para llevar a cabo sus expediciones, para rebuscar en los baúles, entre las cosas viejas, donde siempre encontraba algo con que ocupar su fantasía de anticuario o que pudiéramos utilizar en nuestros juegos; de todas formas el desván de una casa vieja es un lugar muy romántico. No me sorprendió que hubiese subido, y le esperaba con tranquilidad. Eva, ya te digo, estaba inusualmente silenciosa.

»De repente se puso muy pálida, se levantó de un salto, y me llamó chillando, diciendo que subiéramos al desván para ver qué pasaba con Tamás. Yo no sabía de lo que se trataba, pero me contagió su sobresalto. El desván estaba ya casi a oscuras. Era enorme, antiguo, lleno de recovecos, con puertas de madera misteriosas por doquier, con baúles y tablas de madera atravesadas por los pasillos, yo me daba contra las vigas bajas con la cabeza, y tuvimos que subir y bajar varias escaleras. Eva corría en la oscuridad sin titubear, como si supiera dónde podía encontrar a Tamás. Al fondo del pasillo había una alcoba muy baja pero muy larga, y al final de la alcoba se veía la luz que penetraba por una claraboya redonda. Eva se detuvo, y se agarró a mí, chillando. A mí me castañeteaban los dientes, pero ya en aquel entonces yo era como sigo siendo ahora: cuanto más miedo siento, más valiente me vuelvo. Entré en la alcoba oscura, tirando de Eva, que seguía agarrada a mí.

»Al lado de la claraboya colgaba Tamás, a un metro más o menos del suelo. Se había ahorcado. "Está vivo, todavía está vivo", me gritaba Eva, y me alcanzó un cuchillo. Obviamente sabía de sobra lo que había planeado Tamás. Había una caja cerca, a la que probablemente él se había subido para atar la soga a la viga. Subí de un salto a la caja, corté la soga, abracé a Tamás con el otro brazo y lo bajé con cuidado para que Eva le quitara la soga del cuello.

»Tamás volvió pronto en sí, habrían pasado sólo unos pocos minutos desde que se había ahorcado, no le había ocurrido nada grave.

»—¿Por qué me has delatado? —le preguntó a Eva. Ella se sentía avergonzada y no decía nada.

»Pasó un rato, entonces le pregunté con mucho tacto por qué lo había hecho.

»—Quería saber cómo era —respondió Tamás, indiferente.

»—¿Y cómo es? —preguntó Eva, muy curiosa, con los ojos muy abiertos.

»—Algo muy bueno.

»—¿Lamentas que te hayamos cortado la soga? —le pregunté, con cierta sensación de remordimiento.

»—No. Tengo tiempo. Otra vez será.

»Tamás todavía no sabía explicar de lo que se trataba. Tampoco hacía falta, yo le comprendía a través de nuestros juegos. En nuestras tragedias representadas nos matábamos y nos moríamos constantemente. De esto, sólo de esto, trataban nuestros juegos. Tamás estuvo siempre obsesionado con la idea de la muerte. Trata de comprender, si es que se puede comprender: no le importaba tanto la muerte, la destrucción o la desaparición, Lo que le interesaba era el acto de morir. Hay gente que comete, por un "impulso irrefrenable", un asesinato tras otro, para volver a experimentar el placer ardiente de matar. Un impulso así le empujaba a Tamás a experimentar el éxtasis final de su propia muerte. Creo que no puedo explicártelo, Erzsi, una cosa así es imposible de explicar, de la misma manera que es imposible explicar la música a alguien que tenga callos en los oídos. Yo comprendía a Tamás. Durante años no volvimos a hablar del asunto, pero sabíamos los dos que lo comprendíamos, que nos comprendíamos.

»Cuando teníamos viente años, Tamás hizo su segundo intento, en el cual participé. No te asustes, ya ves que estoy vivo.

»En aquella época andaba yo bastante desesperado, sobre todo a causa de mi padre. Después de acabar mis estudios en el instituto me matriculé en la universidad, en la facultad de letras. Mi padre me preguntaba lo que quería ser, y yo le respondía que quería ser historiador de las religiones. "¿Y de qué quieres vivir?", me preguntaba a continuación. A esa pregunta ya no sabía qué responder, porque tampoco me interesaba saberlo. Era consciente de que mi padre quería que yo trabajara en su compañía. No tenía nada en contra de mis estudios universitarios, porque creía que sería un orgullo para la compañía que uno de sus empleados tuviera el doctorado. Yo veía la universidad como una posibilidad de prórroga. De ganar unos años, antes de volverme adulto.

»Por aquel entonces yo no me caracterizaba precisamente por las ganas de vivir. La sensación de pérdida era cada vez más fuerte, y ya ni siquiera el catolicismo me podía consolar, al contrario: aumentaba en mí esa conciencia de debilidad. No tenía madera de actor, y veía claramente que mi vida y mi ser estaban totalmente alejados del ideal de vida cristiana.

»Yo fui el primero en abandonar los ideales católicos del grupo: es una de las muchas traiciones que cometí.

»Bueno, una tarde llegué a casa de los Ulpius e invité a Tamás a pasear. Era una hermosa tarde soleada de primavera. Llegamos al barrio de Obuda y nos sentamos en una pequeña taberna, debajo de la estatua de San Florián. Yo bebí mucho y me quejaba de mi padre, de mis perspectivas, de toda la tristeza tan terrible de mi juventud.

»—¿Por qué bebes tanto? —me preguntó Tamás.

»—Porque me gusta.

»—¿Te gusta estar mareado?

»—Claro que sí.

»—¿Te gusta no saber nada de ti mismo?

»—Claro. Es lo único que me gusta.

»—Entonces... no te comprendo. Imagínate qué placer más grande el de morir del todo.

»Lo comprendí enseguida. Cuando uno está borracho, razona con mucha más lógica. Mi única objeción era mi aversión al dolor y a la violencia. No tenía ganas de ahorcarme o de matarme, ni de ahogarme en las aguas heladas del río Danubio.

»—No hace falta —me decía Tamás—. Tengo treinta centigramos de morfina, creo que nos bastará para los dos, aunque es una dosis individual. Yo, de todas formas, iba a morir un día de éstos, ya va siendo hora. Si tú me acompañas, será mejor todavía. Claro, no quiero influirte. Te lo digo así, sin más. Sí de todas formas tienes ganas...

»—¿Cómo conseguiste la morfina?

»—Me la dio Eva. Se la pidió al médico, alegándole que, por más que lo intentara, no podía dormir.

»Para ambos era de suma importancia que el veneno lo hubiese conseguido Eva. Formaba parte de nuestro juego, del juego enfermizo que habíamos tenido que modificar sustancialmente desde la llegada de Ervin y de János. El éxtasis siempre llegaba porque moríamos por Eva o para Eva. El hecho de que Eva hubiese proporcionado el veneno, me convenció definitivamente para tomarlo. Y lo tomamos.

»No te puedo explicar lo sencillo y natural que era, en aquel entonces, suicidarnos. Yo estaba borracho, y beber me provocaba siempre una sensación de "al fin y al cabo todo da lo mismo". Aquella tarde la bebida había liberado el demonio encadenado que habita, creo, en el fondo de la conciencia de todos nosotros, y que nos empuja hacia la muerte. Piénsalo bien: es mucho más fácil y natural morir que seguir viviendo...

—Prefiero que sigas con tu historia —dijo Erzsi, intranquila.

—Pagamos los vinos, y nos fuimos a pasear, llenos de júbilo y de emoción. Nos dijimos cuánto nos amábamos y que nuestra amistad había sido lo más bello de nuestras vidas. Pasamos un rato sentados en la orilla del Danubio, en el barrio de

Obuda, al lado de las vías del tren. El sol acababa de ponerse. Esperábamos los efectos del veneno, pero de momento no sentíamos nada.

»De repente, sentí el deseo incontenible, lloroso, de despedirme de Eva. Tamás, al principio, no quiso hablar de eso, pero luego se dejó convencer por sus propios sentimientos hacia ella. Cogimos el tranvía, y luego subimos corriendo por las escaleras al barrio del Castillo.

»Ahora sé que en el instante en que quise ver a Eva traicioné a Tamás y al suicidio. Inconscientemente confiaba en que regresar con la gente nos salvaría de alguna manera. En el fondo no deseaba morir. Estaba cansado, mortalmente cansado, como sólo a los veinte años se puede estar, deseaba la embriaguez secreta y oscura del acto de morir, pero según iba diluyéndose aquella sensación de pérdida, causada por el vino, disminuía también mi deseo de desaparecer...

»En casa de los Ulpius, encontramos a Ervin y a János. Les conté, con alegría, que nos acabábamos de tomar quince centigramos de morfina cada uno, que moriríamos dentro de poco, pero que antes queríamos despedirnos. Tamás ya estaba totalmente blanco, y se tambaleaba, sin embargo, yo no manifestaba ningún otro síntoma que el de haber tomado mucho vino y hablar demasiado, como los borrachos. János salió corriendo, llamó al hospital más cercano, diciendo que había dos jóvenes en casa que habían tomado quince centigramos de morfina cada uno.

»—¿Están todavía vivos? —le preguntaron.

»János respondió que sí, y le dijeron que nos llevaran enseguida a urgencias. János y Ervin nos metieron en un taxi y nos llevaron al hospital de la calle Markó. Yo seguía sin sentir nada especial, aunque sí que sentí algo cuando los médicos me lavaron el estómago sin piedad: con eso se me quitaron las ganas de suicidarme de una vez por todas. Además no puedo quitarme de la cabeza la idea de que aquello que tomamos para envenenarnos no era ni siquiera morfina. O bien Eva había engañado a Tamás, o bien aquel médico había engañado a Eva. El malestar de Tamás probablemente se debía a la autosugestión.

»Éva y los muchachos tuvieron que velar durante toda la noche para cuidarnos e impedir que nos durmiéramos, porque los médicos les dijeron que si nos dormíamos no nos despertaríamos más. Fue una noche rarísima. Estábamos todos muy confusos, yo me sentía feliz porque había intentado suicidarme, o sea que había hecho algo sensacional, y me sentía más feliz todavía por seguir vivo: sentía un cansancio muy agradable. Todos nos queríamos muchísimo, su velar era un gesto lleno de sacrificio que cuadraba perfectamente con nuestros enfebrecidos sentimientos de amistad y de connotaciones religiosas. Todos estábamos conmocionados, manteníamos conversaciones dignas de Dostoievski y tomábamos un café tras otro. Fue una de esas noches de juventud que uno solamente es capaz de recordar de adulto con una cierta sensación de ebriedad. Sólo Dios lo sabe: a lo mejor yo ya me he hecho viejo del todo, puesto que no siento ninguna ebriedad, no siento más que una enorme nostalgia al recordarlo.

»Tamás no decía nada, se dejaba rociar con agua fría y pellizcar, para no dormirse. Se sentía mal de verdad, además estaba destrozado por este nuevo intento fallido. Si yo le dirigía la palabra, se daba la vuelta y no me respondía. Me consideraba un traidor. A partir de aquel momento ya no fuimos amigos como antes. Nunca me hizo recordar aquella historia, siguió siendo igual de cariñoso y bien educado conmigo, pero yo sé que nunca me perdonó. Murió sin ser amigo mío, sin que yo le perteneciese...

Mihály se calló, y apoyó la cabeza en sus manos. Luego se levantó y miró la oscuridad por la ventana. Regresó, y se puso a acariciar las manos de Erzsi, sonriendo, sin fijarse mucho en lo que hacía.

—¿Te sigue doliendo tanto? —le preguntó Erzsi, muy bajito.

—Nunca más he vuelto a tener ningún amigo —le respondió Mihály.

Callaron otra vez. Erzsi se preguntaba si Mihály sentía tanta lástima por él mismo debido al sentimentalismo provocado por el vino, o si es que de verdad se había roto algo en él aquella noche en casa de los Ulpius, y Mihály era, desde entonces, tan indiferente y tan distante con la gente.

—¿Qué pasó con Eva? —preguntó después.

—Eva estaba enamorada de Ervin.

—¿Y vosotros no teníais celos?

—No. Lo veíamos como una cosa natural. Ervin era el jerarca, lo considerábamos el más especial de todos, el más destacado, y creíamos que era justo que Eva le amase a él. Yo, de todas formas, no estaba enamorado de ella, y con János nunca se podía saber. Al mismo tiempo, el grupo empezó a desintegrarse. Ervin y Eva se bastaban cada vez más a sí mismos, y siempre buscaban la ocasión para quedarse solos los dos. Yo me interesaba cada vez más por la universidad y por mis estudios de historia de las religiones. Tenía ambiciones científicas: el primer encuentro con la ciencia es tan embriagador como el amor.

»Pero para regresar con Ervin y con Eva... Ella se volvió mucho más reservada, iba a la iglesia, regresó a la escuela de señoritas inglesas, donde había estudiado de pequeña. Ya te dije que Ervin tenía una disposición peculiar para estar enamorado, el amor le pertenecía como la aventura le pertenecía a Szepetneki. Yo comprendía perfectamente que Eva estuviera enamorada de él.

»Era un amor conmovedor, lleno de poesía, de las calles del barrio del Castillo, un amor veinteañero, ya sabes, ese tipo de amor que hace que la gente casi se aparte a su paso, como cuando se lleva la Sagrada Forma. Nosotros, al menos, lo veíamos así, teníamos ese amor en gran estima, en una estima infinita. Toda la razón de ser del grupo culminaba en este amor. ¡Y lo poco que duró! Nunca me enteré de lo que pasó entre ellos en realidad. Parece ser que Ervin pidió la mano de Eva, y el viejo Ulpius le echó de su casa. János creía saber que hasta le había abofeteado. Sin embargo, el amor de Eva por Ervin no dejaba de crecer, y seguramente deseaba ser su amante, pero para Ervin el sexto mandamiento era una realidad implacable. Se

volvió todavía más pálido y mas silencioso que antes, no visitó más la casa de los Ulpius, yo casi no lo veía, y aquél fue probablemente el momento en que en Eva se produjo todo aquel cambio que para mí la hizo tan inexplicable. Un buen día, Ervin desapareció del todo. Tamás me contó que había ingresado en una orden religiosa. Éste había roto la carta de despedida en la que Ervin le hacía saber su decisión. Si él conocía o no el nombre religioso de Ervin y el convento en que se metió, es un secreto que Tamás se llevó a la tumba. Quizás se lo contara a Eva.

»No creo que Ervin se hiciera religioso por no haber podido casarse con Eva. Habíamos hablado ya muchísimo sobre la vida en los conventos, y yo sé que la religiosidad de Ervin era algo mucho más profundo como para que ingresara en un convento sin una señal inequívoca de una vocación interior, simplemente por desesperación o romanticismo. Lo más probable es que interpretara el no poder casarse con Eva como una señal superior. Sin embargo, el hecho de que desapareciera tan de repente, casi huyendo, se debió seguramente a que huía de Eva, de la tentación que ella representaba para él. Así, aun huyendo, a la manera de José, pudo realizar lo que todos deseábamos en aquel entonces: entregar su juventud a Dios, como un auténtico sacrificio.

—Lo que no entiendo —objetó Erzsi— es por qué hizo ese sacrificio si, como dices, estaba tan dispuesto para el amor...

—Eso no es tan sencillo, cariño... Las contradicciones del alma anidan todas juntas. Los grandes ascetas no nacen de la gente fría y sin sentimientos, sino de los hombres más ardientes, de los que tienen de qué prescindir. Por eso no permite la Iglesia que un castrado se haga cura.

—¿Y qué decía Eva de todo eso?

—Eva se quedó sola, y desde entonces nadie pudo con ella. En aquellos tiempos, Budapest estaba en manos de los contrabandistas y de los oficiales aliados. Eva se unió a estos últimos. Hablaba idiomas y se comportaba como una señorita de la gran ciudad, no como una húngara provinciana. Tengo entendido que era muy popular. Fue entonces cuando, de adolescente, se convirtió de repente en una dama verdaderamente bellísima. Fue entonces cuando sus ojos adquirieron aquella mirada que, en vez de amistosa y abierta como antes, era tan enigmática: cuando te miraba, era como si atendiera al mismo tiempo a unas voces lejanas que le hablaran muy bajito.

»Durante esta última época, después de la hegemonía de Tamás y de Ervin, se produjo la hegemonía de János. Eva, por supuesto, necesitaba dinero para presentarse de manera elegante entre toda aquella gente tan distinguida. Aunque era muy hábil para confeccionar sus propios vestidos de la nada, para aquella nada también hacía falta algo de dinero. En esto tuvo su papel János Szepetneki. Siempre sabía obtener algo de dinero para Eva. De dónde... eso sólo lo sabía él. Muchas veces les quitaba el dinero a los oficiales con que Eva bailaba. "He cobrado el

impuesto de sociedades", decía con cinismo. Aunque en aquel entonces todos hablábamos con cinismo, puesto que siempre nos adaptábamos al estilo del jerarca.

»A mí no me gustaban en absoluto los métodos poco escrupulosos de János. No me gustaba, por ejemplo, que un día fuera a ver al señor Reich, el viejo contable de la compañía de mi padre, y le sonsacara una suma bastante importante con una historia complicadísima sobre mis deudas de juego y planes de suicidio. Y yo tuve que admitir que había adquirido deudas jugando a las cartas, cuando no las había tocado nunca en mi vida.

»Lo que menos me gustó es que robase mi reloj de oro. Ocurrió en una gran fiesta, en las afueras de la ciudad, en un restaurante que en aquel verano estaba muy de moda: ya no me acuerdo del nombre, íbamos en grupo, todos acompañando a Eva, con dos o tres oficiales extranjeros, jóvenes enriquecidos por la inflación, mujeres rarísimas, vestidas a la atrevida manera de entonces y que se comportaban también de la misma forma. Nació en mí un sentimiento de sinsentido porque me di cuenta de que aquella sociedad era muy poco apropiada para Tamás y para mí: estábamos rodeados de gente con quien sólo teníamos en común el sentimiento de que ya, de todas formas, todo daba lo mismo. Porque yo no era el único en la ciudad que tenía aquella sensación de sinsentido: todos lo sentíamos, aquel sentimiento estaba en el aire. La gente tenía muchísimo dinero, pero sabían que éste pronto no valdría nada, sabían que todo era en vano, que su dinero se perdería de un día para otro: la catástrofe pendía encima del restaurante como las arañas de cristal.

»Eran tiempos apocalípticos. No sé si estábamos sobrios cuando nos sentamos a beber. Mis recuerdos me dicen que yo estaba borracho desde el primer momento. Tamás no bebía apenas, pero aquel sentimiento de fin del mundo se correspondía perfectamente con su estado de ánimo, así que se movía entre el público y los músicos gitanos como si estuviera en su casa. Hablé mucho con Tamás aquella noche, es decir que intercambiamos pocas palabras, pero las que pronunciamos, tenían un profundo significado sentimental: nos comprendíamos perfectamente otra vez, con aquel sentimiento de sinsentido. También nos comprendíamos con las muchachas rarísimas, por lo menos a mí me daba la sensación de que mis suaves teorías acerca de la historia de las religiones, relativas a los celtas y a las islas de los muertos, tuvieron su eco en una joven aspirante a actriz que se pasó la mayor parte del tiempo sentada a mi lado. Más tarde, nos alejamos con Eva, y yo le hice la corte como si no la hubiera frecuentado desde su época de adolescente flacucha y de ojos grandes, y ella recibía mis palabras con la seriedad de una dama, contestándome a medias, mirando a lo lejos, con todo el resplandor de su belleza.

»Cuando empezaba a clarear, me puse malísimo, y luego, cuando ya me sentí un poco menos borracho, me di cuenta de que había desaparecido mi reloj de oro. Estaba muy sorprendido y asustado, mi desesperación era extrema. Tienes que comprender: la pérdida de un reloj de oro no es una desgracia en sí, ni siquiera cuando uno tiene veinte años y su único objeto de valor es su reloj de oro. Pero

cuando uno tiene veinte años, y en la madrugada se recobra de una borrachera y se da cuenta de que le han robado el reloj de oro, puede que esta pérdida le parezca una señal profundamente simbólica. Mi reloj de oro era un regalo de mi padre, quien además no suele hacer muchos regalos. Ya te digo, era mi único objeto de valor, mi única propiedad privada y, justo por su ostentación burguesa, burda y vulgar, a mis ojos representaba todo aquello que no me gustaba, pero cuya pérdida en aquel momento simbólico me llenaba de pánico. Yo tenía la sensación de que estaba definitivamente perdido, absorbido por unos poderes infernales, y de que me habían robado la posibilidad de dejar la borrachera, sin que pudiese volver al mundo cívico de la burguesía.

»Me acerqué a Tamás, tambaleando, le dije que me habían robado mi reloj de oro, que iba a llamar a la policía, y que iba a decir al dueño del restaurante que cerrase las puertas, para poder registrar a todos los presentes. Tamás trataba de calmarme a su manera:

»—No vale la pena. Déjalo. Claro que te lo han robado. A ti, siempre te roban todo. Siempre serás la víctima. Es lo que te gusta.

»Le miré con sorpresa, pero no dije nada a nadie sobre la desaparición del reloj. Mientras le miraba, me di cuenta de que el único que había podido robarme el reloj era János Szepetneki. Durante la fiesta hubo un pequeño juego de disfraces o algo así, Szepetneki y yo intercambiamos nuestras chaquetas y nuestras corbatas, y cuando me devolvió la chaqueta, el reloj probablemente ya no estaba dentro del bolsillo. Busqué a János Szepetneki para interrogarle, pero ya no estaba allí. Tampoco lo encontré al día siguiente, ni al tercero.

»Al cuarto día no le interrogué ya sobre el asunto del reloj. Comprendí que si me lo había robado, había sido para Eva, para que tuviera dinero. Seguramente lo había robado con el consentimiento de ella, porque ella había propuesto el juego de disfraces, y la conversación que mantuvo conmigo fue probablemente para que no me percatara enseguida de la desaparición del reloj. Cuando me di cuenta de todo eso, lo acepté. Si había sido por Eva y para Eva, había estado bien. Formaba parte del juego, del viejo juego que jugábamos en la casa de los Ulpius.

»Fue entonces cuando me enamoré de Eva.

—Pero si hasta ahora no has hecho más que negar de manera tajante que habías estado enamorado de ella —objetó Erzsi.

—Claro que sí. Así es. Lo llamo amor porque no encuentro una palabra mejor. Aquel sentimiento no tenía nada que ver con mis sentimientos hacia ti o hacia algunas otras mujeres anteriores a ti, si tú me perdonas. Era justo lo contrario. A ti te quiero porque me perteneces, a ella la amaba porque no me pertenecía; mi amor hacia ti me da confianza, seguridad y fuerza; mi amor hacia ella me humillaba y aniquilaba..., claro que todo eso son sólo palabras antagónicas. Mis sentimientos de entonces eran que el viejo juego se hacía realidad, y que yo agonizaba poco a poco

en aquel acabóse. Me moría por Eva, para Eva, tal cual habíamos ensayado tantas veces en nuestra adolescencia.

Mihály se levantó, iba y venía por la habitación, molesto por la sensación de haberse revelado así delante de Erzsi... una extraña... Erzsi le dijo:

—Antes me decías que no podías haberte enamorado de ella, puesto que os conocíais demasiado, y que no había la suficiente distancia entre los dos.

«Bien, no entiende nada —pensó Mihály—. Sólo entiende lo que sus celos inmediatos la dejan comprender.»

—Está bien que me lo recuerdes —dijo, ya más tranquilo—. Hasta aquella noche tan memorable no había existido distancia entre los dos. Cuando ambos estuvimos sentados allí, como una dama y un caballero, es cuando me di cuenta de que Eva ya no era la misma, que era diferente, una mujer extraña, fantástica y bellísima, aunque seguía siendo la misma de siempre, y de que encerraba dentro de sí aquella dulzura enfermiza y oscura de mi juventud.

»La verdad es que Eva no me hacía ni el más mínimo caso. Apenas la veía, y además tampoco se interesaba por mí. Su intranquilidad se había convertido en patológica, sobre todo desde que había aparecido el pretendiente en serio: un anticuario famoso, rico y no del todo joven que había ido a ver en un par de ocasiones al viejo Ulpius. Había conocido a Eva y planeaba casarse con ella. El viejo Ulpius le dijo a Eva que no aceptaría ningún tipo de objeción. Ya se había acabado que Eva viviera a costa de su dinero, que se casase o que se fuera. Eva pidió dos meses de tregua. El viejo, a petición del novio, accedió.

»Cuanto menos caso me hacía Eva, más crecía en mí el sentimiento al que, por falta de un término más correcto, yo he llamado amor. Parece como si yo tuviera una predisposición hacia las cosas sin esperanza: me pasaba horas delante de su puerta para ver cómo llegaba riéndose en medio de una pandilla, me despreocupaba de los estudios, me gastaba todo el dinero en regalos estúpidos, en los que ni siquiera se fijaba, me enternecía con cualquier palabra suya, y como un idiota le montaba escenas de forma poco caballeresca cuando la veía. Así me comportaba, así vivía; nunca nada después, ninguna alegría, ningún placer me ha penetrado tan profundamente en el alma como aquel dolor, aquella humillación asumidos con gozo, aquella sensación de que yo tenía que perderme por ella y para ella, sin que ella ni siquiera lo advirtiese. No sé si esto es lo que llaman amor.

("¿Por qué le estoy contando todo esto? Otra vez he bebido demasiado... de todas formas, se lo tenía que contar alguna vez, y de todas formas, ella no comprende nada.")

»Entretanto, la tregua se estaba acercando a su fin. El viejo Ulpius entraba, de repente, en la habitación de los hermanos, para montar terribles escenas. En aquella época ya nunca estaba sobrio. Apareció el novio, con el pelo blanco y con una sonrisa de disculpa. Eva pidió otra semana más, para irse de viaje con Tamás, para despedirse de él. Tenía el dinero necesario incluso para el viaje.

»Se fueron al balneario de Hallstatt. Era ya otoño, allí no había nadie más que ellos. No hay nada más letal que estos balnearios históricos, porque que un castillo o una catedral sean antiguos, atemporales y destartalados, es lo normal, es de esperar. Sin embargo, cuando un sitio se ha construido para los placeres inmediatos, como por ejemplo una cafetería o un balneario, y es decadente... eso es lo más terrible que hay.

—Bien —dijo Erzsi—. Sigue contando la historia. ¿Qué pasó con los Ulpius?

—Pues no lo sé muy bien, cariño, precisamente por eso me puse a dudar, a filosofar. Nunca más les volví a ver. Tamás Ulpius se envenenó en Hallstatt, esta vez con éxito.

—Y ¿qué pasó con Eva?

—¿Qué parte tuvo Eva en la muerte de Tamás? Quizás ninguna. No lo puedo saber. Nunca más regresó. Dicen que después de la muerte de Tamás pasó a buscarla un oficial extranjero de alto rango y se la llevó.

»Quizás hubiese podido encontrarla. Durante los años siguientes, hubiera podido intentarlo. János reaparecía de repente, me hacía entender que a lo mejor podía arreglar alguna cita con Eva, claro, a cambio de algún dinero por sus servicios. Sin embargo, yo ya no quería ver a Eva, por eso dijo János hace un rato que yo era el que me había desligado de mi juventud, cuando sólo hubiera tenido que tender la mano..., y tiene razón. Cuando Tamás murió, creí volverme loco; y más adelante decidí cambiar, cortar con aquel embeleso, no quería acabar como Tamás, juré ser un hombre formal. Dejé mis estudios, aprendí el oficio de mi padre, estudié unos años en el extranjero, para aprenderlo todavía mejor, luego regresé a casa, y traté de ser como todo el mundo.

»Lo que pertenecía a la casa de los Ulpius —no por casualidad me parecía tan efímero— se perdió, de ello no ha quedado nada. El viejo Ulpius no vivió mucho más. Una noche le mataron de un golpe cuando regresaba hacia su casa, borracho perdido, desde una taberna de la periferia. La casa se había vendido ya, la compró un rico llamado Munk, un socio de mi padre. Una vez la fui a ver, era terrible... Habían cambiado los muebles de toda la casa, parecía mucho más antigua que antes. En medio del patio, hicieron poner una auténtica fuente de Florencia. La habitación del abuelo se había transformado en comedor de estilo bajo-alemán, con muebles de roble. Y nuestra habitación... ¡Dios mío...!, tenía el aspecto de un restaurante húngaro, con muebles pintados con tulipanes, jarrones y demás fruslerías... ¡La habitación de Tamás! Eso era la verdadera decadencia... ¡Dios mío, qué tarde se ha hecho! Perdóname, cariño, pero he tenido que contártelo todo, aunque parezca una tontería enorme... quizás, visto así, desde fuera... Bueno, ahora me voy a acostar.

—Mihály... me prometiste que me contarías cómo había muerto Tamás Ulpius. Y no me lo has contado, ni me has dicho por qué murió.

—No te he contado cómo murió porque no lo sé. ¿Que por qué murió? Hmm. Quizás estuviese harto de la vida, ¿no? Uno se puede hartar muy fácilmente de la vida, ¿no?

—No, pero vamos a dormir que ya es muy tarde.

5

Con Florencia no tuvieron suerte. Llovió todo el tiempo que pasaron en la ciudad. Un día que estaban delante del Duomo, vestidos con sus chubasqueros, Mihály estalló de risa. Comprendió, de repente, la tragedia del Duomo. El hecho de que estuviera allí, mostrando su belleza peculiar, sin que nadie lo tomara en serio. Se había convertido en una curiosidad para turistas e historiadores de arte, y nadie pensaba ya que estaba allí para mayor gloria de Dios y de la ciudad, ni nadie se lo creía.

Subieron a Fiesole, y observaron una pequeña tormenta que llegaba a través de las colinas, rápida, como corriendo detrás de ellos, haciéndose la importante, para alcanzarles a tiempo. Se refugiaron en el monasterio, y examinaron todos los cachivaches orientales que los frailes piadosos habían reunido durante siglos en sus misiones. Mihály disfrutó durante largo rato con la visión de una serie de pinturas chinas, y tardó en descifrar lo que representaban. En la parte superior de cada cuadro se veía a un chino enfadado y horripilante, sentado en su trono, con un enorme libro delante de él. Su cara era aterradora, puesto que su cabello se erizaba en los dos lados, sobre las sienes. En la parte inferior de los cuadros, ocurrían cosas escalofriantes: se echaba a la gente a puntapala en algún líquido repugnante, a uno le cortaban la pierna con una sierra, a otro le sacaban las entrañas como si fueran cuerdas, y en uno de los cuadros una máquina parecida a un automóvil, accionada por un monstruo con el cabello peinado hacia arriba, avanzaba entre la multitud, mientras que unas hachas colocadas en la parte delantera del vehículo, y que giraban, cortaban a la gente en pedazos.

Se dio cuenta de que se trataba del Juicio Final, interpretado por un chino cristiano. ¡Menuda maestría, menuda objetividad!

Se mareó y salió a la plaza. El paisaje que parecía tan maravilloso desde el tren, entre Bolonia y Florencia, ahora era húmedo e inhóspito, como una mujer cuando llora y estropea su maquillaje.

Al bajar, Mihály se acercó a la oficina de correos, donde recibían su correspondencia tras haber dejado Venecia. En uno de los sobres dirigidos a él, reconoció la letra de Zoltán Pataki, el primer marido de Erzsi. Quizás la carta contenía algo que no era para ella, pensó, y se sentó con ella en la terraza de un café, todo un ejemplo de solidaridad entre hombres, pensó, sonriendo.

La carta decía así:

Estimado Mihály:

Soy consciente de que es un hecho un tanto empalagoso el que te envíe una carta larga y amistosa, después de que «sedujeras y raptaras» a mi esposa, pero como tú

nunca has sido amante de las cosas convencionales, quizás no te sorprendas si yo —aunque siempre me hayas tachado de viejo conformista— tampoco tenga esta vez en cuenta las reglas de conducta que deberían regir nuestras acciones. Te escribo para tranquilizarme a mí mismo. Te escribo porque, a decir la verdad, no veo ninguna razón para no hacerlo, puesto que los dos sabemos muy bien que no estoy enfadado contigo. Es mejor que guardemos las apariencias delante de los demás. Erzsi, tan orgullosa, seguramente prefiere pensar de una manera un tanto romántica que nosotros dos nos hemos convertido en enemigos mortales a causa de ella, pero dicho sea entre nosotros, Mihály, tú sabes muy bien que siempre te he apreciado, y esto no ha variado por el hecho de que hayas seducido y raptado a mi mujer. No te digo que este «acto» tuyo no me haya destrozado por completo, puesto que no quiero negar delante de ti —aunque te pido que esto también quede entre nosotros— que todavía adoro a Erzsi con locura. También soy consciente de que tú no eres el esponsable de nada. Perdóname, por favor, pero no creo que seas responsable de nada en este mundo.

Esta es exactamente la razón por la que te escribo. La verdad, estoy un poco preocupado por Erzsi. Durante tantos años me acostumbré a cuidar de ella, a tenerla siempre en cuenta, a proporcionarle todo lo que necesitaba o no, a vigilar para que se abrigara bien cuando salía por la noche, y me siento incapaz de dejar a un lado mis preocupaciones tan de repente, tan de un día para otro. Estas preocupaciones mías son los lazos más fuertes que me atan a Erzsi. Te contaré que hace poco tuve un sueño muy estúpido, soñé que Erzsi se inclinaba demasiado por una ventana, y que se hubiese caído si yo no la hubiera agarrado. Pensé que a lo mejor tú no te darías cuenta si Erzsi se inclinara demasiado por una ventana, puesto que eres un hombre tan despistado y tan introvertido. Por eso pensé pedirte que cuidaras algunos detalles, lo fui apuntando todo en una hoja, según me acordaba. Perdóname, pero el hecho innegable es que yo conozco a Erzsi desde hace mucho más tiempo que tú, y eso me otorga ciertos privilegios.

1. Cuida de que Erzsi coma. Ella (quizás te hayas dado cuenta ya) tiene muchísimo miedo a engordar, ese pánico le invade a veces, y entonces se pasa varios días sin comer, por lo que sufre de acidez de estómago y se pone enferma de los nervios. Pensé que a lo mejor ella comería más si te viese comer siempre con ganas. Yo, que soy un viejo dispéptico, no pude darle muy buen ejemplo.

2. Ten cuidado con las manicuras. Si Erzsi quiere hacerse la manicura mientras estáis de viaje, encárgate tú de buscarle una manicura, y cuida de que sea en el mejor salón de belleza, de la mejor firma. Pídele información al portero del hotel. Erzsi es muy sensible para estas cosas, y ya ocurrió varias veces que se le infectó un dedo, debido a la ineficacia de la manicura. Seguro que no se lo deseas.

3. Cuida de que Erzsi no se levante temprano. Ya sé que durante un viaje es muy tentador levantarse pronto, la última vez que estuvimos en Italia, yo también caí en ese error, puesto que los autocares italianos salen muy temprano. Olvídate de los

autocares. Erzsi se acuesta tarde y se levanta tarde. Levantarse temprano le sienta mal, y le afecta durante varios días.

4. No dejes que coma scampi, frutti di mare *u otros bichos marinos, puesto que le producen erupciones en la piel.*

5. Otra cosa, muy delicada, no sé cómo contártela. Quizás debería suponer que tú también eres consciente de ello, pero no sé si, siendo un hombre tan abstracto y tan filosófico como tú, lo sabes o no, si conoces la infinita delicadeza de la naturaleza femenina, si sabes lo mucho que influyen en ella algunas cosas físicas; te pido, por favor, que te acuerdes de las fechas de Erzsi. Una semana antes de la llegada de la fecha tienes que empezar a ser extremadamente tolerante y paciente. Erzsi, en esos días, no es totalmente consciente de lo que dice o hace. Busca la discusión. Lo mejor es discutir con ella, eso la tranquiliza. Sin embargo, no discutas de verdad. Sé consciente de que se trata de un proceso fisiológico o algo parecido. No te salgas de tus casillas, no digas nada de lo que luego te puedas arrepentir, y no dejes tampoco que Erzsi diga algo así, puesto que luego se arrepiente muchísimo y eso le destroza los nervios.

Perdóname, por favor. Debería escribirte sobre mil cosas más, mil pequeñas cosas más que deberías cuidar, éstas son sólo las más importantes, pero ahora no me acuerdo de más, y yo carezco de imaginación. Sin embargo, la verdad es que estoy preocupado, no solamente porque conozco a Erzsi, sino más que nada porque te conozco a ti. Por favor, no me interpretes mal. Si yo fuera una mujer y hubiera tenido que elegir entre nosotros dos, también te hubiese elegido a ti sin titubear, y seguramente lo que a Erzsi le gusta de ti es que seas como eres, tan distante y abstracto, que tengas tan poco que ver con las cosas y con la gente, que seas como un extraño, un marciano en esta tierra, que no te acuerdes de nada, que no seas capaz de enfadarte con nadie, que no sepas atender cuando hablan los demás, que solamente por buena voluntad y buena educación intentes parecer, a veces, un hombre como otro cualquiera. Ya te digo, todo eso es muy atractivo, y yo también lo valoraría si fuera una mujer, pero ahora me preocupa porque te has convertido en el marido de Erzsi. Porque Erzsi está acostumbrada a que su marido cuide de ella, que le proporcione todo lo que necesita, que la proteja incluso del viento, para que no tenga que pensar en nada más que en su vida anímica y espiritual, y en cómo cuidar de sí misma, de su cuerpo. Erzsi es una dama acostumbrada al lujo por naturaleza, así fue educada, así la he respetado yo toda la vida, y no sé si a tu lado tendrá que enfrentarse a ciertas realidades que su padre y yo le hemos mantenido vedadas.

Tengo que tocar aquí otra cuestión delicada. Sé muy bien que tú, o sea que tu distinguido padre, en cuya compañía trabajas, sois gente acomodada, y que a tu esposa no le faltará de nada. A veces, sin embargo, me preocupo, puesto que Erzsi es una mujer muy mimada, y temo que un hombre tan abstracto como tú no siempre sea consciente de sus exigencias. Tú mismo, lo se perfectamente, eres una persona muy bohemia, muy simpática en ese sentido, con pocas exigencias, siempre has

vivido una vida sobria, una vida distinta de la de Erzsi. Ahora, sin embargo, uno de vosotros dos tiene que acostumbrarse al modo de vida del otro. Si es Erzsi la que se tiene que adaptar al tuyo, eso, tarde o temprano, tendrá consecuencias graves, puesto que se sentirá déclassée *en el momento de establecer otra vez contacto con su antiguo ambiente. ¡Qué sé yo! En Italia os podéis encontrar con alguna amigasuya que se ponga de morros por oír que no estáis alojados en el mejor hotel de la ciudad. La otra posibilidad es que tú te adaptes a su modo de vida, lo que tendrá, a la larga, consecuencias financieras, puesto que —perdóname, por favor— yo probablemente conozco mejor las posibilidades financieras de vuestra empresa que tú mismo, un hombre tan abstracto, y también sois cuatro hermanos, y tu estimado padre es un hombre un tanto conservador, severo, que prefiere el ahorro al despilfarro... Así que, para no excederme más, opino que no estás en la situación de permitir que Erzsi mantenga su modo de vida a tu lado. Y como a mí me importa muchísimo que Erzsi tenga todo lo que necesite, por favor, no lo tomes a mal si te digo que en caso necesario estaré a tu disposición, si así lo deseas, incluso con préstamos a largo plazo. Te confieso que lo que más me gustaría sería pagar una suma mensual, pero reconozco que esto te puede parecer una desfachatez por mi parte. De todas formas quiero que lo sepas: siempre que lo desees, estaré a tu disposición.*

Por favor, no te enfades conmigo. Soy un hombre de negocios, no tengo otra cosa que hacer que ganar dinero y, gracias a Dios, lo hago demasiado bien. Creo que es razonable si quiero gastar mi dinero con la gente que me importa, ¿o no?

Así que otra vez nicht für ungut*. Que te lo pases bien. Saludos amistosos:*

Zoltán

La carta sacó a Mihály de sus casillas. Le disgustaba profundamente la «bondad» melosa de Pataki, muy poco digna de un hombre, cuando en realidad no se trataba ni siquiera de bondad, sino simplemente de algo muy poco digno de un hombre; o incluso aunque se tratara de bondad, tampoco era una cosa agradable a los ojos de Mihály, puesto que él no tenía a la bondad en gran estima. ¡Y ese tono tan educado! La verdad es que Pataki sigue siendo un tendero, aunque se haya enriquecido.

Pero todo eso era un problema de Pataki, y era su problema también si seguía enamorado de Erzsi, que se había portado de una manera bastante reprobable con él. Sin embargo, no era eso lo que le sacaba de sus casillas, sino los párrafos de la carta relativos a él y a Erzsi.

En primer lugar, lo referido a su situación financiera. Mihály daba muchísima importancia a cualquier «necesidad financiera». Quizás justamente porque él tenía tan poco sentido económico. Si alguien le decía: «razones financieras me obligaron a actuar de tal o tal manera», Mihály se callaba enseguida, y veía justificada cualquier infamia. Por lo tanto, le inquietaba sobremanera ese aspecto de las cosas, algo que había considerado ya, pero Erzsi siempre bromeaba con ello; pensaba que

Erzsi salía perdiendo con él, puesto que antes había sido la mujer de un hombre muy rico y ahora se había casado con un burgués de clase media, por lo que toda esta situación tendría sus consecuencias, algo que Zoltán Pataki, tan cuerdo y tan versado en temas económicos, había previsto ya.

De repente se acordó de un montón de detalles que desde el principio, desde el comienzo de su luna de miel, habían hecho evidentes las diferencias del modo de vida que existían entre ellos dos. Sin ir más lejos, el hotel en el que estaban. Mihály se había dado cuenta en Venecia y en Ravena de que Erzsi hablaba italiano mucho mejor que él y de que trataba a los porteros de los hoteles con más esmero que él —que por su parte les aborrecía—, por lo que delegó ya en Florencia todo el asunto del hotel y otros temas terrenales en Erzsi. Ella escogió una habitación en un pequeño hotel carísimo a orillas del río Arno, argumentando que si uno estaba en Florencia tenía que alojarse forzosamente a orillas del Arno. El precio de la habitación —Mihály sólo lo intuía vagamente, puesto que le daba pereza calcularlo con exactitud— no era en absoluto proporcional a la suma de dinero que había previsto gastar en su viaje a Italia; era mucho más cara que su habitación en Venecia, y todo eso oprimió por un instante el corazón de Mihály, acostumbrado al ahorro. Sin embargo, repudió y rechazó ese sentimiento. «Al fin y al cabo, estamos de luna de miel», se dijo, y dejó de pensar en tal asunto. Pero ahora, al leer la carta de Pataki, todo esto se convirtió en un nuevo síntoma.

El mayor problema, sin embargo, no era el financiero, sino el moral... Mihály, cuando después de seis meses de reflexiones penosas —y un año de relaciones con Erzsi— había decidido separarla de su marido y casarse con ella, pretendía, con ese paso lleno de consecuencias, «remediarlo todo», además de entrar mediante un matrimonio serio, definitivamente en la sociedad adulta de los hombres respetados, para ser un igual de Zoltán Pataki, por ejemplo. Por lo tanto habia jurado ante sí mismo tratar con todas sus fuerzas de ser un buen marido. Quería hacerle olvidar a Erzsi el buen marido que abandonaba por él, y quería «remediarlo todo» con carácter retroactivo. La carta de Pataki le convenció de la imposibilidad de su empresa. Nunca se convertiría en un marido tan bueno como Zoltán Pataki, que sabía defender mejor y con más cuidado que él a su mujer infiel, incluso estando a miles de kilómetros de ella. Era totalmente incapaz de desempeñar el papel de protector, y delegaba las tareas relativas a hoteles y otros asuntos terrenales en Erzsi, con el pretexto totalmente ridículo de que ella hablaba mejor el italiano.

«Quizás Pataki tenga razón —pensó—, quizás sea verdad que yo soy un hombre demasiado abstracto y demasiado introvertido. Claro, todo eso es una simplificación, una persona nunca se puede definir así sin más, pero es verdad que soy un inútil y un incompetente para las cosas mundanas, no soy, en absoluto, el hombre sereno y responsable en quien una mujer pueda confiar. Y la verdad es que Erzsi es el tipo de mujer a quien le gusta confiar en un hombre y abandonarse totalmente a él, le gusta saber que pertenece a alguien, no es el tipo de mujer

maternal —quizás por esto no haya tenido tampoco hijos—, sino que es de aquellas que quisieran ser la hija de sus amantes. Dios mío, qué desgraciada será pronto a mi lado, pues yo podría convertirme antes en general que desempeñar el papel de padre, éste es el aspecto humano que más me falla, entre otros muchos. No soporto que alguien dependa de mí, ni siquiera soporto tener una criada, por ello de soltero prefería hacerlo todo yo solo. No soporto la responsabilidad, y por lo general termino odiando a los que esperan algo de mí...

»Qué locura, qué locura para Erzsi: de cien hombres, noventa y nueve hubieran sido mejor partido para ella que yo; cualquier hombre, el más común, el más normal hubiera sido mejor marido que yo; mirándolo así, desde su punto de vista y no desde el mío, ésa es la pura verdad. ¿Cómo es que no he pensado en todo ello antes de casarme? Mejor dicho... ¿Cómo es que Erzsi, tan inteligente y sabia, no lo ha pensado mejor?»

Claro, Erzsi no lo pudo pensar mejor, puesto que estaba enamorada de Mihály, y no era nada inteligente ni sabia en los asuntos relacionados con él, no reconocía los fallos de Mihály, todavía no los reconocía. Todo era para ella un juego de los sentidos, Erzsi deseaba con un apetito primario, sin inhibiciones, la felicidad amorosa que no había encontrado al lado de Pataki, pero en cuanto se saciara..., puesto que un apetito sensual de ese tipo no dura eternamente...

Tras un largo paseo regresó al hotel, y ya tenía del todo claro que Erzsi le abandonaría inevitablemente, tras largas crisis, largos sufrimientos y varias aventuras con otros hombres, «manchando su honor» como se suele decir. De alguna manera, lo aceptó como algo inevitable, y cuando se sentaron a cenar, miraba ya a Erzsi como a una parte muy bonita de su pasado, y se emocionó muchísimo. El pasado y el presente siempre se entremezclaban en Mihály, como en un juego, se complementaban, añadiéndose distintos tonos, distintos sabores. Le gustaba volver con la imaginación a su pasado, y reagrupar las cosas de su vida actual desde aquel punto de vista, por ejemplo: ¿qué habría dicho de Florencia si hubiese llegado aquí a los dieciséis años? Y ese tipo de juegos siempre enriquecían el contenido sentimental del momento actual. También se podía hacer al revés, y hacer pasado del presente: qué bonito recuerdo será, en diez años, este momento pasado con Erzsi en Florencia... ¿qué contenido tendrá ese recuerdo, qué sentimientos arrastrará que ahora ni siquiera puedo imaginar?

Sus sentimientos entusiastas los expresó con la elaboración de un menú festivo, acompañado de vinos carísimos. Erzsi conocía a Mihály, sabía que una gran cena significaba un sentimiento grandioso, y trataba de levantar su ánimo a la misma altura. Dirigió hábilmente la conversación y los pensamientos de Mihály hacia temas históricos, preguntándole un par de cosas sobre la historia de Florencia, puesto que sabía que las asociaciones históricas entusiasmaban a Mihály todavía más que el vino, sabía que ese tipo de cosas eran las únicas que le podían sacar de su apatía. Mihály le dio explicaciones entusiastas, coloristas y poco fiables en cuanto a la

exactitud de sus datos, y luego trató de analizar, con los ojos brillantes, lo mucho, lo maravilloso, lo extático que significaba para él el nombre de la región de la Toscana. Porque en esta tierra no había ni un pedazo por donde no hubiesen pasado tropas históricas, tropas elegantemente vestidas de emperadores y de reyes franceses, aquí todos los senderos llevaban a sitios importantísimos, y cualquier calle de Florencia tenía más historia que siete provincias húngaras, todas juntas.

Erzsi le escuchaba embelesada. Aunque las connotaciones históricas de las tierras toscanas no le importaban en absoluto, le encantaba lo encandilado que estaba Mihály, le encantaba que justo en esos momentos de ensoñaciones históricas, o sea cuando más se alejaba del mundo actual de los seres humanos, era cuando más se relajaba, más se diluía su apatía, y cuando más humano se volvía todo su ser. Ese embeleso se convirtió, más adelante, en emociones más fuertes, y Erzsi pensó con placer en la continuación lógica de la noche, tanto más cuanto que la noche anterior Mihály había estado desganado, y se había dormido en cuanto se acostó, o por lo menos había fingido dormirse.

Ella sabía con qué facilidad podía desviar el interés y el entusiasmo de Mihály desde la Historia hacia ella misma. Bastaba con poner su mano en la de él, y mirarle profundamente a los ojos: él se olvidó de la Toscana, y su rostro, rojo por el vino, se volvió pálido por un deseo tan fuerte como inesperado. Empezó a hacerle la corte y a engatusarla, como si estuviera tratando de conquistarla por primera vez.

«Qué raro —pensó Erzsi—, después de un año de relaciones íntimas todavía es capaz de hacerme la corte con la misma intranquilidad interna, como si estuviera totalmente inseguro de si le escucho o no. Cuanto más me desea, más lejano y elegante se vuelve su estilo de hacerme la corte, como si estuviera decorando así su deseo, dándole el merecido respeto... y nada, ni siquiera la cercanía de nuestros cuerpos le acerca más a mí. Solamente es capaz de amar si siente cierta distancia entre los dos.»

Así era. El deseo de Mihály se dirigía hacia aquella Erzsi lejana que le abandonaría con toda seguridad, y que ya vivía en él casi como un bonito recuerdo. Por eso bebía tanto, para guardar esa impresión, para creerse que no estaba con Erzsi, sino con su recuerdo, con Erzsi como Historia.

Erzsi también bebía, y en ella los efectos del vino eran contundentes, se volvía parlanchina, alegre y muy pero que muy impaciente. Para Mihály, esta Erzsi era bastante nueva, puesto que antes de su matrimonio ella no había tenido muchas ocasiones de mostrarse tan libre en compañía de Mihály y en público. Él la encontraba muy atractiva, así que subieron con prisas a su habitación.

Esta noche, en la que Erzsi era nueva y al mismo tiempo histórica, su recuerdo, y en la que la carta de Zoltán Pataki y el recuerdo tan presente de los hermanos Ulpius le perturbaban tanto, Mihály se olvidó de su voto anterior, e introdujo en su vida matrimonial ciertos elementos que hubiera querido mantener alejados de Erzsi para siempre. Se trata de los modos amorosos a los que recurren los jóvenes

adolescentes con sus amantes vírgenes, de los modos que proporcionan el placer de manera indirecta y totalmente irresponsable. Existen ciertas personas que, como Mihály, prefieren ese tipo de placer irresponsable a aquellos totalmente serios, casi oficiales. Sin embargo, Mihály se sentía avergonzado por esa inclinación suya, puesto que era consciente de su carácter y de sus lados adolescentes, y al llegar a la intimidad amorosa seria y adulta con Erzsi, decidió que con ella solamente se relacionaría dentro de los límites del amor oficial, como se debe hacer entre dos personas serias y adultas.

Aquella noche en Florencia fue la primera y única excepción. Erzsi se sorprendió, pero aceptó y devolvió con placer los cariños inusuales de Mihály, no comprendió del todo la situación, y tampoco entendió la enorme desgana ulterior de Mihály, ni su vergüenza.

—¿Por qué? —le preguntó—. Si así también me gustó, y de todas formas te quiero.

Y se durmió. Ahora era Mihály el que tardaba en dormirse. Sentía como si hubiera reconocido definitivamente y como si hubiese probado con hechos el fracaso y el final de su vida matrimonial. Reconoció que ni siquiera en el matrimonio era capaz de comportarse como un adulto, y se dio cuenta con terror de que Erzsi nunca le había causado tanto placer como en aquella noche en la que no la tuvo que amar como a una amante adulta y apasionada, sino como a una muchacha adolescente durante una excursión primaveral.

Mihály se levantó de la cama. Después de asegurarse de que Erzsi estaba durmiendo, se acercó al tocador, donde ella había dejado el bolso. Buscó los cheques de viaje que ella guardaba en él como una cajera. Encontró dos cheques en liras italianas del Banco Nacional, ambos eran de igual cantidad, uno a nombre de él, otro a nombre de ella. Sacó su cheque, y puso en su lugar una hoja de papel del mismo tamaño, guardó con sumo cuidado el cheque en su cartera, y se volvió a acostar.

6

A la mañana siguiente, continuaron su viaje hacia Roma. El tren salió de Florencia, y se adentró en el paisaje de la Toscana entre colinas verdes, primaverales. Avanzaba despacio, paraba diez minutos en cada estación, los viajeros bajaban, y volvían a subir con esa calma típica de los habitantes del sur cuando el tren se disponía a partir de nuevo; charlaban y se reían.

—Fíjate bien —dijo Mihály— cuántas cosas ves aquí si miras por la ventana, cuántas cosas más que en otros países. No sé cómo es posible, no sé si es el horizonte el que es más amplio o si son las cosas las que son más reducidas, pero apuesto que ves cinco veces más pueblos, ciudades, bosques, ríos, cielos y nubes que si, por ejemplo, miraras por la ventana del tren en Austria.

—Es verdad —respondió Erzsi. Estaba cansada, y empezaba a hartarse del entusiasmo de Mihály por Italia—. Sin embargo, Austria es más bonita. Hubiéramos tenido que ir allí.

—¿A Austria? —gritó Mihály. Se enfadó tanto que ni siquiera continuó.

—Guarda tu pasaporte —le llamó la atención Erzsi—. Lo has dejado fuera otra vez.

El tren se detuvo en Cortona. Mihály, al ver la pequeña ciudad, tuvo la sensación de haber visto otras muchas ciudades parecidas, y disfrutaba con la felicidad del reencuentro.

—Dime..., ¿por qué crees que tengo la sensación de haber pasado parte de mi juventud en pequeñas ciudades de montaña?

Erzsi no le respondió nada al respecto.

—Empiezo a hartarme del viaje —contestó—. Me gustaría llegar a Capri. Allí descansaré.

—¡Capri! ¡Vaya sitio! Sería mucho más interesante bajar aquí, en Cortona, o en cualquier otro sitio. Fuera de programa. La próxima estación, por ejemplo, es Arezzo. ¡Arezzo! Es fantástico que Arezzo exista de verdad, y que no fuera solamente inventada por Dante que comparó a sus gimnastas con el diablo, porque transformaban sus traseros en trompetas. Ven, ¡vamos a bajar en Arezzo!

—Ni hablar. ¿Bajar sólo porque Dante escribió todas esas cochinadas? Arezzo es una pequeña ciudad polvorienta, seguramente tiene un Duomo del siglo XIII, un *Palazzo* Communale, el retrato del Duce en cada esquina, acompañado de frases de contenido patriótico, muchas cafeterías y un hotel llamado Stella d'Italia. No me interesa. Me aburre. Me gustaría estar ya en Capri.

—Qué interesante. Quizás como tú ya has estado en Italia, no te conmueves ante un cuadro de Fra Angélico o un queso Bel Paese. Yo, sin embargo, tengo la sensación de cometer un pecado venial cada vez que no me bajo en una estación. No hay nada más frivolo que viajar en tren. Habría que ir andando o por lo menos en una diligencia, como lo hacía Goethe. Es espeluznante haber estado en la

Toscana, y al mismo tiempo no haber estado. Y también haber pasado al lado de Arezzo, que Siena esté por allí y que yo no me haya acercado. ¿Quién sabe si veré la ciudad de Siena alguna vez, si no la veo ahora?

—Bueno, ¿y qué? En Hungría nunca me habías confesado tu esnobismo. ¿Qué va a pasar si no ves los cuadros de los primitivos de Siena?

—¿A quién le interesan los primitivos de Siena?

—Entonces, ¿qué quieres hacer en Siena?

—Qué sé yo. Si lo supiera, quizás no me interesaría tanto. Pero si pronuncio la palabra Siena, me da la sensación de que allí podría encontrar algo que lo remediaría todo.

—Estás loco, eso es lo que te ocurre.

—Es posible. Y también tengo hambre. ¿Tienes algo para llevarme a la boca?

—Es terrible, Mihály, cuánto comes desde que estamos en Italia. Si acabas de desayunar.

El tren llegó a la estación de un sitio llamado Terontola.

—Voy a bajar a tomarme un café.

—No bajes. Tú no eres italiano. El tren no te esperará.

—Claro que sí. Se detiene un cuarto de hora en cada estación. Hasta luego. Adiós.

—Adiós, tontín. No se te olvide escribir.

Mihály se bajó, pidió un café, y mientras la cafetera sacaba de sí aquella bebida fantástica y calentísima, empezó a charlar con un lugareño sobre los atractivos de Perugia. Luego, se tomó su café.

—Venga, venga... Dése prisa —dijo el italiano—. El tren está saliendo.

Así fue: cuando salieron, el tren ya estaba dejando la estación. Subieron deprisa, al último vagón. Era un vagón viejo, de tercera clase, que no se comunicaba con el vagón siguiente, donde cada compartimento era un mundo aparte.

«No importa, ya me adelantaré en la próxima estación», pensó.

—¿Es la primera vez que va a Perugia? —le preguntó aquel simpático italiano.

—¿A Perugia? Yo no voy a Perugia. Desgraciadamente no.

—Entonces, seguramente sigue viaje hasta Ancona. Es una lástima. Bájese mejor en Perugia, es una ciudad muy antigua.

—Yo voy a Roma —le aclaró Mihály.

—¿A Roma? Estará bromeando.

—¿Cómo? —preguntó Mihály, pensando que no comprendía la expresión.

—Bromeando —le repitió el italiano—. Este tren no va a Roma. Usted es un bromista —le repitió, con otra expresión apropiada.

—¿Cómo que no va a Roma? Subí en Florencia, con mi esposa, y ponía que iba a Roma.

—Pero éste no es aquel tren —dijo el italiano, como si estuviera disfrutando, oyendo el mejor chiste de su vida—. El tren de Roma salió antes. Éste es el tren de

Perugia-Ancona. Las vías se bifurcan en Teron-tola. ¡Fantástico! Y la *signora* sigue viajando tranquilamente hacia Roma...

—¡Menuda noticia! —dijo Mihály, mirando por la ventana sin saber qué hacer, viendo el lago de Trasimeno, como si desde allí pudiera llegarle una solución, navegando.

La noche anterior, al coger su cheque y su pasaporte, había pensado —por supuesto, no del todo en serio— que durante el viaje podría ocurrir que se separaran. Al bajar del tren en Terontola, tuvo la idea de abandonar a Erzsi, y de que ella siguiera el viaje sin él. Pero ahora que había ocurrido de verdad, se sentía sorprendido y desconcertado. En todo caso... ¡ya había ocurrido!

—¿Qué va a hacer ahora? —curioseaba el italiano.

—Bajaré en la próxima estación.

—Pero éste es un tren expreso. No para hasta Perugia.

—Entonces bajaré en Perugia.

—Ya le decía yo que fuera a Perugia. Está bien, vale la pena. Es una ciudad muy antigua. Tiene que visitar también los alrededores.

«Bien —pensó Mihály—. Yo voy a Perugia. Pero ¿qué hará Erzsi? Seguramente seguirá el viaje hasta Roma, y allá esperará el próximo tren o quizás se baje en la próxima estación, o a lo mejor regresa a Terontola. De cualquier forma, no me encontrará. No se dará cuenta de que yo estoy viajando hacia Perugia.

»No, no se dará cuenta. Si me bajo en Perugia, durante un par de días por lo menos nadie me encontrará. Y menos todavía, si no me quedo en Perugia, sino que me marcho de allí por algún camino ilógico.

»Qué suerte llevar mi pasaporte conmigo. ¿El equipaje? Ya me compraré un par de camisas y otras cosas, la ropa interior es buena y barata en Italia, de todas formas quería comprar algunas cosas. Y en cuanto al dinero... ¿Cómo va lo del dinero?»

Sacó la cartera, y encontró su cheque en liras del Banco Nacional.

«Es verdad, es que anoche... Ya lo cobraré en Perugia, seguramente habrá algún banco que lo acepte. Claro que sí.»

Se acomodó en el rincón del compartimento, y se durmió profundamente. El italiano simpático lo despertó cuando estaban llegando a Perugia.

SEGUNDA PARTE

EL FUGITIVO

¡Tigre! ¡Tigre!, luz llameante
en los bosques de la noche.9
WILLIAM BLAKE

1

En un extremo de la gran llanura de la Umbría se alza Perugia, encima de una meseta rocosa, y en el otro, apoyada en el enorme monte Subacio, está la ciudad de Asís en toda su blancura; la llanura se cubrió de flores en cuestión de días. Los árboles frutales se llenaron de brotes que extendían el júbilo penetrante de la primavera, y también florecieron los madroños de extraños troncos retorcidos; los olivos relucían en su verde claro tan italiano, y abrían sus flores lilas unos árboles enormes cuyo nombre nadie sabía decirle a Mihály. Durante el día, se podía ir en mangas de camisa, mientras que las noches seguían siendo un tanto frescas, aunque agradables.

Mihály llegó caminando de Spello a Asís, subió al punto más elevado de la ciudad, a la Rocca, escuchó las explicaciones históricas de un muchacho italiano, guapo y sabio, se sentó en las ruinas del muro de la antigua fortaleza, contempló durante horas el paisaje de Umbría y se sintió feliz.

«Umbría es totalmente distinta de la Toscana —constató—, es más rural, más ancestral, más santa, y quizás un tanto más austera.

»Es tierra de franciscanos. Con sus pequeñas ciudades de montaña. En Hungría, la gente siempre ha construido en los valles, a los pies de los montes, mientras que aquí lo han hecho encima de los montes, sobre las llanuras. ¿Qué imagen de qué monstruo atormentaría la mente de los fundadores? ¿De qué horror huirían siempre hacia arriba, al cobijo de las rocas escarpadas? Por doquier, allí donde de la llanura surgía un monte, construían una ciudad.

9. Traducción de Enrique Caracciolo Trejo. (N. de la T.)

»Además, aquí todo son ciudades. Spello, por ejemplo, sería un simple pueblucho en Hungría, pero aquí es una ciudad, con su catedral, sus cafeterías, es mucho más ciudad que Szolnok o Hatvan, por ejemplo. Además, seguramente habrá nacido aquí algún pintor famoso, o se habrá perdido alguna batalla importante en las cercanías.

»El paisaje en Italia no es como yo me lo imaginaba, no es tan sólo dulce y acogedor. Por lo menos aquí, en Umbría. Hay algo de austero, algo oscuro y rudo, algo parecido al laurel, y justamente esta parte ruda de Italia es la más atractiva. Quizás se deba a estos montes altos y áridos. Nunca habría imaginado la cantidad de montes altos y áridos que puede haber en Italia. En la cima del Subasio todavía quedan manchas de nieve.»

Cogió una rama de aquel árbol cuyo nombre no sabía, y bajó a la pequeña ciudad, estaba contento y alegre con sus flores. Se sentó en la *piazza*, en frente del templo de Minerva, el primer templo clásico que Goethe visitó en su viaje a Italia, en la terraza de una cafetería; allí pidió un vermut y le preguntó a la camarera cómo se llamaba aquel árbol.

—*Salsifraga* —le respondió la señorita, siseando y tras un breve titubeo—. *Salsifraga* —repitió, indecisa—. Por lo menos allá arriba, en mi tierra, en Milán se llama así. Aunque aquí todo tiene un nombre distinto —añadió, en un tono lleno de desprecio.

—¡Qué va a ser *salsifraga*! —concluyó Mihály—. *Salsifraga* será el nombre italiano de la sempiterna. Supongamos que éste es el árbol de Judas.

Aparte de esto, se sentía muy bien. La llanura de Umbría emanaba felicidad, una felicidad humilde, franciscana. Tenía la sensación, como tantas veces en sus sueños, de que las cosas importantes no ocurrían allí, donde él estaba, sino en otra parte, quizás allá arriba, en Milán, en la tierra de origen de aquella pobre señorita expatriada, o allí, donde Erzsi estuviese..., y él se encontraba contento y feliz de no tener que estar donde sucedían las cosas importantes, sino de poder estar en otro lugar, en un lugar escondido, un lugar en paz con Dios.

De camino hacia Asís, tenía la esperanza de encontrar a Ervin en la ciudad. En su juventud, cuando Ervin era el jerarca, leyeron todo lo que se había escrito sobre San Francisco de Asís. Ervin ingresó, seguramente, en la orden de los franciscanos. Pero no encontró a Ervin, ni tampoco las iglesias de los franciscanos pudieron despertar el fervor de su juventud, ni siquiera la de Santa Maria degli Angeli, con su Portiuncula, donde el santo murió. No se quedó a pasar la noche, puesto que temía que allí, en un sitio tan turístico, lo encontrasen más fácilmente quienes pudieran estar buscándolo. Siguió su viaje, y por la noche llegó a Spoleto.

Cenó, pero el vino no le gustó. Los vinos tintos italianos a veces sabían a alcohol de quemar o bien olían a cebolla, sabe Dios por qué, mientras que otras veces eran excelentes, también sin ninguna explicación válida. Su malhumor creció cuando, al pagar, constató que el dinero que había cobrado con el cheque de viaje en Perugia se terminaría por más ahorros que hiciese, y no sabía qué haría entonces. El mundo exterior, del cual se había olvidado tan felizmente en Perugia y en la llanura, empezaba a infiltrarse otra vez.

Alquiló una habitación barata en un albergue barato —de todas formas, no había muchos sitios donde elegir—, y decidió dar un pequeño paseo por los callejones de

Spoleto. La luna estaba cubierta por las nubes, todo estaba oscuro, los callejones de la ciudad negra le oprimían y le ahogaban, su estrechez no era acogedora como la de los callejones, entre aquellas casas rosadas, de Venecia. Llegó a una parte de la ciudad donde las calles a cada paso se volvían más y más oscuras y estrechas, las escaleras conducían a puertas cada vez más misteriosas, no se veía a nadie. Mihály perdió la orientación, y de repente se dio cuenta de que alguien le estaba siguiendo.

Se volvió y vio a un hombre que acababa de dar la vuelta a la esquina, era muy alto, vestido de oscuro. Mihály sintió un pánico innombrable, y se adentró en un callejón que era todavía más estrecho y más oscuro que los demás.

Era un callejón sin salida, y Mihály tuvo que retroceder, mientras el desconocido le esperaba en la esquina. Mihály dio unos pasos hacia él, más despacio, y cuando le distinguió la cara, se detuvo, presa del pánico. El desconocido llevaba una corta capa negra, típica del siglo pasado, y una bufanda blanca de seda, y su cara vieja y arrugada, blanda e imberbe, reflejaba una sonrisa indescriptible. Abrió los brazos hacia Mihály, y le gritó con una fina voz de castrado:

¡Zacomo! —o algún nombre parecido.

—No soy yo —le aclaró Mihály, lo que el otro tuvo que admitir. Se disculpó y se alejó de él. Mihály comprendió que aquella sonrisa indescriptible era sencillamente una sonrisa de demente.

Mihály no se tranquilizó con la idea de que su aventura se basara en un temor irracional, ni con que hubiese terminado de una manera un tanto cómica, sino que —con su predisposición a ver símbolos en todo— sacó de aquel episodio absurdo la conclusión de que le estaban persiguiendo, de que habían encontrado su rastro. Presa del pánico, buscó el camino de regreso a su albergue, subió a su habitación, cerró la puerta y la bloqueó con un baúl. La habitación, sin embargo, seguía inspirándole miedo. Para empezar, era demasiado grande para una sola persona, y luego Mihály todavía no se había acostumbrado a que en Italia, en los hoteles más pequeños, el suelo fuera de baldosas. Se sentía como si en su infancia le hubiesen castigado de una manera especialmente cruel, desterrándole a la cocina, algo que sin embargo nunca había ocurrido. Además, la habitación se encontraba en el borde de la ciudad, construida en la cima del monte, así que debajo de su ventana se extendía un precipicio rocoso de doscientos metros. Incomprensiblemente, al lado de la ventana había también una puerta de vidrio en la pared. Quizás hubiera dado a una terraza, pero ésta habría sido desmontada en tiempos históricos, o se habría caído, por su propio peso, y solamente quedaba la puerta que se abría hacia afuera, al vacío, a una altura de doscientos metros. Aquella habitación significaba la muerte segura para la gente propensa al suicidio: no podrían resistir la tentación. Para colmo, la única imagen que decoraba aquellas paredes enormes era una ilustración, recortada de alguna revista, que representaba a una mujer bastante fea, vestida según la moda de fin de siglo y que sostenía un revólver en la mano.

Mihály constató que había dormido en ambientes más tranquilizadores, pero lo que más le preocupaba era que su pasaporte estuviera en poder del antipático recepcionista de aspecto bribón, que no había accedido a la propuesta astuta de Mihály de rellenar él mismo su ficha, al estar su pasaporte escrito en un idioma extranjero e incomprensible. El recepcionista se empeñó en que el pasaporte de Mihály se quedara en su poder mientras él permaneciese en el albergue. Por lo visto, habrá tenido alguna mala experiencia. Todo el albergue dejaba suponer que el recepcionista, que también era el dueño, había tenido experiencias muy desagradables. «Durante el día —pensó Mihály— seguramerite venían feriantes fracasados, mientras que por la noche los espíritus de los ladrones de caballos jugarían a las cartas, riendo a carcajadas en el comedor con olor a cocina, llamado *sala da pranzo*...»

Sea como fuese, el pasaporte era un arma que se podía utilizar contra él, puesto que dejaba su nombre a la vista de sus perseguidores, y escapar sin él sería por lo menos tan desagradable como salir corriendo en calzoncillos, como suele ocurrir en los sueños. Mihály se acostó angustiado entre las sábanas de dudosa limpieza, no durmió mucho, y sus ratos de sueño, de duermevela y de vigilia angustiosa se mezclaban por completo en una sola y única sensación de que estaba siendo perseguido.

Se levantó al alba, bajó con cautela, despertó al dueño tras un esfuerzo largo y tenso, pagó la cuenta, consiguió su pasaporte y se dirigió con prisa a la estación. Una mujer somnolienta le preparó un café en el bar, mientras iban llegando los primeros obreros italianos, también somnolientos. La angustia de Mihály no disminuía. Temía que le arrestaran, desconfiaba de los uniformados, de quienes pareciesen soldados o policías, hasta que por fin llegó el tren. Suspiró, aliviado, se preparó para tirar su cigarrillo y subir al vagón.

En ese momento se acercó a él un joven fascista muy apuesto, le pidió que no tirara su cigarrillo, sino que primero le diera fuego.

—*Ecco* —dijo Mihály, y le extendió su pitillo. No pensó en nada malo. Ya había llegado el tren.

—Usted es extranjero —dijo el joven fascista—. Me di cuenta nada más oírle decir *ecco*. Tengo muy buen oído.

—Bravo —le respondió Mihály.

—¡Usted es húngaro! —dijo el joven fascista, muy contento.

—Sí, sí —consintió Mihály, sonriente.

Entonces el fascista le agarró del brazo, con una fuerza que Mihály no podía imaginar, siendo el otro tan bajito como era.

—¡Usted es el hombre al que buscan en toda Italia! *Ecco*! ¡Aquí está su foto! —dijo, sacando un papel de su bolsillo—. ¡Su esposa le está buscando!

Mihály soltó su brazo que el otro mantenía agarrado, sacó de su bolsillo una tarjeta de visita, y escribió en ella: «Estoy bien, no me busquéis», y se la entregó al fascista, junto con un billete de diez liras.

—*Ecco*! ¡Haga el favor de mandar un telegrama a mi mujer! *Arrivederci!*

Volvió a soltar su brazo, que el fascista había vuelto a agarrar, subió al tren en marcha y cerró la puerta de un golpe tras de sí.

El tren iba a Norria, avanzando entre los montes. Cuando bajó, se encontraba cerca de los montes de Sibillini, con unos picos de más de dos mil metros, y a su derecha se veía el Gran Sasso, el pico más alto de Italia.

El miedo hizo que Mihály subiera a los montes, como había sucedido con los constructores de aquellas pequeñas ciudades italianas. Allí arriba, entre aquellas cimas heladas y cubiertas de nieve, no lo encontrarían. Ya no pensaba en Erzsi, al contrario: pensó que se la había quitado de encima de una manera muy astuta con el telegrama. Pero Erzsi era solamente una de las muchas personas que le podían perseguir, ni siquiera se trataba sólo de personas, sino también de las instituciones y de las tropas terroríficas de la edad.

¿Qué había sido su vida durante los últimos quince años? Aprendió su oficio en Hungría y en el extranjero, un oficio que ni siquiera era el suyo sino el de su familia, de su padre, de su firma, algo que a él no le importaba ni le interesaba; luego empezó a trabajar en la compañía, trató de aprender los placeres dignos de un miembro de la dirección de aquella compañía, aprendió a jugar al bridge, a esquiar y a conducir, trató de tener aventuras sentimentales dignas de un miembro de la dirección de la compañía, conoció a Erzsi, y empezaron a hablar tanto de él en los ambientes de moda que la cantidad de chismes era suficiente para un miembro joven de la dirección de la compañía, y por fin se casó, de la manera digna para un miembro de la dirección de la compañía, se casó con una mujer bella, inteligente, rica y que se había hecho famosa por su aventura anterior. Quién sabe, a lo mejor en un año o algo así sería un verdadero miembro de la dirección de la compañía, un auténtico miembro: las actitudes se endurecen hacia adentro, se empieza siendo fulanito de tal, que de paso es ingeniero, y se termina siendo un ingeniero que de paso se llama fulanito de tal.

Caminaba por los montes. Vagaba entre pequeños pueblos de montaña, cuyos habitantes se comportaban de manera tranquilizadora: no le perseguían. Le aceptaban como a un turista loco. Sin embargo, si un ciudadano cualquiera le hubiese visto al tercer o cuarto día de su huida, no le habría tomado por turista, sino simplemente por loco. No se afeitaba, no se lavaba, no se quitaba la ropa para dormir, huía sin parar. En su interior, también se había mezclado todo de una manera caótica, allí, entre las líneas bien definidas y austeras de aquellos montes crueles, entre aquella soledad, en aquel abandono más allá de lo humano. No había en su mente ningún propósito, ni el más mínimo resquicio de ello, solamente sabía que no había vuelta atrás. Las personas y las cosas que le perseguían, los años y las

instituciones cobraban la forma concreta de distintos monstruos en su mente perturbada por las visiones; la fábrica paterna se convertía en un enorme mazo de acero para abatirle, veía cómo iba envejeciendo poco a poco, veía los procesos de cambio lentos pero inevitables de su cuerpo, era como si su piel se arrugara al ritmo de las agujas de un reloj. Eran los primeros síntomas llenos de delirio de la fiebre nerviosa.

Los médicos constataron, más adelante, que la fiebre nerviosa se debía al agotamiento. No era de extrañar: Mihály se había estado agotando sin parar durante quince años. Se estuvo agotando por intentar ser otra cosa distinta de lo que en realidad era, por esforzarse en vivir como se debía y como otros esperaban de él, en vez de vivir como él deseaba. Su último y más heroico esfuerzo había sido su matrimonio. Después, la excitación del viaje y el proceso maravilloso de relajamiento, provocado por los paisajes de Italia, el hecho de que durante toda su luna de miel hubiera bebido sin parar y casi no durmiese, todo eso provocó en él el desplome. Otra cosa también: mientras uno anda, no se da cuenta de lo cansado que está, sólo al sentarse. Mihály fue vencido también por el cansancio acumulado en quince años en el momento en que, en Terontola, sin querer pero no sin desear, se subió a otro tren, al otro tren que le alejaba más y más de Erzsi, hacia la soledad, hacia sí mismo.

Una noche llegó a una ciudad de montaña un tanto más grande que las otras. Estaba ya en un estado anímico tan extraño que ni siquiera preguntó por el nombre del lugar, no lo hizo tampoco porque aquel mediodía se había dado cuenta de que no se acordaba de ninguna palabra en italiano. Así que tampoco hay aquí lugar para mencionar el nombre de aquella pequeña ciudad. En la *piazza* de la ciudad había un albergue más bien agradable, así que entró y cenó con ganas, unos *gnocchi* con salsa de tomate, queso de cabra de los alrededores, una naranja y vino blanco. Sin embargo, cuando llegó el momento de pagar, consideró que la hija del dueño le miraba con recelo y que compinchaba algo contra él con los otros dos hombres que había en el restaurante. Así que salió corriendo, y anduvo, nervioso, por el monte junto a la ciudad, por sus bosques llenos de matorrales y de *macchie*, pero no pudo quedarse allá arriba, puesto que el viento soplaba muy fuerte, así que bajó por un camino empinado.

Llegó a un valle profundo que le recordaba un pozo, donde no había viento, pero todo era tan oscuro y tan desértico que se le hubiera hecho natural encontrarse allí algunos huesos humanos, junto con una corona real o cualquier otro símbolo ancestral y sangrante de la nobleza y de la tragedia humanas. Aún en su estado anímico normal era siempre muy sensible a las sugerencias del paisaje, y ahora mucho más todavía. Huyó deprisa de aquel valle: para entonces ya estaba muy cansado. Un pequeño sendero le condujo a una colina. En la cima había un muro más bien bajo, que le hizo detenerse. Era un lugar acogedor y hospitalario. Saltó por encima del muro, y según pudo constatar bajo la luz tenue de las estrellas, se

encontraba en un jardín, donde había unos cuantos cipreses. A sus pies, había un pequeño túmulo que se ofrecía de manera natural como almohada. Se acostó y se sumió enseguida en un sueño profundo.

Más tarde, la luz de las estrellas se hizo más fuerte, los astros brillaban como si una agitación inusual se hubiese apoderado del cielo, y él se despertó. Se sentó y miró, desorientado, a su alrededor, bajo el terrible resplandor de las estrellas. De detrás de uno de los cipreses, apareció Tamás, pálido y malhumorado.

—Tengo que volver a casa —dijo—, porque no me deja dormir este terrible resplandor de las estrellas. —Se alejó, y Mihály quiso correr detrás de él, pero no pudo levantarse, por más que se esforzara.

Se despertó otra vez al alba, le entró frío y vio que había amanecido, y miró, somnoliento, a su alrededor. Debajo de los cipreses, vio las cruces y las tumbas: había dormido en el cementerio, en el camposanto de la ciudad. Eso no le hubiese tenido que asustar, puesto que las ciudades de los muertos italianos son quizás todavía más acogedoras y hospitalarias que las de los vivos, durante el día y también bajo el resplandor de la luna. Sin embargo, para Mihály todo eso tuvo un terrible significado simbólico. Otra vez salió corriendo del lugar, y desde ese momento se puede decir que brotó su enfermedad. Lo que le pasó después nunca lo pudo recordar.

Al cuarto, quinto o quizás al sexto día, el crepúsculo le sorprendió en un sendero del bosque. Los tonos rosados y dorados del sol poniente le encandilaron también en su estado enfermizo, quizás incluso más que antes, puesto que en su estado sereno hubiese tenido vergüenza de reaccionar así a la vista de aquellos viejos colores celestes, completamente inútiles. Cuando el sol se escondió detrás del monte, preso de una idea repentina y febril, subió a una roca, pensando que desde allí podría contemplar el astro rey durante otro rato más. Sus manos inexpertas se agarraron mal, se cayó en la cuneta, al lado del sendero, y no tuvo fuerzas para levantarse. Allí se quedó, acostado.

Por suerte, antes del alba llegaron unos vendedores ambulantes con sus mulas, le vieron acostado bajo el resplandor de la luna, reconocieron en él al extranjero distinguido, le bajaron con todo respeto al pueblo, desde donde los representantes de la autoridad lo trasladaron, tras varios transbordos, al hospital de Foligno. Él no se enteró de nada.

2

Cuando volvió en sí, seguía sin recordar ni una palabra de italiano. Le preguntó en húngaro a la enfermera, con voz cansada y asustada, las cosas que en estos casos se suelen preguntar: dónde estaba y cómo había llegado hasta allí. Como la enfermera no supo contestarle, se dio cuenta por sí mismo —no era muy difícil— de que estaba en un hospital. También se acordó de lo raro que se había sentido por los montes, y se calmó. Sólo quería saber qué tenía. No sentía ningún dolor, pero estaba muy débil y muy cansado.

Por suerte, había en el hospital un médico que era medio inglés, así que le avisaron para que fuera a visitar a Mihály. Éste había vivido bastante tiempo en Inglaterra, de tal manera que llevaba el idoma inglés en la sangre, y no lo había olvidado, así que se entendieron bien.

—Usted no tiene nada —le dijo el médico—, sólo que está completamente agotado. ¿Qué ha hecho para cansarse así?

—¿Yo? —preguntó Mihály, pensativo—. Nada. Vivir.

Y se durmió.

Cuando se despertó, se sentía mucho mejor. El médico inglés volvió a visitarle, le examinó de nuevo, y le dijo que no tenía absolutamente nada, que en unos días se podría levantar.

El médico se interesó por Mihály, y conversó con él largos ratos. Quería saber cómo se había cansado de esa manera. Poco a poco se dio cuenta de lo nervioso y preocupado que se ponía Mihály con la idea de mejorar y tener que dejar el hospital en unos días.

—¿Tiene usted algo que hacer aquí, en Foligno o en los alrededores?

—Qué va... No sabía ni siquiera que Foligno existiese.

—¿Dónde quiere ir cuando salga de aquí? ¿Quiere regresar a Hungría?

—No, no. Quisiera quedarme en Italia.

—Y ¿qué quiere hacer aquí?

—No tengo ni idea.

—¿Tiene aquí algún pariente?

—No, no tengo a nadie —contestó Mihály, y como estaba tan débil y tan nervioso se puso a llorar.

El médico era blando de corazón, y se compadeció de aquel hombre tan solitario, y empezó a tratarle con más cariño que antes. Sin embargo, Mihály no lloraba por no tener a nadie, sino por todo lo contrario: por tener a demasiada gente y porque temía que no podría conservar durante mucho tiempo su soledad, de la cual tanto disfrutaba en aquel hospital.

Le contó al médico que toda la vida había deseado estar en un hospital. Por supuesto, no por ninguna enfermedad grave, sino así, como él estaba ahora, con un

profundo cansancio, sin hacer nada, sin tener que hacer nada, bien cuidado, sin ningún propósito ni deseo alguno, más allá de las preocupaciones humanas.

—Así es... parece que Italia me da todo lo que he deseado —concluyó.

Resultó que al médico le encantaban las asociaciones históricas, por lo menos tanto como a Mihály. Poco a poco, se acostumbró a pasar todo su tiempo libre al lado de la cama de Mihály, con conversaciones históricas lánguidas, llenas de divagaciones. Mihály aprendió muchas cosas sobre Angela da Foligno, la santa mística, la virgen famosa del lugar que la gente común de Foligno apenas conocía. También aprendió muchas cosas sobre el propio médico, que tenía una historia familiar llena de aventuras, como todos los ingleses en general. Su padre había sido oficial de la marina, enfermó de fiebre amarilla en Singapur, sufrió terribles alucinaciones, y cuando se curó, se convirtió al catolicismo, porque pensó que solamente así podría salvarse de los horrores del infierno. Su familia, muy religiosa, llena de pastores anglicanos, se apartó de él, así que el viejo empezó a odiar a los ingleses, abandonó la marina, encontró trabajo en la marina mercante italiana, y más tarde se casó con una italiana. Richard Ellesley —así se llamaba el médico— había pasado su infancia en Italia. Habiendo heredado una considerable fortuna de su abuelo italiano, su padre envió a estudiar al joven Ellesley a Harrow y a Cambridge. Durante la guerra, el viejo regresó a la marina inglesa, y murió en la batalla de Skagerrak; la fortuna se terminó, y desde entonces Ellesley se ganaba la vida trabajando como médico.

—No he heredado de mi padre más que el temor al infierno —dijo sonriendo.

Allí cambiaron sus papeles. Mihály tenía miedo a muchas cosas, pero no temía en absoluto al infierno, no tenía ninguna afinidad con el mundo del más allá, así que intentó curar al médico. Aquello era urgente y apremiante, puesto que el médico caía, casi cada tres días, en terribles ataques de pánico.

Su temor no se debía a los remordimientos. Ellesley era una persona pura y bondadosa, y no había cometido nunca ningún pecado.

—Entonces, ¿por qué piensa que terminará en el infierno?

—Dios mío... ¿cómo voy a saberlo? No es que vaya a ir, es que me llevarán.

—Satanás sólo tiene poder sobre los malvados.

—Eso no se sabe. Lo dice también la oración, y usted la conoce: «Arcángel San Miguel, defiéndenos en nuestras batallas, sé nuestro protector contra la maldad y las artimañas de Satanás. Que Dios le ordene, te suplicamos, y tú, soberano de las tropas celestes, condena, con la fuerza de Dios, a Satanás y a los demás espíritus malignos que acechan a las almas de este mundo, y que quieren llevarlas a la perdición.»

Aquella oración evocó en Mihály el recuerdo de la capilla del instituto, y aquel terror de su adolescencia que sentía al repetirla. Sin embargo, su temor no se debía al miedo a Satanás y a la perdición, sino a las connotaciones históricas, ancestrales de aquella oración en concreto. El catolicismo era una cosa moderna para él, o por

lo menos bastante moderna, solamente aquella oración evocaba tiempos remotos y ancestrales.

Ellesley, cuando le entraba el pánico al infierno, iba a ver a los curas y religiosos para que le absolvieran de sus pecados. Sin embargo, eso tampoco le ayudaba mucho. En parte porque no se sentía pecador, así que no se sentía tampoco absuelto. Por otro lado, aquellos curas eran personas muy sencillas, más bien vulgares, que no dejaban de recordarle una y otra vez los horrores del infierno, agravando así su situación. Los amuletos y hechizos le ayudaban un poquito más. Una vez, una anciana le humeó con la ayuda de unas hierbas santas, y entonces estuvo tranquilo durante dos meses.

—¿Usted —preguntó—, usted no teme nada en absoluto? ¿Qué piensa usted? ¿Qué ocurre con el alma después de la muerte?

—Nada.

—¿Tampoco cree en la inmortalidad ni en la vida eterna?

—El nombre de los grandes permanacerá para siempre. Yo no soy grande.

—¿Y cómo puede soportar así la vida?

—Eso es otro problema.

—No entiendo cómo puede pensar que el que muere desaparece por completo. Hay miles de pruebas en contra. Todos los italianos se lo pueden decir, y los ingleses. No hay nadie, ningún italiano, ni ningún inglés, que no se haya encontrado con muertos, y sin embargo son las dos naciones más de fiar. No sé cómo son los húngaros.

—¿Usted también se ha encontrado ya con muertos?

—Claro que sí. Más de una vez.

—¿Cómo fue?

—No se lo quiero contar, porque a lo mejor se pone nervioso. Aunque uno de los casos fue tan sencillo que no hay nada que temer en ese sentido. Durante la guerra, yo estudiaba en Harrow. Un día estaba en cama, acostado, porque tenía la gripe, y miraba por la ventana. De repente vi a mi padre, de pie, en la ventana, con su uniforme de marino, saludando al estilo militar. Lo único extraño en él era que tenía dos alas en ambos lados de su gorra. Al estilo con que se suele representar a Mercurio. Salté de la cama y abrí la ventana, pero ya no estaba. Esto ocurrió por la tarde. Mi padre había muerto aquella mañana en la batalla de Skagerrak. Por la tarde, su alma estaba en Harrow.

—¿Y cómo fue la otra historia?

—Es mucho más misteriosa. Ocurrió en Gubbio, hace poco. Pero no se la puedo contar ahora.

—¿Gubbio? ¿Por qué me resulta tan familiar este nombre?

—Seguramente por la leyenda de San Francisco, la de Fioretti.

—Claro... Es verdad... El lobo de Gubbio... con el que San Francisco hizo un pacto para que no molestara a los habitantes de la ciudad, quienes, a cambio, se ocuparían de su sustento...

—Y por las noches se veía al lobo, con su cesta colgada del cuello, pasar entre las casas de Gubbio, para recoger las donaciones de la gente.

—¿Existe todavía Gubbio?

—Claro, y no está muy lejos de aquí. Haga una visita, cuando se haya recuperado. Vale la pena, no solamente por la leyenda del lobo...

También hablaban mucho de Inglaterra, de la otra patria del doctor Ellesley, a la que añoraba. Mihály también tenía nostalgia de Inglaterra. Había vivido allí dos años llenos de austeridad y de ensoñaciones, antes de pasar por París y partir definitivamente para Hungría. En Londres celebró auténticas orgías de soledad, a veces pasaba semanas sin hablar con nadie, tan sólo intercambiando algunas palabras con los obreros en las cervecerías de las afueras de la ciudad. Le encantaba el horrible clima de Londres, aquel clima acuoso, hinchado, nebuloso y blando que le rodeaba y le absorbía, y que le acompañaba perfectamente en su soledad y en su *spleen*.

—El mes de noviembre, en Londres, no es simplemente un mes del año —dijo—, sino un estado anímico.

Ellesley estuvo totalmente de acuerdo.

—Ahora que me acuerdo —le contó Mihály—, en aquel noviembre londinense yo también experimenté algo que para usted hubiese sido una prueba más de que los muertos sobreviven de alguna manera. Para mí, sólo fue una constatación más de que no estoy bien del todo de los nervios. Se lo quiero contar. Una mañana estaba trabajando en la fábrica (ya le digo, era noviembre), y de repente me llamaron por teléfono. Una voz femenina, desconocida, me pidió que por la tarde fuera a un sitio para un asunto sumamente importante, y me dijo un nombre y una dirección totalmente desconocidos para mí. Yo protesté, diciendo que seguramente se trataba de un error.

»—No, seguramente no —dijo la voz—, yo busco a un *gentleman* húngaro que trabaja de voluntario en la fábrica Buthroyd..., ¿o acaso existe otro hombre así?

»—No —le respondí yo, y le dije que mi nombre era efectivamente aquel que ella había mencionado—. Pero dígame de lo que se trata.

»No me lo quiso decir... Hablamos durante un rato, y al final le prometí que iría.

»Fui, porque estaba intrigado. ¿Acaso existe algún hombre que no se anime con una voz agradable, femenina y desconocida que le pide algo por teléfono? Las mujeres, si conociesen a los hombres, les pedirían todo por teléfono, y siendo unas desconocidas... La calle, llamada Roland Street, se encontraba en esa parte antipática de Londres, detrás de Tottenham Court Road, al norte del Soho, donde viven los artistas y las prostitutas que no tienen suficientes medios ni para vivir en el Soho o en el barrio de Bloomsbury. No lo sé con seguridad, pero intuyo que en esa

parte de Londres habían vivido y vivían fundadores de religiones, gnósticos y los espiritistas más humildes. Todo el barrio desprende una especie de fracaso religioso. Allí es donde me habían citado. Usted tiene que saber que soy muy sensible al ambiente de las calles y de los paisajes. Al atravesar aquellas calles oscuras, buscando la de Roland Street en la niebla —no era *fog*, sino tan sólo *mist*, esa niebla blanca, como la leche, ese calabobo tan típico de noviembre—, me invadió una sensación de fracaso religioso tan fuerte que casi me mareo.

»Al final, encontré la casa, y en la placa de la puerta figuraba, efectivamente, el nombre que la voz desconocida me había mencionado por teléfono. Llamé al timbre. Un rato más tarde, se oyeron unos pasos, y una criada somnolienta y descuidada me abrió la puerta.

»—¿Qué desea?

»—Pues... no lo sé... —le contesté, muy desconcertado.

»Entonces se oyó una voz desde arriba, desde muy lejos. La criada dudó, y al principio no dijo nada. Luego, me condujo hacia unas escaleras estrechas y sucias, y me dijo, muy al estilo inglés: "Suba usted y siga todo recto." Ella se quedó abajo.

»Arriba encontré una puerta abierta y una habitación a oscuras, donde no había nadie, aunque la puerta de enfrente se acababa de cerrar, como si alguien acabara de salir de la habitación. Me acordé de las instrucciones de la criada, atravesé la habitación, y abrí la puerta que se acababa de cerrar. Llegué a otra habitación a oscuras, antigua, llena de polvo y decorada con muy mal gusto, donde no había nadie; sin embargo, la puerta de enfrente acababa de cerrarse, como si alguien hubiese salido por allí en aquel mismo instante. Atravesé aquella habitación también, y llegué a otra tercera, y luego a la cuarta. Las puertas se cerraban silenciosamente delante de mí, como si estuviera siguiendo a alguien. Al final, en la quinta habitación... bueno, tampoco existe ninguna razón para decir al final, puesto que en la quinta habitación tampoco había nadie, pero allí por lo menos no se cerró ninguna puerta delante de mí. En aquella habitación sólo había una puerta, por la cual entré. Pero quien había estado andando delante de mí, no estaba en la habitación.

»Había una lámpara encendida, y no había otros muebles más que dos sillones. En las paredes había cuadros y tapices, todo tipo de cachivaches sin valor y pasados de moda. Decidí sentarme en uno de los sillones, y esperar. No dejaba de mirar a mi alrededor, porque entonces ya sabía que se trataba de algo muy extraño.

»No sé cuánto tiempo estuve sentado allí, cuando de repente mi corazón empezó a latir muy fuerte, porque encontré lo que había estado buscando inconscientemente. Desde el primer instante, al entrar en aquella habitación, tenía la sensación de que me estaban observando. Y lo encontré. En una de las paredes había un tapiz japonés que representaba unos dragones y otros animales indeterminados, cuyos ojos eran bolas de vidrio de colores. Entonces me di cuenta de que los ojos de uno de los

animales no eran bolas de vidrio, sino verdaderos ojos que me estaban mirando. O sea que detrás del tapiz había alguien, mirándome.

»En cualquier otra circunstancia hubiese pensado en alguna historia de detectives, o algo así, puesto que existen muchas historias de extranjeros que desaparecen en Londres sin dejar ni rastro, y mi historia había empezado exactamente de la manera en que suelen empezar estas historias de desapariciones. Ya le digo, hubiera sido natural que me asustara, que sospechara algún indicio criminal, y que buscara protegerme de alguna manera. Pero no lo hice. Me quedé allí sentado, inmovilizado. Porque aquellos ojos me eran familiares...

—¿Cómo?

—Creo que eran los ojos de un amigo mío de juventud, un tal Tamás Ulpius, quien murió muy joven, en circunstancias trágicas, aunque todavía sin aclarar. En unos instantes se acabó mi temor, y en su lugar sentí una especie de júbilo, débil y espectral, una especie de espíritu de júbilo. «¡Tamas!», grité, y me levanté para acercarme. Pero los ojos desaparecieron en ese mismo instante.

—¿Qué pasó después?

—La verdad es que no pasó nada más. Lo que pasó después no tiene ningún sentido. Una señora mayor entró en la habitación, una mujer muy extraña, vestida a la antigua, antipática, de ojos enormes, y me preguntó algo con una expresión bastante neutra de la cara. No la comprendía, no hablaba en inglés. Intenté hablarle en francés, en alemán, en húngaro, pero ella meneaba la cabeza, con mucha tristeza. Me habló otra vez en aquel idioma desconocido, cada vez con más animación, parecía estar haciéndome preguntas. Yo la escuchaba con mucha atención, quería enterarme, por lo menos, del idioma en que hablaba. Tengo muy buen oído para los idiomas, incluso para los que no hablo, y pude constatar que la lengua que aquella mujer hablaba no era ni de origen latino, ni germánico, ni eslavo, ni siquiera ugrofinés, puesto que había estudiado finlandés en la universidad. Entonces, de repente, tuve la certeza de que aquel idioma sólo lo hablaba ella en el mundo entero. ¿Por qué?, no se lo sabría explicar. Pero me asusté tanto que salté de mi sillón y salí corriendo, a través de todas aquellas habitaciones, hasta que me encontré fuera de la casa.

—Y ¿cómo explica todo eso? —le preguntó Ellesley.

—No encuentro ninguna otra explicación sino que era noviembre. Debí llegar a aquella casa por una equivocación extraña y sin razón. Nuestras vidas están llenas de coincidencias sin ningún sentido...

—¿Y los ojos?

—Los ojos me los habré imaginado yo, bajo los efectos del ambiente tan extraño y del noviembre de Londres, porque sigo convencido de que si alguien se muere, se muere, y ya está.

3

El tiempo se acababa. Mihály se repuso, y tuvo que abandonar el hospital. El preso que sale de su prisión, tras veinte años de cautiverio, se debe de sentir tan desarraigado de todo y tan inútil como él se sintió al pasar entre las casas bajitas de Foligno, llevando su equipaje modesto, que consistía en lo poco que había comprado el día de su huida, en Perugia.

Sintió que no podría volver a casa. La situación familiar se había vuelto imposible, debido a su fuga, algo que no podría ni querría explicar. De todas formas, no soportaba la idea de volver a Budapest, regresar a la oficina, ocuparse del negocio, y para descansar, jugar al bridge y charlar.

Había tantas ciudades italianas que ver, tantos secretos que estas ciudades escondían. Decidió escribir a su familia para pedir dinero.

Postergaba la escritura de la carta de un día para otro. Mientras, se quedó en Foligno, donde vivía el doctor Ellesley, la única persona con quien tenía algo que ver. Alquiló una habitación, y vivía una vida tranquila, leyendo las novelas inglesas que el doctor le prestaba, contentándose con la comida y la cena. El sabor de las comidas italianas era lo único que le mantenía en contacto con la realidad en estos días tan apáticos. Le gustaba el sentimentalismo tan evidente de la cocina italiana: la cocina franco-europea opta, por lo general, por los sabores suaves, refinados y solamente definidos por discretos toques, es una cocina bien educada, como los colores de los vestidos masculinos. Los italianos prefieren los sabores muy dulces, muy agrios, los sabores muy definidos, y saben dar un carácter sentimental incluso a las grandes masas de pasta.

Una noche estaba sentado con Ellesley en la terraza de la cafetería principal de la ciudad. Hablaban en inglés, como era su costumbre. Se acercó a su mesa una joven, les habló en un inglés con acento americano, y se sentó.

—Siento mucho molestarles, señores —les dijo—, pero llevo dando vueltas por esta maldita ciudad desde esta mañana, y no encuentro a nadie que me entienda. Quisiera preguntarles algo. Algo relativo al propósito de mi viaje. Algo muy importante.

—Estamos a su disposición.

—Yo estudio historia del arte en Cambridge.

—¿En Cambridge? —exclamó Ellesley, muy contento.

—Sí, en Cambridge, Massachusetts. ¿Por qué? ¿Usted también estudió allí?

—Bueno... en Cambridge, Inglaterra. Pero, ¿en qué podemos servirle?

—Pues... estudio historia del arte, y ahora he venido a Italia, puesto que aquí, como seguramente ustedes también lo saben, hay muchas pinturas que no se encuentran en otros sitios. Las he visto casi todas.

Sacó de su bolso una pequeña agenda, y prosiguió:

—He estado en Florencia, Roma, Ñapóles, Venecia y otros sitios cuyo nombre ahora no puedo leer, puesto que aquí la iluminación es muy defectuosa. El último lugar que visité se llama Pe... Perugia. Se llama así, ¿verdad?

—Sí...

—Allí, en el museo, conocí a un señor que era francés, francés pero muy simpático. Me explicó muchas cosas, y luego me dijo que yo tenía que ir a Foligno, porque aquí había un cuadro muy famoso de Leonardo da Vinci, el que pintó *La última cena*, ya lo saben. Así es que he venido hasta aquí. He estado buscando el cuadro durante todo el día, pero no lo he encontrado. Y nadie me ha sabido orientar en este pueblucho infame. Díganme, por favor, ¿dónde se encuentra dicho cuadro?

Mihály y el doctor se miraron.

—¿Un cuadro de Leonardo? Nunca hubo ninguno en Foligno —aclaró el doctor.

—No puede ser —le respondió la muchacha, muy enfadada—. Me lo dijo aquel señor francés, me dijo que representaba una vaca muy bonita, una mula y una gata.

Mihály se rió.

—La cosa no es tan sencilla, *my dear lady*. Aquel señor francés la engañó. En Foligno no hay ningún cuadro de Leonardo, y yo no entiendo mucho de eso, pero creo que no hay ningún cuadro de Leonardo que represente una vaca, una mula y una gata...

—¿Entonces por qué me lo dijo?

—Probablemente porque los europeos cínicos suelen comparar a las mujeres con estos animales. Por supuesto, solamente a las mujeres europeas.

—No entiendo... ¿No querrá decirme que aquel señor francés pretendía tomarme el pelo? —preguntó, sonrojada.

—Me temo que así se puede decir.

La muchacha se quedó pensativa. Luego, le preguntó a Mihály:

—¿Usted no es francés?

—No. Soy húngaro.

La joven hizo una señal con la mano que significaba que eso daba lo mismo. Luego, se dirigió a Ellesley:

—¿Usted es inglés?

—Sí, en parte.

—Y ¿usted también opina lo mismo que su amigo?

—Sí —le respondió Ellesley, asintiendo con tristeza.

La muchacha se quedó pensativa otra vez, con los puños cerrados.

—¡Con lo bien que me porté con él! Si supiera, por lo menos, cómo se llamaba, el muy sinvergüenza...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Ellesley intentó consolarla.

—Bueno, tampoco ha sucedido nada grave. Ahora puede apuntar en su agenda que ha estado en Foligno.

—Ya lo he apuntado —dijo la muchacha, lloriqueando.

—Muy bien —le dijo Mihály—. Mañana volverá a Perugia, y seguirá con sus estudios. Yo le acompañaré al tren, puesto que a mí también me ha ocurrido coger el que no era...

—No se trata de esto... Es la vergüenza, la terrible vergüenza. Tratar así a una pobre muchacha indefensa. Siempre me aconsejaban tener cuidado con los europeos. Pero es que yo soy tan directa... ¿Se puede tomar aquí un whisky?

Se quedaron juntos hasta la medianoche.

Mihály se sintió despabilado en presencia de la muchacha, él también se tomó un whisky y se volvió muy parlanchín, pero sobre todo le hizo hablar a ella. El doctor, por su parte, se quedó callado, puesto que era más bien tímido, y la muchacha le gustaba bastante.

La muchacha —que se llamaba Millicent Ingram— era fantástica. Sobre todo en su aspecto de historiadora de arte. Luca della Robbia era, para ella, una ciudad a orillas del río Arno, y afirmaba haber estado en el taller de Watteau en París. «Un viejecito muy simpático —dijo— aunque tenía las manos muy sucias, y tampoco me gustó que me besara el cuello en el vestíbulo.» Sin embargo, no dejaba de hablar de historia del arte, con pasión y con soberbia.

Millicent resultó ser hija de una familia muy rica de Filadelfia, muy conocida entre la gente bien de su ciudad, o por lo menos eso pensaba de sí misma, y parecía que le hubiese dado un arrebato a lo Rousseau por la soledad y por la naturaleza, que para ella residían en Europa. Frecuentó las universidades de París, Viena y otras ciudades, pero nada la pudo cambiar. Guardó sus características espirituales incorruptiblemente americanas.

Tras regresar Mihály a su casa aquella noche, canturreaba muy contento mientras se preparaba para acostarse, y ya no se acordaba ni siquiera de su apatía anterior. «Millicent —repetía—. ¡Que alguien se llame de verdad Millicent! Millicent...»

Millicent Ingram no era una de aquellas mujeres americanas desgarradoramente bellas que se veían en París después de la guerra y que volvieron locos a los hombres, puesto que todo era —aparte de ellas— tan feo en el mundo en aquellos años. Millicent era de segunda categoría, en cuanto a su belleza. Sin embargo, era bastante guapa, aunque tampoco se puede afirmar que fuera bella, puesto que su cara no tenía ninguna expresión. Era guapa, sin más, con su nariz pequeñita, su boca grande, sana y pintada, su cuerpo deportivo: sus músculos duros y elásticos, como de goma.

Y era americana. De la estirpe, por lo menos, de aquellas que habían llevado la belleza a París después de la guerra, cuando Mihály era todavía joven. «La mujer extranjera también es parte de la juventud, de los años de peregrinaje. Detrás de ellas queda la eterna nostalgia, puesto que en los años de peregrinaje uno todavía es inexperto y tímido, y deja pasar las mejores ocasiones.» Mihály ya llevaba muchos años viviendo en Budapest, sus enamoradas eran todas húngaras. De alguna manera, una mujer extranjera significaba para él la juventud. Y la liberación,

después de Erzsi, después del matrimonio serio, después de tantos años en serio. Por fin, una aventura, algo que había llegado de repente, y se encaminaba hacia algún final inesperado.

También le atraía la estupidez de Millicent. La profunda estupidez tiene algo de embriagador y atractivo, es como una vorágine, como la aniquilación. La fuerza atrayente del vacío.

Así que, al día siguiente, cuando acompañaba a Millicent a la estación, le dijo, antes de que ésta sacara su billete:

—¿Para qué regresa a Perugia? Foligno también es una ciudad. Quédese mejor aquí.

Millicent le miró con sus ojos grandes, serios y estúpidos, y le respondió:

—Tiene usted toda la razón.

Y se quedó.

Aquel día fue bastante caluroso, se pasaron el tiempo comiendo helados y charlando. Mihály poseía esa capacidad de los diplomáticos ingleses que les hacen temibles ante todos sus colegas: en caso necesario era capaz de mostrarse como un completo idiota. Millicent no veía ninguna diferencia intelectual entre los dos, sino que incluso se sentía superior en ese sentido, debido a sus conocimientos de historia del arte, y eso le encantaba.

—Usted es el primer europeo que sabe apreciarme desde el punto de vista intelectual —dijo—. La mayoría de los europeos son estrechos de mente e incapaces de apreciar la belleza artística.

Mihály se había ganado toda la confianza de Millicent. Por la noche sabía ya todo de ella, pero con todo y eso no sabía nada que valiera la pena saber.

Por la noche se encontraron con Ellesley en la cafetería. El doctor se sorprendió mucho al ver que la muchacha estaba todavía en Foligno.

—Sabe usted... —dijo Millicent—, pensé que no es posible ocuparse constantemente de los problemas artísticos. Un amigo mío que es doctor me dijo que el esfuerzo mental constante e intenso estropea la piel. ¿No es así? Por lo tanto, he decidido relajarme durante un tiempo. Darme una breve pausa intelectual. Su amigo me tranquiliza muchísimo. Es una persona tan simpática, tan sencilla, tan armónica. ¿No es así?

Ellesley constató con resignación que su paciente estaba cortejando a la muchacha americana, y se sumió en un silencio todavía mayor. Porque Millicent le seguía gustando. Era tan distinta a las mujeres italianas. «Sólo una anglosajona puede ser tan pura, tan inocente. Millicent, *innocent*, qué rima más bonita sería si él fuera poeta. Bueno, no importa. Lo que sí importa es que al paciente húngaro le viene muy bien la diversión caída del cielo.»

Al día siguiente, Mihály y la muchacha dieron un largo paseo. Comieron pasta hasta reventar en una pequeña taberna del pueblo, luego se tumbaron en un parque de aspecto clásico, y se durmieron. Cuando se despertaron, Millicent dijo:

—Hay un artista italiano que pintaba árboles como éstos. ¿Cómo se llamaba?
—Botticelli —respondió Mihály, y besó a Millicent.
—¡Ah! —exclamó ella, con cara de susto, y luego devolvió el beso.
Ahora que Mihály tenía a la muchacha en sus brazos, constató con placer que no se había equivocado. Su cuerpo era efectivamente tan duro y elástico, como de goma. ¡Ah, el cuerpo de una mujer extraña, lo que significa para alguien que busca la fantasía en el amor, en vez de los hechos fisiológicos! Ya con aquellos besos preliminares, muy inocentes, sintió que cada detalle del cuerpo de Millicent era extraño, diferente, magnífico. Era tan americana su boca saludable (ah, las praderas americanas), era tan extraño su cuello con sus pelitos, y también las caricias de sus manos grandes y fuertes, la pureza, tan trascendental, tan inimaginable de su cuerpo (ah, Misuri-Misisipí, el Norte contra el Sur, *and the blue Pacific Sea!*).
«La geografía es uno de los afrodisíacos más potentes», pensó.
Por la noche, una carta esperaba a Millicent en el correo: se la habían enviado desde la oficina de Perugia. La carta era de miss Rebbeca Dwarf, profesora especializada en arte medieval en la Universidad de Cambridge (Massachusetts), maestra y principal protectora espiritual de Millicent. Durante la cena, la joven contó entre lágrimas que miss Dwarf estaba muy contenta con su última carta, en la que le contaba los avances que hacía en sus estudios, pero que consideraba indispensable que Millicent viajara urgentemente a Siena, para conocer a los famosos pintores primitivos.
—Sin embargo, me lo he pasado tan bien con usted, Mike... —dijo lloriqueando, poniendo su mano en la de él.
—¿Es verdaderamente indispensable que vaya a Siena?
—Claro que sí. Si miss Dwarf me lo dice...
—Al diablo con esa vieja bruja —se quejó Mihály—. Mire, Millicent, fíjese bien en lo que le digo... No vaya a ver a los primitivos de Siena, seguramente son casi lo mismo que los primitivos de Umbría que acaba de ver en Perugia. De todas formas, aunque no lo sean, qué más da. ¿No le da lo mismo ver diez pinturas más o diez pinturas menos?
Millicent le miró con sorpresa, y retiró su mano.
—Pero, Mike... ¿Cómo puede decir eso? Yo pensaba que usted era sensible a la belleza y al arte, aunque sea europeo...
Y se dio la vuelta.
Mihály se dio cuenta de que había empleado un tono equivocado. Tuvo que volver a retomar el tono idiota de antes, aunque no se le ocurría ningún argumento para convencer a Millicent. Lo intentó por lo sentimental.
—La voy a echar muchísimo de menos si se va... Quizás no nos volvamos a ver más en la vida.

—Así es —le contestó Millicent—. Yo también le echaré de menos. Ya he escrito a Filadelfia, a Doris y a Ann Mary, contándoles hasta qué punto usted me comprendía, y ahora nos tenemos que separar.

—Pues quédese aquí...

—No es posible. Pero venga usted conmigo a Siena. No tiene nada que hacer aquí.

—Eso es verdad. No tengo absolutamente nada que hacer.

—Entonces ¿por qué no se viene?

Después de una breve reflexión, Mihály confesó:

—Porque no tengo dinero.

Así era. Su dinero se había acabado casi por completo. Se lo gastó casi todo en la ropa que compró el día anterior, en honor a Millicent, y en la alimentación de ella, abundante y variada. Por supuesto, en unos pocos días no le quedaría ni para seguir en Foligno... pero si uno se queda en el mismo lugar, siente menos la falta de dinero que viajando.

—¿No tiene dinero? —preguntó Millicent—. ¿Cómo es posible?

—Se me ha acabado —respondió Mihály, sonriendo.

—¿Y sus padres? ¿No le mandan?

—Claro que sí. Me mandarán. Cuando les escriba.

—Bien. Entonces mientras le prestaré yo —dijo sacando su chequera—. ¿Cuánto necesita? ¿Bastará con quinientos dólares?

Mihály se sorprendió con la suma, y también con la propuesta. Todo su sentido del honor burgués y su romanticismo protestaba en contra de aceptar dinero de una mujer, de esa mujer desconocida que acababa de caerle del cielo, de esa aventura que acababa de besar por primera vez. Sin embargo, Millicent insistía, manteniendo su propuesta de una manera irresistiblemente inocente. Siempre había prestado dinero a sus amigos y amigas, decía. En América, esto era de lo más natural. De todas formas, Mihály se lo devolvería pronto. Al final, quedaron en que éste se lo pensaría, y que le respondería al día siguiente.

Independientemente de Millicent, Mihály tenía muchas ganas de ir a Siena. Estaba aburridísimo de Foligno, y le atraía muchísimo esta ciudad, puesto que su apatía había terminado, ahora las ciudades italianas empezaban a exigirle —de una forma dulce y atormentadora— que las conociera a todas, que experimentara sus secretos antes de que fuese tarde. Como al principio de su luna de miel, volvió a sentir dentro de sí todo lo que Italia significaba para él, como si se tratase de un tesoro muy delicado que se le podía caer de las manos y que se podía romper de un momento a otro. Millicent, además, era mucho más deseable que antes después de ser besada, y este tipo de aventuras se caracterizan por el hecho de que a los hombres les gusta llegar hasta su final.

Sin embargo, no sabía si un hombre adulto y serio, miembro de la dirección de una conocida compañía de Budapest, podía aceptar dinero prestado de una muchacha. No, un hombre serio y adulto, un miembro de la dirección, no podía. No había

ninguna duda. Pero ¿seguía siendo él un hombre así? Con su huida y su vida de fugitivo había vuelto, de alguna manera, a su vida de antes, a su modo de vida anterior, donde el dinero no era más que un trozo de papel o una moneda de plata. Vamos a decirlo claramente: ¿había vuelto, de alguna manera, a la ética de la casa de los Ulpius, o no?

Mihály se asustó con la idea. No, no podía hacer eso, puesto que el paraíso de su juventud también se había derrumbado así, a causa de la realidad, con la que no había contado, y cuya principal forma de expresión es la existencia del dinero.

Sin embargo, es fácil convencerse cuando uno desea algo con tanta fuerza. Además se trata solamente de un préstamo a corto plazo, de una suma sin importancia, no aceptaría quinientos dólares, sólo cien, quizás doscientos, o mejor tres... Ahora mismo escribiría la carta a su casa, y pronto devolvería el dinero.

Se sentó y escribió la carta. No le escribió a su padre, sino a su hermano Tivadar. Este era el vividor y el frivolo de la familia, iba a los caballos y se decía de él que había tenido incluso una aventura con una actriz. El comprendería, y quizás le perdonaría.

Le escribió, contándole que —como probablemente sabía ya— él y Erzsi se habían separado, de modo totalmente pacífico, y que pronto lo arreglaría todo, a la manera digna de un *gentleman*. La razón de su separación, ya se la contaría personalmente, sería un tanto complicado hacerlo por carta. No había podido escribir hasta ahora, porque había estado muy enfermo, en el hospital de Foligno. Ya estaba bien, aunque según los médicos necesitaba descansar todavía, y le gustaría pasar su tiempo de convalecencia en Italia. Así que le tenía que pedir que le mandara dinero. Tanto mejor cuanto antes y tanto mejor cuanto más cantidad. Puesto que su dinero se había acabado, y había tenido que pedir un préstamo de trescientos dólares a un amigo suyo, y se lo tenía que devolver enseguida. Por favor, le pedía que le mandase el dinero directamente a la dirección de este amigo suyo, el doctor Richard Ellesley. Esperaba que en su casa todos estuviran bien, y que se volvieran a ver pronto. Las cartas también las podían mandar a la dirección de Ellesley, a Foligno, puesto que él saldría de viaje, pero no sabía todavía dónde se quedaría por un tiempo.

A la mañana siguiente, mandó la carta por correo aéreo, y se presentó en el hotel de Millicent.

—Decidió a favor, ¿verdad, Mike? —le preguntó ella, radiante.

Mihály asintió, y aceptó el cheque, muy muy sonrojado. Luego, pasó por el banco, se compró una bonita maleta, se despidieron de Ellesley, y se fueron de viaje.

En el vagón de primera clase estaban solos, y se besaban tan escrupulosamente como los estudiantes franceses. Los dos lo habían aprendido en sus años en París. Más adelante, subió a su compartimento un señor mayor, pero ellos no se inquietaron, y se aprovecharon de su derecho a la barbarie, por extranjeros.

Por la noche, llegaron a Siena.

—¿Una habitación para el *signor* y la *signora*?. —preguntó el simpático portero del hotel donde les llevó el cochero. Mihály asintió, Millicent no comprendía de lo que se trataba, sólo se dio cuenta al subir, pero no protestó.

Millicent resultó ser mucho menos inocente de lo que el doctor Ellesley se había imaginado. Sin embargo, en el amor también era tan fresca y fácil de sorprender como en todo lo demás. Mihály constató que había valido la pena viajar a Siena.

4

Siena era la más bella de todas las ciudades italianas que Mihály había visitado. Era más bella que Venecia, más bella que la noble Florencia, y más bella que la dulce Bolonia, llena de pórticos. Quizás en parte le pareciese más bella que las demás ciudades porque no estaba con Erzsi, porque ya no estaba cumpliendo con la parte oficial de su viaje, sino que estaba con Millicent, y había llegado a esta ciudad por casualidad.

Todo era precioso en Siena: sus calles empinadas, rosadas, sus colinas en forma de un collar de estrellas entremezcladas, sus habitantes que parecían muy pobres pero muy felices, a la manera latina, inimitable. La ciudad parecía un cuento de hadas: su carácter festivo de cuento se debe a que desde cada rincón se ve la catedral, situada en el punto más alto, como si estuviera flotando allí, igual que un zepelín burlón, con su torre rayada como una cebra.

Uno de los muros de la catedral está alejado del edificio: se encuentra a unos doscientos metros, de manera grotesca y maravillosa, como el símbolo palpable más fantástico de los proyectos humanos frustrados. A Mihály le fascinaba la manera bohemia con que estos italianos antiguos empezaban a construir sus catedrales. «Si Florencia tiene la suya, nosotros también necesitamos una, y es preciso que la nuestra sea más grande», decían, y construyeron el muro más lejano, para que los florentinos se asustaran viendo lo grande que sería la catedral de Siena. Después, el dinero se acabó, los constructores abandonaron el proyecto, dejando atrás sus herramientas con un gesto natural, y no volvieron más al lugar. «Sí, sí, es así como se deben construir las catedrales —pensó Mihály—. Si los habitantes de la casa de los Ulpius hubiesen construido una, lo habrían hecho también así.»

Más tarde bajaron al Campo, la plaza principal, en forma de concha, de la ciudad, que ya por su forma era como la sonrisa abierta del lugar. A Mihály le costaba abandonar la plaza, pero Millicent insistía:

—Miss Dwarf no me ha dicho nada de la plaza en la carta que me escribió —dijo—, y tampoco es primitiva.

Por la tarde visitaron los soportales de Siena, se detuvieron delante de ellos, y Mihály se impregnó del panorama, del paisaje dulce y agudo de la Toscana.

—Esto es un paisaje humano —le dijo a Millicent—. Aquí, un monte tiene justo la altura que un monte debe tener. Aquí todo tiene su justa medida, su medida humana.

Millicent se quedó pensativa.

—¿Cómo se sabe la medida que debe tener un monte? —preguntó.

Encima de uno de los soportales había una frase inscrita que decía: *Cor magis tibi Sena pandit*... Siena te abre el corazón más grande... Aquí hasta los soportales son sabios y dicen la verdad: Siena te abre el corazón más grande, para que se te llene

de éxtasis y de un deseo de vida sencilla y simple, según sugiera la belleza de cada estación.

A la mañana siguiente, Mihály se despertó, se levantó, y miró por la ventana. La ventana daba a la ciudad, hacia los montes. Por encima del paisaje de la Toscana flotaba una fina niebla lila, y unos tonos ligeramente dorados se preparaban tímidamente para saludar el día. No existía nada más que aquel resplandor lila y dorado, más allá de los montes lejanos.

«Si este paisaje es real —pensó—, si esta belleza existe de verdad, entonces todo lo demás es mentira, es mentira todo lo que he hecho hasta ahora. Sin embargo, el paisaje es real.»

Y recitó, en alta voz, unas líneas de Rilke:

Denn da ist keine Stelle, Die dich nicht sieht. Du musst dein Leben ändern.[8]

Asustado, se volvió hacia Millicent que seguía durmiendo suavemente. Se dio cuenta de que la joven no era real. Millicent no era más que una metáfora que se le había ocurrido por casualidad. Nada más. Nada.

Cor magis tibi Sena pandit. De repente, le invadió un deseo aniquilador, un deseo tan fuerte como los de su juventud, pero más mental y también más apremiante, puesto que anhelaba los deseos de su juventud de una manera tan poderosa que le hizo gritar.

Ahora sabía que la aventura, el regreso a sus años de peregrinaje eran sólo un paréntesis, un alto en el camino, un peldaño en las escaleras que debía seguir bajando, yendo todavía más atrás, más allá en su pasado, en su propia historia. La mujer extraña seguía siendo una extraña, de la misma forma que los años de peregrinaje habían sido tan sólo años de vagabundeo inútil, y que él tenía que regresar a casa, a la casa de los suyos. Pero éstos estaban ya muertos, el viento los había esparcido por los cuatro costados del mundo.

Millicent se despertó al sentir que Mihály se abrazaba a ella llorando. Se sentó en la cama, y preguntó asustada:

—¿Qué pasa? Por Dios, Mike, ¿qué pasa?

—Nada —le dijo Mihály—. Soñé que era un niño pequeño, que llegó un perro enorme y se comió mi pedazo de pan con mantequilla.

Abrazó a Millicent con fuerza, apretándola contra su pecho.

Aquel día ya no tuvieron nada más que decirse. Él dejó que ella estudiara a solas los primitivos de Siena, y al mediodía escuchó con muy poca atención las tonterías conmovedoras que contaba sobre sus experiencias.

Por la tarde, ni siquiera salió, se quedó acostado, vestido, en la cama.

---

[8] *«Pues aquí no hay un sitio / que no te vea. Tú has de cambiar tu vida.» Traducción de Jaime Ferreiro Alemparte. (N. de la T.)*

«¡Dios mío, para qué tanta civilización, si hemos olvidado lo que sabe hasta el último de los salvajes: invocar a los muertos...!»

Así le encontró Millicent.

—¿No tendrás fiebre? —preguntó, y le puso su mano grande y hermosa sobre la frente. Mihály se sintió un poco mejor con el contacto.

—Vamos a dar un paseo, Mike. Hace una noche tan bonita. Todos los italianos están en la calle, y todos tienen por lo menos seis hijos, con nombres tan maravillosos como Emérita o Assunta. Una niña así de pequeña, y ya se llama Annunziata.

Mihály se levantó a duras penas, y salieron. Caminaba con dificultad, totalmente inseguro; veía todo a través de un velo, oía los ruidos de la noche italiana a través de un filtro, como si sus oídos estuvieran taponados con cera. Sus piernas pesaban como el plomo. «¿Por qué me resulta tan familiar esta sensación?», se preguntó.

Bajaron al Campo, y Mihály estuvo mirando la Torre della Mangia, la torre de más de cien metros de altura del *Palazzo* Pubblico, que penetraba en el cielo nocturno como una aguja. Siguió con la mirada la torre que alcanzaba aquellas alturas vertiginosas y que parecía crecer hacia los paisajes oscuros, de tonos azulados y altisonantes del cielo.

Ocurrió en aquel mismo instante. Al lado de la fuente se abrió la tierra, y la vorágine se encontró de nuevo a sus pies. Tan sólo duró un segundo, enseguida se acabó. Todo volvió a ser como antes, todo estaba de nuevo en su sitio. La Torre della Mangia era otra vez una simple torre muy alta, nada más. Millicent no se había dado cuenta de nada.

Sin embargo, aquella misma noche, cuando sus cuerpos se separaron, ya satisfechos, y Mihály se quedó solo con aquella inmensa soledad que uno siente después de haber abrazado a una mujer con quien no tiene nada que ver, se volvió a abrir la vorágine (¿o sólo se acordó de ello?), y aquella vez duró muchísimo. Sabía que tan sólo tendría que tender la mano para sentir la realidad del otro cuerpo, tan suave, pero no pudo tender la mano, y sufrió su soledad hasta el fondo durante largas horas eternas.

Al día siguiente, le dolía la cabeza, y sus ojos estaban hinchados por no haber dormido.

—Estoy enfermo, Millicent —dijo—. Otra vez me acechan los males que me obligaron a guardar cama en Foligno.

—¿Qué tienes? —preguntó Millicent, desconfiada.

—No se sabe con certeza. Es una cosa esporádica, cataléptica y apódica —inventó.

—Ah.

—Tengo que volver a Foligno, a los cuidados del doctor Ellesley. Quizás pueda ayudarme. A él, por lo menos lo conozco. ¿Qué vas a hacer tú, Millicent?

—Primero te acompañaré, naturalmente, puesto que no te encuentras bien. No te dejaré solo. De todas formas ya he visto todos los primitivos de Siena.

Mihály le besó las manos, emocionado. Por la tarde ya estaban en Foligno.

Alquilaron dos habitaciones, como sugirió Mihály. «Ellesley no tiene por qué saber», pensó.

El médico visitó a Mihály por la noche. Escuchó sus quejas y lo que le contaba de aquella sensación de vorágine. Murmuró, asintiendo:

—Es una especie de agorafobia. De momento sólo tiene que descansar. Después, veremos.

Mihály se pasó varios días en cama. La sensación de vorágine no volvió, pero él no tenía ningunas ganas de levantarse. Pensó que si se levantaba, la sensación volvería irremediablemente. Intentó dormir mucho. Se tomó todos los tranquilizantes y todas las pastillas para dormir que Ellesley le traía. Cuando conseguía dormir, conseguía también soñar con Eva y Tamás.

—Ya sé lo que me pasa —le dijo a Ellesley—. Padezco de nostalgia aguda. Quisiera volver a ser joven. ¿Existe algún remedio para eso?

—Hmm —objetó Ellesley—. Seguramente sí, pero no hay ni que pensar en ello. Acuérdese de Fausto. No intente volver a ser joven, Dios le hizo madurar y Él le hará envejecer.

Millicent le visitaba con empeño, aunque siempre estaba aburrida. Por las noches, iba a verle Ellesley, y después ambos se iban juntos.

—Dígame —le preguntó un día Ellesley, cuando estaba a solas con Mihály—, dígame la verdad: ¿no tiene usted ningún muerto muy querido?

—Sí que tengo.

—¿Piensa mucho en él últimamente?

—Sí.

Desde aquel día, la manera de curar de Ellesley se alejaba cada vez más de las reglas de la medicina clásica. Un día trajo una Biblia, otro día un rosario, o una estampa de la Virgen de Lourdes. Un día Mihály se dio cuenta de que mientras él estaba conversando con Millicent, Ellesley dibujaba unas cruces en su puerta. Un buen día llegó con una ristra de ajos.

—Póngase esto en el cuello, antes de dormirse. El olor a ajos fortalece los nervios.

Mihály se puso a reír.

—Doctor, yo también he leído el libro sobre Drácula. Sé para qué sirve la ristra de ajos, para alejar al vampiro que le chupa a uno la sangre por las noches.

—Así es. Me alegro de que lo sepa. Lo mismo da si lo cree o no, pero los muertos existen de alguna manera. Usted está enfermo por sus muertos. Le visitan y le chupan las fuerzas vitales. La medicina no sirve para nada en su caso.

—Entonces, llévese su ristra de ajos. Mis muertos no se pueden mantener alejados de esta forma. Ellos habitan dentro de mí.

—Naturalmente. Hoy en día hasta los muertos utilizan los métodos psicológicos. Pero esto no cambia las cosas. Tiene que protegerse de sus muertos.

—Déjeme en paz —le respondió Mihály, un tanto irritado—. Cúreme de la anemia, recéteme hierro y bromo, cosas así. Ésa es su tarea.

—Claro que sí. Yo no puedo hacer otra cosa. La medicina no puede hacer nada contra los muertos. Pero hay otros medios más potentes, sobrenaturales...

—Ya sabe que no creo en las supersticiones. Las supersticiones solamente ayudan a aquellos que creen en ellas.

—Ésa es una opinión anticuada. ¿Por qué no lo intenta? No tiene nada que perder.

—Claro que sí. Mi orgullo, mi dignidad, mi conciencia de ser racional.

—Son tan sólo palabras. Tiene que intentarlo. Tiene que hacer un viaje a Gubbio, allí vive un fraile que hace milagros, está en el convento de San Ubaldo.

—¿Gubbio? Ya me ha hablado usted del lugar. Si mal no recuerdo, me dijo que allí le había ocurrido algo muy fantasmal...

—Así es, y ahora se lo voy a contar, porque creo que esa historia le convencerá. Es sobre el fraile en cuestión.

—Cuénteme.

—Tiene que saber que yo era médico municipal en Gubbio, antes de venir a trabajar a este hospital. Un día me llamaron para que examinara a una mujer que padecía de los nervios. Vivía en la vía dei Consoli, una calle medieval, en una casa antigua y oscura. Era una mujer joven, no era originaria de Gubbio, ni siquiera era italiana, no sé de dónde era, pero hablaba bien inglés. Se trataba de una mujer muy bella. Los dueños que le alquilaban la casa donde vivía me contaron que sufría alucinaciones. Tenía la obsesión de que por las noches no cerraba bien la puerta de los muertos.

—¿Qué?

—La puerta de los muertos. Hay que saber que en Gubbio, las casas medievales tienen dos puertas. Una normal, para los vivos, y otra, más estrecha, al lado, para los muertos. Esta puerta sólo se abre cuando se saca de la casa el ataúd. Luego, se vuelve a cerrar otra vez, tapiándola con ladrillos, para que no pueda volver a entrar el muerto, puesto que según ellos el muerto sólo puede volver a entrar por donde salió. La puerta de los muertos no se encuentra al nivel de la calle, sino un metro más arriba, para que les sea más fácil sacar el ataúd a los que están fuera, en la calle. La mujer de la que le estoy hablando vivía en una de estas casas. Una noche se despertó, vio que se abría la puerta de los muertos, y que entraba alguien a quien ella amaba, y que llevaba muerto muchos años. El muerto la visitaba cada noche desde entonces.

—Eso es fácil de remediar. La señora habría tenido que cambiar de casa.

—Eso mismo le decíamos, pero ella no quería cambiarse de casa. Estaba muy contenta de que el muerto la visitara. Se pasaba los días acostada, como usted, esperando que llegara la noche. Iba perdiendo peso, y los dueños de la casa estaban muy preocupados por ella. Tampoco les gustaba que cada noche viniera un muerto a su casa, un hombre, a visitarla. Era una familia a la antigua, de moral muy estricta.

A mí, en realidad me habían citado para que —con mi autoridad de médico— convenciera a aquella mujer de que cambiara de casa.

—¿Qué hizo al final?

—Intenté convencer a aquella señora de que tenía alucinaciones y de que se tenía que curar, pero ella se reía de mí. «¡Qué tonterías ni qué alucinaciones! —me decía—, está aquí cada noche, de verdad, sin duda alguna, como usted ahora. Si no se lo cree, quédese esta noche».

»La cosa no me gustaba mucho, quizás porque soy demasiado sensible a los asuntos de esta índole, pero tuve que quedarme, por mi obligación de médico. La espera no fue nada desagradable, la señora no estaba asustada, ni era una histérica, estaba totalmente serena, y le puedo contar —sin echarme faroles a mí mismo— que se comportaba conmigo con cierta coquetería... Casi se me olvidó la razón por la cual estaba allí, y no me di cuenta de que se acercaba la medianoche. Un rato antes de esta hora, ella me cogió de la mano, sosteniendo en la otra un candil, y me llevó a la salita donde se abría la puerta de los muertos.

»Tengo que confesar que no llegué a ver al muerto. Fue por mi culpa: no me atreví a esperarle. Sólo sentí un frío de ultratumba, y vi que la lumbre del candil se movía en la corriente. Sentí también, con todo mi ser, que había alguien más en la sala. Le confieso que todo aquello era más que lo que yo podía aguantar. Salí de aquella casa corriendo, corrí hasta llegar a la mía, cerré la puerta con llave y me cubrí con el edredón. Claro, usted dirá que me encontraba bajo el poder de sugestión de aquella dama, y a lo mejor fue así...

—¿Qué pasó con la dama?

—Eso es exactamente lo que le quería contar. Cuando vieron que un médico, o sea un médico como yo, no podía ayudar, llamaron al páter Severinus, del convento de San Ubaldo. Ese páter Severinus es un hombre muy especial, un verdadero santo. Llegó a Gubbio desde un país muy lejano, no se sabe de dónde. Apenas se le ve en la ciudad, sólo en las fiestas religiosas y en los entierros, no baja casi nunca del monte, donde lleva una vida abnegada y de clausura. Aquella vez, sin embargo, lograron convencer al páter Severinus para que bajase y visitara a aquella dama enferma. El encuentro, según cuentan, fue conmovedor y dramático. La dama, cuando vio al páter Severinus, lanzó un grito y se desmayó. Incluso éste se puso pálido y se tambaleó. A lo mejor intuía el caso tan difícil que tenía delante de sí. Sin embargo, lo consiguió.

—¿Cómo?

—No lo sé. Creo que logró sacar al espíritu con un exorcismo. Charló con la dama durante una hora en un idioma desconocido, y luego regresó al monte, la dama se calmó y salió de aquella casa y de Gubbio, y nunca más se los volvió a ver, ni a ella ni al espíritu.

—Muy interesante. Pero dígame, por favor —preguntó Mihály, preso de una repentina intuición—, ¿de qué país llegó a Gubbio ese páter Severinus? ¿Sabría decirme de dónde llegó?

—Lo siento, pero no lo sé. No lo sabe nadie.

—¿Qué tipo de persona es? Me refiero a su aspecto físico...

—Es alto y delgado... Como los religiosos...

—¿Sigue todavía en el mismo convento?

—Sí. Y usted debería ir a verle. Solamente él puede curarle.

Mihály reflexionó. La vida está llena de coincidencias inexplicables. Quizás ese páter Severinus fuese en realidad Ervin, como aquella dama pudo haber sido Eva, perturbada por el recuerdo de Tamás...

—Sabe qué, doctor..., mañana iré a Gubbio. Para complacerlo, porque usted es tan amable. Además, me interesan las puertas de los muertos, puesto que soy un aficionado a la historia de las religiones.

Ellesley se puso muy contento al haber conseguido lo que pretendía.

Al día siguiente, Mihály preparó su equipaje y le dijo a Millicent, cuando vino a verle:

—Tengo que ir a Gubbio. El doctor me dice que solamente allí me podré curar.

—¿De verdad? Entonces, me temo que nos tendremos que despedir. Yo me quedaré un tiempo más aquí, en Foligno. Me he encariñado muchísimo con esta ciudad. Ya ni me acuerdo de lo furiosa que estuve con aquel francés que me mandó aquí... ¿Te acuerdas? Ya no me importa. El doctor también es una persona muy amable.

—Millicent, lamentablemente te sigo debiendo dinero. Me da muchísima vergüenza, pero en Hungría es el Banco Nacional el que hace las transferencias en divisas, y ese banco funciona con unos procedimientos muy complicados. Por favor, ten un poco de paciencia. El dinero tiene que llegar de un día a otro.

—No tiene ninguna importancia. Y si ves alguna pintura bonita, escríbeme una carta para hacérmelo saber.

5

Para ir a Gubbio había que coger el tren de vía estrecha que recorre el trayecto entre Fossato di Vico y Arezzo. El trayecto es corto pero se hacía largo; hacía calor y Mihály se sintió muy cansado al llegar. Sin embargo, la ciudad que se divisaba delante de sus ojos al salir de la estación le sedujo desde el primer momento.

La ciudad de Gubbio se encuentra en las laderas de un monte árido, al estilo italiano, como si hubiera huido despavorida y hubiera caído allí mismo en su huida. No hay en ella ni una casa que no tenga cientos de años por lo menos.

En medio de las calles serpenteantes se levanta un edificio increíblemente alto, y no se sabe quiénes lo construyeron, ni para qué, en medio de este monte tan alejado de la mano de Dios. Parece un rascacielos medieval, enorme y sombrío. Es el *Palazzo* dei Consoli, el palacio desde donde los cónsules gobernaban la pequeña ciudad-república de Gubbio, hasta el siglo XV, cuando la ciudad pasó al poder de los condes de Urbino, los Montefeltre. Sobre la ciudad, en la cima —o casi en la cima— del monte Ignio, se encuentra un enorme edificio blanco, el convento de San Ubaldo.

En la parte inferior de la ciudad, en el camino que lleva desde la estación hasta el centro, había un albergue que parecía bastante decente. Mihály alquiló una habitación, almorzó, descansó un rato, y partió al encuentro de Gubbio. Visitó el *Palazzo* dei Consoli, que por dentro le pareció un enorme taller, con sus antiquísimas placas de cobre de Iguvium, de la época anterior a los romanos, con inscripciones sagradas del pueblo de los umbros. También visitó la vieja catedral. Aparte de estos dos monumentos, no había nada más que visitar: la ciudad misma era lo que más había que ver.

La mayoría de las ciudades italianas de por allí producen la sensación de que sus casas están a punto de caerse en pedazos, y que desaparecerán en un par de años para siempre, como tantas otras ciudades antiguas. Esto se debe a que los italianos —en los sitios donde construían con bloques de piedra— no estucaban los muros de las casas, así que el turista centroeuropeo piensa que los muros se están cayendo en pedazos, que se está cayendo todo en pedazos y que nadie se preocupa por remediar aquella desolación, aquel destrozo. Gubbio está todavía más destartalada y más destrozada que las demás ciudades de los alrededores, es la desolación misma. Está fuera de las rutas turísticas, apenas tiene industria o comercio, es un misterio cómo subsisten los pocos miles de habitantes que viven encerrados entre sus muros.

Mihály, al salir de la catedral, cogió la vía dei Consoli. «Esta es la calle de la cual me hablaba Ellesley», pensó. Se trata, efectivamente, de una calle de la cual uno se cree cualquier cosa. En sus casas negras, antiguas y desoladas, pobres pero dignas,

medievales, uno imagina habitantes que llevan siglos viviendo de los recuerdos de tiempos mejores, sólo con pan y agua...

Ya en la tercera casa se encontró con la puerta de los muertos. Estaba al lado de la puerta normal, a un metro del suelo: una puerta estrecha, tapiada con ladrillos, de estilo gótico. Casi todas las casas de la vía dei Consoli tenían una puerta así, y casi no había nada más, ni nadie más en toda la calle.

Atravesó un callejón estrecho y bajó a la calle paralela, que no era menos vieja, pero parecía un tanto menos sombría y menos elegante, parecía que en ésta sí habitaban seres vivos. Y también había muertos, al parecer. Delante de una de las casas vio un grupo de personas extrañas, sorprendentes. Si no hubiese sabido de lo que se trataba, habría pensado que tenía visiones. Delante de la casa, había un grupo de gente con el rostro cubierto con capuchas y que llevaban velas encendidas en las manos. Se trataba de un entierro, y en esta parte de Italia todavía se conserva la antigua costumbre de que al muerto lo llevan los parientes encapuchados, miembros de las cofradías.

Mihály se quitó el sombrero y se aproximó para observar el rito desde más cerca. La puerta de los muertos estaba abierta. Dentro se veía una sala oscura, donde se encontraba el catafalco. Alrededor del muerto, estaban los curas y los monaguillos, con sus incensarios, cantando. Un poco más tarde levantaron el ataúd, lo sacaron por la puerta de los muertos, para que lo cogieran los que se encontraban afuera y se lo llevaran sobre los hombros.

Entonces, en la puerta gótica apareció el cura. Levantó la cara pálida como el marfil, triste y transformada, hacia el cielo, inclinó la cabeza a un lado, y juntó las manos con un movimiento emocionante, evocador de ritos antiguos.

Mihály no se inmutó, ni se acercó corriendo, puesto que el otro estaba actuando como un cura, como un fraile serio y pálido, estaba desempeñando un papel eclesiástico... No, no podía acercarse corriendo, a la manera de un jovencito...

El cortejo partió, llevando el ataúd, seguido por el cura y los demás presentes. Mihály se puso al final y siguió el cortejo, habiéndose quitado el sombrero, hacia el lejano camposanto, en la ladera del monte. Su corazón latía tan fuerte que tuvo que detenerse en varias ocasiones. ¿Es posible que pudieran hablar el uno con el otro? ¿Es posible que tuvieran cosas que decirse, después de tantos años, después de que sus caminos se hubieran separado de una manera tan radical?

Preguntó a uno de los presentes cómo se llamaba el cura.

—Páter Severinus —le respondió el italiano—. Es un verdadero santo.

Llegaron al cementerio, bajaron el ataúd a la tumba, y una vez que el entierro hubo terminado, la gente comenzó a marcharse poco a poco, y el páter Severinus también se encaminó hacia la ciudad, junto con un compañero suyo.

Mihály se sintió todavía incapaz de acercarse a él. Pensó que Ervin, que se había transformado en un santo, sentiría vergüenza por su juventud mundana, y se acordaría de ella con un noble sentimiento de repugnancia, al modo de San

Agustín. Seguramente valoraría todo de otra manera que antes, quizás rechazaría a Mihály y no tendría ningunas ganas de recordarlo. Quizás sería mejor que él se alejara, que se fuera de la ciudad, que se contentara con el milagro de haber visto a Ervin.

En ese momento, el páter Severinus se alejó de sus compañeros, y se dio la vuelta. Se dirigió directamente hacia él. Mihály olvidó todo, olvidó que era un adulto, y se fue corriendo hacia él.

—¡Misi! —gritó Ervin, y le abrazó. Le acercó la mejilla derecha, y luego la izquierda, rozando el rostro de Mihály con la ternura propia de un religioso.

—Te he visto al lado de la tumba —le dijo, muy bajo—. ¿Cómo llegaste aquí, a este paraje tan lejano?

Sin embargo, solamente preguntaba esto por pura consideración hacia Mihály, del tono de su voz no se desprendía ninguna sorpresa. Más bien parecía que hubiera estado esperando el encuentro.

Mihály no podía articular palabra. Miraba el rostro de Ervin, alargado y delgado, sus ojos que ya no reflejaban las pasiones de la juventud, sino una profunda tristeza, detrás de la alegría del momento, como la que se desprendía de las casas de Gubbio. Hasta aquel momento, «fraile» era solamente una palabra para Mihály, pero ahora comprendió que Ervin era un fraile, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Volvió la cabeza a un lado.

—¡No llores! —le dijo Ervin—. Tú también has cambiado. He pensado tanto en ti, Misi, mi querido Misi...

Mihály se impacientó de pronto. Tenía que contarle todo a Ervin, todo, todas aquellas cosas que no le había podido contar ni siquiera a Erzsi... «Ervin seguramente conoce el remedio de todo, él ya tiene su propia aureola alrededor de la cabeza, emana una luz del más allá...»

—Suponía que estarías aquí, en Gubbio, por eso he venido. Dime, ¿dónde y cuándo podríamos hablar? ¿Podrías venir a mi albergue ahora mismo? ¿Podríamos cenar juntos?

Ervin sonrió por lo inocente que se mostraba Mihály.

—No puedo. En este momento no tengo tiempo. Lo siento, Mihály. Estoy ocupado hasta por la noche. Me tengo que ir ya.

—¿Tanto tienes que hacer?

—Muchísimo. No te puedes ni imaginar. Hoy me he retrasado mucho en mis oraciones.

—¿Cuándo tendrás tiempo? ¿Dónde nos podremos ver?

—De una sola manera, Misi, y me temo que será bastante incómodo para ti.

—¡Ervin! ¿Cómo te puedes imaginar que algo resulte incómodo para mí si de lo que se trata es de poder hablar contigo?

—Tendrías que subir al convento. Nosotros sólo podemos salir de allí para nuestras tareas de sacerdocio, como he salido ahora, por ejemplo, para este entierro. Allí

arriba, cada hora tiene sus deberes severos. Existe una sola manera de que podamos hablar con calma. En la medianoche nos reunimos en la capilla del convento para rezar nuestras oraciones. A las nueve nos acostamos, y dormimos hasta la medianoche. Pero esto no es obligatorio. Este período no está regido por ninguna regla, y tampoco es obligatorio guardar silencio. Durante este tiempo, podríamos hablar. Lo más sensato sería que subieras al convento después de cenar. Llega como si fueras un peregrino, nosotros acogemos a los peregrinos. Trae un pequeño regalo para San Ubaldo, algún presente para el convento. Algunas velas, por ejemplo: ésa es la costumbre. Dile al fraile de la puerta que te lleve al cuarto de los peregrinos para pasar la noche. No es muy cómodo, me refiero para ti, pero no te puedo ofrecer otra cosa. No me gustaría que tuvieras que bajar a la ciudad después de medianoche, puesto que no conoces el monte. Es un lugar muy inhóspito para aquellos que lo desconocen. Contrata a algún muchacho para que te acompañe al subir. ¿Así está bien?

—Claro que sí, Ervin, claro que está bien.

—Entonces, que Dios te acompañe. Tengo que irme, ya se me hace muy tarde. Hasta esta noche. Ve con Dios. Y se alejó con pasos apresurados.

Mihály bajó a la ciudad. Al lado de la catedral, encontró una tienda y compró algunas velas muy bonitas para San Ubaldo, luego se fue a su hotel, cenó, y se preguntó qué enseres debía llevar como peregrino. Se fabricó un pequeño paquete con las velas, su pijama y su cepillo de dientes, con un poquito de buena voluntad, podía parecer un hatillo de peregrino. Luego pidió al camarero que le buscara un guía. El camarero regresó pronto con un joven, y se pusieron en camino.

Mihály le preguntó por las curiosidades del lugar, y por el lobo que San Francisco de Asís domesticó y al que obligó a hacer un pacto con la ciudad.

—Debió de ser hace muchos años —le respondió el muchacho tras una breve pausa—, antes de Mussolini. Porque desde que él es el Duce, aquí no hay lobos. —Sin embargo, creía haber oído que la cabeza de aquel lobo estaba enterrada en una de las iglesias de los alrededores.

—¿Suben a veces peregrinos al convento?

—Bastante a menudo. San Ubaldo es muy bueno para los dolores de rodilla y de espalda. ¿El señor también padece de la espalda?

—No tanto de la espalda...

—Es bueno también para la anemia y para los nervios. Sube mucha gente el 16 de mayo, el día de San Ubaldo. Ese día sube la gente desde la catedral, con velas y *ceri*, o sea figuras de cera, en una procesión hasta el convento. Pero no es como las otras procesiones de la Resurrección o del día del Señor... Las *ceri*, hay que llevarlas corriendo...

—¿Qué representan las *ceri*?

—No lo sabe nadie. Es algo muy antiguo.

En Mihály se despertó el viejo interés del historiador de las religiones. «Habría que estudiar lo de las *ceri* —pensó—. Es interesantísimo que las lleven corriendo hasta el convento... como las bacantes que subían al monte corriendo, en la fiesta de Dionisio, en Tracia. Gubbio es un lugar totalmente ancestral: allí están las placas de cobre de los umbros, las puertas de los muertos... Quizás aquel lobo, domesticado por San Francisco de Asís haya sido una especie de dios de los antiguos italianos, un pariente de la madre loba de Rómulo y Remo, que sobrevive así, como una leyenda. Qué extraño que Ervin hubiese llegado justamente aquí.»

Después de una intensa caminata de una hora, llegaron al convento. El edificio estaba rodeado por un muro de piedra, fuerte y resistente, cuya pequeña puerta estaba cerrada. Llamaron. Un largo rato después se abrió una pequeña ventana de la misma puerta, y se asomó un fraile con barba. Él muchacho le explicó servicialmente que el señor era un peregrino y que quería ver a San Ubaldo. La puerta se abrió. Mihály pagó al guía y entró en el patio del convento.

El fraile portero observó con curiosidad la vestimenta de Mihály.

—¿El señor es extranjero?

—Sí.

—No importa. Tenemos aquí a un sacerdote que también es extranjero y habla el idioma de los extranjeros. Le avisaré.

Llevó a Mihály a uno de los edificios donde todavía había luz. En unos minutos llegó Ervin, vestido con el hábito marrón de los franciscanos. Mihály se dio cuenta de lo bien que le quedaba aquella vestimenta. La tonsura había transformado totalmente su rostro, aniquilando cualquier toque mundano, cualquier resquicio de este mundo, brindándole el aura de las pinturas de Giotto y de Fra Angélico. Sin embargo, Mihály tuvo la sensación que aquél era el verdadero rostro de Ervin, que se había preparado desde siempre para tener aquel aspecto, que siempre había tenido la tonsura, aunque antes hubiese estado cubierta por el cabello negro, rizado del joven Ervin... No había ninguna duda: Ervin había encontrado su verdadero yo, por terrible que ese hecho pudiera parecer. Sin darse cuenta, lo saludó de la misma manera que saludaba a los religiosos en el colegio:

—*Laudetur Jesus Christus*.

—*In Aeternum* —le respondió Ervin—. ¿Has encontrado el camino sin problemas? Ven conmigo, te llevaré a la sala de recepción. En mi celda no puedo recibir invitados. Nosotros respetamos la clausura de manera muy severa.

Encendió un cirio, y llevó a Mihály a través de salas, pasillos y habitaciones, por donde retumbaban sus pasos, todo pintado de blanco y completamente vacío, sin rastro de alma viviente.

—Dime, ¿cuántos sois en el convento? —preguntó Mihály.

—Seis. Tenemos sitio de sobra, como verás.

Todo parecía bastante fantasmal. Seis personas en un edificio donde había sitio para doscientas, o más. Donde antaño habrían sido tantos.

—¿No te da miedo?

Ervin sonrió, y no respondió a la pregunta infantil.

Llegaron a la sala de recepción, un enorme habitáculo vacío, con bóvedas. En uno de los rincones había una mesa y algunas sillas de madera destartaladas. Sobre la mesa había una jarra con vino tinto y un vaso.

—Gracias a la bondad del páter prior puedo ofrecerte un poquito de vino —dijo Ervin. Mihály se dio cuenta de que Ervin tenía un ligero acento. Claro, llevaba tantos años sin hablar el húngaro—. Te lo voy a servir yo. Te gustará después de la larga caminata.

—¿Y tú?

—Yo no bebo vino. Desde que entré en la orden...

—Dime, Ervin... ¿Ni siquiera fumas?

—No.

Los ojos de Mihály se volvieron a llenar de lágrimas. No podía imaginarlo. Podía creerse todo de Ervin, seguramente que llevase un cilicio con pinchos debajo del hábito, pues tendrá sus estigmas al morir..., pero que no fumara...

—Tuve que renunciar a otras cosas mucho más serias —le explicó Ervin—, así que de eso no me di ni cuenta. Pero bebe y fuma tú.

Mihály bebió un vaso de vino tinto de un solo trago. Uno tiene tantas expectativas sobre los vinos elaborados por los frailes, esos vinos que guardan en botellas llenas de telarañas para los visitantes de honor. Pero aquel vino no era nada especial, era un vino de mesa normal y corriente, cuyo sabor pegaba muy bien con la sencillez de las salas enormes y vacías, pintadas de blanco.

—No sé si es un buen vino o no —dijo Ervin—. Nosotros no tenemos bodega. Somos una orden mendicante, y eso lo tienes que tomar de manera bastante literal. Pero cuéntame...

—Escúchame, Ervin. De nosotros dos, tu vida es mucho más maravillosa que la mía. Es lógico que mi curiosidad sea mayor que la tuya. Tú tienes que contarme primero...

—¿Qué quieres que te cuente, mi querido Misi? Nosotros no tenemos biografía propia. La historia de uno es exactamente igual que la historia de otro, y todos formamos parte de la historia de la religión.

—Dime, ¿cómo has llegado a Gubbio?

—Primero estuve en Hungría, en la ciudad de Gyóngyós, como novicio, y luego pasé largos años en la orden que hay en Eger. Más tarde, la orden húngara tuvo que enviar a alguien a Roma para arreglar un asunto en concreto, y me mandaron a mí porque había aprendido italiano. Cuando arreglé el asunto, me llamaron otra vez a Roma, porque se habían encariñado conmigo, aunque no me lo mereciese, y me querían mantener allí, al lado del general. Yo temía que eso condujese a que con el tiempo llegara a hacer carrera, por supuesto, en el sentido franciscano de la palabra, que me hicieran padre superior en algún lugar o que tuviera un cierto

rango al lado del general, y yo no quería. Le pedí al padre general que me enviase aquí, a Gubbio.

—¿Por qué justamente aquí?

—No te lo podría decir. Quizás por la vieja leyenda, por la leyenda del lobo de Gubbio, la que tanto nos gustaba en el instituto, ¿te acuerdas? Había venido una vez desde Asís, por lo de la leyenda, y me había gustado mucho el convento. Ya ves, es un lugar muy apartado...

—¿Te gusta estar aquí?

—Sí. Según pasan los años, siento una paz mayor... pero no quiero echarte sermones —dijo con una breve sonrisa— porque sé que tú no has venido a ver al páter Severinus, sino al que en otros tiempos fue Ervin, ¿verdad?

—No lo sé muy bien. Dime una cosa, es tan difícil preguntar todo esto... ¿No se te hace muy monótono el estar aquí?

—Qué va... En nuestras vidas también existen las alegrías y las penas, tanto como en el mundo exterior, aunque las medidas son distintas, las proporciones son otras...

—¿Por qué no querías llegar a tener poder? ¿Por humildad?

—No. El poder que hubiera tenido es compatible con la humildad, tanto más cuanto que habría tenido ocasiones para vencer mi orgullo. Mis razones para no hacer carrera han sido otras. No habría obtenido el poder gracias a mis dotes de religioso, sino que habría subido en el escalafón gracias a las características personales que traía de mi vida mundana, de mis antepasados... Gracias a mi talento con los idiomas, gracias a que a veces soy más rápido que mis compañeros de orden al expresar en palabras ciertas cosas. O sea gracias a mi lado judío. Eso es lo que no quería.

—Dime, Ervin... ¿Cómo ven tus compañeros el hecho de que fueras judío? ¿No es una desventaja?

—Qué va, todo lo contrario. Como había algunos compañeros que me hacían sentir que mi raza les era ajena, ellos me brindaban más posibilidades de practicar la tolerancia y la abnegación. Cuando toda vía estaba en Hungría, y servía como sacerdote en iglesias de pueblo, el hecho siempre se terminaba sabiendo, y los feligreses me miraban como a un bicho raro, y me escuchaban con mucha más atención.

Aquí, en Italia, eso no tiene ninguna importancia. Aquí ya no me acuerdo ni yo mismo de haber sido judío.

—Dime, Ervin, ¿qué haces durante todo el día? ¿Qué tienes que hacer?

—Muchas cosas. Sobre todo me ocupo de mis oraciones y de mis ejercicios espirituales.

—¿Ya no bebes nunca?

Ervin volvió a sonreír.

—¡Qué va! Hace ya mucho, mucho tiempo que no. Ves... cuando entré en la orden, pensé que serviría a la Iglesia con mi pluma, que me convertiría en un poeta católico, pero después...

—Después ¿qué? ¿Te abandonó la inspiración?

—¡Qué va! Yo abandoné a la inspiración. Me di cuenta de que era absolutamente inútil.

Mihály se quedó pensativo. Empezó a sentir que mundos enteros le separaban del páter Severinus que en su día fue Ervin.

—¿Desde cuándo estás aquí, en Gubbio? —le preguntó.

—Espera... Seis años, creo, o siete.

—Dime, Ervin, eso lo he pensado muchas veces, al acordarme de ti, ¿vosotros sentís aquí que el tiempo pasa, y que cada partícula es una realidad aparte? ¿Tenéis historia? Cuando te acuerdas de algo, ¿puedes saber si ocurrió en 1932 o en 1933?

—No. Nuestro estado de gracia también se caracteriza por el hecho de que Dios nos elevó fuera del tiempo.

En ese momento, Ervin empezó a toser fuertemente. Mihály se dio cuenta de que había estado tosiendo ya, con una tos seca, de una manera muy fea.

—¿Padeces de los pulmones?

—Es cierto que mis pulmones no están del todo bien, se podría decir que están bastante mal. Sabes, nosotros, los húngaros, vivimos en una situación privilegiada. En Hungría hay buena calefacción. Los inviernos en Italia son bastante fríos, en nuestras celdas no hay calefacción, en las iglesias tampoco, claro, los suelos son de baldosas y nosotros andamos siempre con sandalias, y el hábito tampoco abriga mucho.

—Ervin, tú estás enfermo... y ¿no te curan?

—Tu eres muy bueno, Mihály, pero no hace falta que te compadezcas de mí —le respondió Ervin, mientras seguía tosiendo—. Ya ves, es una bendición estar enfermo. Por eso me permitieron salir de Roma y venir aquí, a Gubbio, donde el aire es más puro. Quizás incluso me cure. Además, el sufrimiento del cuerpo es parte de nuestras vidas. Otros tienen que castigarse, a mí me castiga mi enfermedad. Pero vamos a hablar de otra cosa. Tú has venido para hablar de ti, no vamos a perder el tiempo con cosas que ni tú ni yo podemos remediar.

—Pero, Ervin, eso no es así, deberías cambiar de vida, deberías ir a algún sitio para que te curen, deberías tomar mucha leche, reposar y hacer curas de sol.

—No te preocupes por mí, Mihály. Quizás sea así algún día. Nosotros también nos tenemos que proteger contra la muerte, si dejáramos simplemente que nos venciera la enfermedad, eso sería una forma de suicidio. Cuando la cosa se ponga más seria, vendrá a verme el doctor, pero para eso todavía falta mucho, créeme. Y ahora, cuéntame. Cuéntame todo lo que te pasó desde que no te he visto. Pero primero dime, ¿cómo me has encontrado?

—János Szepetneki me dijo que estabas en algún sitio de Umbría, no sabía exactamente dónde. Luego, por circunstancias muy extrañas, por sucesos que me parecieron señales, intuí que estabas en Gubbio, y que eras el famoso páter Severinus.

—Sí, yo soy el páter Severinus. Y ahora cuéntame cosas de ti. Te escucho.

Apoyó su cabeza sobre la mano, con una postura de confesor, y Mihály empezó a contarle cosas. Al principio hablaba con dificultad y en medio de grandes silencios, pero las preguntas de Ervin le ayudaron de forma milagrosa. «La fuerza de la práctica del confesor», pensó Mihály. No pudo resistirse a confesarlo todo, tenía verdadera necesidad de hacerlo. Según iba revelándoselas, iba comprendiendo ciertas cosas de las que había sido más bien inconsciente desde su huida. Le confesó que sentía su vida de adulto o de pseudoadulto como un fracaso, así como su matrimonio, que no sabía en absoluto lo que iba a hacer, que no sabía qué podía esperar de su futuro, que no sabía cómo encontrar de nuevo su verdadero yo... Y sobre todo que sentía muchísima nostalgia de su juventud, y por los amigos de esos años.

Cuando llegó a este punto, sus emociones se volvieron caóticas, y su voz se quebró. Sentía lástima de sí mismo, y al mismo tiempo sentía vergüenza por su sentimentalismo ante Ervin, ante su inmensa serenidad. De repente, le preguntó sin pensarlo dos veces:

—¿Y tú? ¿Cómo aguantas tú? ¿Ya no te duele? ¿No lo echas de menos? ¿Cómo te las arreglas?

Ervin volvió a sonreír de una manera sosegada, inclinó la cabeza y no respondió.

—Respóndeme, Ervin, te lo ruego. Dime, por favor, ¿no lo echas de menos?

—No —respondió con una voz apagada, con un rostro sin ninguna expresión—, yo ya no echo de menos absolutamente nada.

Guardaron silencio durante un rato muy largo. Mihály intentaba comprender a Ervin. «No puede ser de otra manera: habrá matado todo lo que había dentro de sí. Tuvo que separarse de todo y de todos, arrancó todo de su alma de raíz, cualquier sentimiento humano, todo. Ahora ya no le dolía nada, pero se ha quedado aquí, estéril, vacío, austero, como el monte...», pensó Mihály, y se estremeció.

De repente se acordó:

—Me han contado una leyenda de ti... Me han dicho que exorcizaste a una mujer que había recibido la visita de un muerto, y que vivía aquí, en la vía dei Consoli. Dime, Ervin... aquella mujer era Eva, ¿verdad?

Ervin asintió con la cabeza.

Mihály se levantó, muy excitado, y se bebió el vino que quedaba.

—Dime, Ervin, cuéntame..., ¿qué pasó?..., ¿qué aspecto tenía Eva?

—¿Qué aspecto tenía Eva? —Ervin se quedó pensativo—. ¿Que qué aspecto tenía? Pues... bellísima. Como siempre.

—¿Cómo? ¿No ha cambiado nada?

—No. Por lo menos yo no vi en ella ningún cambio.
—¿Qué está haciendo ahora?
—No lo sé exactamente. Me dijo que le iba bien, que había viajado mucho, que había estado en muchos países de Occidente.
«¿Habría sentido algo Ervin al verla?» No se atrevió a preguntárselo.
—¿Dónde está ahora? ¿Lo sabes?
—¿Cómo quieres que lo sepa? De eso hace, ya años, hace ya años que se fue de Gubbio. Aunque ya sabes que mi sentido del tiempo es bastante inseguro.
—Dime, si me lo puedes contar, ¿cómo lo hiciste? ¿Cómo le exorcizaste del espíritu de Tamás?
A Mihály le temblaba la voz, porque le daba pánico sólo pensar en aquello. Ervin volvió a sonreír de la misma manera que siempre.
—No fue tan difícil. Eva se había convertido en una visionaria por culpa de aquella casa: la puerta de los muertos ha perturbado también a otros. Sólo tuve que convencerla de que se fuera de allí. Creo que exageraba un tanto, ya sabes cómo es. Yo creo que ni siquiera había visto a Tamás, ni había tenido visiones, aunque es posible que sí. No lo sé. Sabes, yo he tratado tantos casos de visiones, he visto tantos casos de fantasmas durante los últimos años, sobre todo aquí, en Gubbio, en la ciudad de las puertas de los muertos, que me he vuelto bastante escéptico en ese sentido...
—Pero ¿cómo conseguiste curar a Eva?
—Así, sin más. Como suele ocurrir en estos casos. Le hablé en serio, recé un poco, y ella se calmó. Comprendió que los vivos tienen que estar con los vivos.
—¿Estás seguro, Ervin?
—Absolutamente —respondió Ervin, muy serio—. A menos que elijas lo que he escogido yo. Si no, tienes que estar con los vivos. Bueno, no sé por qué te estoy echando un sermón... Si lo sabes tú también.
—¿No te contó cómo había muerto Tamás?
Ervin no respondió.
—¿Podrías exorcizar el recuerdo de Tamás en mí también? ¿El de Eva, el de todos vosotros?
Ervin se quedó pensativo.
—Es muy difícil. Verdaderamente difícil. No sé si te convendría... No sé qué te quedaría entonces. Es muy difícil decirte cualquier cosa, Mihály. Raras veces llegan aquí peregrinos tan perdidos y tan difíciles de aconsejar como tú. Lo que yo podría aconsejarte, lo que debería decirte por obligación, no lo aceptarías. La gracia sólo le llega a quien está abierto para ella.
—¿Qué me va a pasar? ¿Qué hago mañana, pasado mañana? Esperaba de ti la respuesta mágica. Esperaba con un sentimiento supersticioso que tú sabrías darme la respuesta, que tú sabrías aconsejarme. ¿Qué hago? ¿Vuelvo a Budapest, como el hijo pródigo, o empiezo una nueva vida, trabajando de obrero? Al fin y al cabo,

conozco todo de mi profesión, podría trabajar también de obrero especializado. No me abandones, me siento tan solo. ¿Qué debo hacer?

Ervin sacó de su hábito un enorme reloj de campesino.

—Ahora vete a dormir. Es casi medianoche, yo tengo que ir a la capilla. Vete a dormir, yo te acompañaré a tu habitación. Durante mis oraciones matutinas, pensaré en ti. Quizás me aclare... Ya ha ocurrido otras veces. Mañana por la mañana quizás pueda decirte algo. Ahora vete a dormir. Ven conmigo.

Acompañó a Mihály hasta el dormitorio. La conmoción profunda que Mihály sentía era acorde a la sala semioscura donde habían soñado los frailes durante siglos, donde habían sufrido, deseado y esperado una curación milagrosa. La mayoría de las camas estaban vacías, pero en uno de los rincones dormían algunos peregrinos.

—Acuéstate, Mihály, y descansa. Te deseo muy buenas noches —le dijo Ervin.

Hizo la señal de la cruz sobre Mihály, y se retiró deprisa.

Mihály estuvo sentado durante largo rato en el borde de su cama dura, con las manos cruzadas en el regazo. No tenía sueño, y se sentía muy triste. «¿Acaso se me puede ayudar? ¿Acaso mi camino puede conducirme a algún lado?», pensó.

Se arrodilló y rezó, después de muchos años.

Luego se acostó. Tardó mucho en dormirse en aquella cama tan dura, en aquel ambiente tan inusual. Los peregrinos se movían agitados en sus camastros, suspiraban y gemían en su sueño. Uno de elle invocaba a San José, a Santa Catalina y a Santa Águeda, para que le socorrieran. Cuando Mihály se durmió, era casi el alba.

A la mañana siguiente, se despertó con la dulce sensación de haber soñado con Eva. No se acordaba de su sueño, pero sentía en todo el cuerpo esa euforia sedosa que solamente éste proporciona, y que raras veces otorga el amor cuando estamos despiertos. Esa sensación suave, dulce y enfermiza se contraponía de forma extraña, paradójica, con aquella cama tan dura y tan ascética.

Se levantó, se lavó, con una disciplina que le costaba bastante ejercer, en un cuarto de baño no demasiado moderno, y salió al patio. Era una mañana brillante, fresca, llena de viento, las campanas tocaban a misa, todo el mundo se dirigía a la iglesia, los monjes, los laicos, los sirvientes del convento y los peregrinos. Mihály también entró, y escuchó, emocionado, las palabras eternas de la misa en latín. Sentía júbilo, estaba feliz. Seguramente, Ervin le diría lo que tenía que hacer. Quizás tuviera que hacer una penitencia. Sí, se convertiría en un obrero, ganaría el pan de cada día con un trabajo manual... Tenía la sensación de que algo estaba naciendo dentro de él, por su causa volaban tan alto los cánticos, por su causa repicaban tan hondo las campanas en aquella mañana fresca de primavera, por su alma.

Al final de la misa, salió al patio. Ervin se le acercó, sonriendo.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó.

—Bien. Muy bien. Me siento mucho mejor que anoche, aunque no sé por qué.

Se quedó mirando a Ervin, como esperando, y como éste no decía nada, le preguntó:

—¿Has estado pensando en qué debería hacer?

—Sí, Mihály —le dijo Ervin, muy bajito—. Creo que deberías ir a Roma.

—¡A Roma! —exclamó Mihály, muy sorprendido—. ¿Por qué a Roma? ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Anoche, en el coro... No te lo sabría explicar. Tú no conoces estos estados meditativos, pero sé que tienes que ir a Roma.

—Pero ¿por qué, Ervin, por qué?

—Numerosos peregrinos, tanto en su huida como en su búsqueda, han ido a Roma, durante siglos, y han pasado tantas cosas allí..., a decir verdad, todo ha ocurrido allí. Por eso dicen que todos los caminos conducen a Roma. Vete a Roma, Mihály, y ya verás por qué. No puedo decirte otra cosa ahora.

—Pero, ¿qué hago yo en Roma?

—Lo mismo da. Visita, quizás, las cuatro grandes basílicas de la cristiandad. Vete a ver las catacumbas. Haz lo que quieras. En Roma no te aburrirás. Sobre todo, no hagas nada. Confíate al azar. Entrégate totalmente, no te organices un programa. ¿Lo harás?

—Sí, Ervin, porque tú me lo dices.

—Entonces, ponte en camino. Hoy no pareces el fugitivo que eras ayer. Utiliza este día afortunado para partir. Vete ahora. Que Dios te acompañe.

Abrazó a Mihály sin esperar respuesta, le acercó la mejilla derecha, luego la izquierda, con la ternura propia de un religioso, y se fue. Mihály se quedó un rato inmóvil, sorprendido, luego recogió sus pertenencias y se dispuso a bajar del monte.

6

Erzsi, cuando recibió el telegrama que le había enviado Mihály a través del joven fascista, decidió marcharse de Roma. No quiso regresar a Budapest, porque no sabía qué contar acerca de su matrimonio. Siguiendo una cierta gravitación geográfica, se fue a París, por la misma ruta que eligen las personas que intentan empezar, sin ninguna esperanza, una nueva vida.

En París se puso en contacto con una amiga de la infancia, Sari Tolnai. Esta era conocida, ya desde jovencita, por su carácter masculino, y por su extrema eficacia. Nunca se casó, por falta de tiempo, puesto que siempre se la necesitaba en la firma, compañía o redacción donde trabajase. Su vida amorosa se desarrollaba con tanta velocidad como la de un viajante. Con el paso de los años, cuando ya se hartó de todo, emigró a París para empezar una nueva vida, y siguió haciendo lo mismo que en Budapest: trabajar en firmas, compañías o redacciones, pero esta vez francesas. Cuando Erzsi llegó a París, ella trabajaba de secretaria en una gran productora de cine. Era la única mujer fea en toda la compañía, dura como una roca, la única en quedarse fuera del ambiente erótico que caracterizaba el mundillo del cine, la única de fiar por su serenidad e imparcialidad, la que más trabajaba y menos ganaba de todos. Tenía el cabello lleno de canas, el pelo corto y el rostro noble, como de sacerdote castrense, y un cuerpo frágil y juvenil. Todo el mundo la miraba con admiración, y ella estaba muy orgullosa de ello.

—¿De qué vas a vivir? —le preguntó a Erzsi, después de que ella le contara la breve historia de su matrimonio y algunos chismes de Budapest—. ¿De qué vas a vivir? ¿Todavía tienes tantísimo dinero como antes?

—Pues lo de mi dinero es una historia un tanto peculiar... Zoltán, al separarnos, me dio mi parte, mi dote y la herencia de mi padre (que es una suma mucho más pequeña de lo que la gente piensa), y yo invertí gran parte de ese dinero en la compañía de la familia de Mihály, pero por seguridad guardé una pequeña parte en el banco. Así que tengo de qué vivir, aunque es un poco complicado hacerme llegar el dinero desde allí. El dinero del banco no lo puedo sacar al extranjero por vía legal. Así que dependo de lo que me mande mi ex suegro. Y eso no es nada fácil, pues cuando se trata de soltar dinero de sus manos, es una persona muy complicada. Y no existe ningún acuerdo sobre ese punto.

—Hmm. Tienes que sacar el dinero de la compañía. Eso es lo primero.

—Claro. Pero, para eso, primero tendría que divorciarme de Mihály.

—Naturalmente. Tienes que divorciarte de Mihály.

—Eso no es tan obvio.

—¿Cómo que no? ¿Después de lo que te hizo?

—Ya, pero Mihály no es como los demás. Justamente por eso me casé con él.

—Ya ves lo que has conseguido. No me gusta la gente que no es como los demás. Los demás son ya bastante asquerosos. Mucho más lo son los que no son como ellos.
—Bueno, Sari, déjalo ya. De todas formas, no le haré el favor a Mihály de divorciarme así como así.
—Entonces ¿por qué no vuelves a Budapest, si allí tienes tu dinero?
—No quiero volver hasta que no se aclaren las cosas. ¿Qué quieres que le diga a la gente? Imagínate todo lo que contaría mi prima Juliska...
—Ésa, de cualquier forma, ya lo estará contando todo.
—Bien, pero por lo menos estando aquí no me entero. Además, tampoco puedo volver por Zoltán.
—¿Por tu primer marido?
—Claro. Me estaría esperando en la estación con un ramo de flores.
—No me digas. ¿No está enfadado después de que lo hayas abandonado de esa manera tan fea?
—¡Qué va! Me da la razón en todo, y me está esperando con toda la humildad del mundo, a ver si regreso con él. Seguramente se ha sumido en una tristeza profunda, ha roto con todas sus secretarias, y vive una vida de castidad. Si volviera, no me lo podría quitar de encima. Y eso no se puede aguantar. Aguanto todo, menos la bondad y el perdón, sobre todo por parte de Zoltán.
—En eso, llevas toda la razón. No me gustan los hombres cuando son buenos ni cuando perdonan.

Erzsi también alquiló una habitación en el hotel donde vivía Sari, un hotel moderno, sin color ni sabor, detrás del Jardin des Plantes, donde se veía un cedro del Líbano, altísimo, que elevaba sus largas ramas y sus hojas enormes con una dignidad asiática, extraña, en la excitante primavera de París. A Erzsi, el cedro no le hacía bien. Su rareza le recordaba esa vida extraña para ella, magnífica, cuya llegada esperaba en vano.

Al principio, alquiló una habitación aparte, pero pronto se fue a vivir con Sari, puesto que así a ambas les costaba menos. Cenaban juntas, en la habitación, cosas que subían de la calle, en contra de la prohibición expresa del dueño. Sari resultó ser tan hábil preparando cenas como en todo lo demás. Erzsi comía sola, puesto que Sari no iba al mediodía, tan sólo se comía un bocadillo y se tomaba un café, de pie, cerca de la oficina, y luego regresaba corriendo a trabajar. Erzsi, al principio, probó algunos restaurantes buenos, pero luego se dio cuenta de que los buenos restaurantes eran carísimos y les sacaban a los extranjeros todo el dinero que podían, de modo que empezó a frecuentar pequeñas *crêperies*, donde «ofrecen lo mismo, pero mucho más barato». Al principio, tomaba un café después de comer, puesto que le encantaba el excelente café parisino, pero luego se dio cuenta de que tampoco eso era indispensable, y renunció a ello, salvo una vez a la semana, los lunes, cuando iba a la Maison du Café del Gran Boulevard, para tomarse una taza en el café más famoso de la ciudad.

Al día siguiente de llegar, se compró un bolso precioso en una tienda elegante, cerca de La Madelaine, pero ésa fue la única compra de lujo que se permitió. Descubrió que las mismas cosas que venden con precios carísimos a los extranjeros se pueden comprar mucho más baratas en las tiendas más humildes, que se encuentran en las pequeñas calles de barrios de comercios, como la rue de Rivoli o la rue de Rennes. Al principio, compraba muchas cosas, simplemente porque eran mucho más baratas que en otros sitios. Al final, se dio cuenta de que no comprar nada era mucho más barato todavía, y entonces se deleitaba pensando en todo lo que le apetecía comprar y que no había comprado. Luego, encontró otro hotel, dos calles más lejos, que no era tan moderno como el suyo, pero que también tenía agua caliente en las habitaciones, y era tan apropiado en todos los sentidos como el anterior, pero costaba mucho menos, casi una tercera parte menos. Convenció a Sari para que se cambiaran.

Poco a poco, el ahorro se convirtió en su pasatiempo favorito. Se dio cuenta de que tenía, desde siempre, una inclinación hacia el ahorro. De niña, guardaba las chocolatinas que le regalaban, hasta que se llenaban de moho, escondía sus prendas más preciosas, y sus niñeras encontraban —en los sitios más inverosímiles, totalmente estropeados— sus pañuelos de seda, sus medias más finas, sus guantes más caros. Más tarde, la vida no le permitió a Erzsi dasarrollar su pasión por el ahorro. De jovencita tuvo que cumplir su papel de señorita bien al lado de su padre, tuvo que volverse incluso derrochadora, para realzar la fama de su riqueza. Como esposa de Zoltán, no pudo ni siquiera soñar con el ahorro. Si, por ejemplo, renunciaba a un par de zapatos que le resultaban demasiado caros, al día siguiente Zoltán le regalaba tres pares, todavía más caros. Zoltán era un «hombre generoso», patrocinador de arte y de artistas, y su obsesión era colmar a su mujer de todo, en parte para calmar sus remordimientos, así que la gran pasión de Erzsi por el ahorro tampoco pudo ser satisfecha.

Estando en París, aquella pasión reprimida se manifestó con toda su fuerza elemental. Su pasión aumentó debido al ambiente y al modo de vivir franceses, al hecho de que en Francia hasta la persona más derrochadora siente un afán por el ahorro, y también por otras cosas más secretas, como la pérdida de su amor, el fracaso de su matrimonio, el sinsentido de su vida; todo eso encontró su compensación con el ahorro. Cuando renunció al baño diario, porque el dueño del hotel les pedía demasiado por el agua caliente, Sari no pudo aguantarse más sin preguntarle:

—Dime, ¿por qué demonios ahorras tanto? Te puedo prestar dinero, si lo necesitas, a cambio de un pagaré, para guardar las formas...

—Gracias, es muy amable por tu parte, pero tengo suficiente. El padre de Mihály me mandó tres mil francos, y los recibí ayer.

—¡Tres mil francos! Eso es muchísimo dinero. No me gusta que una mujer sea tan ahorradora. Algo huele mal... Es como cuando una mujer se pasa el día limpiando,

buscando motas de polvo, como cuando una mujer se lava las manos sin parar, y se lleva una toallita para secarse cuando va de visita. La locura femenina tiene mil caras. Dime, por favor, ahora que me doy cuenta, ¿qué haces tú todo el día, mientras yo estoy en la oficina?

Resultó que Erzsi no se lo supo explicar muy bien. Lo único que supo decir era que estaba ahorrando todo el día. No iba a ningún sitio, ni hacía nada en especial, no hacía casi nada para no gastar dinero. Lo que hacía no estaba nada claro, era algo indefinido, algo impreciso, como son los sueños.

—¡Qué locura! —exclamó Sari—. Yo pensaba que tenías a alguien, y que te pasabas el día con él, y resulta que malgastas el tiempo mirando por la ventana, con tus ensoñaciones, como las mujeres medio chaladas o que se están volviendo medio locas. Claro, por eso engordas, por poco que comas, claro que engordas, debería darte vergüenza. Esto no puede seguir así. Tienes que salir, ver gente, tienes que interesarte por algo, por alguien. ¡Demonios! ¡Ojalá tuviera yo más tiempo!

Un par de días después le dijo a su amiga, al llegar:

—Escúchame... Hoy nos vamos de juerga... Hay aquí un caballero húngaro que quiere hacer un negocio fácil con la productora, y me está intentando convencer a mí, puesto que sabe el caso que me hace el dueño. Me ha invitado a cenar, me ha dicho que quiere presentarme al hombre que va a poner el dinero, al hombre a quien representa. Le dije que a mí no me interesaba la gente *moche* con dinero, ya tengo que tratar con bastantes elementos asquerosos de ese tipo en la oficina. Me dijo que su cliente no era *moche* en absoluto, que era muy atractivo, un persa. Bien, le dije, entonces iré, pero llevaré a una amiga. A lo que me contestó que muy bien, que lo iba a proponer para que no fuera yo la única mujer.

—Ya sabes, Sari, querida, que no puedo ir. ¡Ni hablar! No tengo ganas, y además... no tengo qué ponerme. Sólo tengo vestidos pasados de moda, cosas que compré en Budapest.

—No te preocupes... Tú estás muy elegante incluso con los vestidos pasados de moda. Venga, con lo feas y flacas que son las parisinas, no es difícil... y el húngaro seguramente sabrá apreciar que eres su compatriota.

—No puedo ir. Ni hablar. ¿Cómo se llama ese caballero húngaro?

—János Szepetneki. Por lo menos así se presentó.

—János Szepetneki... ¡Si lo conozco! Ten cuidado, es un carterista.

— ¿Un carterista? Puede ser... Yo diría que tiene pinta de ladrón. Aunque en el mundo del cine todos lo son, más o menos, por lo menos al principio. Sin embargo, es un hombre encantador. Bueno, ¿me acompañas o no?

—Sí, te acompaño...

El pequeño *auberge* donde fueron a cenar era de los que quieren aparentar un estilo antiguo, estaba decorado con cortinas y manteles a cuadros, había pocas mesas y la comida era cara pero muy buena. Erzsi, al visitar París con Zoltán, había estado en sitios así, y mejores todavía, y ahora, al escapar provisionalmente de las

profundidades de su época ahorradora, se conmovió, porque sintió el toque lujoso del lugar. Su emoción duró tan sólo un instante, puesto que ya venía a su encuentro János Szepetneki, todavía más lujoso. Se comportó de una manera muy educada, le besó la mano con nobleza a Erzsi, a quien no reconoció, felicitó a Sari por escoger bien a sus amigas, y luego acompañó a las damas hasta la mesa donde su amigo les estaba esperando.

—Monsieur Lutphali Suratgar —le presentó. Erzsi sintió la mirada de unos ojos penetrantes, crueles e intensos que la observaban desde detrás de una nariz aguileña, y se estremeció. También Sari se sintió visiblemente sorprendida. La primera sensación que tuvieron fue que se sentaban a cenar con un tigre domesticado sólo de manera superficial.

Erzsi no sabía a quién temer más, si a Szepetneki, el carterista, que hablaba demasiado bien el parisino y que estaba confeccionando el menú con esa mezcla tan perfecta de esmero y de *nonchalance* que solamente caracteriza a los impostores de altos vuelos (Erzsi se acordó de que incluso Zoltán les temía a los camareros de los sitios elegantes parisinos, y que por dicho temor les trataba sin ninguna educación), o bien al persa que no decía ni palabra, que lucía una sonrisa agradable, europea, tan artificial y fuera de lugar como una corbata con el nudo fabricado y fuera de lugar. Sin embargo, después del *hors d'oeuvre* y de la primera copa de vino, el persa empezó a hablar, y desde aquel fomento él dirigió la conversación, en un francés raro, pronunciado desde el pecho y con *staccato*.

Con su discurso, despertaba y mantenía el interés de sus interlocutores. Había en él algo romántico, algo apasionado, algo medieval, áspero y profundamente humano, algo que no se había transformado todavía en mecánico, como suele ocurrir debido al progreso. Aquel hombre no vivía entre florines y francos, sino entre divisas llenas de rosas, rocas y águilas. Sin embargo, las dos mujeres continuaban sintiendo la sensación de estar en la compañía de un tigre domesticado solamente de manera superficial, y eso se debía a sus ojos y a su mirada.

Resultó que en Persia poseía jardines de rosas, minas de hierro y plantaciones de adormidera, y se ocupaba, principalmente, de producir opio. Tenía muy mala opinión de la Sociedad de Naciones, que obstaculizaba, a nivel internacional, el comercio del opio, causándole a él graves perjuicios financieros. Se veía obligado a mantener una pandilla de malhechores, en la frontera con el Turquestán, para poder pasar, por contrabando, su opio a China.

—Pero señor... Es usted un enemigo de la humanidad —observó Sari—. Comercia con el veneno blanco. Arruina la vida de cientos de miles de pobres chinos. Y para colmo se sorprende si la gente honrada se alía contra usted.

—*Ma chére* —le respondió el persa, visiblemente alterado—, no hable de lo que no sabe, por favor. Usted está manipulada por los discursos estúpidos, pseudohumanitarios de los periódicos europeos. ¿Qué daño puede hacer el opio a los «pobres» chinos? ¿Qué imagina usted? ¿Tienen ellos dinero para comprar opio?

Les basta con que tengan para comprar arroz. El opio lo fuman solamente los muy ricos en China, porque es muy caro, es un privilegio de los acomodados, como todas las demás cosas buenas en este mundo. Es como si usted estuviera preocupada porque los obreros parisinos toman demasiado champán. Además, si a los ricos parisinos no se les prohibe tomar champán cuando les da la gana, ¿con qué derecho se les puede prohibir el opio a los chinos?

—La comparación no es justa. El opio es mucho más dañino que el champán.

—Eso también es una invención europea. Es verdad que si un europeo empieza a fumar opio no parará nunca. Los europeos son desmesurados en todo, en la gula, en la construcción de sus ciudades, en las guerras y en las matanzas. Sin embargo, nosotros sabemos guardar la medida. ¿O quizás opina que el opio me hace daño a mí? Porque yo lo fumo y lo consumo habitualmente.

Sacó su enorme pecho, enseñó sus brazos musculosos, con un gesto un tanto circense, y ya iba a mostrar también las piernas, cuando Sari se lo impidió, diciendo:

—Ya está bien. Deje algo para la próxima vez.

—Como usted quiera... Los europeos son desmesurados también en el beber, y sin embargo, es una sensación asquerosa tener demasiado vino en el estómago, y sentir que uno se va a poner malo más tarde o más temprano. Los efectos del vino aumentan cada vez más rápido, y de repente uno se desmaya. No es capaz de mantener el éxtasis uniforme que causa el opio, la única felicidad sobre esta tierra..., pero ¡qué sabrán ustedes, los europeos! Primero tendrían que conocer las cosas, antes de meterse donde no les llaman.

—Por eso nos gustaría hacer esta película de información y propaganda con ustedes —dijo Szepetneki, dirigiéndose a Sari.

—¿Cómo? ¿Una película de propaganda para apoyar el consumo del opio? —protestó Erzsi, asustada, aunque hasta entonces había simpatizado con el punto de vista del persa.

—No para apoyar el consumo, sino solamente para apoyar el libre comercio, y la libertad y los derechos humanos en general. La película sería, según nuestro propósito, un manifiesto individualista por la libertad, en contra de cualquier forma de tiranía.

—¿Cuál sería la historia? —preguntó Erzsi.

—Al principio —explicó Szepetneki— se vería a un recolector de opio sencillo, de gran corazón y conservador, persa, junto con su honrada familia numerosa. El padre de familia solamente puede casar a su hija, la heroína de la película, con dignidad y con el joven a quien ella ama, si es capaz de vender su producción anual. Entonces el intrigante (que también está enamorado de la hija, pero que es un malhechor, comunista y capaz de todo) denuncia al padre a la autoridad de control, y los uniformados llegan en plena noche y se llevan toda la producción. Esta parte sería muy movida, con coches con sirenas y todo lo demás. Más adelante, la inocencia y la nobleza interior de la muchacha conmueven al general arisco, quien devuelve el

opio confiscado, que viaja en trineos con alegres cascabeles hacia China... Ésta sería, más o menos, la historia...

Erzsi no sabía si Szepetneki estaba bromeando o no. El persa escuchaba sin decir nada, muy serio, lleno de un orgullo inocente. Quizás el mismo había inventado la historia.

Después de cenar, se fueron a un local elegante para bailar. Se encontraron con gente que ellos conocían, se sentaron a su mesa, se juntaron con ellos y charlaron lo que pudieron en medio de aquel ruido. Erzsi se encontraba lejos del persa. János Szepetneki la sacó a bailar.

—¿Qué le parece el persa? —le preguntó—. Es interesante, ¿verdad? Muy romántico.

—Sabe, a mí me recuerda un poema escrito por un inglés antiguo y un poco loco, cuando lo veo...—dijo Erzsi, con un repentino destello de su antiguo yo intelectual—. «Tigre, tigre, luz llameante en los bosques de la noche...»

Szepetneki la miró con sorpresa, y Erzsi se avergonzó.

—Un tigre, sí... —observó Szepetneki—, pero también un viajero tremendamente difícil. Es tan ingenuo como desconfiado y prudente en los negocios. Ni siquiera los productores de cine son capaces de engañarle. Sin embargo, no le interesa el cine como negocio, sino como propaganda, y creo que sobre todo para tener su propio harén de actrices... Pero ¿y usted? ¿Cuándo dejó Italia?

—¿Me ha reconocido? —le preguntó Erzsi.

—Claro que sí. Y no ahora. Hace algunos días la vi en la calle, cuando paseaba con la señorita Sari. Tiene que saber que tengo ojos de águila. Esta noche también la he arreglado para poder hablar con usted... Pero, dígame..., ¿dónde ha dejado a mi honorable amigo Mihály?

—Su honorable amigo estará, probablemente, en Italia. No mantenemos correspondencia.

—Sensacional. ¿Se han separado en su luna de miel?

Erzsi asintió con la cabeza.

—Fantástico. Eso es. Ése es el estilo de Mihály. El viejo no ha cambiado nada en absoluto. Durante toda su vida lo ha abandonado todo a medias. No tiene paciencia para nada. Por ejemplo, él era uno de los mejores *centerhalf* de todo el instituto, pero no sólo de nuestro instituto, sino de todos los institutos del país, si me atrevo a decir. Y entonces un día coge y...

—¿Cómo sabe usted que me abandonó él a mí, y no yo a él?

—Usted perdone. Ni siquiera se lo he preguntado. Por supuesto. Lo ha abandonado usted. Lo comprendo. Un hombre así no se puede aguantar. Ya me imagino qué sufrimiento debe de ser la vida al lado de un hombre así, con esa cara de póquer... un hombre que no se inmuta nunca.

—Pues sí. Me abandonó él a mí.

—Aja. Ya me lo imaginaba, por supuesto. Ya me lo imaginaba desde aquel día, en Ravena. Se lo digo en serio, de verdad. Mihály no sirve para marido. Él... ¿cómo se lo diría? Él es... un buscador... siempre ha buscado algo, toda la vida, algo que fuera diferente... Algo de lo que ese persa sabe mucho más que nosotros, creo. Quizás Mihály debería fumar opio. Sí, estoy seguro, debería fumar opio. Le tengo que confesar que yo nunca le he comprendido.

Hizo un gesto de renuncia.

Pero Erzsi sintió que aquel ademán era sólo una pose, y que Szepetneki estaba tremendamente interesado en saber lo que había ocurrido entre ella y Mihály. No se alejó ni por un instante del lado de Erzsi.

Se sentaron juntos, Szepetneki no dejaba que nadie se acercara a la mujer. A Sari, la cortejaba un francés de cierta edad y rango, y el persa con los ojos brillantes estaba sentado entre dos jóvenes con caras de actrices.

—Qué interesante —pensó Erzsi— que de cerca todo sea tan distinto y tan neutro.

La primera vez que ella había estado en París estaba saturada por las supersticiones que había adquirido en el instituto. Pensaba que París era una metrópoli pervertida y pecadora, y las dos inocentes cafeterías, repletas de artistas y forasteros, confrontadas en el Montparnasse, la Dome y la Rotonde, se le figuraban las dos fauces ardientes de la boca del infierno. Sin embargo, ahora que estaba allí, entre toda aquella gente, seguramente pervertida y pecadora, todo le parecía en sí mismo comprensible.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para pensar en ello, puesto que escuchaba a Szepetneki con atención. Esperaba enterarse de algo sobre Mihály, de algo importante. Szepetneki le contaba con alegría historias de los años que habían pasado juntos, aunque su versión era distinta y diferente de lo que le había contado Mihály. Solamente Tamás era el mismo: una gran persona, un príncipe que hacía frente a la muerte, demasiado grandioso para vivir, y que prefirió desaparecer de joven, antes que tener que aceptar cualquier conformismo. Según Szepetneki, Tamás era tan delicado que no podía dormir si algo se movía tres habitaciones más allá, y un olor un poco más fuerte de lo normal podía afectarlo durante horas. El único problema era que estaba enamorado de su hermana. Mantenían relaciones, y cuando Eva quedó embarazada, Tamás se suicidó, porque no soportó el remordimiento. Además, todos estaban enamorados de Eva. Ervin se hizo fraile porque estaba enamorado de Eva sin ninguna esperanza. Mihály también estaba enamorado de Eva sin ninguna esperanza. Le seguía como si fuera su perrito. Era ridículo. Eva se aprovechaba de él. Le sacaba todo el dinero. Le robó su reloj de oro. Porque claro, el reloj se lo había robado Eva, y no él, pero no se lo quisieron decir a Mihály, por *délicatesse*. Pero Eva no amaba a ninguno. Sólo a él, János Szepetneki.

—Y ¿qué ocurrió con Eva desde entonces? ¿La ha vuelto a ver?

—¿Yo? Claro que sí. Seguimos teniendo muy buenas relaciones. Eva hizo muy buena carrera, en parte con mi ayuda. Se convirtió en una gran dama.

—¿A qué se refiere?
—Pues a eso... Siempre tuvo sus protectores... magnates de prensa, reyes del petróleo, príncipes auténticos, por no mencionar a los escritores y pintores que ella necesitaba sobre todo para sus fines propagandísticos.
—Y ahora, ¿dónde está?
—Ahora está en Italia. Siempre que puede se va a Italia, significa una auténtica pasión para ella. Colecciona antigüedades, como su padre.
—¿Por qué no le dijo a Mihály que Eva estaba en Italia? ¿Y qué hacía usted en Ravena?
—¿Yo? Había pasado un tiempo en Budapest y había oído que Mihály se había casado, y que estaba en Venecia, en su luna de miel. No pude resistir la tentación de ver al viejo y de conocer a su esposa en una ocasión así, por lo que regresé a París vía Venecia. De Venecia fui a Ravena, cuando me enteré de que estaban allí.
—Y ¿por qué no dijo nada de Eva?
—Ni se me ocurrió. ¿Para que la fuera a buscar?
—No la hubiese ido a buscar, puesto que estaba en su luna de miel, con su esposa.
—Perdone, pero no creo que eso se lo hubiera impedido.
—Por supuesto que sí. Si además durante veinte años no se le había ocurrido buscarla...
—Porque no sabía dónde encontrarla, y porque Mihály es un hombre pasivo. Pero si se llega a enterar...
—Y a usted ¿qué le importa el que Mihály encuentre a Eva Ulpius? ¿Está celoso? ¿Sigue usted enamorado de Eva?
—¿Yo? ¡Qué va! Nunca lo estuve. Era ella la que estaba enamorada de mí. Simplemente que no quise causar problemas en el matrimonio de Mihály.
—O sea que es usted un angelito, ¿verdad?
—¡Qué va! Sólo que usted me cayó muy bien desde el primer momento.
—Ya. En Ravena, dijo usted justo todo lo contrario. Me ofendió bastante.
—Sólo dije eso para ver si Mihály me abofeteaba o no. Pero él es incapaz de abofetear a nadie. Ése es, exactamente, su problema. Una bofetada puede liberar tantas cosas, pero antes de que se me olvide: usted me impresionó desde el primer momento.
—Fantástico. ¿Qué pretende? ¿Que me sienta halagada? ¿No podría cortejarme con un poquito más de imaginación?
—No puedo cortejar con imaginación. Eso queda para los impotentes. Si una mujer me gusta, solamente pienso en cómo hacérselo saber. Luego, ella reacciona o no. La mayoría sí lo hacen.
—Yo no soy «la mayoría».
Por un lado, ella tenía claro que le gustaba a János Szepetneki, que el hombre deseaba su cuerpo, a la manera hambrienta de los adolescentes, de una forma simple y brutal, sin la menor sabiduría de hombre maduro. Y eso le agradó, le

aceleró el pulso y le produjo cosquilieos por todo el cuerpo, debajo de la piel, como si hubiese bebido. No estaba acostumbrada a ese tipo de rudeza, de instinto. Los hombres, por lo general, se le acercaban con amor y con bonitas palabras. El amor de ellos siempre iba dirigido a la dama culta, educada y de buena familia. Sin embargo, por otro lado, Szepetneki le había herido profundamente en su orgullo femenino. Su matrimonio había empezado, quizás, a tambalearse con aquella frase de Szepetneki, y Erzsi todavía llevaba en ella la herida dolorosa de aquellas palabras. Bueno, ahora tendría la ocasión de curarse de todo aquello, de tomarse la revancha. Empezó a comportarse tan frívolamente con Szepetneki que casi llegó a olvidar su propósito final de rechazarle fríamente para vengarse así de lo ocurrido en Ravena.

Pero, principalmente y por encima de todo, ella reaccionó así ante el acercamiento de Szepetneki porque su intuición femenina le decía que esa seducción iba dirigida antes que nada a la esposa de Mihály. Conocía la relación tan extraña que Szepetneki había tenido con Mihály, y sabía que quería demostrar siempre y de cualquier manera que él era superior a Mihály, y por eso ahora deseaba conseguir a su esposa. Erzsi se consolaba, como una mujer mayor abandonada o como una viuda, con el deseo de Szepetneki, y sentía que así, con este deseo que ella había provocado, se convertía realmente en la mujer de Mihály, que así penetraba en aquel círculo mágico, en el círculo de los Ulpius, el único real para Mihály.

—Hablemos de otra cosa —dijo, mientras las rodillas de los dos se tocaban debajo de la mesa—. ¿Qué hace usted aquí, en París?

—Negocios. Grandes negocios... —respondió Szepetneki, empezando a acariciar los muslos de Erzsi debajo de la mesa—. Tengo excelentes contactos con el Tercer Reich. Podría decirse que en algunos asuntos yo soy el representante comercial del Tercer Reich aquí. De paso quiero concluir ese negocio de la película entre Lutphali y la productora Martini-Alvaert, puesto que necesito algo de dinero líquido. Pero ¿para qué hablar tanto? Vamos a bailar.

Bailaron hasta las tres de la madrugada, y entonces el persa metió en un coche a las dos jóvenes con caras de actrices, con las que se había estado divirtiendo, invitó a todos los demás a su chalet de Auteuil para pasar la tarde del domingo, y se despidió. Cada uno se fue a su casa. A Sari, la acompañó el caballero francés, y a Erzsi, Szepetneki.

—Subiré a su habitación —le dijo Szepetneki en el portal.

—Está usted loco. De todas formas, comparto mi cuarto con Sari.

—¡Vaya! Entonces, venga usted a mi casa.

—Se nota, Szepetneki, que lleva usted mucho tiempo fuera de Budapest. Si no, no podría explicarse cómo malinterpreta a una mujer como yo. Con esto lo ha estropeado todo.

Y subió sin despedirse, embriagada por su victoria.

—¿Cómo es que flirteabas tanto con ese Szepetneki? —le preguntó Sari, cuando ya estaban en la cama—. Ten cuidado con él...

—Ya se acabó. Quería llevarme a su casa.

—Y ¿qué? Te comportas como si estuvieses todavía en Budapest. No te olvides de que Budapest es una de las ciudades más morales de Europa. Aquí las cosas se ven de otra manera.

—Pero Sari... La primera noche... Una mujer debe conservar la dignidad suficiente para no...

—Por supuesto... Pero entonces que no charle con ningún hombre. Aquí es la única manera para una mujer de salvaguardar su dignidad. Como lo hago yo. Pero dime... ¿para qué salvaguardar la dignidad? Dime, por favor, ¿para qué? ¿Tú crees que yo no me hubiese ido, feliz, con aquel persa, si me hubiera invitado? Pero no me invitó. Ni se le ocurrió. ¡Qué hombre más guapo! Sin embargo, hiciste bien en no juntarte con ese Szepetneki. Es bastante guapo, desde luego, y muy varonil..., quiero decir..., bueno, ya me entiendes, pero es un impostor. Sería capaz de quitarte el dinero. Tienes que cuidarte mucho, amiguita. A mí me robaron quinientos francos en una ocasión así. Bueno, buenas noches.

«Un impostor», pensó Erzsi para sí, puesto que no podía dormirse. De eso se trataba, exactamente. Erzsi había sido una muchacha y una mujer ejemplar durante toda su vida: la niña de los ojos de sus nodrizas y de sus niñeras, el orgullo de su padre, la mejor estudiante de la clase, hasta había ganado varios premios. Toda su vida había transcurrido de una manera ordenada y protegida, respetando debidamente los estatutos sagrados de la vida burguesa. A su debido tiempo se casó con un hombre rico, a su lado se vestía con la debida elegancia, llevaba su casa con estilo, acompañaba a su marido con estilo, y era un ama de casa ideal. Llevaba siempre el mismo tipo de sombreros, como las demás mujeres de su estatus social, iba a veranear donde se debía, opinaba lo que se debía de las obras de teatro, decía lo que se debía decir, era conformista en todo, como diría Mihály. Luego empezó a aburrirse, el aburrimiento culminó en neurosis y en problemas coronarios, y entonces escogió a Mihály, porque sintió que éste no era del todo conformista, porque en él había algo totalmente ajeno a los marcos de la sociedad burguesa. Pensó que con Mihály atravesaría esos marcos, esos muros, saldría a la selva que se extendía fuera de su mundo, en lejanías desconocidas para ella. Sin embargo, Mihály quiso volverse conformista a través de ella, la utilizaba para eso, quería convertirse, a través de ella, en un hombre normal y corriente, en un burgués, y solamente salía a la selva a solas y a escondidas, hasta que se hartó del conformismo, y se escapó a la selva, él solito. ¿Y János Szepetneki? A él, ni se le ocurre volverse conformista, hace de la selva su campo de acción, es mucho más fuerte y decidido que Mihály, quizás con él... «Tigre, tigre, luz llameante en los bosques de la noche.»

La tarde del domingo transcurrió en Auteuil de una manera bonita y aburrida, no había jóvenes con caras de actrices, todo era *mondaine* y elegante, allí estaba representada la alta burguesía francesa, pero a Erzsi no le interesaba aquel mundo que era más conformista y menos tigresco todavía que el mundo de Budapest... Sólo se animó cuando, al regresar a París, János Szepetneki la llevó a cenar y a bailar. János se mostró diabólico, le hacía beber, le contaba historias, echándose faroles, le recitaba poemas, lloraba, y a ratos se portaba muy virilmente. Sin embargo, todo eso apenas era necesario. János sobreactuaba, pero aunque no hubiese pronunciado ni una palabra, Erzsi también habría pasado la noche en su casa, siguiendo la lógica interna de las cosas, buscando tigres amarillos.

TERCERA PARTE

ROMA

Go thou to Rome —at once the Paradise,
The Grave, the City, and the Wilderness.[9]
SHELLEY, «Adonais»

1

Mihály llevaba ya varios días en Roma sin que le hubiese ocurrido absolutamente nada. No le había caído del cielo ninguna octavilla romántica, diciéndole lo que tenía que hacer, como esperaba en secreto, a causa de las palabras de Ervin. Simplemente le había ocurrido Roma, si es que se puede decir así.

En comparación con Roma, todas las demás ciudades italianas se quedaron pequeñas. Todo lo demás sabía a poco: Venecia, donde había estado con Erzsi, de manera oficial; Siena, donde había estado con Millicent, de manera casual. Había llegado a Roma solo y por un designio superior, o por lo menos lo sentía así. Todo lo que veía en Roma llevaba la señal de la fatalidad. Ya otras veces había experimentado esa sensación de que durante algún paseo al alba, en alguna tarde extraña de verano, todo se llenase de un raro significado, que no se puede expresar con palabras, pero en Roma tal sensación no le abandonaba ni por un segundo. En otras ocasiones también las calles y las casas de ciertas ciudades habían despertado en él presentimientos que le transportaban muy lejos, pero nunca tanto como en las calles, los palacios, las ruinas y los jardines de Roma. Vagabundear entre los enormes muros del teatro Marcello, contemplar desde el Foro cómo se asoman las pequeñas iglesias barrocas entre las columnas clásicas, mirar desde alguna colina la prisión de Regina Coeli en forma de estrella, perderse entre las callejuelas del gueto, atravesar plazas singulares desde la Santa Maria sopra Minerva al Panteón, por cuya enorme claraboya —redonda, como piedra de molino— se filtra el cielo azul marino de las noches de verano: éstos eran sus quehaceres. Por las noches caía en su cama exhausto, en su pequeño hotelucho con el suelo de baldosas, cerca de la estación de ferrocarril, donde se había refugiado la primera noche, asustado, y de donde no había salido a buscar algo mejor por falta de energías.

De su somnolencia, le sacó la carta de Tivadar, que Ellesley le había remitido desde Foligno. Su hermano le decía:

---

[9] *«Marcha a Roma, a la vez tumba, / desierto, ciudad y Paraíso.» Traducción de Lorenzo Peraile. (N. de la T.)*

Querido Misi, nos ha inquietado muchísimo la noticia de tu enfermedad. Debido a tu habitual falta de exactitud se te olvidó decirnos lo que te había ocurrido, la naturaleza exacta de tu enfermedad, algo que nos gustaría muchísimo saber, así que, por favor, dínoslo. ¿Estás ya recuperado? Tu madre está muy preocupada. No tomes a mal el que hasta ahora no te haya podido enviar dinero, ya sabes lo difícil que es aquí conseguir divisas. Espero que la tardanza no te haya causado molestias. Me dices que te mande mucho dinero: te expresas de una manera un tanto inexacta, la expresión de «mucho dinero» es siempre relativa. A lo mejor tú encontrarás que la suma que te envío es escasa, puesto que es apenas superior a la suma que dices que debes. Para nosotros, sin embargo, ese dinero es mucho, el negocio va regular, pero de eso prefiero no hablar, y ya sabes que hemos realizado grandes inversiones que se amortizarán solamente pasados largos años. De todas formas, ese dinero bastará para que pagues tu habitación en el hotel y te vengas a casa. Por suerte, tu billete de tren es de ida y vuelta. No te tengo ni que decir que no hay otra solución posible para ti. Ya te imaginarás que la compañía, en la situación actual, no puede asumir la financiación de la costosa estancia de uno de sus miembros de la dirección en el extranjero, una estancia, además, totalmente irracional e incomprensible.

Tanto menos cuando —dadas las circunstancias— tu esposa ha presentado también sus exigencias, por otra parte totalmente legítimas contra nosotros, y sentimos como una obligación satisfacer tales exigencias con la mayor urgencia posible. Tu esposa se encuentra actualmente en París, y de momento se contenta con que le financiemos los gastos de su estancia; presentará sus cuentas definitivas a su regreso. No te tengo que explicar en qué situación incómoda se encontrará el negocio a raíz de la presentación de esas cuentas definitivas. Sabes muy bien que el dinero en efectivo aportado por tu esposa lo invertimos en maquinaria, en publicidad y en otras estrategias de desarrollo para la compañía, así que la liquidación de esa suma pondría el negocio en una situación difícil, y nos encontraríamos prácticamente en quiebra. Creo que otra persona habría tenido en cuenta todo esto antes de abandonar a su esposa en su luna de miel. No se trata tan sólo de que tu procedimiento haya sido incalificable ya de por sí— independientemente de cualquier proyección económica—, sino que además es absolutamente ungentlemanlike*, sobre todo tratándose de una esposa tan impecable, correcta y noble como la tuya.*

Así se resume la situación. Tu padre no tiene fuerzas para escribirte. Ya te imaginarás lo mucho que le han afectado los acontecimientos, lo mucho que le han quebrantado, lo mucho que le preocupa que más tarde o más temprano tenga que pagar lo que le debe a tu esposa. Está tan afectado que nos gustaría mandarle de vacaciones para que cambiara un poco de aires, hemos pensado en Gastein, pero él no quiere ni oír hablar de ello, debido sobre todo a los gastos adicionales que supone un viaje al extranjero.

Así que, querido Misi, cuando recibas esta carta, haz las maletas y regresa a casa, cuanto antes tanto mejor.
Recibe los saludos cariñosos de todos nosotros.

Tivadar habrá disfrutado muchísimo escribiendo esta carta, se habrá alegrado de que él, el despilfarrador y vividor de la familia se haya encontrado en la situación de darle lecciones de moral a su hermano Mihály, tan formal y tan serio. Mihály se puso furioso sólo con el tono de superioridad del menos simpático de sus hermanos. Ya sólo por eso veía el hecho de regresar a casa como un chantaje, como una obligación terrible y odiosa.

Sin embargo, parecía que realmente no había otra solución. Si le pagaba a Millicent lo que le debía, no le quedaría más dinero para quedarse en Roma. También le preocupaba profundamente lo que su hermano le decía de su padre. Sabía que Tivadar no exageraba, que su padre era propenso a las depresiones, y que todo el asunto, con sus implicaciones financieras, sociales y emocionales, tan caóticas y desagradables, era una seria razón como para que su padre se sintiera perturbado anímicamente. Bastaba sólo con el hecho de que su hijo más querido se hubiera comportado de una manera tan imposible. Tendría que regresar a casa, por lo menos para remediar ese aspecto del asunto, para hacerle comprender a su padre que no había podido hacer otra cosa, que eso había sido lo mejor incluso para Erzsi. Tendría que demostrar que no era un fugitivo, que asumía la responsabilidad de sus actos, como un *gentleman*.

Tendría que asumir otra vez sus obligaciones en la compañía. Hoy en día, el trabajo lo es todo: un premio para el joven que empieza su carrera, un premio por sus estudios terminados, y también una posibilidad de penitencia y de castigo para los que han fallado en algo. Si vuelve a casa, y trabaja bien, su padre le perdonará, antes o después.

Pero cuando recordó los detalles de su «trabajo», de su escritorio, de la gente con quien tenía que tratar, y sobre todo de las cosas con las que iba a pasar su tiempo después del trabajo: el bridge, el Danubio, las damas de la buena sociedad, perdió todos sus ánimos, y casi se puso a llorar.

«¿Cómo dice la sombra de Aquiles? —trató de acordarse—. "Prefiero ser un labrador en casa de mi padre que ser un monarca entre los muertos..." Yo lo diría justo al revés: prefiero ser un labrador aquí, entre los muertos, a ser un monarca en casa, en casa de mi padre. Claro que primero debería saber exactamente lo que hace un labrador.»

Aquí, entre los muertos... Porque ya se encontraba fuera de los muros de la ciudad, más allá de la pirámide de Cestius, en el pequeño cementerio protestante. Aquí descansan sus colegas, los muertos del norte, los que han llegado hasta aquí, atraídos por una ilusión indecible, y que han muerto aquí. Este mismo hermoso cementerio, con sus árboles frondosos, también sirvió de atracción para las almas

del norte atrapadas en la ilusión de que aquí sería más dulce la desaparición. Goethe también lo dice, al final de una de sus elegías de Roma, a la manera de un memento: *Cestius' Mal vorbei, leise zum Orcus hinab*.[10] Shelley lo dijo en una de sus bellísimas cartas: confesó que quería ser enterrado aquí, y aquí está, por lo menos su corazón, con la inscripción: *Cor cordium*.

Mihály estaba a punto de irse cuando en uno de los rincones del cementerio vio un pequeño grupo de tumbas aparte. Se acercó, y leyó la inscripción de una de ellas, sencilla, de estilo imperio. La frase decía en inglés: «Aquí yace el que escribió su nombre sobre las aguas.» En la tumba de al lado había una frase más larga, diciendo que allí yacía Severn, el pintor, amigo y cuidador devoto, en su lecho de muerte, del gran poeta inglés John Keats, quien no había permitido que grabaran su nombre en la tumba de al lado, donde descansaba.

Los ojos de Mihály se llenaron de lágrimas. Aquí descansa Keats, el mejor poeta, el más grande de todos los tiempos... Sin embargo, las lágrimas no tienen ningún sentido, puesto que su cuerpo hace ya mucho tiempo que ha desaparecido, y sus poemas salvaguardan su alma, mucho mejor que cualquier tumba. Qué grandioso, qué típico de los ingleses este arreglo, esta manera tan inocentemente falsa de respetar su última voluntad, y al mismo tiempo de hacer saber sin duda alguna que el que yace aquí, debajo de esta lápida, es Keats.

Alzó la vista y vio un grupo de personas singulares junto a él. Una mujer bellísima, obviamente inglesa, una *nurse* con su uniforme y dos niños ingleses muy guapos, un niño y una niña. Estaban a su lado, miraban la tumba un tanto confusos, se miraban entre sí, miraban a Mihály, no se movían. Mihály permanecía allí, esperaba que le dijesen algo, pero no dijeron nada. Unos momentos después llegó un señor elegante, con el mismo rostro inexpresivo de los demás. Se parecía muchísimo a la mujer, podían ser gemelos, o por lo menos hermanos. El hombre se detuvo delante de la tumba, y la mujer le señaló la inscripción. El inglés asintió con la cabeza, miró con mucha seriedad y un tanto desconcertado a la tumba, a la familia y a Mihály, y tampoco dijo nada. Mihály se apartó, pensando que les estaba molestando, pero los otros no cambiaron su actitud: allí seguían, asentían con la cabeza de vez en cuando, y se miraban desconcertados; los rostros de los dos niños eran tan bellos, inexpresivos y estaban tan desconcertados como los de los adultos.

Mihály se volvió hacia ellos, les miró con una perplejidad ya apenas disimulada, porque tenía la impresión de que no eran seres humanos, sino marionetas fantasmagóricas, autómatas que no sabían qué hacer allí, al lado de la tumba del poeta, seres incomprensibles, quizás si no hubiesen sido tan bellos, tampoco habrían sido tan sorprendentes, pero su belleza era tan poco humana como la belleza de los anuncios publicitarios, y a Mihály le entró un pánico inexplicable.

---

[10] *«Cestio pasa de largo y desciende lentamente al Orco». (N. de la T.)*

El grupo de ingleses se alejó poco a poco, caminaban muy despacio, asintiendo con la cabeza, y Mihály volvió en sí. Cuando repasó en su conciencia ya serena los momentos anteriores, entonces se asustó todavía más.

«¿Qué me ocurre? ¿En qué estado inmundo y oscuro de mi adolescencia me he vuelto a sumir otra vez? Seguramente, estas personas no tenían nada especial, eran simplemente unos ingleses vergonzosos y sumamente estúpidos que se enfrentaban al hecho de que ésta es la tumba de Keats, y no sabían cómo reaccionar, quizás porque no tenían ni la menor idea de quién era Keats, quizás porque lo sabían, pero desconocían lo que un inglés educado debía hacer delante de la tumba de Keats, y por eso se sentían tan avergonzados, por eso se miraban, y por eso me miraban a mí. No se puede imaginar una escena más trivial, más cotidiana, y sin embargo, a mí me ha invadido el pánico, un pánico inexplicable que me oprime el corazón, el pánico existencial. Porque el pánico no es tan horrible en la temible oscuridad de la noche como a la luz del día, cuando nos mira cara a cara, cuando se asoma en algo cotidiano, en un escaparate, en una cara desconocida, entre las ramas de un árbol.»

Metió las manos en los bolsillos, y se fue del cementerio.

Decidió que tenía que partir al día siguiente, de regreso a casa. No podía salir el mismo día, porque la carta de Tivadar le había llegado hacia el mediodía, y tenía que esperar a la mañana siguiente para hacer efectivo el cheque que le había mandado su hermano, y para devolver a Millicent el dinero que le debía. Era su última noche en Roma, por lo que caminaba por las calles completamente entregado, y todo le resultaba incluso más revelador que hasta entonces.

Se despedía de Roma. No había ningún edificio en particular que hubiese despertado su atención, sino que Roma, en su totalidad, había sido la experiencia más grandiosa de toda su vida, en lo que a ciudades se refiere. Vagaba por las calles sin saber adonde iba, desesperado, con la sensación de que la ciudad escondía miles y miles de detalles maravillosos más, que él ya nunca iba a conocer, y volvió a tener esa sensación de que las cosas importantes se hallaban en otro sitio, no donde él estaba; de que no había recibido ni siquiera la señal misteriosa, de que su camino no conducía a ninguna parte, de que su ilusión se quedaría insatisfecha durante toda la vida, y de que le torturaría eternamente, hasta que él desapareciera también, *Cestius' Mal vorbei, leise zum Orcus hinab*...

Se hacía de noche, Mihály iba con la cabeza agachada, ya no miraba ni siquiera las calles, hasta que en uno de los callejones oscuros tropezó con alguien que le dijo: «*Sorry*.» Al oír la palabra inglesa, Mihály levantó la cabeza, y vio al inglés que tanto le había desconcertado delante de la tumba de Keats. Algo hubo, seguramente, en la expresión de Mihály, al mirar al hombre, puesto que éste levantó el sombrero, murmuró unas palabras y se alejó deprisa. Mihály se dio la vuelta, y le miró.

Se quedó mirándolo unos instantes, y luego le siguió, con pasos decididos, sin pensarlo, sin saber por qué. De niño, bajo los efectos de las novelas de detectives, uno de sus pasatiempos favoritos era seguir, durante horas y horas, a personas

desconocidas, con mucha atención, cuidando de que no se dieran cuenta. Tampoco entonces seguía a cualquiera. La persona que escogía debía tener algún significado cabalístico, de la misma manera que ese joven inglés tenía su significado, puesto que no podía ser una pura casualidad que le encontrara dos veces en el mismo día, siendo una jornada tan significativa, en aquella ciudad tan enorme, ni que las dos veces el encuentro hubiese producido en él un impacto tan grande. Algo se escondía detrás de todo aquello, y lo tenía que descubrir.

Siguió al inglés con la curiosidad de un detective, a través de las estrechas callejuelas, hasta que llegaron al corso Umberto. Conservaba todavía aquella habilidad desde su infancia, podía seguirlo sin ser visto, como si fuera su sombra. El inglés iba y venía por el paseo, y luego se sentó en la terraza de un café. Mihály también se sentó, se tomó un vermut, observando al inglés con agitación. Sabía que iba a pasar algo. El inglés tampoco estaba tan tranquilo, ni tan inexpresivo como ante la tumba de Keats. Como si algo, algún signo de vida, estuviera palpitando detrás de sus facciones tan regulares, debajo de su cutis tan aterradoramente pulcro. Su intranquilidad alcanzaba un grado mínimo, parecido a la agitación que causa un pájaro cuando toca, en su vuelo, el espejo inmóvil de un lago, sin embargo había en él cierta inquietud. Mihály sabía que el inglés estaba esperando a alguien, y se contagió con la intranquilidad de la espera, que fue yendo en aumento debido a su propio nerviosismo.

El inglés miraba su reloj, y Mihály apenas podía permanecer sentado en su sitio, se impacientaba, pedía otro vermut, luego un marrasquino. Ya no tenía que ahorrar, al día siguiente se iría a casa.

Finalmente, un coche elegante se paró delante del café, se abrió la puerta y se asomó por ella una mujer. En aquel mismo momento, el inglés se levantó de un salto, se metió en el coche, y éste partió de manera suave y silenciosa.

Todo había durado sólo un instante; la mujer se asomó apenas, pero Mihály reconoció en ella, más guiado por su intuición que por sus ojos, a Eva Ulpius. Mihály también se levantó de un salto, y vio que los ojos de Eva le rozaban, se percató incluso de una pequeña sonrisa en su rostro, pero todo aquello duró solamente un instante, y Eva desapareció en el interior del coche, en la noche.

Mihály pagó su cuenta y salió del café, tambaleándose. Las señales no le habían engañado: por eso había tenido que venir a Roma, porque Eva se encontraba en la ciudad. Lo tenía claro, clarísimo: aquélla era la meta de sus ilusiones: Eva, Eva...

Sabía también que no viajaría de regreso a casa. Ni aunque tuviera que cargar sacos para sobrevivir, ni aunque tuviera que esperar cincuenta años. Ahora que por fin existía un lugar en el mundo con una razón para estar, un lugar con sentido. Este sentido era lo que él había intuido, sin ser consciente de ello, desde hacía varios días, en Roma, en sus calles, entre sus casas, entre sus ruinas, en sus iglesias, en todas partes. No se podía decir que intuía una «espera feliz», la felicidad no tenía nada que ver con los siglos y siglos de historia de la ciudad, y lo que él aguardaba del

futuro tampoco tenía nada que ver con el sentimiento de la felicidad. Él esperaba que se cumpliera el destino: el suyo propio, el verdadero, el final lógico, digno de Roma.

Escribió a Tivadar de inmediato, diciéndole que su estado de salud no le permitía ningún largo viaje. Decidió no enviar el dinero a Millicent. Ésta era tan rica que no le importaría, si ha podido esperar hasta ahora, podrá esperar un poco más. Tivadar era el único responsable de la demora, porque no le había mandado más dinero.

Esa noche, a causa de la expectación y la intranquilidad nerviosa, se emborrachó en solitario, y en plena madrugada, cuando se despertó, porque el corazón le latía demasiado fuerte, tuvo la misma sensación de pérdida que había acompañado, en su juventud, al sentimiento de amor por Eva. Sabía perfectamente, de manera mucho más clara que el día anterior, que debería regresar a casa, por miles y miles de razones, y sabía que si se quedaba en Roma, a causa de Eva —aun sin estar seguro de volverla a ver— arriesgaba muchísimo, y que quizás causaría daños irreparables a su familia y a su vida decente, y que se iba a enfrentar a un futuro totalmente inseguro. Pero ni siquiera por un instante se le ocurrió que pudiera hacer otra cosa. Esa sensación de pérdida y de riesgo era también parte del juego. No ocurriría mañana, ni pasado, pero seguramente se volverían a encontrar, y entretanto él estaba vivo, vivo de nuevo, no como durante los últimos años. *Incipit vita nova*.

2

Todos los días se leía los periódicos italianos, con sentimientos muy contradictorios. Le encantaba la idea paradójica de que los periódicos italianos estuvieran escritos en italiano, ese idioma grandioso, fuerte y fluido. Esa lengua vertida en noticias breves le sugería la imagen de un río haciendo funcionar una máquina de coser. Además, el contenido de los diarios le deprimía profundamente. Los periódicos italianos expresaban, sin parar, una felicidad extática, como si no hubiesen sido escritos por personas humanas, sino por santos gloriosos, recién bajados de las pinturas de Fra Angélico expresamente para celebrar el régimen perfecto. Siempre existía algún motivo para la felicidad, puesto que siempre había alguna institución que cumpliera exactamente once años o alguna autovía que tuviera exactamente doce. Entonces, alguien pronunciaba un discurso grandioso, y la gente lo celebraba con entusiasmo, por lo menos según el testimonio de la prensa.

Como todos los extranjeros, Mihály se preguntaba si la gente celebraba todo realmente con tanto entusiasmo, si de verdad eran tan felices sin cesar, sin descanso, como lo hacían ver los periódicos. Naturalmente, era consciente de que un extranjero a duras penas podía calibrar el grado de felicidad de los italianos, o su coeficiente de autenticidad, y todavía menos si no hablaba con nadie, ni participaba de ninguna manera en la vida italiana. Sin embargo, hasta el punto en que se podía juzgar desde tan lejos y de una manera tan superficial, constataba que los italianos eran de verdad felices y se entusiasmaban sin cansarse, desde que esto se había puesto de moda. Pero también sabía que bastaba con muy poco, y con cosas muy estúpidas para que la gente estuviera feliz, tanto en su calidad de individuos como de masas.

Pero él no se ocupaba demasiado del asunto. Su instinto le decía que en Italia en realidad daba lo mismo quiénes estuvieran en el poder, y en nombre de qué ideales gobernaran a la gente. La política solamente tocaba la superficie; el pueblo italiano, ese pueblo instintivo, arrollador como el mar, llevaba los tiempos cambiantes sobre sus hombros con una admirable pasividad, y no se identificaba con su magnífica historia. Sospechaba que ya la Roma de la época de la República y del Imperio, con sus gestos grandiosos, su heroicidad y sus porquerías había sido sólo un juego viril, superficial, que todo aquello de lo romano había sido un asunto privado de algunos actores geniales, y que durante todo aquel tiempo, los italianos seguían comiendo tranquilamente sus platos de pasta, cantando sus amores y engendrando sus innumerables vastagos.

Un día, encontró un nombre conocido en el *Popolo d'Italia*: «La Conferenza Waldheim.» Se leyó el artículo, y se enteró de que Rodolfo Waldheim, el famoso filólogo e historiador de las religiones húngaro, había dado una conferencia en la Accademia Reale, con el título de: *Aspetti della morte nelle religioni antiche*. El

periodista italiano, entusiasmadísimo, celebraba la conferencia como algo que había echado una luz completamente nueva no solamente sobre la teoría de la muerte en las religiones antiguas, sino sobre la esencia de la muerte en general, y subrayaba que el acto había sido una prueba más de la amistad italo-húngara, y que el público había celebrado con entusiasmo al destacado profesor, cuya juventud había sorprendido y maravillado a los asistentes.

Ese Waldheim no pudo haber sido otro que Rudi Waldheim, constató Mihály con agrado, ya que en una época lo había apreciado muchísimo. Habían estudiado juntos en la facultad. Aunque ninguno de los dos era hombre de muchos amigos —Mihály despreciaba a todos aquellos que no frecuentaban la casa de los Ulpius, y Waldheim consideraba que en comparación con él todos los demás eran ignorantes, estúpidos e incultos—, entre ambos se estableció una especie de amistad, gracias a la historia de las religiones. Su amistad no duró mucho. Waldheim sabía ya muchísimo en aquella época, lo leía todo en todos los idiomas, todo lo necesario, y se deleitaba con las brillantes explicaciones que le daba a Mihály, que, a su vez, se deleitaba escuchándole, pero luego se dio cuenta de que el interés de Mihály por la historia de las religiones era superficial, reconoció en él al diletante, y se retiró, desconfiado. Mihály, por su parte, se sorprendía y se desanimaba por el grado extremo de preparación de Waldheim, se preguntaba cuánto sabría un historiador de las religiones ya anciano, si uno tan joven sabía tanto, y eso le quitó las ganas de estudiar. De todas formas, no tardó mucho en interrumpir sus estudios universitarios. Waldheim, por su parte, se fue a Alemania, para perfeccionarse al lado de los grandes de la ciencia, así que perdieron el contacto. Algunos años más tarde, Mihály se enteró por los periódicos de los distintos grados obtenidos en la rapidísima carrera científica de Waldheim, y cuando éste obtuvo el título de profesor universitario, estuvo a punto de escribirle una carta para felicitarle, pero luego no lo hizo. Durante todo ese tiempo, nunca se habían encontrado personalmente.

Ahora que leyó su nombre en el periódico, se acordó del carácter extremadamente afable de Waldheim que había olvidado por completo; se acordó de la vitalidad estilo fox terrier de su cabeza redonda, rapada y reluciente, de su constante parloteo, puesto que Waldheim hablaba sin parar, muy alto y con frases larguísimas y correctísimas, dando explicaciones por lo general muy interesantes; uno se lo imaginaba hablando hasta en sueños: su vitalidad era desbordante, deseaba a las mujeres con fervor y las seducía a todas, hasta a las más feas, y sobre todo se acordó de un rasgo de carácter que —parafraseando a Goethe, aunque sin entusiasmo— denominaba «apasionamiento», es decir el hecho de que la ciencia, con sus detalles y en su abstracta totalidad, la idea misma del Espíritu le mantuviesen en un fervor constante, que nunca jamás fuera indiferente, que siempre se ocupase de algo, que adorase de continuo alguna de las manifestaciones del Espíritu, sobre todo las más grandiosas, las más clásicas, y que odiase todo tipo de estupidez «barata» o «de

bajo nivel»: siempre entraba en trance al pronunciar la palabra Espíritu, lo que quiere decir que significaba algo para él.

El recuerdo de la vitalidad de Waldheim le revitalizó de una manera inesperada. El fuerte deseo de verlo, aunque sólo fuera por un rato, le hizo comprender en qué soledad inconmesurable había pasado las últimas semanas. La soledad formaba parte de la espera de su destino, su única ocupación en Roma, algo que no podía compartir con nadie. Ahora se daba cuenta de lo hondo que empezaba a caer en esa espera paciente y somnolienta, y en esa conciencia de pérdida que le atraía hacia abajo, como un torbellino, hacia el mundo de los monstruos marinos de los fondos abisales. De repente, levantó la cabeza, la sacó del agua y respiró.

Tenía que encontrar a Waldheim, y atisbo también una posibilidad práctica para solucionar esa tarea. En el artículo en que se hablaba de Waldheim, se mencionaba una recepción que había tenido lugar en el *Palazzo* Falconieri, la sede del Collegium Hungaricum. Mihály recordó que en Roma había un Collegium Hungaricum, donde residían los jóvenes becarios húngaros, artistas y científicos: allí seguramente sabrían la dirección de Waldheim, o a lo mejor incluso él vivía allí.

No era difícil encontrar la dirección del *Palazzo* Falconieri, se hallaba en la vía Giulia, no muy lejos del teatro Marcello, por los sitios por donde más le gustaba vagabundear. Atravesó los callejones del gueto, y encontró pronto el antiguo *palazzo* tan hermoso.

El portero escuchó con simpatía las preguntas de Mihály, y le dijo que el profesor vivía efectivamente en el edificio, pero que a aquellas horas estaba durmiendo. Mihály miró su reloj con sorpresa: eran ya las diez y media.

—Sí, sí —insistía el portero—, el profesor duerme todos los días hasta el mediodía, no se le puede despertar, ni tampoco es posible, puesto que duerme muy profundamente.

—Bueno, entonces volveré después de comer —dijo Mihály. —Desgraciadamente el profesor se acuesta otra vez después de comer, y entonces tampoco se le puede molestar.

—Y ¿cuándo está despierto?

—Durante toda la noche —respondió el portero con admiración.

—Entonces lo mejor será que le deje una tarjeta de visita y mi dirección, para que el profesor pueda ponerse en contacto conmigo si así lo desea.

Cuando regresó a su hotel aquella tarde, ya le esperaba un telegrama, en el que Waldheim le invitaba a ir a verle para cenar. Mihály cogió un tranvía, y bajó en el Palazzo Falconieri. Le gustaba la línea C, una línea increíble que le llevaba desde la estación hasta el *palazzo*, dando la vuelta por media ciudad, atravesando parques y bosquecillos, parándose delante del Coliseo, pasando cerca de las ruinas del Palatino, bordeando las orillas del Tíber. A ambos lados de la vía desfilaba la marcha infinita de siglos y siglos de historia, mientras que el trayecto no duraba más que un cuarto de hora.

—Adelante —dijo Waldheim, cuando Mihály tocó la puerta, pero al intentar abrirla, se obstruyó.

—Espera un segundo, ahora mismo te ayudo... —gritó Waldheim desde adentro, y momentos después la puerta se abrió.

—Estaba un poco atascada —le explicó Waldheim, señalándole un montón de libros y papeles—. Entra, por favor.

Entrar tampoco resultó fácil, puesto que el suelo de la habitación estaba lleno de toda clase de objetos. Aparte de los libros y papeles, había ropa interior de Waldheim, trajes claros de verano, muy llamativos, un montón de pares de zapatos, ropa deportiva y bañadores, periódicos, latas, cajas de bombones, cartas, reproducciones y fotografías de mujeres.

Mihály miró a su alrededor, un tanto desconcertado.

—Es que no me gusta que limpien mientras estoy aquí —le explicó Waldheim—. Las mujeres de la limpieza forman tal desorden que luego no encuentro nada. Siéntate, por favor. Espérate un momento...

Quitó unos libros de un montón, y aquello resultó ser una silla, así que Mihály se sentó, un poco cohibido. El desorden siempre le desconcertaba, y aquel desorden emanaba el aura sumamente respetable de la santidad de la ciencia.

Waldheim también se sentó, y empezó enseguida a dar explicaciones. Explicó por qué era tan desordenado. Su carácter desordenado tenía varias razones abstractas y espirituales, pero también heredadas.

—Mi padre, como seguramente te habré contado alguna vez, era pintor, quizás te acuerdes de su nombre. Él tampoco permitía que nadie tocara las cosas acumuladas en su taller. Poco a poco, llegó a extremos en los que solamente él podía andar por su taller, sólo él sabía dónde se encontraban las islas en donde se podía pisar sin caer en algo. Luego, aquellas islas también desaparecían entre las corrientes imparables de los objetos. Entonces, mi padre cerraba el taller, alquilaba otro, y empezaba una nueva vida. Cuando murió, resultó tener cinco talleres distintos, todos repletos.

A continuación, contó su biografía, empezando por la última vez en que había visto a Mihály, su carrera universitaria, su fama mundial de filólogo que detallaba con el orgullo inocente de un niño. «Por purísima casualidad» tenía al alcance de la mano varios artículos de prensa que describían, en distintos idiomas, y en el mismo tono reverencial, el éxito de sus conferencias, entre otros aquel que Mihály había leído en el *Popolo d'Italia*. A continuación, aparecieron cartas llenas de admiración de científicos y escritores extranjeros, una invitación a Doorn, al encuentro anual del Círculo de Arqueólogos del antiguo imperio alemán, y una copa de plata, con las iniciales de los nombres y apellidos del exemperador.

—Me lo regaló él mismo, después de que todos los miembros del círculo hubiesen bebido vino húngaro de Tokaj en mi honor.

A continuación, le enseñó muchas fotos, muchísimas, y todas seguidas, fotos donde se encontraba en compañía de caballeros con un aspecto muy científico, y otras donde estaba con damas con un aspecto menos científico.

—Mi alteza en pijama —explicaba—. Mi alteza, completamente desnudo... La dama se cubre el rostro, porque le da vergüenza...

En una de las fotos aparecía Waldheim con una mujer muy fea y un muchacho.

—¿Quién es esa mujer tan fea? ¿Quién es ese niño? —preguntó Mihály, con una repentina maniobra de habilidad.

—Mi familia —respondió Waldheim, riéndose a carcajadas—. Mi mujer y mi hijo.

—¿Tienes familia? ¿Tú? —le preguntó Mihály, boquiabierto—. ¿Dónde los guardas?

La habitación de Waldheim, su manera de ser, todo su aspecto recordaban a los de un estudiante universitario eterno e incorregible, a un estudiante de filosofía incapaz de crecer, y Mihály no se lo podía imaginar casado y con un hijo.

—Pues llevo siglos casado —le dijo Waldheim—. Esta foto es muy antigua. Mi hijo es ahora mucho más grande, y mi mujer mucho más fea. La conocí cuando estaba estudiando el tercer curso en Heidelberg. Se llama Kätzchen, ¿no es fantástico? Tiene cuarenta y seis años. No nos molestamos mucho, ellos viven en Alemania, en casa de mis queridos suegros, y me desprecian. Últimamente no solamente por mi carácter inmoral, sino porque no soy alemán.

—Pero si eres alemán, por lo menos según tu origen.

—Bueno, bueno... Uno como yo, un *Auslanddeutsche*, nacido en la ciudad de Pozsony, en la cuenca del Danubio, no es del todo lo mismo. Por lo menos eso dice mi hijo, y le da vergüenza por sus orígenes, que trata de esconder delante de sus colegas. ¿Qué quieres que haga? Nada en absoluto. Pero come, por favor. ¿O es que no te he ofrecido nada todavía? Espérate un momento... El agua está ya hirviendo para el té. Bueno, no estás obligado a tomar té. También puedes beber vino tinto.

De alguna parte de entre los escondites del suelo sacó un bulto enorme, quitó algunos objetos y papeles del escritorio, guardándolos debajo, puso el bulto en la mesa y lo abrió. Apareció una gran cantidad de jamón italiano, salami y pan.

—Has de saber que yo solamente como fiambres, nada más —dijo Waldheim—. Pero para que no sea tan aburrido para ti, encontré algo para variar, espérate un segundo...

Después de rebuscar durante un tiempo, sacó un plátano y se lo entregó a Mihály, con una sonrisa que parecía preguntar: «¿Has visto alguna vez un anfitrión tan perfecto?»

Mihály estaba encantado con el desorden y la falta total de pretensiones de Waldheim, tan propios de un estudiante.

«He aquí un hombre que ha conseguido lo imposible —pensaba con envidia, mientras Waldheim se comía el jamón, sin dejar de explicarle más cosas—. He aquí un hombre que ha conseguido detenerse en la edad que más le conviene. Porque todos tenemos una edad que más nos conviene, que más nos va, desde luego. Hay

personas que se mantienen niños toda su vida, hay otras que son tímidas, taimadas, que no encuentran su lugar y que un día se convierten en ancianos sabios y atractivos, puesto que han llegado a su edad. Waldheim es admirable porque ha sabido mantenerse en su edad de estudiante de facultad, por lo menos en su alma, mientras que no por ello ha tenido que renunciar al mundo, al éxito, a la vida espiritual. Escogió una carrera donde su carácter de disminuido sentimental y anímico no parece llamar la atención, al contrario, es una ventaja, y solamente se entera de aquellas facetas de la realidad que son compatibles con sus fijaciones. *Chapeau!* Si yo hubiese sabido dirigir mi vida así...»

Poco después de cenar, Waldheim miró su reloj, y dijo bastante excitado:

—¡Cielos! Tengo que ver urgentemente a una mujer, por aquí cerca. Por favor, si no tienes nada mejor que hacer, sería muy amable por tu parte si me acompañaras y me esperases. No tardaré casi nada, de verdad. Después, podríamos irnos a alguna taberna, y seguir nuestro apasionante diálogo.

«Seguramente no se da cuenta de que yo no he dicho ni palabra hasta ahora», pensó Mihály.

—Te acompaño con mucho gusto —respondió.

—Es que me gustan muchísimo las mujeres —dijo Waldheim, ya por el camino—. Quizás demasiado. Sabes, de joven no encontré bastantes mujeres, no tuve el número suficiente de aventuras, por una parte porque cuando uno es joven es bastante idiota, por otra porque me lo prohibía mi estricta educación. A mí me ha educado mi madre, hija de un *pfarrer*, un verdadero y auténtico *pfarrer* del Imperio alemán: me acuerdo de que una vez que estaba en su casa, siendo un niño, le pregunté, no sé por qué, si sabía quién era Mozart. *Der war ein Scheunepurzler*, me dijo, lo que significa, más o menos, que era un payaso de feria: en eso se resumía el arte para el viejo. Así que últimamente pienso que nunca podré recuperar lo que perdí, en lo referido a las mujeres, antes de los veinticinco años. Hemos llegado. Espérame aquí, por favor, no tardaré en volver.

Desapareció en un portal oscuro. Mihály estuvo paseando arriba y abajo, pensativo pero alegre. Después de un tiempo, oyó una tos especial, parecida a un ataque de risa. Miró para arriba, y vio la cabeza redonda y reluciente de Waldheim asomarse por una ventana.

—Hmm. Ya bajo.

—Es una mujer muy simpática —dijo al bajar—. Tiene los senos un poco caídos, pero eso no importa, a eso se acostumbra uno en Italia. La conocí en el Foro, y la seduje explicándole que la Piedra Negra tiene, quizás, un significado fálico. No te puedes ni imaginar lo fácil que es seducir a las mujeres con explicaciones propias de la historia de las religiones. Quedan todas encantadas con la historia de las religiones. Por otra parte, me temo que a las mujeres se les puede seducir también con el cálculo de diferencias y con la contabilidad, si se lo explicas con el suficiente entusiasmo. No se fijan en el contenido, o si lo hacen no se enteran. Sin embargo, a

veces logran engañarlo a uno. A veces parecen casi personas humanas. No importa. A mí me encantan. Y yo a ellas, que es lo que importa. Bueno, vamos a entrar aquí.

Mihály puso una cara de disgusto sin querer, al ver la taberna donde Waldheim quería entrar.

—No es un lugar muy atractivo, lo reconozco, pero es muy barato —dijo Waldheim—. Pero ya veo que tú sigues siendo aquel muchacho refinado que eras en la facultad. Bueno, por esta vez podemos buscar otro sitio mejor en tu honor.

Otra vez sonrió, muy satisfecho de su generosidad, orgulloso de gastarse un poco más en sus copas, para complacer a Mihály.

Entraron en otra taberna un tanto más acogedora. Waldheim siguió hablando durante otro rato más, luego pareció cansarse. Miró durante unos momentos delante de sí, y de repente se volvió hacia Mihály y, muy sorprendido, le preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué has hecho durante todos estos años?

Mihály sonrió.

—Aprendí el negocio, y trabajé en la compañía de mi padre.

—¿Trabajaste? ¿En pasado? ¿Y ahora?

—Ahora no hago nada. Me escapé de casa, ando vagando por aquí, preguntándome qué debería hacer.

—¿Qué deberías hacer? ¿Cómo puedes preguntar eso? Ocúpate de la historia de las religiones. Créeme, es la ciencia más moderna y más actual que existe.

—Pero, ¿por qué crees que debería ocuparme de la ciencia? ¿Qué tengo que ver yo con la ciencia?

—Todo el mundo, menos los idiotas, debe ocuparse de la ciencia, por el bien de su alma. Es la única ocupación digna de un ser humano. Quizás también el arte, la pintura, la música... Pero ocuparse de otra cosa, trabajar, por ejemplo, en una compañía de comercio, me refiero en el caso de una persona que no sea totalmente idiota, ¡qué afectado!

—¿Afectado? ¿Qué quieres decir?

—Bueno... Recuerdo que parecía que tú podías convertirte en un historiador de las religiones bastante decente... No te digo que fueras un estudiante brillante y lúcido, pero con aplicación se pueden llenar muchos huecos, y muchas otras personas con menos talento que tú se han convertido en científicos de renombre... No lo sé con seguridad, pero me imagino lo que pensaste o lo que sentiste en tu alma de burgués: que la carrera científica no asegura un nivel de vida suficiente, que no te apetecía convertirte en un profesor de instituto con la perspectiva de enseñar lo mismo durante décadas, para que todo se volviese una rutina aburrida, etcétera, así que decidiste elegir una carrera más práctica, tomando en cuenta las necesidades económicas. Y eso es lo que yo llamo afectación. Puesto que sabes muy bien que las necesidades económicas no existen. La vida práctica es un mito, un *bluff*, que inventan para consolarse aquellas personas que no son capaces de ocuparse de cosas espirituales. Pero tú eres más inteligente que ellos, y no deberías creerte lo

que predican. Lo haces por afectación. Sin embargo, ahora te ha llegado el momento de quitarte esa pose, y volver a tu lugar: a la vida científica.

—¿Y de qué quieres que viva?

—Dios mío... eso no es ningún problema... Ya ves, yo también vivo de algo...

—Claro, de tu sueldo de profesor de universidad.

—Sí, pero también podría vivir sin mi sueldo. No hay que gastar tanto. Ya te enseñaré yo cómo se puede vivir comiendo fiambres y tomando té. Es muy sano. Vosotros no sabéis ahorrar, ése es el problema.

—No, Rudi, hay otros problemas también. Yo no estoy tan seguro de que la carrera de científico pudiera ser tan satisfactoria para mí como lo es para ti..., yo no soy lo bastante entusiasta... no puedo creer tanto en la importancia de esas cosas...

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo a las constataciones de la historia de las religiones. ¡Qué sé yo...! A veces pienso que da lo mismo si rae una loba la que alimentó a Rómulo y Remo...

—¿Cómo va a dar lo mismo? Estás completamente loco. No, sólo se trata de una afectación por tu parte. Pero ya hemos hablado más que suficiente. Ahora me voy a casa a trabajar.

—¿Ahora? ¡Si son las doce pasadas!

—Sí, sí... es cuando mejor puedo trabajar, cuando nadie ni nada me molesta, cuando ni siquiera me acuerdo de las mujeres... Trabajo hasta las cuatro de la madrugada, y luego me voy a correr durante una hora.

—¿Qué?

—Me voy a correr. Sin eso, no podría dormir. Bajo a las orillas del Tíber, y corro de arriba abajo. Los policías ya me conocen, no me dicen nada. Como en Budapest. Bueno, ven. Por el camino te contaré en qué estoy trabajando ahora. Es sensacional. ¿Conoces el fragmento de Sofrón que acaban de encontrar?

Cuando se acabó la explicación, llegaron al Palazzo Falconieri.

—Volviendo al asunto de lo que tú deberías hacer —dijo de repente Waldheim—. Sólo cuesta el primer paso. ¿Sabes qué? Mañana me levantaré un poco antes, para complacerte. Ven a buscarme, pongamos a las once y media. Te llevaré a la Villa Giulia. Apuesto cualquier cosa a que no has visitado todavía el museo etrusco, ¿verdad? Si allí no te entran ganas de retomar el hilo, entonces es cierto que eres un hombre perdido, y deberás regresar a tu casa y trabajar en la fábrica de tu padre. Bueno, adiós.

Y entró deprisa en el palacio oscuro.

3

Al día siguiente fueron, efectivamente, a la Villa Giulia. Contemplaron las tumbas, los sarcófagos, sobre cuyas lápidas los antiguos etruscos ya muertos desde hacía siglos y siglos vivían alegremente, comían, bebían y abrazaban a sus mujeres, proclamando una filosofía que no dejaron por escrito, puesto que fueron tan sabios que no desarrollaron ningún tipo de literatura en su vida cultural. Sin embargo, en los rostros de las estatuas se podía leer claramente: «Sólo importa el momento, y un momento verdaderamente hermoso no termina nunca.»

Waldheim le mostraba unos cuencos anchos en donde bebieron el vino los antepasados de los italianos, según afirmaba una de las inscripciones: *Foied vinom pipafo, cra carefo*.

—«Hoy bebo vino, mañana no habrá» —le tradujo Waldheim—. ¿Qué te parece? ¿Se puede decir algo de manera más verdadera y concisa? Esta frase, en su magnificencia arcaica, es tan definitiva, tan rotunda como las fortalezas poligonales o las construcciones ciclópeas. *Foied vinom pipafo, cra carefo*.

En una de las vitrinas se veía varios grupos de estatuas: hombres medio dormidos, conducidos por mujeres, mujeres medio dormidas, conducidas o raptadas por sátiros.

—¿Qué es eso? —preguntó Mihály, sorprendido.

—Es la muerte —respondió Waldheim, y su voz se volvió más aguda, como siempre que explicaba algo serio, algo científico—. Es la muerte, mejor dicho, el acto de morir. Porque no es lo mismo. Estas mujeres que seducen a los hombres, estos sátiros que raptan a las mujeres son demonios de la muerte. ¿Te das cuenta? Las mujeres son conducidas por demonios masculinos, mientras que los hombres son llevados por demonios femeninos. Los etruscos sabían muy bien que el acto de morir es un acto erótico.

Mihály se estremeció. ¿Quizás él y Tamás Ulpius no hayan sido los únicos en saberlo? ¿Es posible que para los etruscos esa sensación básica de su vida haya sido una realidad anímica representable y clara de por sí? ¿Es posible que la genial intuición de Waldheim, basada en la historia de las religiones, pueda comprender esa realidad, de la misma manera que comprende tantos misterios y horrores de la fe de los clásicos?

Se sentía tan confundido que no dijo nada, ni en el museo, ni en el camino de regreso en tranvía, pero por la noche, cuando fue a ver otra vez a Waldheim, y cuando el vino tinto le dio valor, le preguntó, cuidando de que su voz no temblase:

—Dime una cosa, ¿qué entiendes por eso de que el acto de morir es un acto erótico?

—Todo lo que digo lo entiendo como lo digo. No soy un poeta simbolista. Morir es un acto erótico, o si lo quieres decir de otra forma, es un placer sexual. Por lo menos

para los antiguos, los pueblos de las culturas ancestrales: los etruscos, los griegos de la época de Homero, los celtas.

—No lo entiendo —insistía Mihály, fingiendo—. Yo creía que los griegos temían la muerte, puesto que los griegos de la época de Hornero no se consolaban con la idea del más allá, si recuerdo bien el libro de Rohde. Y los etruscos, puesto que vivían para el instante, temían todavía más la muerte.

—Todo eso es cierto. Estos pueblos, probablemente, temían más la muerte que nosotros. Nosotros recibimos de la civilización un aparato anímico tan perfecto que podemos olvidar, durante la mayor parte de nuestras vidas, que un día moriremos. Poco a poco, desalojamos la muerte de nuestras conciencias, de la misma manera que hemos desalojado la existencia de Dios. Ésa es la civilización. Sin embargo, para el hombre de la Antigüedad, no había nada más presente que la muerte y los muertos, los muertos, cuya misteriosa existencia ulterior, su destino, su venganza, les ocupaba y les preocupaba. Temían horriblemente la muerte y a los muertos, pero en su alma todo era todavía más ambivalente que en la nuestra, las grandes contradicciones no se habían separado aún entre ellas. El miedo a la muerte y el deseo de ella estaban más cercanos, eran como vecinos en sus almas, el miedo era como el deseo y el deseo era lo mismo que el miedo.

—Dios mío... el deseo de muerte no es algo arcaico, es algo eterno, eternamente humano —dijo Mihály, para defenderse de sus propios pensamientos—. Siempre ha habido y siempre habrá gente cansada y aburrida de la vida, gente que espera la solución y la absolución de la muerte.

—No digas tonterías afectadas, no hables como si no me comprendieras. Yo no te estoy hablando del deseo de muerte de la gente cansada o enferma, de los candidatos al suicidio, sino de la gente que está en la cima, en la plenitud de sus vidas, y que justamente por eso desean la muerte, la muerte como éxtasis, como cuando se habla de amores mortales. Eso es algo que se comprende o no se comprende, algo que no se puede explicar, pero que para la gente de la Antigüedad era algo obvio. Por eso te digo que el acto de morir es un acto erótico: así lo deseaban ellos, y al fin y al cabo todo deseo es erótico, es decir que denominamos a algo erótico porque tiene que ver con Eros, el dios del deseo. El hombre siempre desea a la mujer, decían nuestros amigos los etruscos, o sea que la muerte o el acto de morir es una mujer. Es una mujer para el hombre, y un hombre, un sátiro agresivo, para la mujer. Eso es lo que nos enseñan las estatuas que has visto esta mañana. Te podría mostrar más ejemplos, te podría enseñar más imágenes de la muerte-hetaira, representada en distintos relieves arcaicos. La muerte es una prostituta que seduce a los hombres jóvenes y fuertes. Se la representa con una enorme vagina. Ésta, probablemente, significa varias cosas. De allí venimos y allí vamos, quería decir aquella gente. Nacemos por un acto erótico, a través de una mujer, y debemos morir por otro acto erótico, a través de otra mujer, a través de la muerte-hetaira, la figura contraria y complementaria de la Madre... Cuando

morimos, nacemos otra vez... ¿comprendes? Eso es lo que expliqué el otro día, en la Reale Accademia, bajo el título de *Aspetti della morte*, y además tuve mucho éxito, los periódicos hablaron de mí detalladamente. Por casualidad, tengo aquí varios ejemplares, espérate un momento...

Mihály observó, horrorizado, el caos alegre del cuarto de Waldheim. Se parecía en algo a aquel cuarto de antaño, en casa de los Ulpius. Buscaba alguna señal, algo que le indicara de una forma concreta... la cercanía de Tamás, de aquel Tamás cuyos pensamientos habían sido expuestos por Waldheim, de una forma clara, científica y objetiva, en aquella noche de verano. La voz de Waldheim se había vuelto ya totalmente aguda y tajante, casi silbaba, como siempre que sus explicaciones rozaban «lo esencial». Mihály se bebió de un trago una copa de vino, y se acercó a la ventana para respirar un poco de aire fresco, algo le oprimía.

—El deseo de muerte es la más poderosa de las fuerzas creadoras de los grandes mitos —explicaba Waldheim, muy excitado, más bien para sí mismo—. Si leemos y comprendemos bien la Odisea, se trata de eso, casi exclusivamente. Allí están las muertes-hetairas, Circe, Calipso, que seducen y conducen a los viajeros a sus cuevas, en aquellas islas de la muerte, llenas de felicidad, y no permiten que sigan su viaje: son imperios enteros de la muerte, las tierras de los lotófagos, de los feacios, y quién sabe si Itaca misma no es un imperio de la muerte... Lejos de aquí, en el poniente, los muertos siempre viajan más hacia el Oeste, siguiendo al sol... y la nostalgia de Odiseo y su regreso a Itaca quizás signifiquen la nostalgia de la no-existencia, el regreso al nacimiento... Quizás Penélope signifique simplemente «pato» y quizás haya sido un ave portadora de almas, aunque de momento no tengo pruebas de ello. Ves, ése es un tema que habría que tratar con urgencia, y tú lo podrías hacer... Podrías ocuparte de algún detalle, de momento, para familiarizarte con la metodología de la historia de las religiones. Sería muy interesante que escribieras algo sobre Penélope como ave portadora de almas.

Mihály se lo agradeció y al mismo tiempo declinó la oferta, de momento no era lo que más le interesaba.

—¿Por qué fueron los antiguos griegos los únicos en sentir con tanta fuerza la presencia de la muerte? —preguntó.

—Porque en la naturaleza de la civilización está, como lo estaba para los griegos, desviar la atención de la gente de la realidad de la muerte, contrarrestar el deseo de muerte, al mismo tiempo que disminuir el deseo elemental por la vida. La civilización cristiana hizo lo mismo. A pesar de que los pueblos que los cristianos tuvieron que domesticar tenían un culto a la muerte todavía más fuerte que los griegos, éstos, a decir verdad, no estaban muy apegados a la muerte, pero ellos sabían expresarlo todo mejor que los demás. Los más apegados a la muerte eran los pueblos nórdicos, los germanos, en las profundidades de sus bosques oscuros y nocturnos, y los celtas, sobre todo los celtas. Las leyendas de los celtas están llenas de islas de los muertos; estas islas fueron transformadas más tarde por los copistas

cristianos en islas de los bienaventurados, y los idiotas estudiosos del folclore se lo han tragado todo, como hacen habitualmente. A ver, dime, por favor, ¿es acaso una isla de los bienaventurados la que envía a su embajadora, el hada, a la corte del príncipe Brán como algo ineludible contra lo cual no se puede apelar? ¿O acaso quienes abandonan la isla de los bienaventurados no se convierten en polvo y en ceniza nada más salir de allí? ¿Qué piensas? Los que se ríen en esa isla, en esa otra isla, ¿por qué se ríen tanto? ¿Por felices y por bienaventurados? ¡Qué va! Se ríen porque están muertos, y su risa es la risa terrible de los muertos, la misma que se ve en las máscaras de los indios y de los pueblos del Perú, en los rostros de las momias. Lamentablemente los celtas no son mi especialidad. Sin embargo, tú sí que podrías dedicarte a ellos. Deberías estudiar, de inmediato, irlandés y *cymry*, ya que no tienes otra cosa que hacer. Y deberías viajar a Dublín.

—Bien —respondió Mihály—, pero sigue, por favor, no te puedes imaginar lo mucho que me interesa el tema. ¿Cómo abandonó la humanidad su deseo por las islas de los muertos? ¿O acaso no lo ha abandonado?, es decir, ¿cómo termina la historia?

—Sólo te puedo responder con una pequeña «espenglerización» de mi propia cosecha. El hecho de que los pueblos nórdicos se hubiesen incorporado al conjunto de la naciones cristianas, a la civilización europea, si recuerdas bien, trajo consigo el resultado número uno de que durante dos siglos, los siglos X y XI, los siglos de la reforma de los religiosos de Cluny, no se hablase de otra cosa que de la muerte. En la época prerrománica, el cristianismo estuvo constantemente amenazado con convertirse en una religión oscura, basada en el culto a la muerte, algo parecido a las religiones de los indios de México. Sin embargo, prevaleció el carácter mediterráneo, humano. ¿Qué pasó? Los pueblos del Mediterráneo lograron sublimar y racionalizar el deseo de muerte, quiero decir que transformaron el deseo de muerte en un deseo por el más allá, convirtiendo el terrible *sex-appeal* de las sirenas-muerte en una llamada de los coros celestes y angelicales. Desde entonces, los creyentes pudieron desear la muerte hermosa de una manera decente, no deseaban los placeres paganos del acto de morir, sino los placeres civilizados y honestos del cielo, del paraíso. El deseo primigenio, ancestral y pagano de muerte se exilió, se refugió en las capas inferiores de la religión, en las supersticiones, los hechizos, los actos diabólicos. Cuanto más fuerte es una civilización, más inconsciente se vuelve el amor a la muerte.

»Fíjate bien: en las sociedades civilizadas la muerte es el concepto tabú por excelencia. No se habla de ella, ni se menciona su nombre, se la describe con una perífrasis, como si fuera una marranada, al muerto se le denomina difunto, fallecido o finado, se habla de todo ello de la misma manera que de los actos relacionados con la digestión. De lo que no se habla, tampoco se debe pensar. Es una defensa de la civilización contra el terrible mal, esa horrible amenaza que consiste en que en el hombre, al lado del instinto de vida, trabaja también un instinto contrario, un

instinto muy astuto, dulce y fuerte que nos incita a desaparecer. Ese instinto es tanto más peligroso para el alma del hombre civilizado cuanto que el hambre primordial de vida de éste ha disminuido considerablemente. Por eso debe reprimir el otro deseo con la capa y con la espada. Sin embargo, esa represión no siempre da resultados. En las épocas de decadencia, este otro deseo sube a la superficie, inundando el territorio de la vida espiritual hasta límites sorprendentes. A veces, clases sociales completas cavan su propia tumba, de una manera casi consciente, como la aristocracia francesa antes de la Revolución, y me temo que el ejemplo más actual hoy en día sea el de los húngaros del Transdanubio...

»No sé, si me comprendes. Por lo general se me interpreta sensacionalmente mal cuando hablo de este tema. Puedo darte un ejemplo, para que te des cuenta. ¿Conoces la siguiente sensación?: vas caminando por una acera cubierta de hielo o de nieve, y de repente pierdes el equilibrio, y empiezas a caer hacia atrás. Yo, en el momento de perder el equilibrio, siento una repentina felicidad. Por supuesto, todo eso dura sólo un instante, después cambio mi postura de manera automática, recobro el equilibrio, me enderezo, y constato con alegría que no me he caído. Pero... ¡ese instante! Durante ese instante he logrado librarme de las leyes impecables del equilibrio, me he librado de la gravedad, he empezado a volar hacia una terrible, amenazadora y destructora libertad... ¿Conoces esa sensación?

—Conozco todo eso mucho mejor de lo que te imaginas —respondió Mihály, muy bajito.

Waldheim le miró, de repente, muy extrañado.

—De qué manera más rara dices eso, amigo... Qué pálido te estás poniendo... ¿Qué te pasa? Ven conmigo, vamos a salir a la terraza.

En la terraza, Mihály se repuso enseguida.

—Diablos... —dijo Waldheim—, ¿qué te ocurre? ¿Tienes calor o te estás poniendo histérico? Te advierto que si instigado por mis palabras te suicidas, negaré que te he conocido. Lo que yo afirmo es siempre y exclusivamente teórico. Detesto a las personas que se basan en verdades científicas para llegar a conclusiones prácticas, los que «aplican la teoría a la vida», como los ingenieros, que basándose en las audaces teorías de la química fabrican repelentes para chinches. Es al contrario de como lo decía Goethe: «Es gris toda vida, y es verde el árbol dorado de la teoría.» Especialmente si se trata de una teoría todavía verde, como ésta. Bueno, espero haber restablecido tu equilibrio anímico. De todas formas deberías abstenerte de vivir toda vida anímica. Creo que tu mal es éste. Las personas inteligentes no tenemos vida anímica. Mañana vas a venir conmigo a la fiesta del Instituto Americano de Arqueología. Tienes que divertirte. Bueno, ahora vete a tu casa. Yo voy a trabajar un poco más.

4

La sede del Instituto Americano de Arqueología se halla en un chalet precioso en medio de un enorme jardín, en la colina del Gianicolo. La fiesta que organiza el instituto una vez al año es un importante evento para la colonia anglosajona de Roma; entre sus organizadores se encuentran, además de los arqueólogos americanos, muchos pintores y escultores americanos que viven en Roma, y los invitados suelen ser todos aquellos que están en conexión más o menos estrecha con ellos. Normalmente, se reúne en el acto una multitud variopinta, o sea muy interesante.

Mihály no se fijaba en lo variopinto ni en lo interesante de los invitados. Se encontraba otra vez en un estado anímico tal que las cosas solamente le llegaban como a través de un velo o una neblina: la felicidad irracional de una noche de verano, llena de intensos perfumes, la música, el baile, las bebidas, las mujeres con las que hablaba sin saber qué decía. Su disfraz de Pierrot y su dominó le transformaban: no era él quien estaba, sino otra persona, o quizás un dominó somnoliento.

Las horas transcurrían con un aturdimiento agradable, se hizo muy tarde, y él se hallaba en la cima de la colina, en medio del jardín con césped, debajo de un piso, oyendo otra vez las mismas voces extrañas, inexplicables que le habían inquietado en varias ocasiones durante la noche.

Las voces llegaban desde el otro lado de un muro muy elevado, y cuanto más se alzaban las voces en la noche, más alto se volvía el muro hasta llegar al cielo. Las voces procedían de detrás del muro, unas veces menos fuertes, otras más: por momentos molestaban al oído, después se hacían más suaves, como si fueran gemidos, llantos lejanos, mezclados con el rumor de un lago o del mar, en aquella noche color ceniza... Más tarde, se calmó todo, las voces se callaron, Mihály comenzó a olvidarse de ellas, empezaba a sentirse como alguien que se encuentra simplemente en una fiesta; dejaba que Waldheim —en su elemento— le presentara a otra dama más, y luego las voces regresaron.

El ambiente se hacía cada vez más agradable, los presentes se sumergían en una borrachera sutil pero pronunciada, provocada no tanto por el alcohol como por la noche misma. La gente había superado ya el primer momento de sueño, había pasado la hora de irse a la cama, ya daba lo mismo, no sentían ni siquiera el más ligero remordimiento, y se entregaban tranquilamente a la noche. Waldheim cantaba fragmentos de *La bella Elena*, Mihály se entretenía con una polaca, todo era muy agradable, cuando de repente oyó otra vez aquel canto. Se excusó, subió a la cima de la colina, allí estaba, solo, escuchando los latidos de su corazón, prestando mucha atención, como si todo dependiera de si resolvía aquel misterio o no.

Oía claramente voces humanas al otro lado del muro, voces que cantaban, varias voces, probablemente masculinas, que entonaban un canto desgarrador que no se parecía a nada, y que repetía una y otra vez ciertas palabras rítmicas, audibles pero ininteligibles. Había un sentimiento de dolor profundo y conmovedor en aquel canto, y también algo inhumano, algo animal, algo que recordaba a los aullidos nocturnos, continuados, de los animales, un dolor tan antiguo como aquellos árboles, un dolor que llegaba de la época remota en que aquellos pinos habían sido plantados. Mihály se sentó debajo de uno de ellos y cerró los ojos. «No, no son hombres los que cantan, sino mujeres», pensó, y ya las podía ver delante de sus ojos, un grupo extraño que se parecía a los habitantes de Naconxipan, ese país maravilloso, inventado por Gulácsy,[11] el pintor loco y genial: gente vestida de un lila fuerte y embriagador, que lloraba a sus dioses muertos, a Attis, a Adonis..., a Tamás, Tamás que había muerto en el principio de los tiempos, sin que nadie llorara por él, y en esta noche se encontraba en su catafalco, allí, al otro lado del muro, con las luces del alba del día siguiente iluminando su rostro.

Cuando abrió los ojos, vio a una mujer a su lado, apoyada en uno de los pinos, con un disfraz clasicista, a la manera con que se imaginaba a los griegos en la época de Goethe, y con el rostro cubierto con una máscara. Mihály se enderezó, y le preguntó a la mujer con un tono muy educado, y en inglés:

—¿Sabe usted quiénes son los o las que cantan al otro lado?

—Por supuesto —le respondió la mujer—. Hay un convento sirio cercano, donde los religiosos entonan sus oraciones cada dos horas. Es fantasmal, ¿verdad?

—Sí que lo es —dijo Mihály.

Estuvieron un rato callados. Al final, la mujer dijo:

—Tengo que entregarle un mensaje. En nombre de una conocida suya de hace muchísimos años.

Mihály se levantó de inmediato.

—¿Eva Ulpius?

—Sí, Eva Ulpius le envía el mensaje. Dice que no la busque más, que no la encontrará. Ya es tarde. Dice que el momento para eso hubiera sido en aquella casa de Londres, donde ella estaba detrás del tapiz. Pero usted, entonces, gritó el nombre de Tamás, dice ella. Y ahora ya es demasiado tarde.

—¿Cómo podría hablar con Eva Ulpius?

—De ninguna manera.

Entonces el llanto se oyó otra vez, más fuerte que nunca, como si aquellas voces estuvieran lamentando la llegada del alba o el final de la noche, con un aullido

---

[11] *Lajos Gulácsy (1882-1932), pintor. Su estilo es muy particular, con elementos de los prerrafaelitas, del simbolismo, del art nouveau y del surrealismo. Ideó un mundo onírico llamado Naconxipan, pintó sus escenas y escribió sus historias. (N. de la T.)*

desgarrador, entrecortado, como si estuvieran desgarrándose al mismo tiempo, matándose. La mujer se estremeció.

—Mire, la cúpula de la basílica de San Pedro —dijo.

La cúpula parecía flotar, muy blanca, muy fría, por encima de la ciudad, como algo eterno e invencible. La mujer comenzó a bajar por la colina.

Mihály sintió un enorme cansancio, como si hubiese tenido su vida apretada muy fuertemente entre sus manos, y como si en aquel momento la soltara y la dejase ir.

Se recuperó de golpe, y se fue corriendo detrás de la mujer que se alejaba.

Abajo había un revoloteo: la gente se despedía, mientras Waldheim leía párrafos del *Symposion*, acompañando la lectura con sus explicaciones. Mihály corría de un lado para otro, entre la multitud, luego salió a la entrada, pensando que quizás encontraría a aquella mujer entre la gente que se metía a sus coches.

Llegó en el momento oportuno. La mujer estaba subiendo a una bellísima carroza antigua, descubierta, donde se encontraba otra mujer, sentada. La carroza partió inmediatamente. Mihály reconoció enseguida a la otra mujer. Era Eva.

5

La negociación entre los bancos se prolongaba cada vez más. En realidad, el asunto se hubiera podido arreglar con facilidad, si se hubiesen reunido personas inteligentes alrededor de la mesa, pero no era éste el caso. Los letrados se deslumbraban mutuamente con su habilidad para deslizarse por frases empinadas sin llegar a caer, los financieros hablaban poco, escuchaban desconfiados, y su silencio se hacía entender más claramente que cualquier palabra: «No daré mi dinero.»

«Aquí no se va a hacer negocio», pensó, resignado, Zoltán Pataki, el primer marido de Erzsi.

Cada vez se ponía más nervioso e impaciente. Últimamente, se había dado cuenta de que era incapaz de prestar atención a las negociaciones, y desde que se había percatado de ello, se volvió todavía más nervioso e impaciente.

Debajo de la ventana, se oían las bocinas de los coches. En otros tiempos, Erzsi le esperaba muchas veces en su coche, cuando las negociaciones se alargaban.

«Erzsi..., no pensar en ella; todavía duele mucho, el tiempo lo curará. Hay que seguir. Vacío, como un coche donde no viaja nadie, pero hay que seguir.»

Hizo un ademán de renuncia con la mano, una mueca rara apareció en sus labios, sintió un enorme cansancio. Últimamente, estas cuatro fases se manifestaban invariablemente de la misma manera automática, como un tic nervioso: se acordaba de Erzsi, hacía un ademán de renuncia, aparecía la mueca y sentía el cansancio, treinta, cuarenta veces al día. «Quizás debería ir al médico, por lo del cansancio... —pensó—. ¡Qué va, ya se pasará, seguramente sobreviviré!»

Empezó a prestar atención otra vez. Uno de los presentes estaba diciendo que alguien debería ir a París para negociar con una determinada sociedad financiera. Otro contestaba que no era en absoluto necesario, que se podía arreglar todo por correo.

«Erzsi está en París... Mihály continúa en Italia... Erzsi no ha escrito ni una palabra, pero se debe de sentir muy sola. ¿Tendrá dinero suficiente? Quizás tenga que viajar en metro, pobrecita: saliendo antes de las nueve y regresando antes de las dos puede comprar el billete de ida y vuelta, es mucho más barato, y ella seguramente lo hace así. Quizás no esté sola. París es una ciudad difícil para una mujer sola, y Erzsi es tan guapa...»

A esta reflexión no le siguió el ademán de renuncia, sino que la cabeza se le llenó de sangre, y pensó: «Morir, morir, no hay otra solución...»

Entretanto, los presentes se estaban poniendo de acuerdo para enviar a alguien. Pataki pidió la palabra. Expuso, poniendo toda su energía en el asunto, que era absolutamente indispensable que llevaran a cabo personalmente las negociaciones con la parte francesa. Cuando empezó a hablar, no sabía muy bien de lo que se

trataba exactamente, pero mientras hablaba, se iba acordando de todo, y enumeró varias razones irrefutables. Les convenció a todos. En este momento, sintió otra vez el mismo cansancio.

«Habría que ir a París. Pero yo no puedo. No puedo dejar el banco ahora, y de todas formas, para qué iba a ir. Erzsi no me ha llamado. Correr detrás de ella, asumir el riesgo evidente del rechazo, no puedo... Al fin y al cabo, uno debe conservar el orgullo.»

Terminó su exposición de una manera abrupta. Los presentes, convencidos, decidieron mandar a uno de los directores jóvenes, yerno de uno de los financieros, que hablaba francés perfectamente. «Será un buen aprendizaje para él», pensaron los viejos financieros, con una actitud paternalista.

Después de la negociación empezaba la parte más difícil del día, es decir, la noche. Pataki había leído una vez en algún lugar que la diferencia fundamental entre un casado y un soltero era que el casado siempre sabía con quién iba a cenar. Era verdad: desde que Erzsi le había abandonado, éste era el problema número uno de Pataki. ¿Con quién cenar? Nunca había simpatizado con los hombres, desconocía la amistad. ¿Las mujeres? Esto era lo más raro. Mientras fue el marido de Erzsi, necesitaba muchísimas mujeres, nuevas cada vez, le gustaban todas, una por lo flaca, otra por lo gorda, una tercera ni por flaca ni por gorda. Pasaba todo su tiempo libre, y a menudo el que no tenía libre también, con mujeres. Por un lado estaba la *maîtresse de titre*, siempre relacionada de alguna manera misteriosa con el teatro, que le costaba una fortuna, pero que al mismo tiempo significaba una buena propaganda para el banco; luego estaban sus amores de la buena sociedad, las esposas de sus colegas, pero sobre todo las secretarias, y a veces alguna que otra criada también, para variar. Todo un ejército de amantes. Erzsi tenía sus buenas razones para estar triste, y Pataki, en sus momentos más optimistas, pensó que Erzsi le había abandonado por esta razón, pero en sus momentos más pesimistas sabía que Erzsi le había abandonado por otro motivo, por aquellos huecos que él no sabía ni podía llenar, y sólo el reconocerlo le avergonzaba terriblemente. Cuando Erzsi se fue, él despidió, con la compensación económica digna de un caballero, a la *maîtresse de titre*, o sea que se la pasó a un colega suyo, mayor que él, que llevaba ya tiempo aguardando el honor; «reorganizó» a sus secretarias, hizo sentarse a su lado a la más fea del banco y comenzó una vida de abstinencia.

«Un hijo es lo que me falta», pensó, y de repente sintió que hubiera podido querer muchísimo a su hijo, un hijo de Erzsi. Tomó una decisión repentina, llamó por teléfono a una prima suya que tenía dos hijos preciosos, y fue a cenar a su casa. En el camino, compró una enorme cantidad de dulces y chocolatinas. Los dos niños preciosos no se enterarían probablemente nunca de por qué tuvieron la ocasión de empacharse y ponerse enfermos del estómago durante tres días.

Después de cenar se sentó en una cafetería, leyó los periódicos, pensó en ir un ratito a su club para jugar a las cartas, pero al final no se decidió. Se fue a su casa.

La casa, sin Erzsi, era desoladora, como siempre. Tendría que hacer algo con sus muebles. No podía ser que su habitación siguiera igual, como si ella pudiera regresar en cualquier momento, cuando... Tendría que subirlo todo al desván o mandarlo a un almacén. La transformaré en una especie de salita, estilo club, con enormes sillones.

Hizo un ademán de renuncia, la mueca apareció en sus labios y sintió un gran cansancio. No podía soportar seguir en aquella casa. Debería trasladarse. Vivir en un hotel, como los artistas. Cambiar de hoteles, siempre cambiar. O quizás ir a un sanatorio. A Pataki le encantaban los sanatorios, su calma, su blancura, su seguridad médica. Sí, me iré a vivir al monte Svábhegy,[12] me vendría bien para los nervios. Si otra mujer me abandona, me volveré loco.

Se acostó, y se volvió a levantar porque sentía que no iba a poder dormirse. Se vistió, pero no se le ocurría ningún sitio donde le apeteciera ir, así que se tomó una pastilla para dormir (aunque sabía que no le serviría para nada), y se desnudó otra vez.

Estando ya en la cama, aquella posibilidad imaginada se le volvió a presentar de la misma manera torturadora. Erzsi en París: sola, muy sola, quizás sin comer bien, quizás comiendo en sitios inmundos, de menú, o bien acompañada. Este último pensamiento no se podía soportar. A Mihály, se había acostumbrado ya. De alguna manera extraña, era incapaz de tomarlo en serio, incluso después de que hubiese raptado a Erzsi. Mihály no contaba, no era un hombre. En el fondo, estaba convencido de que un día, de alguna manera se comprobaría que no..., que Erzsi y Mihály habían tenido una relación, habían vivido una vida matrimonial, pero que no se habían relacionado como hombre y mujer, que no se pertenecían en ese sentido. Era imposible imaginar eso de Mihály. Sin embargo ahora, en París... con un hombre desconocido, un hombre desconocido es cien veces más atormentador que cualquier seductor conocido. No, eso no se podía aguantar. «Tengo que ir a París. Tengo que ver lo que hace Erzsi. Quizás esté pasando hambre. Pero... ¿y el orgullo? A Erzsi no le importo yo, ella no me necesita, no me quiere ni ver...

»¿Y qué? ¿No basta con que yo la quiera ver? Lo demás ya se verá...

»¡El orgullo! ¿Desde cuándo es usted tan orgulloso, señor Pataki? Si hubiese sido tan orgulloso en los negocios, por ejemplo, ¿dónde estaría ahora? Tendría una preciosa tienda de ultramarinos en su pueblo, en Szabadka, como la tuvo su padre. ¿Para qué tanto orgullo, justo con Erzsi? El orgullo debe mostrarse en otra parte, donde eso tenga sus riesgos. Con el presidente del banco, por ejemplo, o con el secretario de Estado, ese Krychlovác. (Bueno, con Krychlovác quizás tampoco..., sería una exageración.) Pero, ¿ser orgulloso con una mujer? Eso no sería digno de un caballero... Sería ridículo.»

---

[12] *En el monte Svábhegy se encontraba, en aquella época, el sanatorio más elegante de Budapest. (N. de la T.)*

Al día siguiente, estuvo muy activo. Convenció al banco y a todos los demás interesados de que el joven yerno no era la persona adecuada, de que se necesitaba a alguien más experimentado para llevar a cabo las negociaciones con la parte francesa.

Los implicados se dieron cuenta poco a poco de que aquella persona con más experiencia era el propio Pataki.

—-Pero... ¿habla usted francés, señor director?

—No lo hablo bien, pero me defiendo. De todas formas, aquella gente habla seguramente alemán como usted o como yo. ¿Ha visto, acaso, a alguien en el mundo financiero que no hable alemán? *Deutsch is ä Weltsprache*.

A la mañana siguiente partía para París.

Arregló los asuntos de negocios en media hora. El francés llamado Loew con quien tuvo que negociar hablaba efectivamente alemán, y de todas formas era un hombre muy inteligente. La cosa se arregló rápido también porque Pataki, al contrario de los que ni saben ni entienden, no tomaba en serio los asuntos relacionados con la economía o las finanzas, los trataba como los médicos tratan a los enfermos. Sabía que en ese ambiente pasa lo mismo que en todos los demás, la gente con menos talento o la menos entendida se las arregla mejor; en los puestos de responsabilidad hay, sobre todo, personas que ni saben ni entienden nada de finanzas, y dirigen, sin embargo, la economía mundial, mientras que los que sí entienden a lo mejor pasan sus días meditando en la Schwartzer o en la Markó.[13] La batalla se libra aquí también por algo ficticio, legendario y sin ningún fundamento, de la misma forma que ocurre en el mundo de la ciencia, donde se persigue la Verdad que no existe, ni conviene que exista. Aquí se persigue la Fortuna, algo que no tiene ningún sentido, ya por su propia desmesura, y por eso se pierde la fortuna, algo que sí tiene sentido. Y todo el afán que se pone en ello es tan poco serio como todo en este mundo.

Estaba orgulloso de saber todo eso, y de que Mihály, por ejemplo, no lo supiera. «Mihály es un intelectual, por lo que cree todavía en el dinero, mientras que al mismo tiempo duda de todo lo demás. Él es capaz de decir, por ejemplo: "La psicología, en su forma actual, es una ciencia poco fiable, primitiva..." o "La lírica, hoy en día, no tiene ningún sentido..." o "El humanismo..., ya podemos hablar de humanismo, mientras la guerra calla y se aproxima". Sin embargo, cree que la firma Váraljai y Compañía sí es una cosa seria, claro, eso no se puede poner en duda, puesto que se trata de dinero, y con el dinero no se hacen bromas. —Pataki se rió—. Váraljai y Compañía, Dios mío... si Mihály y compañía lo supieran... Hasta la lírica es una cosa más seria.»

Y ahora pasemos al punto número dos del programa.

Pataki había conseguido, por la familia de Mihály, la dirección de Erzsi en París, ya que se llevaba bien con ellos, como con todo el mundo (al fin y al cabo ellos no

[13] *Nombres de las prisiones de Viena y de Budapest, respectivamente. (N. de laT)*

tenían la culpa), y hasta llevaba un regalo para Erzsi de la hermana casada de Mihály. Constató con placer que Erzsi ya no vivía en la orilla izquierda, en la sospechosa Buda, bohemia y llena de emigrantes, sino en la orilla derecha, más sobria, cerca de la plaza de l'Étoile.

Era mediodía. Pidió al camarero de la cafetería que llamara al hotel de Erzsi, puesto que no confiaba lo suficiente en sus conocimientos de francés, ni en sus habilidades para utilizar el complicado sistema parisino de los teléfonos. Madame no estaba en casa. Pataki se acercó al hotel para investigar.

Entró y pidió una habitación. Como hablaba francés bastante mal, no le era difícil actuar como un extranjero idiota. Explicó con gestos que encontraba demasiado cara la habitación que le habían enseñado, y se fue. Constató que el hotel era decente y digno de Erzsi, que probablemente la mayoría de sus inquilinos serían ingleses, que al mismo tiempo había cierto aire de frivolidad, sobre todo en los rostros de las mujeres de la limpieza, seguramente habría también algunas habitaciones alquiladas por señores mayores como *pied-à-terre*, habitaciones que alquilaban para todo el mes pero que sólo utilizaban un par de horas a la semana. ¿Por qué se habrá trasladado Erzsi? ¿Por qué habrá dejado la orilla izquierda? ¿Querrá vivir de una manera más elegante o es que tendrá un amante más elegante?

A las cuatro de la tarde la volvió a llamar. Esta vez Madame estaba en casa.

—¿Erzsi? Soy Zoltán.

—Zoltán...

Pataki se dio cuenta de que la voz de Erzsi se entrecortaba por los latidos de su corazón. ¿Era eso una buena señal?

—¿Cómo estás, Erzsi? ¿Marcha todo bien?

—Sí, Zoltán.

—Estoy aquí, en París, porque hubo una serie de complicaciones con la Váraljai y Compañía y tuve que venir. Tengo muchísimas cosas que hacer, no paro desde hace tres días. Estoy harto de esta ciudad...

—Sí, Zoltán.

—Pensé que ya que estaba aquí, y que como ya no tengo tantas cosas que hacer, pues que te podría preguntar qué tal estabas.

—Sí... Es muy amable por tu parte.

—¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien.

—Dime... ¿Podríamos vernos?

—¿Para qué? —preguntó Erzsi, y su voz sonaba muy, muy lejos. Pataki se tambaleó, y se tuvo que apoyar contra la pared. Pero siguió como si no hubiera pasado nada.

—¿Cómo que para qué? ¿No puedo verte ya que estoy aquí?

—Sí, puedes.

—¿Puedo ir a verte?

—Sí, Zoltán. No, no quiero que vengas aquí. Vamos a vernos en algún sitio.
—Muy bien. Conozco un sitio muy agradable para merendar. ¿Sabes dónde está la Smith, la librería inglesa de la rué de Rivoli?
—Más o menos...
—Bien. En el primer piso hay un salón de té inglés. Se sube desde la librería. Te espero allí.
—Bien.
Eligió aquel lugar porque en relación con Erzsi todo lo francés le parecía poco fiable. Consideraba que París y lo francés significaban para ella todo aquello que a él le faltaba, todo lo que él no era capaz de darle. En las cafeterías francesas (que de todas formas odiaba, porque los camareros no le trataban con el suficiente respeto, ni le traían el vaso de agua para acompañar el café como se hacía en Budapest), Erzsi se sentiría apoyada por toda Francia, y tendría así una enorme ventaja en su batalla contra él. Para el *fair play*, era mejor la extraterritorialidad fría y neutral del salón de té inglés.
Apareció Erzsi, los dos pidieron algo, y Pataki intentó comportarse como si nada hubiese ocurrido entre ellos, ni matrimonio, ni divorcio, ni nada de nada. Dos personas inteligentes de Budapest, una mujer y un hombre que se encuentran en París. Se puso a contar los últimos chismes de la gente que Erzsi conocía, de manera detallada y jugosa. Ella le escuchaba con atención.
Entretanto, Pataki pensaba:
«Aquí está Erzsi. No se ven cambios sustanciales, pues hace bien poco que todavía era mi mujer. Lleva ropa de París, bonita, pero no de la mejor calidad. Parece un tanto deprimida. Se le quiebra un poco la voz, y eso me rompe el corazón. ¡Pobrecita mía! ¡Vaya con el sinvergüenza de Mihály! ¿Es eso lo que ella se merecía? Parece que no se ha repuesto todavía... ¿O acaso ha tenido otros desengaños en París? Aquel hombre desconocido... ¡Dios mío, Dios mío...! Estoy aquí, hablando de la cuñada de Péter Bodrogi, cuando lo único que yo quisiera es morir.
»Aquí está Erzsi. Tal cual. Aquí está la mujer sin la cual yo no puedo vivir. ¿Por qué? ¿Por qué y por qué? ¿Por qué es ella la única mujer deseable para mí, cuando ahora, por ejemplo, ni tan siquiera la deseo? Entre las demás mujeres que he tenido, había algunas que eran mucho más guapas que ella. Gizi, por ejemplo, por no hablar de Mária... En cuanto las veía, empezaba a hervirme la sangre. También ha habido otras, mucho más jóvenes que ella. Erzsi ya no lo es tanto... Entonces ¿por qué sería capaz de pagar aquí y ahora la mitad de mi fortuna, así, sin pasión, calculándolo con frialdad, por acostarme con ella?»
Erzsi no miraba mucho a Zoltán, pero sonreía, y escuchaba con atención los chismes que contaba, y pensó:
«¡Cuántas cosas sabe contar! Se me hace tan familiar. Mihály no sabía contar nada de nadie. Era incapaz de acordarse de nadie, no sabía si fulanito era el cuñado de menganito, ni quién era su amiguita. No entiendo por qué he tenido miedo, por qué

me he puesto tan nerviosa. ¿Será por el tópico del "marido abandonado"? Tendría que haber sabido que Zoltán nunca haría un drama por nada en el mundo. Siempre hay algo que sonríe en su mirada. Le da horror todo lo que es pretencioso. Si fuera a morir en la hoguera como un mártir sería capaz seguramente de inventar algún chiste o contar algún chisme sobre alguien antes de morir, para atenuar el lado trágico de la situación. No es que no haya sufrido lo suyo, se ve que tiene más canas que antes. Pero en nada más se le nota el sufrimiento. Además, algunas veces se lo habrá pasado en grande. No es necasario sentir pena por él.»

—¿Y tú? ¿Qué tal? —le preguntó Zoltán, de repente.

—¿Yo? Nada especial. Ya sabrás por qué he venido a París...

—Bueno, conozco la historia a grandes rasgos, pero no sé por qué, ni cómo pasó. ¿Me lo podrías contar?

—No, Zoltán, no. Lo siento. No sé por qué tendría que contarte lo que pasó entre Mihály y yo. A él tampoco le conté nada de ti. Para mí es lo normal.

«Así es ella —pensó Zoltán—. Educadísima y refinadísima. No sería capaz de cometer una indiscreción ni en la situación más catastrófica. Es la disciplina y la introversión en persona. Y cómo me mira, con qué educación, con qué frialdad, con qué mirada crítica... Todavía conserva el mismo genio: ante una mirada suya me siento como un don nadie... Pero no me dejaré asustar tan fácilmente.»

—¿Me dirás, por lo menos, lo que piensas hacer? —le preguntó.

—De momento, no pienso hacer nada en absoluto. Me quedo en París.

—-¿Estás bien aquí?

—Bastante bien.

—¿Has comenzado los trámites de divorcio?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—¿Por qué quieres saber tanto, Zoltán? No he empezado los trámites porque no es el momento todavía.

—Crees que..., perdóname, pero ¿crees que él volverá?

—No lo sé. Puede que sí. Ni siquiera sé si me gustaría o no. Lo mismo ni le dirigiría la palabra. La verdad es que no congeniamos. Pero Mihály no es como los demás, y en primer lugar querría saber cuáles son sus intenciones. ¡Qué sé yo, a lo mejor un día se despierta, mira a su alrededor, y se pregunta dónde estoy! Desesperado se da cuenta de que me ha olvidado en el tren, y se pone a buscarme por toda Italia.

—¿Eso crees?

Erzsi bajó la cabeza.

—Tienes razón. No me lo creo.

«¿Por qué he tenido que ser tan sincera? —pensó ella—. ¿Por qué he tenido que hablarle de mis sentimientos, justamente a él? Parece como si hubiera algo todavía entre él y yo, algún grado de intimidad que no desaparece. Cuatro años de

matrimonio no se desvanecen de un día para otro. No existe ningún hombre en todo el mundo con quien yo hubiese hablado de Mihály.»

«No ha llegado todavía mi momento —pensó Zoltán—. Todavía sigue enamorada de ese idiota. Por suerte, Mihály lo estropeará todo, tarde o temprano.»

—¿Sabes algo de Mihály? —preguntó Pataki.

—Nada. Me imagino que seguirá todavía en Italia. Hay aquí un hombre que es muy amigo suyo, un tal Szepetneki, a quien yo también conozco. Dice que ha encontrado su pista, y que pronto se enterará de dónde está y qué hace.

—¿De qué forma se enterará?

—No lo sé. Szepetneki es un hombre muy peculiar.

—¿De veras? —preguntó Zoltán, mirando fijamente a Erzsi. Ella aguantó la mirada, desafiante.

—Sí. Es un hombre muy peculiar. El hombre más peculiar que he conocido. También hay aquí un persa...

Pataki agachó la cabeza y tomó un gran sorbo de té. ¿Cuál de los dos sería? ¿Acaso los dos? Dios mío, Dios mío..., lo mejor sería morir.

No estuvieron mucho tiempo más juntos. Erzsi tenía algo que hacer, no quería decirle qué.

—¿Dónde te alojas? —preguntó ella, distraída.

—En el Edouard VII —le respondió Zoltán.

—Bueno, Zoltán, hasta la vista. La verdad es que me ha gustado verte. Te deseo que seas feliz, y que no pienses mucho en mí —le dijo en voz baja, con una sonrisa triste.

Pataki se llevó a su hotel a una mujercita parisina. «Ya que estoy aquí, en París...», pensó mirando asqueado a la perfumada desconocida que dormía a su lado.

Por la mañana, cuando ésta se hubo ido, Pataki se levantó y empezó a afeitarse. Entonces llamaron a su puerta.

—*Entrez!*

Entró un hombre alto, trajeado con una elegancia desmesurada, y que tenía las facciones muy pronunciadas.

—Quería ver al señor Pataki para un asunto muy importante, muy importante para él.

—Soy yo. ¿Con quién tengo el placer?

—Soy János Szepetneki.

CUARTA PARTE

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

V. A porta inferi R. erue, Domine, animam eius.
Officium defunctorum

1

Se hacía de noche. Mihály atravesaba el Tíber, despacio, arrastrando los pies.

Se hospedaba en el Gianicolo, en una pequeña habitación, mísera, que alquilaba una vieja también mísera que había encontrado Waldheim: ella cocinaba, por lo general, *pasta asciutta*, y Mihály compraba un poco de queso para acompañar, y a veces una naranja que se comía de postre. La habitación, por muy mísera que fuera, tenía más aspecto de habitación que la propia de un hotel, los muebles eran viejos pero verdaderos, grandes y nobles en sus proporciones, no como esos pseudomuebles que caracterizan a los hoteles. Mihály habría disfrutado de su habitación si no hubiese sido por las circunstancias sanitarias e higiénicas, que le proporcionaban continuamente una sensación de abandono que le atormentaba. Se quejaba a Waldheim, pero éste se reía, y le contaba sus propias experiencias, no muy apetecibles en ese terreno, en Grecia y Albania.

Le había alcanzado la pobreza. Ahora sí que tenía que pensar en cada céntimo que se gastaba. Renunció al café, compraba cigarrillos tan malos que eran casi imposibles de fumar, y que le irritaban la garganta y le hacían carraspear, y pensaba cada vez con más frecuencia que aquel dinero también se acabaría. Waldheim le daba ánimos, diciéndole que pronto le colocaría, que le encontraría alguna ocupación, que andaban por allí tantas viejas americanas locas que alguna seguramente lo contrataría como secretario, maestro para sus nietos o como portero —una profesión muy cómoda—; pero de momento aquella americana solamente existía en la cabeza de Waldheim, y a Mihály le aterrorizaba cualquier ocupación, puesto que ya tenía una en Budapest.

De todas formas, tenía dos ocupaciones que le bastaban y le sobraban. Una de ellas era que —siguiendo las instrucciones de Waldheim— leía libros sobre la historia de los etruscos; para «familiarizarse» con el tema, iba a las bibliotecas y a los museos, para investigar, y por las noches escuchaba las conversaciones de Waldheim y de sus amigos científicos. Ni por un instante sintió ese entusiasmo, propio de Waldheim, por la materia, pero se dedicaba a estudiar de una manera sistemática y obstinada, puesto que con ello disminuía los remordimientos burgueses que sentía por su vida inactiva. A Mihály nunca le había gustado trabajar, pero en su vida burguesa había trabajado siempre muchísimo, porque por las noches apreciaba constatar que había

trabajado mucho durante el día. Además, el estudio le mantenía atareado, y le distraía constantemente de su otra obsesión más importante: esperar el encuentro con Eva.

No podía resignarse a no verla más. Durante el día siguiente a aquella noche memorable, vagabundeó por la ciudad, perdido, sin saber lo que quería, pero más tarde comprendió que solamente podía querer una sola cosa, si en su caso pudiera hablarse de voluntad. Los escolásticos afirmaban que la existencia tenía varios grados, y que solamente lo Perfecto existía de verdad. El tiempo que había pasado buscando a Eva era mucho más verdadero, mucho más real que los meses y los años pasados sin Eva; hubiera sido bueno o malo, hubiera sido un tiempo de terribles angustias o de sentimientos de pérdida, él sabía que ese tiempo sí que había sido vida, y que sin Eva no existía otra realidad más que pensar en Eva y esperarla.

Estaba cansado, se sentía perdido, y arrastraba los pies como si estuviera cojo. Cuando llegó a las orillas del Tíber, tuvo la sensación de que alguien le estaba siguiendo. La rechazó, pensando que era simplemente un juego de su excitada imaginación.

Sin embargo, al atravesar los callejones del Trastevere, aquella sensación aumentó. Empezaba a soplar un viento fuerte, los callejones se iban quedando cada vez más vacíos de gente. «Si de verdad alguien me sigue, le veré la cara —se dijo, volviéndose. Pero detrás de él iban varias personas—. A lo mejor me siguen, a lo mejor no.»

Según subía por los callejones estrechos, se le hizo cada vez más obvio que le seguían, así que no se volvió hacia la izquierda, hacia el camino que sube a la colina, sino que siguió vagando por el barrio del Trastevere, pensando que en un momento dado aguardaría a la persona que le seguía. Se detuvo delante de una pequeña taberna.

«Si me quiere atacar —pensó, puesto que eso no se podía excluir en aquel barrio del Trastevere— aquí puedo encontrar ayuda con más facilidad. Si grito, alguien saldrá de la taberna. Aquí le aguardaré.»

Se detuvo delante de la taberna y esperó. Llegaron varias personas, las que iban detrás de él por los callejones, pero todos siguieron su camino, sin hacerle caso. Casi se iba a marchar, cuando vio a un hombre que se aproximaba en la penumbra, y Mihály supo en seguida que se trataba de él. Vio, con el corazón latiendo fuertemente, que el otro se dirigía directamente hacia él.

Cuando llegó a su lado, reconoció a János Szepetneki. Lo más extraño, quizás lo único insólito de toda la historia, era que ni siquiera estaba sorprendido.

—Hola —dijo en voz baja.

—Hola, Mihály —dijo Szepetneki, con un tono alto y amistoso—. Al final, me has esperado. Precisamente quería invitarte en esta taberna. Vamos a entrar.

Entraron en la pequeña taberna que olía muy mal y estaba casi totalmente a oscuras. A Mihály no le importaba el olor, de una manera extraña, su olfato —muy

refinado, por lo general— no se molestaba con los olores italianos. En Italia, hasta los malos olores tenían algo conmovedor, algo romántico. Pero la oscuridad no le gustaba. Szepetneki pidió una lámpara. La lámpara la trajo una muchacha italiana mugrienta pero preciosa: llevaba unos enormes pendientes, tenía los ojos centelleantes y era muy, muy flaca. Szepetneki visiblemente la conocía, puesto que la toqueteaba, a lo que ella sonreía, con sus enormes dientes blancos, y empezó a contar una historia, en el dialecto del Trastevere que Mihály apenas comprendía, pero János, que era un talento para los idiomas como casi todos los impostores, la acompañaba con comentarios. La muchacha trajo el vino que pidieron, se sentó con ellos en la mesa, y siguió contando su historia. János la escuchaba interesado, llegó casi a olvidarse de Mihály. A veces, comentaba algo en húngaro:

—¡Qué mujer más fantástica! ¿Verdad? ¡Desde luego, no hay otras como las italianas! ¿Te fijas cómo mueve los ojos? ¿Quién sabe hacer eso en Budapest? Dice que todos sus novios acabaron en la cárcel y que yo también terminaré allí seguramente... Ya ves, es hasta inteligente, ¿o no?

Mihály bebía un vaso de vino tras otro. Conocía a János Szepetneki, y sabía que no le aclararía pronto lo que quería. Szepetneki necesitaba crear el ambiente romántico, apropiado para cada caso. Por eso había montado toda la comedia con la italiana; había que esperar hasta que terminara con ella. A lo mejor, incluso había organizado su pandilla de ladrones en el barrio del Trastevere, y la muchacha, y la taberna eran parte del juego, la decoración del escenario. También sabía que Szepetneki no había llegado hasta allí para organizar su pandilla, sino que quería algo de él, y estaba muy preocupado por saber el qué.

—Deja ya a esta mujer en paz, y dime por qué me has seguido y qué quieres de mí. No tengo mucho tiempo, y tampoco tengo ganas de tomar parte en tus comedias.

—¿Por qué? —le preguntó Szepetneki, poniendo cara de inocente—. ¿Acaso no te gusta esta mujer? ¿O la taberna? Pensé que podríamos pasar juntos una velada agradable, pues no nos hemos visto desde hace mucho tiempo...

Y se centró otra vez en la muchacha.

Mihály se levantó, y se dispuso a salir.

—No te vayas, Mihály, por Dios, si he venido a Roma sólo para hablar contigo. Quédate un segundo más. —Y se dirigió a la muchacha—: Tú, cállate un poco.

—¿Cómo sabías que estaba en Roma? —preguntó Mihály.

—Yo siempre sé todo de ti, Mihály. Desde hace años. Sin embargo, hasta ahora no valía la pena saber nada de ti. Ahora empiezas a tener mucho más interés. Por eso es por lo que últimamente nos vemos más.

—Bien. Ahora dime qué quieres de mí.

—Tengo un asunto que tratar contigo.

—¿Tratar? ¿Qué?

—No te lo vas a creer. Quiero hablar de negocios.

La cara de Mihály se oscureció.

—¿Has hablado con mi padre? ¿O con mis hermanos?

—No. No por el momento. Por ahora no tengo nada que ver con ellos, sólo contigo. Pero, dime... ¿no te parece fantástica esta muchacha? Mira que manos más finas tiene, lástima que estén tan sucias.

Se dirigió otra vez a la joven, hablándole en italiano, muy rápido.

Mihály se puso de pie de un salto y salió del lugar. Continuó ascendiendo la colina. Szepetneki se fue detrás de él, corriendo, y le alcanzó pronto. Mihály no se dio la vuelta, dejaba simplemente que Szepetneki hablara a sus espaldas, tras su hombro izquierdo, como el tentador.

János jadeaba ligeramente por la subida, hablaba rápido, pero en voz baja.

—Escúchame, Mihály. He conocido a un hombre llamado Zoltán Pataki, que resultó ser el marido de tu esposa. Pero eso importa poco. También resulta que ese tal Pataki sigue adorando a su mujer, te lo creas o no. Quiere conseguirla otra vez. Tiene la esperanza de que ahora que tú has terminado con ella, quizás ella cambie de parecer, y regrese con él. Lo que sería, sin ninguna duda, la mejor solución para los tres. ¿No dices nada? Bien. No ves todavía el negocio en todo eso, ni sabes tampoco qué tengo que ver yo. Ya sabes que yo ya no tengo ni tacto, ni tiento, ni respeto, ni nada de eso, en mi profesión... Así que escúchame. Tu respetable esposa no solamente no quiere divorciarse de ti, sino que en el fondo y en secreto confía en que tú y ella volváis a vivir una vida matrimonial feliz y pacífica, y en que quizás el cielo os mande su bendición en forma de vástagos. Sabe que tú eres distinto a los demás, pero no tiene ni la más mínima idea de lo que es ser distinto a los otros. Piensa mucho en ti, muchísimo, incluso en los momentos en que no debería. Sin embargo, no sientas pena por ella. Está bastante bien, aunque no quiero contarte chismes. Se las arregla bastante bien también sin ti...

—¿Qué quieres? —gritó Mihály, deteniéndose.

—Nada. Se trata de un pequeño negocio. El señor Pataki considera que si tú dieras el paso definitivo, entonces tu esposa comprendería que de ti ya no puede esperar nada, y así el asunto habría concluido.

—¿A qué paso definitivo te refieres?

—Por ejemplo, si comenzaras los trámites de divorcio.

—¿Cómo podría empezar yo los trámites? Si la abandoné yo a ella. De todas formas, no comenzaría yo los trámites ni aunque ella me hubiera abandonado. Es la mujer la que tiene que empezarlos.

—Claro. Naturalmente. Pero si no lo hace ella, lo tienes que hacer tú. Por lo menos el señor Pataki lo ve así.

—No tengo nada que ver con los puntos de vista de Pataki, no tengo nada que ver con nada a estas alturas. Hablad con Erzsi. Yo estaré de acuerdo en todo, que sea lo que ella quiera.

—Mira, Mihály, ahí está exactamente el negocio, sé sensato, por favor. El señor Pataki no quiere que tú empieces los trámites así, sin más. Está dispuesto a hacer un

sustancioso sacrificio financiero. Es un hombre sumamente rico que no quiere renunciar a Erzsi. Me autorizó para que te pagase un adelanto de inmediato. Se trata de una suma bastante considerable.

—Tonterías. ¿Cómo quieres que yo empiece los trámites de divorcio contra Erzsi? Yo la abandoné, y si el juez conmina a restablecer la relación matrimonial, ella es capaz de regresar conmigo, y entonces ¿qué hago yo?

—¡Qué va! Mihály, no te preocupes por eso. Tú empieza los trámites... Nosotros nos ocupamos de todo lo demás.

—Pero ¿en qué me baso?

—Adulterio.

—¡Tú estás loco!

—Qué va. Confía en mí. Presentaré pruebas de adulterio totalmente irrefutables. Tengo práctica en asuntos así.

Se encontraban ya delante de la casa donde vivía Mihály. Este esperaba con impaciencia poder subir.

—Bueno, János Szepetneki, adiós. Por esta vez, no te daré la mano. Todo lo que acabas de decir es una porquería inmunda. Espero no volver a verte por un tiempo.

Subió a su habitación.

2

Estoy covencido de que tus escrúpulos son ridículos —adujo Waldheim, muy lanzado—, y de que tú sigues siendo el mismo niño bien de su papá honrado y respetable, sigues siendo un burguesito. Si alguien te ofrece dinero lo tienes que aceptar, en eso están de acuerdo todos los historiadores de las religiones de renombre. Pero tú todavía no has aprendido que el dinero, que el dinero no importa, no importa en donde cuentan las cosas verdaderamente importantes. Siempre hay que tener dinero, y siempre lo puedes tener si no te preocupas por ello. Cuánto, de dónde y hasta cuándo, todo eso no importa. No importa nada de lo que tenga que ver con el dinero. Con dinero no puedes comprar nada de lo que verdaderamente importa, y todo lo que puedes comprar con dinero puede que sea indispensable para vivir, pero en realidad no importa.

»Nunca te cuesta dinero lo que de verdad vale la pena en la vida. No te cuesta ni un céntimo que tu espíritu pueda acoger la grandeza multifacética de las cosas, o sea la ciencia. No te cuesta ni un céntimo estar en Italia, tener el cielo italiano encima de ti, caminar por las calles italianas y sentarte a la sombra de los árboles italianos, y que por las noches el sol se ponga en italiano. No te cuesta ni un céntimo que gustes a una mujer y que se entregue a ti. No te cuesta ni un céntimo sentirte a veces feliz. Sólo cuesta dinero lo que hay alrededor de la felicidad, sus accesorios estúpidos y aburridos. No te cuesta dinero estar en Italia, pero te cuesta viajar hasta aquí, y tener un techo para cobijarte. No te cuesta dinero tener a una mujer como amante, pero te cuesta que ella coma y beba, y que se vista, para luego desvestirse. Sin embargo, los burguesitos de hoy en día sólo viven para conseguir las cosas sin importancia pero que cuestan dinero, y se han olvidado de las cosas que no cuestan nada, y piensan que sólo es importante lo que es muy caro. Es la mayor de las locuras. Ya sabes, Mihály: el dinero es una cosa que conviene ignorar. Hay que aceptarlo, como el aire que respiras, sin preguntar de dónde viene.

»Y ahora vete ya. Tengo que escribir mi ponencia para Oxford. ¿Te he enseñado ya la carta en la que me invitan a Oxford? Espérate, la tengo por aquí... ¿No es fantástico lo que dicen de mí? Bueno, en una primera lectura quizás no dicen mucho, pero si tomas en cuenta que a los ingleses les encanta *to understate*, o sea decir menos de lo que piensan, entonces comprenderás cuánto significa que digan de mis investigaciones que son *meritorious*, o sea meritorias...

Mihály se puso en camino, meditando. Se dirigía hacia el sur, siguiendo el curso del Tíber, dejando atrás la ciudad, hacia las Maremmas muertas. En los límites de la ciudad hay una colina peculiar, el monte Testaccio: allí subió. Esa colina se llama el monte de las Tejas porque está formada por piezas de barro rotas. Aquí se encontraba, en la época de los romanos, el mercado del vino. Hasta aquí llegaban,

en tinajas de barro cocido, los vinos de España. El vino se vertía en los pellejos, las tinajas se rompían, y los pedazos de barro se amontonaron hasta formar una colina.

Mihály recogió, emocionado, algunos pedazos rojizos de barro, y los guardó en su bolsillo.

«Antigüedades —pensó—. Auténticos pedazos de verdaderas tinajas imperiales. Su autenticidad no puede ser puesta en duda, algo que no se puede afirmar de todas las antigüedades.»

En la colina, unos niños romanos, descendientes de los quirites jugaban a la guerra, y se lanzaban los pedazos de barro de dos mil años de antigüedad, sin emocionarse lo más mínimo.

«Así es Italia —pensó—, se lanzan pedazos de historia, porque para ellos dos mil años es algo tan natural como el olor a estiércol en el campo.»

Comenzaba a anochecer, y él se encontró delante de la pequeña taberna del barrio del Trastevere donde había estado la noche anterior con János Szepetneki. Por una rara simbiosis con las costumbres locales, se puso el deslucido sombrero en la cabeza, y entró en la taberna llena de humo. No veía casi nada, pero oyó la voz de Szepetneki. Se ocupaba de la misma muchacha.

—¿No te molesto? —le preguntó Mihály, riéndose.

—¡Qué vas a molestarme! Siéntate. Te estaba ya esperando.

Mihály se sorprendió, y sintió vergüenza.

—Pues sólo he venido a tomar una copa de vino, pasaba por aquí, y pensé que podías estar dentro.

—Mi querido Mihály... No me digas más. El asunto está arreglado, y me encanta que sea así, por mí y por todos los demás implicados. Ahora, escúchame. Esa pequeña bruja, esa Vannina sabe leer el futuro en las manos. A mí me dijo quién soy, cómo soy, hizo mi retrato, no muy halagador, pero muy acertado. Es la primera mujer que no se traga lo que le digo, e incluso no se cree que yo sea un impostor. Sin embargo, me augura un final fatal. Una vejez larga e intranquila... Pídele que te lea la mano a ti también. Estoy muy intrigado por saber lo que te dice.

Trajeron una lámpara, y la muchacha examinó la palma de la mano de Mihály.

—El *signor*e es un hombre afortunado —dijo—. Encontrará dinero donde no lo espera.

—¡Lo ves! ¿Qué te parece?

—En un país extranjero, una dama piensa mucho en el *signor*e. También un hombre medio calvo piensa mucho en el *signor*e, pero eso no es del todo bueno. El *signor*e puede ir tranquilamente con las mujeres, porque no tendrá hijos.

-¿Qué?

—No es que no pueda tenerlos, pero no los tendrá. Falta la línea de la paternidad. En verano, no debe comer ostras. Dentro de poco, asistirá a un bautizo. Llegará un señor mayor de más allá de los montes. Unos muertos le visitan con frecuencia...

Mihály retiró la mano, y pidió vino. Miró mejor a la muchacha. Su delgadez y sus grandes pechos le parecían más atractivos que la noche anterior, y también la veía más aterradora, más como una bruja. Sus ojos brillaban muy a la italiana, resaltando su blancura, y Mihály tuvo otra vez la idea consabida, típicamente nórdica, de que todos los italianos, sin excepción, estaban locos y de que eso era lo más fantástico de ellos.

La muchacha cogió su mano otra vez, y siguió diciéndole cosas muy serias.

—Dentro de poco va a recibir una noticia muy mala. Tenga cuidado con las mujeres. Todo lo malo que le ocurre es por ellas. Ay, pobre *signore*... es una persona muy bondadosa, pero no es de este mundo... ¡Ay, Dio mío, pobre *signore*...

Agarró a Mihály, le abrazó y le besó con fervor, con los ojos llenos de lágrimas, como sintiendo lástima por él. János se rió y gritó «bravo». Mihály se sintió avergonzado.

—Venga a verme otra vez, *signor*e —le dijo Vannina—. Venga a vernos, aquí se lo pasará bien. ¿Vendrá otra vez, verdad que sí? ¿Volverá?

—Claro que sí. Si me lo pide así...

—Vuelva, por favor. ¿Sabe qué? Mi prima tendrá pronto un bebé. Ella siempre quiso que el pequeño tuviera un padrino extranjero, porque eso es algo muy elegante. ¿Quiere usted ser el padrino del bambino?

—Sería un honor para mí.

—Prométamelo.

—Se lo prometo.

János era un impostor muy discreto. Ni mencionó el asunto del «negocio». Sólo más tarde, cuando Mihály ya se iba, mandó aparte a la muchacha, y le dijo a él:

—Por favor, Mihály... El señor Pataki desearía que le escribieras una carta, confirmando con todo detalle que le autorizas a iniciar los trámites de divorcio contra tu esposa en tu lugar, y que aceptas que te pague por ello veinte mil dólares en dos entregas. Es que Pataki no confía del todo en mí, algo que por otra parte no me sorprende. Quiere ponerse en contacto directamente contigo. De todas formas, te daré cinco mil liras, como adelanto.

Puso el dinero sobre la mesa, Mihály lo guardó en el bolsillo, muy desconcertado. «Así es —pensó—, así es como se tiran los dados, así se cruza el Rubicón, así de fácil, sin que uno se dé cuenta.»

—Dile también en la carta a Pataki —dijo Szepetneki— que has recibido el dinero que te mandó a través de mí, sin mencionar la suma en concreto, ya comprendes, para que no parezca un recibo o una contrato mercantil, pues eso sería algo muy poco elegante.

Mihály lo comprendió enseguida. Calculó mentalmente cuánto se habría quedado Szepetneki de la suma destinada para él. Quizás el cincuenta por ciento, en ningún caso más. No importa, está bien que se gane lo suyo.

—Bueno, que Dios te acompañe —dijo János—. Yo, por mi parte, he acabado lo mío, y mañana me voy. La última noche la voy a pasar con Vannina, es una muchacha excelente. Ven a verla, cuando yo ya no esté.

3

Cada vez hacía más y más calor. Mihály estaba acostado, desnudo, sobre su cama, pero no podía dormir. Desde que había aceptado el dinero de Pataki y escrito aquella carta no encontraba su lugar.

Se levantó, se aseó y se fue a pasear en la noche calurosa de verano. Pronto llegó a la antigua fuente de Acqua Paola, y se deleitó con el rumor del agua. La fuente cumplía su tarea con quietud atemporal, vanidad y orgullo bajo el resplandor de la luna. Se acordó de un escultor húngaro bajito que había conocido en el Collegium Hungaricum a través de Waldheim. El escultor había venido caminando desde Dresde a Roma, en donde entró por la vía Flaminia, que Mihály conocía desde el instituto, como la vía de entrada habitual de los gloriosos extranjeros, siempre procedentes del norte. La primera noche de su estancia en la ciudad aquel escultor subió a la colina del Gianicolo. Esperó hasta que echasen a todo el mundo del parque y cerraran la puerta. Entonces, escaló el muro y lo saltó para dormir allí dentro, entre los matorrales, en lo alto de Roma, con la ciudad a sus pies. Al amanecer, se levantó, se quitó la ropa y se bañó en la pila de la fuente de Acqua Paola, en esas aguas tan antiguas.

Así entra en Roma un conquistador. Aquel escultor bajito, quizás, no sería nadie, quizás su destino fuera pasar hambre eternamente, y quién sabe qué más. Sin embargo, era un conquistador, sólo le faltaba su ejército, «un poquito de buena suerte, nada más». Su camino vital, sin embargo, era ascendente, aunque se aniquilase en la subida. El camino de Mihály es descendente, aunque fuera a sobrevivir, aunque sobreviviera a todo, aunque fuera a tener una vejez tranquila y aburrida. Llevamos dentro de nosotros la dirección de nuestro camino, así como dentro de cada uno brillan las eternas estrellas de nuestro destino.

Mihály estuvo vagabundeando durante un buen rato por la colina del Gianicolo, por las orillas del Tíber y por los callejones del Trastevere. Era noche cerrada, pero era una noche a la manera de las noches de estío italianas, donde siempre hay gente despierta en algún sitio, martilleando o cantando —este pueblo desconoce la somnoliencia de los norteños, su tiempo sagrado, dedicado al sopor—, y uno se tropieza de repente con una pandilla de niños que están jugando a las canicas, entre las tres y las cuatro de la madrugada, o con una barbería que abre a las tres y media, para afeitar a unos jóvenes alegres, a unos jóvenes novios.

Por el Tíber navegaban unos remolcadores, lentamente, a la manera clásica, hacia Ostia; no parecían naves, sino ilustraciones de su manual de latín del instituto, que adornaban la palabra *Navis, navis*. En uno de los barcos, un hombre tocaba la guitarra, una mujer lavaba sus medias y un perrito ladraba, y detrás del barco navegaba el otro, el buque-fantasma, la isla tiberina, que los antiguos habían construido con forma de nave, puesto que no se fiaban de su inmovilidad, y que

seguramente alguna vez salía a hacer sus excursiones nocturnas, navegando hacia el mar, con el hospital y sus agonizantes a cuestas.

La luna estaba anclada en la otra orilla, encima de las ruinas enormes y abrumadoras del teatro Marcello, y a Mihály le pareció que desde la sinagoga vecina salían en fila unos judíos ortodoxos, ancestrales, con largas barbas, llevando un sudario. Descendieron a las orillas del Tíber y echaron sus pecados al río, entonando sus lamentaciones en voz baja. En el cielo, tres aviones estaban dando vueltas, acariciándose los costados con sus halos de luz, y luego desparecieron en dirección a los Castelli Romani, para reposar sobre las rocas como grandes aves.

Irrumpió un camión enorme, con un ruido infernal. «Ya es el alba», pensó Mihály. Desde el camión, saltaron unos hombres vestidos de gris oscuro, con sorprendente rapidez, para entrar corriendo tras una puerta con forma de arco que se abría delante de ellos. Se oyó el sonido de un cencerro, y apareció, cantando, un pastorcito, acompañado de su vaca maravillosa, al estilo de Virgilio.

Se abrieron las puertas de una taberna, dos obreros se acercaron hasta él, y le pidieron que les invitase a unas copas de vino tinto y que les contara la historia de su vida. Mihály pidió el vino tinto, les acompañó a beber, pidió también queso, pero no contó la historia de su vida, por dificultades lingüísticas obvias. Sin embargo, sintió una profunda amistad hacia estos hombres, que seguramente percibían su soledad y su abandono, le acogían en sus corazones y le decían cosas bellísimas que él, desgraciadamente, no entendía. De repente le entró miedo de ellos, pagó y se fue corriendo.

Se encontraba en el barrio del Trastevere. En los callejones, su alma se llenó otra vez con las imágenes de la muerte violenta, como tantas veces durante su adolescencia, cuando «jugaban» en casa de los Ulpius. ¡Qué irresponsabilidad la de haber establecido una conversación con aquellos obreros! Lo hubiesen podido matar, tirarlo al Danubio, al Tíber, por sus treinta florines. Estar aquí, vagando a estas horas por el barrio del Trastevere, donde lo pueden matar a uno tres veces en cada portal, antes de que pueda abrir la boca. Qué locura... ¡qué locura también ese algo que anida en su alma y que le empuja hacia el pecado y hacia la muerte!

Se encontraba delante de la casa donde vivía Vannina. La casa estaba a oscuras, era una pequeña casa italiana, con el techo plano, con las ventanas arqueadas, bordeadas de ladrillos. ¿Quiénes vivirán aquí? ¿Qué hechos dormirán en la oscuridad de esta casa? ¿Qué horrores podían ocurrirle si entraba? A lo mejor, Vannina... Sí, Vannina... Claro, por algo le estuvo invitando con tanta insistencia la última vez que lo vio... Vannina sabía probablemente que János le había entregado mucho dinero. Todos sus novios acabaron en la cárcel... Claro, Vannina lo haría... Si él lo supiera con seguridad, entraría ahora mismo.

Se quedó allí, delante de la casa, durante un largo rato, sumido en sus delirios enfermizos. De repente, sintió un cansancio insoportable, y la misma nostalgia que

le había acompañado en sus viajes por Italia, de estación en estación. Su cansancio le indicaba que ya estaba cercana la última estación.

4

Al día siguiente, Mihály recibió una carta. La letra le resultaba familiar, muy familiar, pero no sabía de quién era, aunque sentía que era una infamia no saberlo. La carta era de Erzsi. En ella, le decía que estaba en Roma, porque quería hablar con él sin falta, para tratar un asunto muy importante para él. Mihály la conocía lo suficiente como para saber que no se trataba de un capricho femenino, que su orgullo de mujer no le permitía buscar un contacto con él si no fuese para defender sus intereses en un asunto muy delicado, porque a pesar de todo creía que le debía todavía eso a él. Así que le rogaba que fuese a su hotel, por la tarde.

Mihály no sabía qué pensar. Temía el encuentro con Erzsi, se sentía culpable, ahora más que nunca, y no podía ni imaginar lo que ella quería de él. Pero vencido por el sentimiento de haber ofendido tanto a Erzsi hasta el punto de que ya no podía ofenderla más, no podía dejar de acudir a la cita. Cogió su sombrero nuevo que ya había comprado con el dinero enviado por Pataki, y se dirigió al hotel donde ella se hospedaba.

Le hizo saber que había llegado, y ella bajó un ratito después, saludándole sin sonreír. La primera impresión de él fue que no podía esperar nada bueno de este encuentro. Erzsi alzó las cejas y no las bajó más, y eso era una señal de enfado. Estaba guapísima, alta y elegante hasta la médula, aunque parecía un ángel con la espada flamígera desenvainada... Salieron del hotel codo con codo, en silencio, después de haberse hecho las preguntas de rigor sobre el viaje de ella y la salud de ambos.

—¿Adonde quieres que vayamos? —preguntó Mihály.

—Me da lo mismo. Hace calor. Vamos a sentarnos en alguna cafetería.

Los helados, los zumos de naranja trajeron un alivio momentáneo. En un ratito estaban ya hablando del asunto.

—Escúchame, Mihály —dijo Erzsi, con furia reprimida—, ya sabía que eres un inútil, y que no tienes ni idea de cómo son las cosas de este mundo, pero pensaba que tu idiotez tenía ciertos límites.

—Esto empieza bien —dijo Mihály. Sin embargo, en su interior estaba bastante contento de que Erzsi lo considerara un idiota y no un impostor.

Seguramente ella tenía razón.

—¿Cómo has podido escribir esto? —preguntó Erzsi, y puso sobre la mesa la carta que Mihály había escrito a Pataki, siguiendo las instrucciones recibidas de Szepetneki.

Mihály se ruborizó, y sintió tal cansancio, debido a su vergüenza, que no pudo ni decir palabra.

—Di algo —le gritó Erzsi, en su condición de ángel con la espada flamígera desenvainada.

—¿Qué quieres que te diga, Erzsi? —dijo Mihály, muy despacio—. Tú eres inteligente, sabes muy bien por qué he escrito eso. Necesitaba el dinero, no quiero volver a Budapest, tengo miles de razones para ello..., y ésta era la única manera de conseguir dinero.

—Estás loco.

—A lo mejor. Pero no me digas que es inmoral. No me cuentes que soy una especie de chulo. Eso ya lo sé. Si sólo has venido a Roma para decirme eso, con el calor que hace...

—Qué diablos vas a ser un chulo —replicó Erzsi, muy enfadada—. Si al menos lo fueras... Pero sólo eres un idiota.

A continuación, se calló.

«No debería hablarle en ese tono —pensó—. Al fin y al cabo, ya no soy su esposa...»

Al rato, Mihály le preguntó:

—Dime, Erzsi, ¿cómo ha llegado esta carta a tus manos?

—¿Cómo? ¿Todavía sigues sin entender? Te han tomado el pelo, entre János Szepetneki y el infame de Zoltán. Él sólo quería que manifestaras por escrito tu falta de carácter. De inmediato me mandó la carta, después de sacar una copia notarial que tiene en su poder.

—¿Zoltán? ¿Zoltán hace esas cosas? ¿Copias notariales y cosas así, que a mí no se me ocurrirían jamás? ¿Cosas tan infames?... No comprendo.

—Claro que no comprendes —dijo Erzsi, más suave—. Tú no eres un chulo, sólo eres un idiota. Y Zoltán, lamentablemente, lo sabe demasiado bien.

—Si él me había escrito una carta tan bondadosa...

—Sí. Zoltán es muy bondadoso, pero también es muy listo. Tú no eres bondadoso, pero eres un idiota.

—Pero, ¿para qué hace todo eso?

—¿Para qué? Porque quiere que yo regrese con él. Me quiere demostrar el tipo de hombre que tú eres. No cuenta con que yo lo sé desde hace mucho tiempo, antes que él, y con que también conozco la vileza que se esconde detrás de su bondad, su apego y su ternura. Si sólo se tratase de conseguir que yo volviera con él, entonces habría obtenido todo lo contrario de lo que pretendía, y para eso no vale la pena ser tan listo. Pero no se trata solamente de eso.

—Dime de qué más.

—Escúchame —dijo Erzsi, mientras que en su rostro el enfado dejaba paso al susto—. Zoltán quiere acabar contigo, Mihály, quiere hacerte desparecer de la faz de la tierra.

—¡Qué va! Para eso, tampoco él es tan listo. ¿O qué te crees?

—Mira, Mihály, no sé exactamente lo que piensa hacer, puesto que tampoco soy tan astuta como él, así que sólo intuyo sus intenciones. Para empezar, hará todo lo posible para desacreditarte ante tu familia. Algo que no le va a ser difícil, por lo

menos al principio, pues ya te puedes imaginar la cara que va a poner tu padre o que ha puesto ya, leyendo esta carta.

—¿Mi padre? ¿No pensarás que se la va a enseñar a él?

—Claro que sí, estoy segura de ello.

Mihály se asustó muchísimo. Sintió un miedo horrible, adolescente, hacia su padre, el miedo ancestral de perder la buena voluntad del padre. Dejó el vaso de zumo de naranja en la mesa, y se cogió la cabeza con las dos manos. Erzsi comprendía sus motivos, eso ya lo sabía. Pero a su padre no se lo podría explicar nunca. Ante su padre, perdería su honor de una vez para siempre.

—Trabajará incansablemente hasta convencer a toda la ciudad de Budapest —continuó Erzsi—. Te creará una fama tal que no podrás ni salir a la calle. Dios mío, ya sé que ese acto inmoral que pensabas cometer no es tan inmoral, ni es una cosa tan rara. Hay muchos hombres en la ciudad de Budapest que de alguna forma han vendido a sus esposas, y siguen conservando su honor, sobre todo si ganan mucho, y si la bendición de Dios les acompaña en los negocios, pero Zoltán se las sabrá arreglar para que los que dirigen la opinión pública, la gente de la prensa y demás, presenten el asunto de tal manera que no puedas ni siquiera salir a la calle. Vas a tener que quedarte en el extranjero, algo que a ti no te importará mucho, pero que tu familia apenas podrá financiar, puesto que Zoltán seguramente hará todo lo posible para arruinar la compañía de tu padre.

—¡No me digas eso, Erzsi!

—Claro que sí. Por ejemplo, buscará la manera de obligarme a sacar mi dinero de la compañía; si todo esto sale a la luz, yo estaré obligada a hacerlo, tu padre mismo me obligará, y eso, ya de por sí, será una desgracia para vosotros.

Callaron durante largo rato.

—Si por lo menos supiera —dijo Mihály después— por qué me odia tanto... Antes fue tan comprensivo y tan exculpador que aquello no parecía normal.

—Justamente por eso te odia tanto ahora. No puedes ni imaginar qué resentimientos se escondían detrás de su bondad, qué odio desesperado había detrás de su perdón. Él mismo seguramente creía que te había perdonado, hasta que se le presentó la ocasión de vengarse. Se portó como la bestia que han criado con leche y que de repente descubre la carne...

—Siempre lo he tenido por un hombre blando, pusilánime...

—Yo también. Pero te confieso que ahora que deja entrever esas características suyas, tan a lo Shylock, me atrae más que antes. Ahora me parece un hombre hecho y derecho...

Callaron otra vez.

—Dime —empezó Mihály—, seguramente tienes algún plan, alguna orientación de lo que debería, de lo que deberíamos hacer. Me imagino que para eso has venido a Roma.

—Antes que nada, quería prevenirte. Zoltán cree que caerás en sus otras trampas con la misma ingenuidad con que has caído en ésta, sin sospechar nada de nada. Por ejemplo, te va a ofrecer un puesto de trabajo espléndido para que vuelvas a tu casa. Para que estés en Budapest cuando el escándalo estalle. Pero tú, ahora, no debes regresar, bajo ningún concepto. Y también te quiero proteger de un amigo tuyo... Ya sabes cuál.

—¿János Szepetneki?

—Sí.

—¿Cómo le has encontrado en París?

—Nos hemos visto a través de amigos comunes.

—¿Le has visto muchas veces?

—-Sí. Bastante a menudo. Zoltán también lo conoció a través de mí.

—¿Qué piensas de János? ¿Crees que es muy particular?

—Sí, es muy particular.

Lo admitía con tanto esfuerzo que Mihály tuvo una ligera sospecha. «¿Será verdad? Qué raro sería...» Pero enseguida se despertó su enorme discreción, y mató su curiosidad: «Si es posible que sea así, no debo hablar más de János Szepetneki.»

—Muchas gracias, Erzsi, por haberme prevenido. Tú eres muy buena conmigo, y sé que no me merezco tu bondad. No creo que nunca te puedas volver contra mí, como lo ha hecho Zoltán Pataki.

—Yo tampoco lo creo —dijo Erzsi, muy seria—. No siento ningún deseo de venganza contra ti. Tampoco tengo razones para vengarme.

—Siento que quieres decirme algo más. ¿Qué otra cosa debería hacer?

—Tengo que prevenirte sobre otro asunto, pero es muy delicado, pues lo podrías interpretar mal, de una forma equivocada. Podrías pensar que me lo hacen decir los celos.

—¿Los celos? No soy tan engreído. Sé que he actuado de tal manera que no tengo ningún derecho a que sientas celos por mí.

En su interior, sabía que no le resultaba indiferente a Erzsi. Si lo hubiese sido, ella no habría ido a Roma. Sin embargo, sentía que su condición de caballero exigía no darse cuenta de que Erzsi todavía sentía cierta atracción por él. También exigía lo mismo su comodidad de hombre.

—Dejemos eso... dejemos mis sentimientos a un lado... —observó Erzsi, muy enfadada— puesto que no tienen nada que ver con el asunto. Bien... cómo decirte, mira, Mihály, yo sé muy bien por qué y por quién estás en Roma, me lo dijo János. A él, esa persona le ha escrito, diciendo que os habíais encontrado.

Mihály bajó la cabeza. Sintió que a Erzsi le dolía muchísimo que él amara a Eva, pero ¿qué podía decirle? ¿Qué podía hacer para remediar lo que era irremediable?

—Así es, Erzsi. Está bien que lo sepas. Ya conoces la historia. En Ravena te conté todo lo que se puede saber de mí. Todo está como tiene que estar. Ojalá no te afectara tanto...

—Deja eso, por favor. Yo no te he dicho que me afectase en absoluto... De verdad, no se trata de eso. Pero, dime, ¿sabes quién es esa mujer? ¿Sabes la vida que lleva?

—No lo sé. Nunca he querido saber nada.

—Escúchame, Mihály. Siempre he admirado tu despreocupación, pero empiezas a traspasar ciertos límites. Nunca he oído una cosa semejante: un hombre enamorado de una mujer que no quiere saber cómo es ella...

—Lo único que me interesa saber es cómo era, cómo era ella en aquellos tiempos, en casa de los Ulpius.

—Quizás tampoco sepas que ella no se quedará aquí por mucho tiempo más. Logró engatusar a un joven inglés que se la lleva a la India. Se van en unos días.

—Eso no es verdad.

—Sí que es verdad. Mira esto.

Erzsi sacó otra carta de su bolso. Era una carta de Eva que estaba dirigida a János. En ella, Eva contaba brevemente que se iba a la India, y que no tenía intención de regresar a Europa.

—¿No lo sabías? —preguntó Erzsi.

—Has ganado —le respondió Mihály. Se levantó, pagó y salió del local. Se olvidó incluso del sombrero.

Afuera, se tambaleó de manera salvaje y aturdida, apretando las manos contra el corazón. Un rato después, se dio cuenta de que Erzsi estaba a su lado, llevando el sombrero en la mano.

Ella había cambiado totalmente de actitud, estaba sumisa, asustada, tenía los ojos llenos de lágrimas. Era casi conmovedor ver a aquella mujer alta, digna, con esa actitud de jovencita, casi de niña, su manera dócil de seguirle, sin decir palabra, llevando el sombrero en la mano. Mihály sonrió y cogió su sombrero.

—Gracias —dijo, y besó la mano de Erzsi. Ésta acarició tímidamente el rostro de Mihály.

—Si no escondes más cartas en tu bolso, quizás podríamos ir a cenar —dijo Mihály, suspirando.

Durante la cena hablaron poco, pero con intimidad y con ternura. Erzsi intentaba consolarle y ser comprensiva con él; Mihály se mostraba tierno a causa de su dolor y por la cantidad de vino que había bebido, debido a ese dolor. Sintió lo mucho que le quería todavía Erzsi, se dio cuenta de lo feliz que él sería si pudiese quererla a ella, si pudiese librarse de su pasado y de sus muertos. Pero sabía que eso no era posible.

—Erzsi, yo soy inocente en el fondo de mi alma de lo que a los dos nos concierne —le dijo—. Ya sé que es fácil decir eso. Pero tú sabes todo lo que hice, todo el esfuerzo que realicé durante años para conformarme con mi vida, y sabes también que cuando creía que ya todo estaba en orden, que ya había hecho las paces con el mundo, me casé contigo para hacerme un regalo. Entonces comenzaron a acecharme todos los demonios, mi juventud, la nostalgia, la rebeldía. No hay

remedio para la nostalgia. Quizás no hubiera tenido que venir a Italia. Este país fue construido con la nostalgia de reyes y de poetas. Italia es el paraíso terrenal, pero solamente como lo veía Dante: el paraíso terrenal, visto desde la cima del monte del Purgatorio es solamente una estación transitoria, un aeropuerto hacia el más allá, desde donde parten las almas hacia los lejanos círculos celestiales, como cuando Beatriz se quita el velo, y su alma siente el inmenso poder de los antiguos deseos...

—Sabes de sobra, Mihály, que el mundo no permite que uno se entregue a sus nostalgias.

—No, no lo permite. El mundo no permite ninguna desviación de la norma, ninguna fuga, ninguna rebeldía, y tarde o temprano le envía a uno a su Zoltán correspondiente.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé. ¿Cuáles son tus planes, Erzsi?

—Regresaré a París. Ya lo hemos aclarado todo. Creo que es hora de que me vaya. Saldré mañana temprano.

Mihály pagó y acompañó a Erzsi hasta su hotel.

—Me gustaría pensar que vas a estar bien —le dijo en el trayecto—. Dime algo para tranquilizarme.

—No estoy tan mal como tú te piensas —le dijo Erzsi, y su sonrisa fue realmente orgullosa y feliz—. Sigo viviendo una vida plena, y quién sabe qué cosas maravillosas me aguardan todavía. En París me he encontrado a mí misma, y lo que buscaba en el mundo. Sólo siento que te hayas quedado fuera de mi vida.

Ya estaban delante del hotel de Erzsi. Antes de despedirse, Mihály la miró bien. Sí, Erzsi estaba muy cambiada. No sabía si para bien o para mal. No era la misma mujer refinada de antes, había en ella algo roto, algo descuidado, que se manifestaba también en su ropa, y en el hecho de que, a la manera de las parisinas, se pintara demasiado. Erzsi parecía algo más vulgar, y de alguna manera irradiaba la presencia de un hombre extraño en su vida, de un hombre misterioso y envidiable. O quizás de János, de su enemigo... Ese algo nuevo en la mujer de antes, tan conocida, la hacía extraordinariamente atractiva e inquietante.

—¿Qué vas a hacer ahora, Mihály?

—No lo sé. No tengo ganas de volver a mi casa, por miles de razones, y tampoco tengo ganas de estar solo.

Se miraron por un instante con aquella mirada de cómplices que tuvieron durante el año que habían pasado juntos, y no dijeron nada, sino que subieron deprisa a la habitación de Erzsi.

En ambos se había despertado la pasión que les había mantenido unidos de manera tan atormentadora, siendo Erzsi todavía la esposa de Zoltán. De la misma manera que entonces, ahora también los dos trataban de defenderse de esa pasión que habitaba en ellos, pero el deseo era más fuerte, y con esa resistencia éste se hacía todavía más salvaje. Se unían a través de esa gran resistencia: todo lo que había

sucedido entre ambos, más las ofensas en apariencia irremediables los separaban terriblemente, pero quizá por eso la pasión que les empujaba el uno hacia el otro se hacía todavía más fuerte. Mihály descubrió de nuevo, con la misma maravillosa alegría de siempre, el cuerpo de Erzsi —un cuerpo que deseaba con más fuerza que a cualquier otro—, lo tierno de Erzsi, lo salvaje de ella, el ser nocturno que no se parecía en nada a la Erzsi que se mostraba en sus palabras y actos diurnos; descubrió el ser nocturno de una Erzsi apasionada, enamoradiza y sabia en amores. Ella, por su lado, disfrutaba viendo cómo podía sacar a Mihály de esa indiferencia letárgica en la que él vivía la mayor parte de su tiempo.

Se miraron relajados y felices, muy cansados y muy satisfechos, bastante sorprendidos. Sólo entonces se dieron cuenta de lo que había pasado entre los dos. Erzsi se echó a reír.

—No te imaginabas eso esta mañana, ¿verdad?

—Yo no. ¿Y tú?

—Yo tampoco. Bueno, no lo sé. Venía pensando en que no me disgustaría.

—¡Erzsi! ¡Eres la mejor del mundo!

Mihály lo pensaba de verdad. Le conmovía su calor femenino, sentía gratitud y una felicidad infantiles.

—Sí, Mihály, es verdad. Contigo siempre tengo que ser buena. Siento que a ti no te puedo hacer ningún daño.

—Dime una cosa... ¿No deberíamos intentar el matrimonio otra vez?

Erzsi se puso seria. Esperaba la pregunta, también la deseaba oír por pura vanidad erótica... Pero ¿acaso sería posible?... Miraba a Mihály, sin saber qué decir, examinándolo.

—Tenemos que intentarlo otra vez —insistió Mihály—. Nuestros cuerpos se entienden tan bien. Por lo general, suelen tener razón. La voz de la naturaleza... ¿Tú no lo ves así?... Lo que hemos estropeado con nuestras almas podemos remediarlo con nuestros cuerpos. Debemos intentar otra vez una vida en común.

—¿Por qué me has abandonado si... eso es así?

—Por pura nostalgia, Erzsi. Pero ahora siento como si me hubiese liberado de un hechizo. Es cierto que me gustaba ser un esclavo, ser un condenado. Pero ahora me siento fuerte y sereno. Yo tengo que estar contigo, de eso estoy seguro. Claro que esto es egoísmo. Hay que saber si sería también lo mejor para ti.

—No lo sé, Mihály. Yo te amo a ti mucho más de lo que tú me amas, y me temo que me causarías mucho sufrimiento. Tampoco sé cómo sigues con lo de esa otra mujer.

—¿Con Eva? ¿Creerás que ni siquiera he hablado con ella? Sólo siento un deseo nostálgico por ella. Es una enfermedad del alma. Me curaré de ello.

—Cúrate primero, luego hablaremos.

—Bien. Ya verás lo pronto que será. Duerme bien, cariño.

Pero Mihály se despertó en medio de la noche. Tendió la mano para alcanzar la de Eva, y sólo cuando cogió la mano que había encima de la manta, se dio cuenta de

que era la mano de Erzsi, así que la soltó lleno de remordimientos. Pensó, con amargura, tristeza y cansancio, que Eva era totalmente distinta. Hacia Erzsi, le empujaba a veces un deseo intenso, pero ese deseo se satisfacía, y luego no quedaba nada más, sólo la aceptación sobria y aburrida de los hechos. Erzsi era deseable, bondadosa, inteligente y todo lo demás, pero le faltaba el misterio.

Consummatum est. Erzsi era el último lazo que le mantenía unido al mundo de los seres humanos. Ahora sólo existe la que no está: Eva, Eva... y cuando Eva se haya ido, sólo quedará la desaparición.

Erzsi, por su parte, se despertó al amanecer, y pensó:

«Mihály no ha cambiado, pero yo sí. Antes, él significaba para mí la gran aventura, la rebeldía, lo extraño, lo misterioso. Ahora ya sé que Mihály simplemente se deja raptar por unos poderes extraños. El no es un tigre, o, por lo menos, hay otros tigres mejores que él: János Szepetneki. Y otros que todavía no conozco. Si Mihály quiere volver conmigo ahora, es justamente porque busca en mí el orden burgués, la seguridad, y todo aquello de lo que yo quería huir cuando me junté con él. No, no tiene ningún sentido. Ya me he curado de Mihály.»

Se levantó, se aseó y empezó a vestirse. Mihály también se despertó, y se dio cuenta enseguida de cómo estaban las cosas; él también se vistió, desayunaron casi sin intercambiar palabra, Mihály acompañó a Erzsi al tren, y agitó repetidamente la mano en un saludo de despedida. Ambos sabían que todo había terminado entre ellos desde aquel momento.

5

Los días posteriores a la marcha de Erzsi fueron terribles. Waldheim también se fue a Oxford, y Mihály se quedó completamente solo. No tenía ganas de nada, ni siquiera salía de casa, pasaba los días acostado, vestido, sobre la cama.

El contenido de las noticias que Erzsi le había traído iba penetrando en su cuerpo como un veneno. Pensaba mucho en su padre, cada vez con mayor preocupación, en lo que estaría sufriendo por su comportamiento y por las amenazas en el terreno financiero. Se imaginaba al viejo, sentado a la cabecera de la mesa familiar, desanimado, en el momento de la cena, retorciéndose el bigote o frotándose las rodillas con tristeza, intentando aparentar como si no tuviese ningún problema, deprimiendo a todos con unos chistes forzados a los cuales nadie respondería, sino que todos callarían y comerían deprisa para poder escaparse cuanto antes de la tortura de la convivencia familiar.

Cuando lograba olvidarse de su padre, se acordaba de Eva. Pensaba en que ella iba a partir a tierras lejanas, inalcanzables, quizás para siempre, y eso se le hacía insoportable. Era también terrible que ella no quisiera saber nada de él, porque la vida era soportable sabiendo que vivían en la misma ciudad y que se podían encontrar por casualidad o que la podía ver por lo menos desde lejos, pero en cuanto ella se fuera a la India no quedaría nada para Mihály, absolutamente nada.

Una tarde recibió una carta de Foligno: una carta de Ellesley.

Estimado Mike,

Le tengo que dar una noticia muy triste. El páter Severinus, aquel monje de Gubbio, se puso muy grave. La verdad es que padecía tuberculosis desde hacía ya tiempo, y hace poco llegó a una fase en que ya no podía seguir más en el convento, y lo trajeron aquí, al hospital. Durante las horas en que ni la enfermedad ni sus ejercicios espirituales le mantenían ocupado, tuve ocasión de charlar con él, y adquirir así una impresión sobre su mundo anímico tan maravilloso. Creo que en los siglos pasados a este hombre le habrían venerado como a un santo. Elpáter Severinus habló mucho de usted y con gran cariño, me contó —qué sorprendentes son los caminos de la Providencia— que ustedes eran amigos de infancia y que se querían muchísimo desde siempre. Me pidió que se lo hiciera saber a usted si se producía lo inevitable, lo que hago ahora con esta carta, puesto que el páter Severinus murió anoche. Estuvo consciente hasta el último momento, rezando con los frailes que le acompañaban, hasta que falleció.

Estimado Mike, si usted creyera como yo en la vida eterna, tomaría esta noticia con calma y con tranquilidad, puesto que confiaría en que su amigo está ahora donde la vida terrenal se completa con la máxima dignidad: en el infinito.
Escríbame alguna carta y no se olvide del todo de su amigo: Ellesley
PD: Millicent Ingram recibió el dinero sin problemas, considera que sus excusas son ridículas entre amigos, le manda saludos y quiere que sepa que piensa en usted con cariño. También le tengo que dar la noticia de que ella es ahora mi novia.

Era un día especialmente caluroso. Por la tarde, Mihály estuvo vagabundeando, atontado, por el parque Borghese, luego se acostó pronto y se durmió enseguida, pero se despertó otra vez.

En su duermevela, vio un paisaje abrupto y agreste delante de sus ojos, un paisaje familiar: se preguntó dónde había visto aquel valle estrecho, aquellos árboles espectrales, aquellas ruinas estilizadas, quizás lo hubiera visto todo en el viaje de Bolonia a Florencia, desde el tren, en aquel trayecto magníficamente bello, o quizás en sus andanzas, cerca de Spoleto, o bien en un cuadro de Salvatore Rosa, en algún museo. El paisaje tenía un aspecto siniestro y decadente, como también el hombrecillo, el viajero que lo atravesaba —apoyado en su bastón— bajo el resplandor de la luna. Mihály sabía que aquel viajero caminaba por paisajes cada vez más abandonados, debajo de árboles animados, al lado de ruinas estilizadas, horrorizado por tormentas y lobos; y quizás no hubiese en el mundo otra persona que viajara en medio de una noche así, de una soledad tan grande.

Llamaron a su puerta. Mihály encendió la luz y miró su reloj. Era medianoche pasada. ¿Quién puede ser? Seguramente ni han llamado. Se dio la vuelta en la cama.

Llamaron otra vez. Se levantó nervioso, se puso algo y salió. Eva estaba en la puerta.

Mihály se hallaba tan sorprendido que se olvidó incluso de saludar.

Son así las cosas: uno desea ver a alguien de manera obsesiva, decadente, situado en los límites del infierno y de la muerte, busca a ese alguien, lo persigue en vano, y su vida se desgasta por esa nostalgia. Desde que estaba en Roma, esperaba ese instante, se preparaba para ello constantemente, aunque pensara que quizás nunca volvería a hablar con Eva. Y de repente aparece, y entonces uno se encuentra allí, con su bata barata que intenta cerrar sobre su pecho, avergonzado, despeinado, sin afeitar, igualmente azorado por su habitación, deseando que no estuviese allí la persona que tanto había anhelado ver.

Pero a Eva todo eso no le importaba. Entró en la habitación de Mihály, sin saludar y sin esperar a que la invitaran a entrar, se sentó en un sillón, y se quedó mirando fijamente delante de ella.

Mihály la siguió, arrastrando los pies.

Eva no había cambiado nada. El amor salvaguarda un instante, el instante en el que nació, y la persona amada no cambia, no envejece, sigue teniendo diecisiete años a

los ojos del enamorado, y su cabello y su vestido ligero de verano revolotean con el mismo viento que soplaba en aquel momento fatídico.

Mihály estaba tan aturdido que no supo hacer otra cosa que preguntar:

—¿Cómo sabías mi dirección?

Eva hizo un gesto de nerviosismo.

—He llamado a tu hermano, a Budapest. Mihály, Ervin ha muerto.

—Lo sé —dijo Mihály.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó Eva.

—Me escribió Ellesley, el médico que, creo, tú también conociste una vez en la casa de Gubbio donde estaba abierta la puerta de los muertos.

—Sí, me acuerdo.

—Él cuidó a Ervin en sus últimas horas, en el hospital de Foligno. Aquí está la carta.

Eva leyó la carta y se quedó pensando un rato.

—¿Te acuerdas de su abrigo gris, enorme? —preguntó— ¿Aquel que siempre llevaba con el cuello levantado, y de que siempre caminaba con la cabeza agachada?

—Era como si su cabeza caminara delante de él, como si lo arrastrara, como esas serpientes que echan la cabeza hacia adelante siguiéndola con su cuerpo... ¡Y cuánto fumaba! Se fumaba todo lo que le ofrecías.

—Y qué dulce y tierno se ponía cuando estaba de buen humor o cuando bebía...

El páter Severinus había desaparecido, y aquel muerto de Foligno era tan sólo Ervin, el muchacho extraño, el amigo, el recuerdo más bonito de su juventud.

—Sabía que estaba muy enfermo —dijo Mihály—. Traté de convencerle de que se sometiese a tratamiento médico. ¿Crees que hubiese tenido que insistir más? ¿Quizás hubiera tenido que quedarme en Gubbio, no marcharme hasta que no resolviese lo del tratamiento?

—Creo que el páter Severinus hubiese permanecido ajeno a nuestros cuidados, a nuestra ternura y a nuestras preocupaciones. Para él, la enfermedad no era como para las demás personas, no era una desgracia, sino quizás un regalo. No lo sabemos, ni lo fácil que ha sido, a lo mejor, morirse para él.

—Tenía cierta rutina en la práctica de la muerte: durante los últimos años de su vida no se ocupaba de otra cosa, según creo.

—Sin embargo, quizá para él haya sido terrible morir. Hay muy poca gente que muera por su propia muerte, como... como Tamás.

La luz naranja, cálida, de la pantalla de la lámpara se reflejaba en el rostro de Eva, y esa cara parecía exactamente la misma que ella tenía en casa de los Ulpius, cuando ellos jugaban, y Tamás y Mihály morían por o para ella. ¿Qué fantasías o qué recuerdos jugarían en ella ahora? Mihály apretó la mano contra su corazón doliente que latía muy fuerte, y pensó en mil cosas a la vez: en el recuerdo de los juegos de antaño, en su propio placer enfermizo, en las estatuas de los etruscos en la Villa Giulia, en las explicaciones de Waldheim sobre el otro deseo y la muerte-hetaira.

—Eva, tú mataste a Tamás —dijo.

Eva se estremeció, la expresión de su rostro cambió por completo, y puso la mano sobre su frente.

—¡No es así! ¡No es así! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Eva, tú mataste a Tamás.

—No, Mihály, te lo juro que no. No lo maté yo..., no se puede interpretar así. Tamás se suicidó. Se lo conté todo a Ervin, y él, como sacerdote, me dio la absolución.

—Cuéntamelo a mí también.

—Sí, te lo voy a contar. Escúchame. Te contaré cómo murió Tamás.

La mano de Eva estaba fría como el hielo al tocar la de Mihály, y él se estremeció, el corazón le pesaba como nunca. Iban a descender a su mina interior, a través de galerías y pozos, a través de lagos salados subterráneos hasta llegar a la cueva más escondida, donde, en el centro de la noche, habitaban el secreto y el monstruo.

—¿Te acuerdas, verdad, de cómo ocurrió? De mi pretendiente y de lo agresivo que se puso mi padre, y de que yo le pedí marcharme unos días con Tamás, antes de casarme.

—Me acuerdo, sí.

—Nos fuimos a Hallstatt. Tamás propuso el lugar. Cuando llegamos, comprendí por qué. No sabría decirte cómo... Era una ciudad ancestral, negra, muerta, al lado de un lago de aguas oscurísimas. En Italia también hay ciudades de montaña, pero aquélla era mucho más oscura, mucho más terrible, un lugar donde la única posibilidad era la muerte. Tamás me dijo, ya en el viaje, que iba a morir pronto. ¿Te acuerdas, verdad, de la oficina, de que no se resignaba a tener que separarse de mí? ¿Y te acuerdas también de cómo deseaba la muerte, de que no quería morir por casualidad, sino que se preparaba para ello?

»Ya sé que cualquier otra persona hubiera tratado de convencerle, que hubiese mandado telegramas para pedir ayuda a los amigos, que se hubiese dirigido a la policía, a algún médico, qué sé yo. Yo también pensé que debía hacer algo, que debía pedir socorro a gritos. No lo hice, pero vigilaba cada paso de Tamás, desesperadamente. De repente comprendí, por una iluminación o algo así, que Tamás tenía razón. Cómo fue, no te lo puedo decir... pero tú sabes lo cerca que estábamos el uno del otro, sabes que yo siempre sabía lo que le pasaba, y allí me di cuenta con claridad de que no se le podía ayudar... Si no se mataba allí y en aquel momento, se mataría en otro sitio y en otro momento, no muy lejano, y si yo no estaba a su lado, moriría solo, y eso sería terrible para los dos.

»Tamás se dio cuenta de que me había resignado, y me dijo el día en que ocurriría. Ese día dimos un paseo en barco por el lago muerto, pero por la tarde se puso a llover, y nos metimos en nuestra habitación. Nunca había existido un día de otoño tan otoñal como aquél, Mihály.

»Tamás escribió su carta de despedida, con palabras banales que no explicaban sus razones. Luego, me pidió que le preparara el veneno y que se lo diera...

»¿Por qué me necesitaba a mí para eso?... ¿Por qué lo hice?... Tú lo sabes, tú comprendes, quizás seas el único en saber, en comprender, tú, que has jugado tanto con nosotros...

»Nunca he sentido ni el más mínimo remordimiento desde entonces. Tamás quería morir, y yo no podía impedirlo, ni tampoco quería, porque sabía que era mejor para él. Hice bien en concederle su último deseo, y nunca me arrepentí de ello. Si no hubiese estado, si no le hubiese dado el veneno yo, quizás habría sufrido durante horas, habría dudado, al final lo habría tomado de todas formas, y habría muerto avergonzado, temeroso por su cobardía. Pero así se mató valientemente, sin dudar ni un ápice, porque jugó a que yo le mataba, representando la obra que tantas veces habíamos ensayado en casa.

»Se acostó tranquilizado, y yo me senté al lado de su cama. Cuando le entró aquel sueño mortal, me abrazó y me besó. Me estuvo besando hasta que sus brazos no pudieron abrazarme más. No eran besos de hermano, Mihály. En esos momentos ya no éramos hermanos, sino que éramos dos personas: una iba a seguir viviendo, y la otra se moría..., en esos momentos no había ya nada prohibido entre nosotros.

Se mantuvieron callados durante largo rato.

—Dime, Eva, ¿por qué me has hecho llegar el mensaje de que no te buscara? —preguntó Mihály, de repente—. ¿Por qué no quieres verme?

—¿No lo ves, Mihály, no lo comprendes, no ves que no es posible? Cuando estamos los dos juntos, no estamos solamente nosotros... Tamás puede aparecer en cualquier momento. Y ahora también Ervin... No puedo estar contigo, Mihály, no puedo.

Se levantó.

—Siéntate un momento, por favor —dijo Mihály, tan bajito como sólo en los momentos de más conmoción suele hablar la gente—. ¿Es verdad que te vas a la India? —le preguntó—. ¿Te vas para largo tiempo?

Eva asintió con la cabeza.

Mihály se frotaba las manos con nerviosismo.

—¿Es verdad que te vas y que no te volveré a ver?

—Es verdad, sí. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Sólo puedo hacer una cosa: morir por propia muerte. Como... como Tamás.

Callaron.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Eva finalmente.

—Muy en serio. No tiene ningún sentido que me quede en Roma. Menos todavía que me vaya a casa. Nada tiene sentido ya.

—¿No se podría hacer algo por ti? —preguntó Eva, sin estar muy convencida.

—No. Bueno, sí. Algo podrías hacer por mí, Eva.

—Dime.

—No me atrevo a decírtelo, es tan difícil.

—Dímelo, por favor.

—Eva, estáte a mi lado cuando muera, como estuviste al lado de Tamás.

Eva se quedó pensativa.
—¿Lo harás? ¿Lo harás, Eva? Sólo te pido eso, y ya no te pediré nada nunca más.
—Bien.
—¿Me lo prometes?
—Te lo prometo.

6

Erzsi regresó a París. Llamó por teléfono a János, que vino a buscarla, para ir a cenar juntos. A Erzsi le parecía que Szepetneki estaba distraído, y eso no le gustaba mucho. Esa sospecha se hizo más patente cuando János le dijo:

—Esta noche cenamos con el persa.

—¿Cómo? ¿Nuestra primera noche?

—Pues sí, pero no puedo hacer nada. Insistió mucho, y ya sabes, tengo que complacerle.

Durante la cena, János estuvo callado, y la conversación se desarrolló entre Erzsi y el persa.

Este se puso a hablar de su país. Allí el amor seguía siendo un oficio difícil y romántico, el joven enamorado todavía estaba obligado a trepar por muros de tres metros de altura, a esconderse en el jardín de su amada, a esperar los momentos en que ella pasase por allí con su dama de compañía. Sólo entonces podían intercambiar algunas palabras, pero el joven se jugaba la vida.

—¿Y eso es bueno? —preguntó Erzsi.

—Sí, muy bueno —respondió el persa—. Muy pero que muy bueno. Uno aprecia más las cosas por las que tiene que aguardar, luchar y sufrir. Muchas veces pienso que los europeos no saben lo que es el amor. En cuanto a la técnica amorosa, estoy seguro de que la desconocen.

Sus ojos brillaban, sus gestos eran exagerados pero elegantes; eran gestos sin domesticar, gestos verdaderos.

—Me encanta que haya vuelto, Madame —dijo de repente—. Temía que se quedara en Italia. Hubiera sido una lástima, hubiera sido una verdadera lástima para mí.

Erzsi, para agradecer esas palabras, puso su mano sobre la del persa. Debajo de su mano, la mano del persa se contrajo, y se transformó en una garra. Erzsi se asustó y retiró su mano.

—Quisiera pedirle algo —dijo el persa—. Acepte un pequeño regalo de mi parte, por favor. Quisiera expresarle el placer que siento por su regreso.

Sacó de su bolsillo una *tabatière* de oro, cincelada.

—En realidad, es una cajita para el opio —dijo—. Pero también sirve para el tabaco.

—No sé si debo aceptarlo —dijo Erzsi, desconcertada.

—Claro que sí. Lo debe aceptar porque a mí me causa con ello un gran placer. Lo debe aceptar porque yo no soy europeo, y en mi país la gente hace regalos con más facilidad, para expresar sus sentimientos y porque para nosotros es un placer cuando se aceptan los regalos que hacemos. Acéptelo, por favor, simplemente porque yo soy Luthpali Suratgar, y porque no se sabe cuándo volverá a ver un pajarraco como yo.

Erzsi miró a János, como preguntándole qué debía hacer. La tabatiere le gustaba mucho, le agradaría aceptarla. János le dijo que sí, con la mirada.

—Bueno, pues acepto su regalo —dijo Erzsi—, y le doy las gracias por ello. No sé si lo hubiera aceptado de otra persona, pero lo acepto de usted, porque no se sabe cuándo volveré a ver un pajarraco como usted.

El persa pagó la cena de los tres. Erzsi se puso un tanto nerviosa por ese detalle. Le parecía que János estaba ofreciéndola al persa en bandeja, como si fuera su *manager*, por decirlo así, y como si él estuviera retirándose con discreción. Rechazó ese pensamiento. Seguramente, János estaba otra vez sin dinero, y por eso dejaba que pagara el persa. O bien habría insistido el persa, con su generosidad oriental. De todas formas, en París la costumbre dictaba que pagase una sola persona.

Por la noche, János se acostó pronto, y Erzsi tuvo tiempo de reflexionar.

«Con János, la cosa se está acabando, eso es obvio, y no me da ninguna pena. Lo que hay de interesante en él me lo sé de memoria. Siempre he tenido miedo de él, de que me matara, de que me robara, pero parece que he pasado miedo en vano, y eso me decepciona un poco. ¿Quién será el siguiente? ¿Quizás el persa? Parece que le gusto.»

Estuvo pensando en cómo sería el persa en la intimidad. «El sí, él es seguramente un tigre, un verdadero tigre, una luz llameante en los bosques de la noche. ¡Cómo le brillan los ojos! Debe de dar miedo. Sí, debe de dar miedo. Tendría que probar. Existen tantos terrenos desconocidos en el amor, tantos secretos, tantas maravillas, tantos paraísos...»

Un par de días más tarde, el persa les invitó a una excursión en coche a París Plage. Se bañaron en el mar, cenaron y regresaron cuando ya era de noche.

El viaje se prolongaba, y el persa, que conducía, se mostraba cada vez más inseguro.

—Dime, ¿hemos visto este lago al venir? —le preguntó a János.

János miraba la oscuridad con una expresión llena de dudas.

—Lo habrás visto tú. Yo no lo he visto.

Se detuvieron y estudiaron el mapa.

—Sólo el diablo sabe dónde estamos. Yo no veo ningún lago por aquí.

—Ya decía yo que el conductor no debería haber bebido tanto —dijo, muy enfadado.

Continuaron por el mismo camino, muy inseguros. No había nada ni nadie por los alrededores.

—El coche no anda bien —dijo János—. ¿Te fijas en los ruidos que hace de vez en cuando?

—Sí, es verdad.

Según avanzaban, los ruidos se hacían cada vez más fuertes.

—¿Tú entiendes de mecánica? —preguntó el persa—. Porque yo no entiendo nada. Para mí, la mecánica de los coches sigue siendo una cosa diabólica.

—Párate, y miraré qué pasa.

János se bajó del coche, levantó la tapa del motor y empezó a examinarlo.
—Es la correa del ventilador, está hecha polvo. ¿Cómo puedes tenerla así? Deberías revisar tu coche de vez en cuando.
De repente, János soltó una palabrota.
—¡Hostia! ¡Se ha roto la correa! ¡Vaya lío en que nos hemos metido!
—¿En qué nos has metido?
—Vaya lío en que nos hemos metido todos. De aquí no salimos hasta que no encontremos una correa nueva. Podéis bajar, si queréis.
Bajaron. Empezaba a llover, Erzsi se abrochó su impermeable.
El persa seguía enfadado e impaciente.
—¡Diablos! ¿Qué vamos a hacer ahora? Estamos aquí, en medio de la carretera, o de algo que a lo mejor no es ni una carretera.
—Por allí parece que hay una casa —dijo János—. Vamos a probar suerte.
—¿A estas horas? A estas horas todos los franceses del campo están ya durmiendo, y los que estén despiertos no querrán saber nada de unos extranjeros sospechosos.
—Se ve que tienen la luz encendida —dijo Erzsi, señalando la casa.
—Vamos a intentarlo —dijo János.
Cerraron el coche y se acercaron a la casa. Ésta se encontraba en una colina, y se hallaba rodeada por un muro, pero la puerta estaba abierta. Entraron y subieron.
Era una casa señorial, en la oscuridad parecía un castillo en miniatura, con una *marquise* pronunciada, y con líneas nobles, al estilo francés.
Llamaron a la puerta. Una vieja campesina asomó la cabeza por una rendija. János le explicó la situación en la que se encontraban.
—Ahora mismo avisaré a los señores.
En un ratito, salió a recibirles un francés de mediana edad, vestido de forma campestre. Les examinó de arriba abajo, mientras János le exponía la situación. Poco a poco, el rostro del francés iba volviéndose más alegre y amistoso.
—Bienvenidos a casa, señoras y señores. Entren, por favor, ahora hablaremos de los detalles.
Les hizo entrar en una sala de aspecto antiguo, al estilo de las casitas de los cazadores, donde se encontraba una mujer al lado de la mesa, bordando. Seguramente su esposa. El hombre le explicó en breve la situación, e hizo sentar a los huéspedes.
—Para nosotros, su desgracia significa una suerte —dijo la mujer—. No saben ustedes qué aburridas son las noches de provincia. Pero la finca no se puede abandonar en este momento del año, ¿verdad que no?
Erzsi no se encontraba muy bien. El castillo no parecía muy real, o parecía demasiado real, como una puesta en escena naturalista. «Estos dos están aquí desde siempre sentados debajo de la lámpara, sin decir palabra, esperando, o bien sólo han salido a escena cuando hemos llegado.» Tuvo la impresión de que algo fallaba.

Resultó que el pueblo más cercano, donde a lo mejor podrían encontrar un garaje, estaba a tres kilómetros, pero la pareja anfitriona no tenía a nadie a quien mandar, porque los sirvientes dormían aquella noche en la granja.

—Quédense a dormir esta noche —propuso la mujer—. Tenemos habitaciones para los tres.

Pero János y el persa insistían en que tenían que estar en París aquella misma noche.

—A mí me están esperando —dijo el persa, subrayando con una sonrisa discreta que se trataba de una dama.

—No hay otro remedio —dijo János—, uno de los dos tiene que ir andando hasta el pueblo. Tres kilómetros no son tanto. Por supuesto iré yo, puesto que la correa la estropeé yo.

—¡Qué va! —dijo el persa—. Iré yo, porque sois mis invitados, y yo tengo que arreglar las cosas por los tres.

—Vamos a echarlo a suertes —propuso János.

La suerte quiso que fuera János.

—Ahora mismo estoy de vuelta —dijo János, y salió.

El anfitrión trajo vino de su propia cosecha. Se sentaron alrededor de la mesa, bebieron y charlaron casi en silencio, escuchando el ruido persistente de la lluvia en las ventanas.

Erzsi sintió que todo era cada vez más irreal. Ya no sabía ni de lo que hablaban sus anfitriones. Estarían, seguramente, exponiendo los detalles de su vida campestre, de una manera lenta y monótona, como la lluvia. O bien la lluvia era tan monótona que sentía cómo si la estuviera acunando. Tenía la sensación de no pertenecer a nadie, de encontrarse en el fin del mundo, sentada en un castillo francés que no conocía en absoluto, y donde había llegado sin ninguna razón aparente, de la misma manera que podría estar sentada en el otro extremo del mundo, en otro castillo, también sin ninguna razón aparente.

Tuvo la sensación de que era la mirada del persa la que la acunaba, al mirarla tan suavemente, como acariciándola. Era una mirada dulce, cálida y conmovida, muy diferente a la mirada de los ojos europeos, azules y fríos. Los ojos del persa parecían los de un animal, pero daban sensación de seguridad. Parecían acunarla. «Sí, este hombre ama a las mujeres... pero no de una manera gratuita... no las ama por ser él un hombre, sino por ser ellas mujeres amables y que merecen ser amadas. En definitiva, las ama como un verdadero amigo de los perros ama a los perros. Y quizás eso es lo máximo que una mujer puede desear», pensó.

En el estado de duermevela en que se encontraba, se dio cuenta de que tenía la mano del persa en la suya, debajo de la mesa, y que la estaba acariciando.

El persa no se delató ni con el menor movimiento. Hablaba con los anfitriones con mucha educación. Al mismo tiempo, Erzsi sentía que el hombre se encandilaba por completo, que se transformaba en un volcán, y ella esperaba que entrase en

actividad de un momento a otro. El persa aguardaba con paciencia, quizás no tenía ningún plan, a aquellas horas de la noche...

«Quizás se imagina que yo también soy una de aquellas damas persas inalcanzables. ¡Dios mío, debería salir a dar una vuelta por el jardín!, pero está lloviendo.»

Llamaron a la puerta. La vieja campesina hizo entrar a un jovencito que los anfitriones conocían. El joven les contó que János había llegado hasta el pueblo cercano, pero que allí no había encontrado la correa apropiada, y además se había torcido el tobillo, por lo que había considerado que lo mejor sería pasar la noche en la casa del médico, un hombre muy simpático. Pedía, por favor, que le fueran a buscar en cuanto hubiesen arreglado el coche.

Se sorprendieron con la noticia, y luego constataron que en esas circunstancias lo mejor sería que se acostaran, puesto que ya era medianoche pasada. La anfitriona les acompañó al primer piso. Después de comprobar, de una manera muy discreta, que Erzsi y el persa no formaban pareja, les designó dos habitaciones independientes, y luego se despidió. Erzsi se despidió a su vez del persa y entró en su habitación, donde la vieja campesina le hizo la cama y le deseó las buenas noches.

Como si todo hubiese estado previsto. Erzsi ya no dudaba de que todo había sido preparado por adelantado. Seguramente, János había planificado aquella puesta en escena que estaban representando en su honor. El problema con el coche, el pequeño castillo cercano, el accidente de János, y ahora el último acto con final feliz.

Miró a su alrededor en la habitación. Cerró la puerta cuidadosamente, y luego sonrió, la habitación tenía otra puerta que no tenía llave. La abrió con cautela, y al otro lado encontró una habitación a oscuras. Al otro lado de la habitación a oscuras había otra puerta, con un halo de luz que se filtraba por debajo. Se acercó en silencio. En aquella habitación alguien andaba de un lado a otro. Se acordó de la ubicación de las habitaciones, según venían por el pasillo, y constató que aquélla era la habitación del persa. Éste seguramente no había cerrado su puerta. Vendría cómodamente a su habitación. Además, era natural, después de la intimidad que habían mantenido allí abajo. Regresó a su habitación.

En el espejo vio lo sonrojada que estaba. János la había vendido al persa, y éste la había comprado como quien compra una ternera: a ella, le había dado la *tabatière*, como adelanto (que tras llevarla a tasar, Sari constataría que era mucho más valiosa de lo que ella en un primer momento se había imaginado), y a János le habría pagado al contado. Se sentía profundamente humillada y muy furiosa. Habría podido amar al persa de verdad, pero así..., si la trataba como si fuera una mercancía... «¡Qué idiotas son los hombres! Con eso lo había estropeado todo.

»¿Por qué me venden todos? Mihály me vendió a Zoltán, exponiendo el trato en una carta, y ahora János me vende al persa, y sólo Dios sabe si el persa no me

venderá luego a un griego o a un armenio. ¡Para colmo, me venden hombres a quienes no pertenezco en absoluto!»

Se rompía la cabeza por saber qué había en ella para que los hombres la vendieran. Quizás ella no tuviera la culpa, sino los hombres con los que se había encontrado, Mihály y János; quizás fuera por el hecho de que los dos amasen a Eva, una mujer que se vende, y quizás no pudieran imaginar otra cosa...

«En unos segundos entrará el persa, y querrá cerrar el trato, de la manera más natural del mundo. ¡Qué cochinada! Tendría que hacer algo —pensó—. ¿Bajar y buscar a la anfitriona, montar una escena, pedir protección? Sería ridículo, puesto que los anfitriones son gente comprada por el persa. ¿Quiénes serán? Interpretaron muy bien sus papeles, quizás sean actores, puesto que el persa está metido en el negocio del cine.» Iba y venía sin decidirse.

Quizás estuviera equivocada. Quizás el persa no tuviera ninguna intención de entrar.

Se dio cuenta de que sería al menos igual de humillante si el persa no quisiera entrar.

Si entrara... Quizás sería menos ofensivo y humillante. El persa sabía muy bien que le gustaba a Erzsi, ella le había dado señales que se podían interpretar como una invitación a entrar. No vendría como el que va a visitar a una esclava de su harén, sino como el que va a ver a una mujer que le ama y a quien él también ama, a quien puede amar, puesto que ha vencido todos los obstáculos. ¿Que la habían vendido? Pues sí, la habían vendido. Sin embargo, el hecho de que los hombres pagasen sumas elevadísimas por ella no era nada humillante, al contrario, resultaba halagador, porque los hombres sólo pagan por algo que tenga muchísimo valor para ellos... De pronto, empezó a quitarse la ropa.

Se detuvo delante del espejo, y estuvo mirando, muy satisfecha, sus hombros, sus brazos, como parte del todo, del todo que los hombres consideran de «muchísimo valor». La idea le parecía divertida. ¿Valía la pena? Si vale la pena para ellos...

Un rato antes, en la salita, había deseado muchísimo los abrazos del persa. No era un deseo directo, se trataba más bien de curiosidad, del deseo por lo exótico. Antes no pensaba que pudiera satisfacerse. Y dentro de poco iba a experimentar con todo el cuerpo aquel fuego volcánico que había intuido en el persa. «¡Qué raro, qué espantoso es estar preparándose así, estar esperando así!»

Se sentía temerosa y excitada. Iba a ser la gran noche de su vida. El propósito, la culminación, hacia la cual llevaban todos los caminos. Por fin, iba a dejar atrás todo tipo de convencionalismos aburguesados, todo lo que todavía conservaba de su vida en Budapest, y en algún lugar perdido de Francia, en una noche profunda, en un castillo antiguo se iba a entregar a un hombre que la había comprado, se iba a entregar a un animal exótico y salvaje, perdiendo por completo su carácter de dama de sociedad, a la manera de una odalisca oriental de la Biblia o de *Las mil y una noches*. Ese deseo siempre había estado presente en el fondo de sus fantasías, ya

desde la época en que engañaba a Zoltán con Mihály... Y su instinto había elegido bien, puesto que su viaje con Mihály le había traído hasta aquí.

Y ahora, aquí estaba el hombre que podía ser el definitivo. El verdadero tigre. Lo exótico en persona. El profesional del arte amoroso. En unos minutos lo sabría. Se estremeció. ¿Hacía frío? No, es que tenía miedo.

Se volvió a poner la blusa. Se detuvo al lado de la puerta que conducía a la habitación de al lado, y se llevó las manos al corazón, con aquel gesto simplón pero sincero que había visto tantas veces en las películas.

En su imaginación apareció el secreto: sin cuerpo, sin cabeza, de una manera aterradora. El secreto oriental, el secreto de los hombres, el secreto del amor; quién sabía qué movimientos y actos aterradores, horripilantes y desgarradores le iba a traer este hombre desconocido, diez veces más desconocido que cualquier otro; quién sabía si no se iba a aniquilar ella en sus brazos, como se aniquilan las mujeres mortales en los brazos de los dioses. Quién sabía qué tipo de horrores secretos...

De repente se superpuso otra vez en ella toda su condición de señora bien educada, de dama de buena sociedad, de estudiante excelente, de mujer ahorradora, de todo aquello de lo que había intentado huir. No, no, no se atrevería... El miedo le hizo fuerte y astuta. En cuestión de segundos, arrastró todos los muebles delante de la puerta que no se podía cerrar, incluso la cama enorme y pesada, llorando, tragándose las lágrimas. Luego, se acostó en ella, cansadísima.

Justo en el mejor momento: en la habitación de al lado, se escuchaban los pasos suaves del persa. Éste se encontraba al otro lado de la puerta, escuchando a su vez. Intentó abrirla.

La puerta, obstruida con todos los muebles de la habitación, se resistía. El persa no hizo ningún esfuerzo.

—Elisabeth —dijo, muy bajito.

Erzsi no le respondió. El persa intentó abrir la puerta otra vez, probablemente empujándola con el hombro. Los muebles se movieron ligeramente.

—¡No se atreva a entrar! —gritó Erzsi.

El persa se detuvo, hubo un silencio momentáneo.

—Elisabeth, abra la puerta —dijo el persa, en un tono más alto.

Erzsi no le respondió.

El persa dijo algo que ella no entendió, y empujó la puerta con toda su fuerza.

—¡No se atreva a entrar! —gritó Erzsi.

El persa dejó de empujar.

—Elisabeth —repitió, y su voz sonaba desde muy lejos.

Al cabo de un rato dijo:

—Buenas noches —y regresó a su habitación.

Erzsi se acostó en su cama, vestida, y los dientes le castañeteaban. Lloraba, y se sentía cansadísima. Era el instante de la clarividencia, cuando uno comprende su vida entera. No quería pintar las cosas más bonitas de lo que eran, sabía que el

verdadero motivo por el cual no había permitido entrar al persa no era porque le molestaran las circunstancias humillantes, ni siquiera porque ella fuera una dama decente, sino porque era una cobarde. El secreto que había estado buscando se había aproximado a ella, y ella prefirió salir corriendo. Había sido una burguesita toda su vida, y lo seguiría siendo ya para siempre.

Si el persa volviese, le dejaría entrar... No se iba a morir, no iba a suceder nada horrible, qué tontería todo aquel susto infantil. Si el persa regresase, se acabaría todo ese cansancio, se acabaría todo, todo...

Pero el persa no regresó. Erzsi se quitó la ropa, se acostó y se durmió.

Durmió un par de horas. Cuando se despertó, afuera estaba amaneciendo. Eran las tres y media. Saltó de la cama, se lavó las manos y la cara, se vistió y salió al pasillo, con mucha cautela. No lo pensó dos veces, simplemente supo que tenía que escapar de allí. Sabía que no debía ver otra vez al persa. Sentía vergüenza, y estaba feliz por haberse salvado. Estaba contenta, y cuando pudo abrir la enorme puerta de la casa que tenía el pestillo echado, pero que no estaba cerrada con llave, cuando pudo atravesar el jardín y salir a la carretera, sin que nadie la viera, se sintió valiente, a la manera de una adolescente, y tuvo la sensación de haber sido ella la vencedora, a pesar de su cobardía, de haber conseguido lo que ella quería.

Corrió, llena de felicidad, a lo largo de la carretera, hasta que llegó a un pueblecito. En el pueblo había una estación de ferrocarril, bastante cercana, desde la que salía un tren al alba hacia París, que solían tomar las verduleras que iban a vender sus mercancías. Era todavía muy temprano, cuando llegó a la ciudad.

Llegó a su hotel, se acostó y se durmió profundamente; estuvo durmiendo, feliz, hasta el atardecer. Cuando se despertó, tuvo la sensación de haber despertado definitivamente de un sueño largo y hermoso, pero aterrador. Cogió un taxi y se fue a ver a Sari, aunque hubiese podido tomar el autobús o el metro. Sin embargo, con el despertar, también se había acabado su manía ahorradora.

Le contó todo a Sari, con el abierto cinismo que caracteriza a las mujeres cuando se cuentan sus historias de amor. Sari acompañaba la historia con breves gritos y con palabras llenas de sabiduría.

—Y ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó al final, con ternura, como queriendo consolar a Erzsi.

—¿Qué voy a hacer? ¿Todavía no lo has adivinado? Volver con Zoltán. Por eso he venido a verte.

—¿Vas a volver con Zoltán? ¿Para eso lo has abandonado? ¿Crees que ahora será mejor? No puede decirse que lo ames especialmente. No te entiendo, pero tienes razón. Tienes toda la razón. Yo también haría lo mismo si estuviera en tu lugar. Hay que asegurarse en esta vida, y tú, a tu edad, no has nacido para vivir una vida de estudiante en París y para cambiar de amante como si con eso fueras a vivir.

—Claro que no he nacido para eso. Así que... Ves, ya sé a qué se debía todo aquel susto de anoche. Pensé a dónde me iba a llevar todo eso. Después del persa, vendría

un venezolano, luego un japonés o un africano... Pensé que si empezaba con ese tipo de vida, no pararía nunca, que ni siquiera el mismísimo diablo me podría detener... Eso sí que no. No es posible que me convierta en una de esas mujeres... ¿verdad? Eso es lo que me asustó, yo misma, el pensar de lo que sería capaz, en lo que me podría ocurrir todavía. Pues no, eso sí que no. Tiene que haber algo para detener a una mujer. Y para eso el mejor es Zoltán.

—Claro que sí, ya lo creo. Lo mejor de lo mejor. Es rico, bueno, te adora, no entiendo cómo lo has podido abandonar. Escríbele ahora mismo, haz las maletas, y vete. Erzsi, querida... Qué suerte tienes. Te echaré mucho de menos.

—No, no le escribiré yo. Le escribirás tú.

—¿Te da miedo que no quiera saber nada de ti?

—Qué va, eso es lo último que yo temería. No quiero escribirle porque no es necesario que sepa que vuelvo con él huyendo, no hace falta que sepa que él es para mí la única solución. Prefiero que crea que él me ha dado lástima, para que no se le suba el orgullo a la cabeza.

—Tienes toda la razón.

—Le escribirás, y le dirás que tú me has intentado convencer para que vuelva con él, y que piensas que yo estaría dispuesta, pero que por orgullo no quiero decirlo. Que lo mejor sería que él viniera a París, y que tratara de hablar conmigo. Que tú prepararás el terreno. Escribe una carta ingeniosa, Sari, querida... Puedes estar segura de que Zoltán se portará contigo como un caballero.

—Magnífico. Ahora mismo voy a escribir la carta, ahora mismo. Oye, Erzsi, cuando estés otra vez en Budapest, y seas otra vez la esposa de Zoltán, me podrías enviar de vez en cuando un par de zapatos o dos pares. Ya sabes, son mucho más baratos, mucho mejores, más finos y duran más.

Foied vinom pipafo, cra carefo (Hoy bebo vino, mañana no habrá). El vino se había acabado, se había acabado aquel misterioso fluido interior que despierta a uno cada mañana, que le brinda la ilusión de que vale la pena levantarse. A medida que el vino se acababa, crecía desde el fondo del mar oscuro, la laguna conectada en sus profundidades con el océano, el otro deseo, contrario a la vida y más poderoso.

El germen que había quedado en él de Tamás crecía y se hacía realidad. Ahora crecía en él esa cosa, su propia muerte, y se alimentaba de sus propios fluidos vitales, pensaba por él mismo y razonaba a través de sus pensamientos, absorbía la belleza que él contemplaba, se hacía cada vez más presente y más entera, y quería salir al mundo como una realidad.

Escribió una carta a Eva, diciéndole la fecha: «El sábado por la noche.» Eva le respondió: «Allí estaré.»

Sólo eso. La respuesta de Eva, corta, reducida a un *matter-of-fact*, le sorprendió; para ella, ¿sólo se trataba de eso? ¡La rutina de la muerte! ¡Qué espanto!

Sintió que el frío se apoderaba de él, un frío extraño y enfermizo, como cuando la anestesia local hace adormecer una parte del cuerpo, y nuestro propio cuerpo se nos vuelve extraño y espantoso: se atrofiaba así en él todo lo que había sido Eva. Mihály conocía bien esas pausas amorosas, esos huecos, cuando de pronto en medio de lo más ardiente del amor, sentimos una total indiferencia por la persona amada, y miramos, sorprendidos, su bello rostro extraño, preguntándonos si es la misma mujer... Mihály sintió esa pausa, ese hueco, más fuertemente que nunca. Eva se había enfriado.

Pero entonces, ¿qué iba a pasar con la dulzura, a semejanza de Tamás, de los últimos instantes?

Tuvo una sensación anímica extraña y atemporal, y constató que el gran acto empezaba decididamente mal.

Llegó el sábado por la tarde. Se tenía que enfrentar al grave problema de cómo pasar las próximas horas. ¿Qué hace uno en estos momentos, cuando ya nada tiene sentido? «Las últimas horas de un suicida», tal expresión, que ahora se le aplicaba a él, le resultaba todavía más extraña que haber constatado, en otros momentos pasados que «estaba embriagado de amor» o que «no podía vivir sin ella». Qué horror que los hechos y los momentos más importantes de nuestras vidas sólo se puedan describir mediante las expresiones más banales, y que probablemente tales momentos sean, efectivamente, los más banales. Es entonces cuando somos exactamente iguales a los demás. Mihály «se disponía a prepararse para la muerte», como haría cualquiera que supiese que tenía que morir pronto.

No podía hacer otra cosa, no podía quedarse fuera de las leyes de la vida, tenía que conformarse con los convencionalismos incluso en sus últimos momentos. Escribiría

su carta de despedida, como se debe hacer. No estaría bien que no se despidiera de su padre y de su madre. Les escribiría.

El primer momento de dolor fue ése, cuando se acordó de la carta de despedida. Hasta entonces sólo había sentido malhumor, cansancio y hastío, estando envuelto en una especie de neblina donde brillaba con su luz fosforescente, verdosa y misteriosa, el desenlace tan deseado de los últimos instantes y el recuerdo de Tamás. Sin embargo, al pensar en sus padres sintió un dolor muy fuerte, un dolor vivo, nítido. La neblina se disipaba, y Mihály sintió pena por sus padres, por él mismo, de una manera tonta, sentimental, absurda. Sintió vergüenza, y sacó su pluma estilográfica para anunciar su decisión, con una disciplina ejemplar, con indiferencia, al mismo tiempo que con palabras amables, de manera tranquila, con superioridad, con la rutina de la muerte.

Se sentó a la mesa, con la pluma estilográfica en la mano, y esperó a que le llegaran las frases pensadas con una disciplina ejemplar, cuando de repente llamaron a la puerta. Mihály se estremeció, sobrecogido. A aquella casa apenas llegaba gente, ¿quién podía ser justo ahora? Por un momento, tuvo unos presentimientos inconcebibles. La dueña no estaba en casa. No, no abriría la puerta, ya no tenía ningún sentido, ya no tenía nada que ver con nadie.

Sin embargo, llamaban cada vez con más insistencia e impaciencia. Mihály se encogió de hombros, como diciendo: «¿Qué voy a hacer, si insisten tanto?», y salió a abrir. Sintió también cierto alivio.

Para su gran sorpresa, encontró en la puerta a Vannina, con otra joven italiana. Iban vestidas como para una fiesta, llevaban un pañuelo negro de seda en la cabeza, y estaban mucho más aseadas de lo habitual.

—Ah —dijo Mihály—, encantado de recibirles —y luego empezó a balbucear, puesto que no entendía la situación y no hablaba bastante bien el italiano como para disimular su confusión.

—Venga con nosotras, *signor*e —le dijo Vannina.

—¿Yo? ¿A dónde?

—Pues ¡al bautizo!

—¿Qué bautizo?

—Al bautizo del *bambino* de mi prima. ¿No ha recibido usted mi carta?

—No, no he recibido ninguna carta. ¿Usted me ha escrito una carta? ¿Cómo ha sabido mi nombre y mi dirección?

—Me lo dijo su amigo. Aquí está, me lo puso por escrito.

La joven sacó un papel arrugado, Mihály reconoció la letra de Szepetneki. «Entre col y col, lechuga» ponía en el papel en húngaro, y luego venía la dirección de Mihály.

—¿Han enviado la carta a ese nombre? —preguntó Mihály.

—Sí. Nos resultaba un nombre muy raro. ¿No ha recibido la carta?

—Se lo juro que no. No entiendo por qué, pero entren, por favor.

Entraron en la habitación de Mihály. Vannina miró a su alrededor, y preguntó:

—¿La *signora* no está?

—No, yo no tengo *signora*.

—¿De verdad que no? Me quedaría a su lado con mucho gusto... Pero el *bambino* tiene que recibir el sacramento del bautismo. Venga, vamonos enseguida. La gente empieza a llegar, y no se puede hacer esperar al cura.

—Pero... querida... yo... yo no he recibido su carta, lo lamento profundamente, pero no estaba preparado para...

—Bueno, eso no importa. De todas formas, usted no tiene nada que hacer, los extranjeros no tienen nunca nada que hacer. Póngase el sombrero, y vamonos, *avanti*.

—Pero sí que tengo cosas que hacer, muchas cosas... Tengo muchas cosas muy importantes que hacer.

Y se puso muy serio. Se acordó de todo, y se dio cuenta de lo horrible y cotidiano de la situación. Al escribir su carta de despedida, le interrumpen, y le dicen que se vaya a un bautizo. Llegan a su casa, de repente, con asuntos simpáticos y banales, como suele ocurrir, como tantas veces ocurría: llegaban a su casa con asuntos simpáticos y banales, cuando la vida era horrible y sublime, y se tropezaba con asuntos horribles y sublimes, cuando la vida era simpática y banal. La vida no tiene estilo, no tiene forma, o bien es un género mixto.

Vannina se acercó a Mihály, y le puso la mano en el hombro.

—¿Qué cosa tan importante tiene que hacer?

—Pues... Tengo que escribir unas cartas, unas cartas muy importantes.

Vannina le miró fijamente a los ojos, Mihály, molesto, apartó su mirada.

—Será mejor que venga, será mejor para usted —le dijo la muchacha—. Después del bautizo habrá una cena en mi casa para festejarlo. Tomará un poco de vino, y después escribirá, si todavía tiene ganas, esas cartas tan importantes.

Mihály la miró con sorpresa. Se acordó del don de la muchacha para predecir el futuro. Tuvo el sentimiento de que ella adivinaba sus intenciones, que sabía de lo que se trataba. Sintió vergüenza, como un colegial al que pillan en una pifia. Ya no veía nada sublime en su deseo de morir. Se retiraba ante la fuerza mayor, ante lo cotidiano, como siempre. Al cura no se le puede hacer esperar... Cogió algo de dinero, se puso el sombrero y se fue con las dos muchachas.

Sin embargo, cuando permitió que ambas se le adelantaran en el pasillo oscuro, y se quedó atrás, se dio cuenta, de repente, de lo extremadamente idiota que era aquella situación: se dirigía a un bautizo, a casa de unos obreros de baja categoría desconocidos en ese momento decisivo, eso sólo le podía pasar a él. Estuvo a punto de volver corriendo y cerrar la puerta con llave detrás de él. La muchacha se dio cuenta de alguna manera, le tomó del brazo y le arrastró a la calle. Le llevó hacia el barrio del Trastevere como si fuera un ternero. Mihály sentía el mismo placer que en los juegos de su adolescencia, cuando él era la víctima.

En la pequeña taberna ya estaban reunidos los interesados, unas quince o veinte personas. Hablaban todos a la vez, sin parar, también le hablaban a él, pero no entendía nada, puesto que hablaban en el dialecto del Trastevere, y tampoco prestaba mucha atención.

Solamente se despabiló cuando apareció la joven madre con el *bambino* en brazos. Mihály se asustó por lo flaca y fea que era la madre, y por lo amarillo limón que era el *bambino*. Los niños no le gustaban, ni le habían gustado nunca, ni recién nacidos ni mayores, se le hacían seres extraños que le inspiraban miedo, y también las madres le incomodaban. Esa madre y ese recién nacido eran todavía más espeluznantes de lo normal; en la ternura de la madre feísima y en la vulnerabilidad del bebé también feísimo había una parodia diabólica de la Virgen con el Niño, una burla maliciosa del símbolo máximo del hombre europeo. Se trataba de algo decisivo y final, como si la última madre hubiese dado a luz al último niño, y como si toda aquella gente no supiera que ellos eran los últimos seres humanos, la resaca de la Historia, el último gesto, lleno de autoironía, del Dios-Tiempo agonizante.

A partir de ese momento lo vivió todo bajo la perspectiva de la tristeza grotesca del último día y de la última noche. Según caminaban por las calles estrechas, repletas de gente del Trastevere, saludando a los conocidos, según entraron en la iglesia minúscula, según observaba sus gestos extraños, minúsculos y veloces, cada vez se convencía más: «Son ratas. Ratas que viven aquí, entre las ruinas. Por eso son tan veloces, tan feos y tan prolíficos.»

Entretanto, cumplía inconscientemente con sus deberes de padrino. Vannina estaba a su lado y le indicaba lo que tenía que hacer. Al final de la ceremonia, le dio doscientas liras a la madre, y besó —con un esfuerzo enorme— a su ahijado que llevaba ya el nombre de Michele.

«Arcángel San Miguel, defiéndenos en nuestras batallas, sé nuestro protector contra la maldad y las artimañas de Satanás. Que Dios le ordene, te suplicamos, y tú, soberano de las tropas celestes, condena, con la fuerza de Dios, a Satanás y a los demás espíritus malignos que acechan a las almas de este mundo, y que quieren llevarlas a la perdición.»

La ceremonia se prolongó. Luego, regresaron todos a la pequeña taberna. En el patio, ya estaban poniendo las mesas para la cena. Mihály tenía hambre, como de costumbre. Sabía que ya había cumplido con su deber, y que tendría que irse a casa, para escribir las cartas, pero le seducía esa curiosidad culinaria tan fuerte en él, quería saber qué platos populares compondrían una cena tan festiva. «¿Quizás los otros también tuvieran hambre, y quisieran saber qué tipo de pasta iban a comer, a esas alturas de sus vidas?», se preguntó.

La cena estaba buena, la pasta de color verde y con sabor a legumbres que servían era una cosa verdaderamente especial, digna del interés de Mihály. Los anfitriones estaban orgullosos de la carne, puesto que ésta se comía raras veces en el barrio del Trastevere, pero a Mihály no le interesaba la carne, y sólo se animó cuando sirvieron

el queso, desconocido y nuevo para él, toda una experiencia, como cualquier queso en Italia. Durante la cena bebió mucho, sobre todo porque Vannina, que estaba sentada a su lado, le llenaba la copa cada vez que ésta se vaciaba. Como no entendía nada de lo que se hablaba en la mesa, quería participar al menos así de la alegría generalizada.

Sin embargo, no se ponía más alegre con el vino, sino que se volvía más inseguro, extremadamente inseguro. Era ya de noche, Eva se presentaría pronto en su casa... Debería levantarse e irse. Ahora ya nada se lo impedía, salvo esa italiana que no le dejaba ni moverse. Ya todo quedaba tan lejano, Eva, su propósito, su deseo, todo estaba tan lejos, flotando, como una isla flotante en el Tíber nocturno, y Mihály tenía la sensación de ser tan impersonal, tan vegetativo como el madroño que había en el patio, la sensación de tener las mismas hojas colgantes, resecas, en esa última noche que ya no era la suya, sino que era la última noche de la humanidad.

Se había hecho de noche, las estrellas italianas brillaban encima del patio. Mihály se levantó y sintió que estaba completamente borracho. No comprendía cómo había ocurrido, no se acordaba de haber bebido tanto —aunque tampoco había estado controlando la cantidad que tomaba—, y tampoco había oído aquel *crescendo* en la alegría que normalmente precedía a sus borracheras. Se había emborrachado con rapidez.

Dio unos pasos en el patio, luego se tambaleó y se cayó. Resultó muy agradable. Acariciaba el suelo, y se sentía feliz. «Qué bien —pensó—, haber llegado hasta aquí. Ya no me puedo caer.».

Se dio cuenta de que los italianos le levantaban, que le llevaban a la casa, hablando sin parar, mientras él se excusaba humildemente, pidiendo perdón, diciendo que no quería molestar a nadie, y les animaba a que siguieran, por favor, con sus festejos que se prometían excelentes.

Le acostaron en una cama, y él se durmió enseguida.

Cuando se despertó, era noche cerrada y estaba totalmente a oscuras, le dolía la cabeza, pero aparte de eso, se sentía bastante sobrio, sólo el corazón le latía muy fuerte, y se sentía intranquilo. ¿Por qué se habría emborrachado tanto? Seguramente que por el estado anímico en el que se encontraba, cuando empezó a beber, su grado de resistencia fue casi nulo. No se resistía a nada, la italiana hizo con él lo que quiso. ¿Fue acaso la italiana la que deseó que se emborrachara así?

Se puso muy nervioso. Se acordó de la noche en que había estado vagando por las calles de Roma, y luego había llegado hasta aquella taberna, se había detenido delante de la casa, y había imaginado las historias misteriosas y criminales que ocurrían detrás de aquellos muros silenciosos. Aquélla era la casa de los asesinatos. Y en ese momento, él estaba en ella, las paredes callaban por completo, y él se encontraba allí, entregado a la oscuridad, tal como había deseado.

Estuvo echado un ratito, cada vez más nervioso, y luego intentó levantarse. Pero le costaba muchísimo moverse, la cabeza le latía y le dolía. Era mejor quedarse como

estaba. Intentó captar algún ruido. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, sus oídos empezaron a oír ruidos. Había miles y miles de sonidos diminutos, ruidos extraños, cercanos, italianos, por todas partes. La casa estaba despierta a su alrededor. Por debajo de la puerta, se veía una luz tenue.

Si estuvieran planeando algo... ¡Qué locura, haber traído dinero! ¿Dónde lo había puesto? Estaba vestido, el dinero tenía que estar en su cartera. Buscó la cartera. No estaba en su lugar. No estaba en ninguno de sus bolsillos.

Es seguro: le han robado el dinero. Por lo menos doscientas liras. No importa... ¿no querrán otra cosa? ¿Le dejarán marcharse, para que vaya a denunciarles? Estarían locos. No, claro que no, antes le matarán, sin ninguna duda.

Se abrió la puerta, entró Vannina, con una lamparilla en la mano. Miró hacia la cama, y cuando vio que Mihály estaba despierto, puso cara de sorpresa, y se acercó. También dijo algo que Mihály no entendió, pero que sonaba bien.

Puso la lamparilla en la mesilla, y se sentó al borde de la cama. Acariciaba el cabello y la cara de Mihály, le insistía, en italiano, para que se volviera a dormir tranquilamente.

«Claro... quiere que me duerma, para luego... ¡No me dormiré.»

Se acordó, asustado, de la capacidad de convicción que tenía aquella muchacha, y se dio cuenta de que seguramente se dormiría si ella quería. Efectivamente, cerró los ojos, porque ella le acarició, tocándole suavemente las pestañas, y de repente cayó en un estado de sopor.

En su duermevela oyó como si estuvieran hablando en la habitación de al lado. Oía una voz de hombre, refunfuñando, otra voz, la de un hombre que hablaba muy rápido, y la de la muchacha, susurrando en *staccato*. Sin ninguna duda, estaban hablando de cómo le iban a matar. La muchacha quizás le estaba defendiendo, quizás al contrario. Ahora, ahora debería despertarse. Cuántas veces había soñado esto mismo: que se aproximaba algún peligro horrible y que él no se podía despertar, por muchos esfuerzos que hiciese, y ahora su sueño se había hecho realidad. Luego, soñó que algo relampagueaba delante de sus ojos, y se despertó, boqueando.

En la habitación había luz, la lamparilla estaba encendida en la mesilla. Se sentó, y miró a su alrededor, atemorizado, pero no vio a nadie en la habitación. En el cuarto de al lado, se escuchaba todavía la misma conversación, mucho más suave que antes, pero él no conseguía identificar quiénes eran los que hablaban.

El miedo a la muerte le traspasaba por entero. Todo su cuerpo temblaba. Sentía que aquellos hombres se iban a acercar, armados con cuchillos, aquellas ratas. Se frotaba las manos desesperadamente, algo le mantenía clavado en la cama, no podía levantarse ni saltar de ella.

Solamente la lamparilla le calmaba un poco, su llama se movía y proyectaba las mismas sombras sobre la pared que las de la habitación de su infancia. Por la

lamparilla se acordó de la mano de Vannina, tan delicada, que él había contemplado sin reparar en que ella sostenía una luz.

«¿Por qué tengo tanto miedo?», se preguntó sobresaltado. Puesto que iba a suceder lo que tanto había deseado, lo que tanto había planeado. Moriría —pero si él quería morir—, y a su lado estaría, quizas como cómplice, una bella muchacha portadora de secretos, una hetaira de la muerte, como en las tumbas etruscas.

Así que comenzó a desearlo. Los dientes le castañeteaban, los brazos se le dormían por el pánico, pero deseaba que ocurriese. Que se abriera la puerta, que viniese la muchacha, que se acercase a la cama, que le besase, que le abrazase, mientras el cuchillo asesino acababa con su trabajo... que entrase, que le abrazase... que viniese ya... que se abriese la puerta...

Pero la puerta no se abría, afuera cantaron los gallos de la madrugada, en la habitación de al lado no había más que silencio, la lamparilla se había apagado, y Mihály cayó en un sueño profundo.

Llegó la mañana, como cualquier otro día. Se despertó en una habitación llena de luz, muy acogedora, en una habitación llena de luz, donde entró Vannina, y le preguntó si había dormido bien. Era una mañana agradable y corriente, una mañana italiana, de verano. En unas horas llegaría el calor insoportable, pero todavía resultaba agradable. Sólo le atormentaba la resaca del éxtasis de la noche anterior, nada más.

La muchacha le contaba que la noche anterior él se había emborrachado mucho, pero que también había estado muy simpático, que había causado muy buena impresión entre los invitados, que le habían retenido para pasar la noche, porque temieron que no pudiera llegar a su casa por sí solo.

Entonces, Mihály se acordó de Eva, que le habría estado buscando la noche anterior para estar con él cuando... ¿Qué habrá pensado de él? ¿Que había huido, que había huido de sí mismo?

Fue entonces cuando se dio cuenta de que durante la noche anterior, llena de miedos y de visiones, no había pensado en Eva ni una sola vez. La pausa, la mayor pausa de su vida. Qué cosa más extraña, querer morir por una mujer de la que ni se había acordado en una noche tan rara.

Se arregló el traje como pudo, se despidió de los anfitriones y demás personas que estaban en la taberna y que le saludaban como a un viejo conocido muy querido. Cuando el sol entró a raudales por la ventana, no recordaban en absoluto a las ratas, eran proletarios italianos muy honrados.

«¿Éstos son los que me querían matar? —pensó—. La verdad es que probablemente no hayan querido matarme, ni nada de eso. Pero es raro que no me hayan matado, que me demuestren tanto cariño, después de haberme robado la cartera. Bueno... estos italianos son así.»

Sus manos buscaron, automáticamente, la cartera. Ésta estaba donde siempre, encima del corazón, donde los centroeuropeos guardamos —no sin significado

simbólico— nuestro dinero. Se detuvo, muy sorprendido, y sacó la cartera del bolsillo. Estaba intacta, con las doscientas liras y algunas monedas de diez.

«A lo mejor, me devolvieron la cartera mientras dormía..., aunque eso no tendría ningún sentido. Es más probable que nunca me la hayan robado.» Que hubiera estado en su bolsillo todo el tiempo, incluso cuando él constató que había desaparecido. Mihály se resignó. No era la primera vez en su vida que veía las cosas del revés, que el blanco le parecía negro, que sus impresiones y creencias eran totalmente ajenas de la realidad exterior.

Vannina le condujo hasta la puerta, y le acompañó un rato, hacia el Gianicolo.

—Venga a vernos otro día. Tiene que visitar alguna vez al *bambino*. Un padrino tiene obligaciones que no puede dejar desatendidas. Venga a vernos otro día. Muchos días. Siempre...

Mihály le entregó las doscientas liras a la muchacha, la besó en la boca, y se marchó.

8

Llegó a su habitación. «Descansaré un poco, y luego decidiré lo que quiero, decidiré si quiero lo que quiero, y solamente entonces le escribiré a Eva. Mi situación con respecto a ella se ha vuelto un tanto absurda, y si le digo por qué no he regresado anoche a casa, a lo mejor ni se lo cree, porque se trata de algo bastante absurdo.»

Se quitó la ropa de manera mecánica, y empezó a asearse. «¿Tiene sentido lavarse?» Pero tan sólo dudó un instante, luego se lavó, se preparó un té, cogió un libro, leyó un poco, se acostó y se durmió.

Se despertó porque estaban llamando a la puerta. Se levantó de inmediato, se encontraba bien, ligero y descansado. Había llovido, no hacía tanto calor como durante los últimos días.

Abrió la puerta, y dejó entrar a un señor mayor. Era su padre.

—Buenas tardes, hijo —le dijo su padre—. Acabo de llegar en el tren del mediodía. Me alegro de que estés en casa. Y tengo hambre. Me gustaría que vinieras a comer conmigo.

Mihály se sintió extremadamente sorprendido por la llegada inesperada de su padre, pero el sentimiento predominante no era la sorpresa. Tampoco la perplejidad, ni la vergüenza que él sentía al ver cómo su padre miraba a su alrededor, esforzándose mucho en no manifestar el asco que le producía aquel ambiente de pobreza. El sentimiento más fuerte que llenaba el corazón de Mihály era una sensación conocida que ya había experimentado en menor medida cada vez que había regresado a casa después de un viaje al extranjero. Siempre cuando volvía después de un cierto tiempo, sentía el mismo espanto al ver que su padre había envejecido. Pero su padre nunca había envejecido tanto como ahora. La última vez que lo vio era todavía el hombre seguro de sí mismo, de gestos decididos y autoritarios que había sido durante toda su vida. O por lo menos él lo veía así, puesto que llevaba años viviendo en Budapest, y no percibía los cambios paulatinos que se producían en su padre. Ahora sí que los notaba, de una manera impactante, puesto que no había visto a su padre durante varios meses. El tiempo había irrumpido en él, haciendo mella en su rostro y su cuerpo. Había indudablemente en él rasgos de una persona muy mayor: su boca había perdido la firmeza de antes, sus ojos parecían cansados y demacrados («claro que también ha estado viajando toda la noche, a lo mejor en tercera, con lo ahorrador que es»), su cabello era más blanco, su manera de hablar menos precisa, hablaba balbuceando, lo que resultaba chocante en un primer momento. A pesar de una cierta imprecisión, el hecho era de una realidad atroz: su padre se había convertido en un anciano.

Y comparado con eso, todo lo demás era poca cosa: Eva, sus planes de muerte, incluso Italia.

«No quiero echarme a llorar, por favor, no quiero, mi padre me despreciaría, y a lo mejor se daría cuenta incluso de que estoy llorando por él.»

Se recompuso, utilizó la expresión más neutral que pudo, la que solía poner cuando se enteraba de algo que tenía que ver con su familia.

—Es muy amable por tu parte, padre, que hayas venido. Habrás tenido razones muy serias para hacer este largo viaje, en pleno verano...

—Sí, hijo, razones muy serias. Sin que sean desagradables. No pasa nada grave. Aunque aún no me hayas preguntado por ellos, te diré que tu madre y tus hermanos están bien. Ya veo que tú tampoco tienes ningún problema serio. Así que vamonos a comer. Llévame a algún sitio donde no cocinen con aceite.

—Erzsi y Zoltán Pataki vinieron a verme anteayer —dijo su padre, cuando ya estaban comiendo.

—¿Qué? ¿Erzsi está en Budapest? ¿Están juntos?

—Sí. Pataki fue a París, se reconciliaron, y se llevó a Erzsi a casa.

—Pero, ¿por qué?, ¿ y cómo?

—Hijo mío, no lo puedo saber, y como te puedes imaginar tampoco se lo he preguntado. Sólo hemos hablado de negocios. Ya supondrás que tu..., cómo decirte..., tu comportamiento tan extraño, aunque no del todo sorprendente para mí, me había puesto en una situación embarazosa con respecto a Erzsi. Una situación financiera absurda. Ahora mismo, sería casi imposible liquidar las deudas que tenemos con ella... Ya sabes, Tivadar te lo ha explicado todo en su carta.

—Sí, lo sé. Quizás no te lo creas, pero la verdad es que estaba terriblemente preocupado, y me preguntaba qué pasaría. Erzsi me dijo que Zoltán... pero cuéntame más.

—Gracias a Dios, no hay ningún problema. Han venido a verme para llegar a un acuerdo, para determinar las condiciones del pago. Puedo decirte que han sido tan flexibles que yo mismo me quedé sorprendido. Hemos acordado todos los detalles. No son nada preocupantes, y espero poder llevar a cabo la operación sin mayores problemas. Tanto más cuanto que tu hermano Péter ha encontrado un cliente nuevo, excelente.

—Pero dime, Zoltán, o sea Pataki, ¿se portó bien de verdad? No lo entiendo.

—Se portó como un verdadero caballero. Dicho sea entre nosotros, creo que se portó así por lo contento que está de que Erzsi haya vuelto con él. También por seguir los dictados de Erzsi. Ella es una mujer excelente. Es una lástima, Mihály... Bueno, he decidido no reprocharte nada. Siempre has sido un muchacho extraño, tú sabrás lo que haces.

—Y ¿Zoltán no dijo nada malo de mí? ¿No dijo que...?

—No dijo nada. No dijo nada de ti, lo que me parece lo más natural, dadas las circunstancias. Erzsi, sin embargo, sí que habló de ti.

—¿Erzsi?

—Sí. Me dijo que te había visto aquí, en Roma. No me contó detalles, ni yo se los pregunté, pero me dijo que te encontrabas en una situación delicada y que creías que tu familia se había vuelto contra ti. No me digas nada. Siempre hemos sido discretos con los asuntos de familia, y vamos a seguir igual también en el futuro. No quiero conocer los detalles. Pero Erzsi me aconsejó que viniera personalmente a Roma, si podía, y que te convenciera de que regresaras a Budapest. Bueno, ella utilizó la expresión de que te llevara a casa.

¿Que lo llevara a casa? Sí, Erzsi sabía lo que decía, y conocía bien a Mihály. Sabía muy bien que a él su padre se lo podía llevar a casa como a un colegial fugado. Sabía perfectamente que el carácter de Mihály tendía a obedecer, y que obedecía como el colegial al que pillan en una fechoría, y que se guardaba el propósito de volver a escaparse en cuanto se le presentase la ocasión.

Erzsi es sabia. No podía hacer otra cosa, tenía que regresar a casa. Habría otra solución, pero... las circunstancias externas de las que quería escapar con la muerte, por lo visto, habían desaparecido. Zoltán había hecho las paces, su familia le esperaba con impaciencia, nadie quería perseguirle.

—Así que aquí estoy —continuó su padre—, y me gustaría que liquidaras tus asuntos aquí, y que regresaras conmigo a casa, en el tren de esta noche. Ya sabes que no dispongo de mucho tiempo que perder.

—Pues... todo esto me pilla un poco perplejo —dijo Mihály, saliendo de sus reflexiones—. Esta mañana he pensado en muchas cosas, menos en regresar a Budapest.

—Lo entiendo, pero ¿acaso tienes alguna objeción en contra?

—Ninguna, pero déjame respirar, por favor. A ti no te vendría mal echarte un ratito en mi casa, dormir la siesta. Mientras, yo puedo poner un poco de orden en mi cabeza.

—Bien. Como quieras.

Mihály arregló la cama para su padre, y él se sentó en el sillón, con la intención de ordenar sus pensamientos. Lo que consistía en evocar ciertas emociones y en medir su intensidad. De esta manera solía determinar lo que quería, o lo que querría, si es que era capaz de querer algo.

¿Deseaba acaso la muerte? ¿Deseaba acaso seguir a Tamás en la muerte? Recordó ese deseo y buscó su dulzura. Pero no encontraba ninguna dulzura, al contrario, sentía un hastío, un cansancio, como después de haber hecho el amor.

Se dio cuenta de por qué sentía aquel hastío. Porque su deseo se había satisfecho. La noche anterior, en aquella casa italiana, con el pánico y con las visiones, había cumplido el deseo que le atormentaba desde su adolescencia. Si no en la realidad externa, sí en la realidad de su alma aquel deseo se había colmado. Y con ello, se había satisfecho, si no definitivamente, por lo menos por un cierto tiempo: se había liberado de él, y se había liberado también del fantasma de Tamás.

¿Y Eva?

Encontró una carta en su escritorio. La habían puesto allí mientras él estaba comiendo con su padre. Habría llegado la noche anterior, pero la dueña habría olvidado dársela. Se levantó y leyó la carta de despedida de Eva.

Mihály, cuando leas esto, yo ya estaré camino de Bombay. No iré a verte. Tú no vas a morir. Tú no eres Tamás. La muerte de Tamás sólo tiene que ver con Tamás, y cada uno tiene que buscar su propia muerte. Adiós, Eva.

Por la noche, tomaron efectivamente el tren. Hablaban de negocios: su padre le contaba todo lo que había pasado en la compañía mientras él había estado fuera, le mencionó las expectativas que tenían y el nuevo puesto que había pensado para él. Mihály le escuchaba.

Regresa a su casa. Intentará de nuevo lo que no pudo lograr en quince años: conformarse. Quizás lo logre ahora. Tal es su destino. Se rinde. Los hechos son más fuertes que él. No se puede escapar. Siempre son ellos los más fuertes: los padres, las personas como Zoltán, las compañías, la gente en general.

Su padre se durmió, y Mihály miró por la ventana, intentando adivinar bajo el resplandor de la luna las siluetas de los montes de la Toscana. Hay que seguir viviendo. El también seguirá viviendo, como las ratas entre las ruinas. Pero vivirá. Y mientras se está vivo siempre puede ocurrir algo.